

Muerte y juicio

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Muerte y juicio

Donna Leon

OceanofPDF.com

Para Tony Sepeda y Craig Manley
Questo è i fin di chi fa mal;
E de' perfidi la morte
Alla vita è sempre ugual.
Este es el fin del que hace el mal;
y de los pérfidos la muerte
es a la vida siempre igual.
Mozart, Don Giovanni

1

El último martes de septiembre cayó la primera nieve en las montañas que separan el norte de Italia de Austria, más de un mes antes de lo habitual. La nevada empezó de repente, traída por gruesos nubarrones que se habían presentado de improviso. Al cabo de media hora, en el puerto de montaña de Tarvisio, la carretera estaba resbaladiza y peligrosa. Hacía un mes que no llovía, y la nieve se posaba en un asfalto cubierto de una reluciente capa de aceite y grasa.

Esta combinación resultó fatal para un gran camión de cuatro ejes con matrícula rumana, cargado, según constaba en el manifiesto, con noventa metros cúbicos de tablas de pino. Durante el descenso hacia la *autostrada* y las vías más cálidas y seguras de Italia, el conductor frenó bruscamente en una curva y el enorme vehículo se salió de la carretera a cincuenta kilómetros por hora. Los neumáticos abrieron profundos surcos en la tierra que aún no estaba helada, mientras la caja del camión tronchaba troncos y partía ramas a su paso, desgarrando la ladera hasta el fondo del barranco, donde el camión chocó contra una pared rocosa y reventó, esparciendo su carga en un amplio radio.

Los primeros en pasar por el lugar del accidente, camioneros que pararon a socorrer al compañero, fueron ante todo a la cabina, pero ya no había esperanza para el conductor, que colgaba del cinturón de seguridad con medio cuerpo fuera del vehículo y el cráneo hundido por una rama que había arrancado la puerta de la cabina cuando el camión caía por la pendiente. Un hombre que transportaba cerdos a un matadero de Italia, se encaramó a lo que quedaba del capó, para mirar por el destrozado parabrisas si había un segundo conductor. El asiento estaba vacío, y los varios hombres que ya se habían congregado empezaron a registrar los alrededores, por si éste había salido despedido.

Cuatro conductores de camiones de tonelajes diversos bajaron la ladera, mientras el quinto ponía las señales de aviso en la carretera y llamaba por su radio a la *polizia stradale*. Aún nevaba copiosamente, por lo que transcurrió algún tiempo antes de que uno de ellos descubriera el retorcido cuerpo que había quedado en la pendiente, a una tercera parte del recorrido. Dos hombres corrieron hacia él, con la esperanza de que, por lo menos, uno de los conductores hubiera sobrevivido.

Los hombres avanzaban con dificultad, resbalando y cayendo de rodillas en la pendiente por la que se había precipitado el camión. El primero en llegar se arrodilló junto a la figura inerte y empezó a retirar la fina capa blanca que la cubría, buscando señales de vida. Pero sus dedos se enredaron en un cabello largo y, cuando pudo verle la cara, descubrió las facciones delicadas de una mujer.

Entonces el hombre oyó a un compañero gritar desde más abajo. Al volverse, lo vio arrodillado junto a un bulto que estaba a unos metros a la izquierda del desgarró abierto por el camión en la ladera.

—¿Qué hay? — preguntó, mientras buscaba el pulso de la figura que yacía con el cuerpo doblado.

—Es una mujer -dijo el segundo hombre. Y el primero, que seguía sin percibir latido alguno en la garganta de la mujer, oyó que el de abajo gritaba-: Está muerta.

Después, el primer conductor que miró detrás del camión dijo que al ver aquello pensó que la carga debía de ser de maniquíes, sí, esas muñecas de plástico que ponen en los escaparates. Había por lo menos media docena esparcidas sobre la nieve, detrás de las destrozadas puertas traseras. Una estaba suspendida de la plataforma con las piernas aprisionadas por las tablas, qué durante la caída se habían desplazado, pero estaban bien embaladas y ni el impacto del camión contra la roca había hecho que se soltaran. Pero después el hombre recordaba que le había llamado la atención que unos maniquíes llevaran abrigo. ¿Y por qué había manchas rojas en la nieve alrededor de ellos?

2

La *polizia stradale* tardó más de media hora en acudir. Cuando los agentes llegaron por fin al lugar del accidente, instalaron señales luminosas y trataron de despejar las retenciones de varios kilómetros que se formaban

en uno y otro sentido, porque los conductores, que ya circulaban con precaución a causa del mal estado de la carretera, aminoraban la marcha para mirar por la brecha de la barandilla metálica hacia los restos del camión. Y los otros restos. El primer agente que bajó no oía lo que le gritaban los camioneros, pero cuando vio las figuras que yacían en torno al destrozado camión trepó a la carretera volviendo sobre sus pasos y llamó por radio al cuartel de *carabinieri* de Tarvisio. Su llamada fue contestada con prontitud, y al poco rato, la llegada de dos coches que traían a seis *carabinieri* de negro uniforme venía a entorpecer todavía más la circulación. Los recién llegados dejaron los coches en el arcén y descendieron hasta el camión siniestrado. Cuando advirtieron que la mujer que tenía las piernas aprisionadas por las tablas aún vivía, todos se desentendieron por completo del tráfico.

En circunstancias menos trágicas, la escena que siguió hubiera podido ser grotesca y hasta cómica. Los montones de tablas que comprimían las piernas de la mujer contra el suelo del camión tenían por lo menos dos metros de alto; para levantarlas se necesitaba una grúa, pero era imposible bajar una grúa hasta allí. También podían retirarse a mano, pero para ello los hombres tendrían que situarse encima, acrecentando el peso.

El más joven de los agentes, arrodillado detrás del camión, tiritaba en el frío anochecer alpino. Su anorak de uniforme envolvía la parte accesible del cuerpo atrapado. Las piernas de la mujer, a la altura de los muslos, desaparecían bajo una compacta pila de madera, como en una caprichosa composición de Magritte.

El agente podía ver que era joven, que era rubia, y también que palidecía por momentos. Estaba de lado, con la mejilla contra el suelo ondulado del camión. Tenía los ojos cerrados, pero aún respiraba.

A su espalda, el joven oyó el estrépito de algo pesado que caía al suelo del camión. Sus cinco compañeros habían trepado por los costados de la pila y, tras forcejear con los paquetes de tablas, los habían soltado por la parte superior. Hacían caer una tabla al suelo del camión, se bajaban y la sacaban, pasando junto a la muchacha y al joven Monelli.

A cada viaje, observaban cómo el charco de sangre que salía de debajo de las tablas estaba más cerca de las rodillas del agente; pero ellos seguían rompiéndose las manos en su afán por liberar a la muchacha. Incluso después de que Monelli le tapara la cara con el anorak y se pusiera de pie,

dos de ellos siguieron arrancando tablas de la pila y arrojándolas al exterior, donde crecía la oscuridad. Así siguieron hasta que su sargento se acercó primero a uno y luego al otro y les puso una mano en el hombro, para hacerles comprender que ya podían parar. Entonces ellos se calmaron y reanudaron la investigación rutinaria. Cuando terminaron y pidieron a Tarvisio ambulancias para la retirada de los cadáveres, ya era noche cerrada, seguía nevando y el atasco del tráfico llegaba hasta la frontera austríaca.

Nada más podía hacerse hasta el día siguiente, pero los *carabinieri* apostaron a dos agentes en el lugar del accidente. Sabían la fascinación que el escenario de la muerte tiene para muchas personas, y temían que, si el vehículo siniestrado quedaba sin vigilancia durante la noche, alguien pudiera robar o destruir indicios.

Como suele ocurrir en esta época del año, el día siguiente amaneció sereno y diáfano y a las diez, la nieve no era más que un recuerdo. Pero el camión destrozado seguía allí, lo mismo que las profundas heridas que había abierto en la tierra. Durante el día, la carga fue retirada y estibada a bastante distancia del vehículo por los *carabinieri*, que refunfuñaban por el peso, las astillas y el barro que chasqueaba bajo sus botas, mientras un equipo forense examinaba minuciosamente la cabina, espolvoreando las superficies y guardando papeles y objetos en bolsitas de plástico debidamente etiquetadas y numeradas. El asiento del conductor había sido arrancado del bastidor por el impacto final; los dos hombres que trabajaban en la cabina acabaron de desmontarlo y luego desprendieron la funda de plástico y la tela del tapizado, buscando algo que no encontraron. Como tampoco encontraron sustancias sospechosas debajo de los paneles de plástico de la cabina.

Pero fue en la caja del camión donde se encontró algo extraño: ocho bolsas de plástico de las que suelen dar en los supermercados, cada una de las cuales contenía una muda de ropa interior femenina y, una de ellas, además, un libro de oraciones impreso en una lengua que uno de los técnicos identificó como rumano. Todas las etiquetas habían sido eliminadas de las prendas que contenían las bolsas, lo mismo que, según se comprobaría después, de toda la ropa que llevaban las mujeres muertas en el accidente.

Los papeles que se encontraron en el camión eran estrictamente los que debía haber: el pasaporte y el permiso del conductor, los formularios del seguro, documentos de aduanas, albaranes y una factura a nombre del almacén de madera al que había que entregar la mercancía. Los papeles del conductor eran rumanos, la documentación de aduanas estaba en regla y el envío iba destinado a un aserradero de Sacile, una pequeña ciudad situada a unos cien kilómetros hacia el sur.

Nada más revelarían los restos del camión que, con grandes dificultades y enormes trastornos circulatorios, fue izado hasta el arcén con ayuda de cabrestantes enganchados a tres camiones-grúa. Allí fue cargado en una plataforma-remolque y devuelto a su dueño de Rumania. La madera fue entregada al aserradero de Sacile, que se negó a pagar los gastos extra.

La extraña muerte de las mujeres fue recogida por la prensa de Austria y de Italia, en artículos titulados, respectivamente, «Der Todeslaster» y «Il Camión della Morte». Los austriacos habían conseguido tres fotos de los cadáveres esparcidos en la nieve y las publicaron con la noticia. Se hicieron conjeturas: ¿refugiadas?, ¿trabajadoras ilegales? La caída del comunismo eliminaba la que sin duda hubiera sido inevitable conclusión: espías. El misterio no se aclaró, y la investigación languideció ante la incapacidad de las autoridades rumanas de contestar preguntas y devolver papeles y la falta de interés de las italianas. Los cadáveres de las mujeres y del conductor fueron enviados a Bucarest en avión, donde fueron sepultados bajo su tierra natal y todo el peso de la burocracia.

La noticia pronto fue desplazada de los periódicos por la profanación de un cementerio judío de Milán y el asesinato de otro juez más. Pero no desapareció sin que la leyera la *professoressa* Paola Falier, ayudante de Literatura Inglesa de la Universidad de Cà Pesaro, de Venecia y -lo que importa para este relato- esposa de Guido Brunetti, comisario de policía de la ciudad.

3

Carlo Trevisan, el *avvocato* Carlo Trevisan, como él prefería que lo llamaran, era hombre de origen modesto, no obstante lo cual, hizo una carrera de lo más brillante. Era natural de Trento, una ciudad próxima a la frontera austríaca y se licenció en derecho por la Universidad de Padua con matrícula de honor y el unánime elogio de sus profesores. Al terminar sus

estudios, el joven *avvocato* entró a trabajar en un bufete de Venecia, donde adquirió gran experiencia en derecho internacional, por ser uno de los pocos hombres de la ciudad que se interesaban por esta materia. Cinco años después abrió su propio despacho y se especializó en derecho mercantil internacional.

En Italia suele ocurrir que una ley que se dicta hoy es revocada mañana. Por otra parte, no es de extrañar que, en un país en el que resulta imposible descifrar el sentido hasta de la noticia periodística más banal, exista cierta confusión respecto al alcance de la ley. La diversidad de interpretaciones posibles crea un clima muy propicio para los abogados que se precian de entender la ley. Entre éstos, el *avvocato* Carlo Trevisan.

Por ser trabajador y ambicioso, el *avvocato* Trevisan prosperó. Por haberse casado con la hija de un banquero, entró en contacto, familiar o amistoso, con acaudalados y poderosos empresarios y financieros de la región del Véneto. Su clientela crecía y su cintura se dilataba y, cuando cumplió los cincuenta, el *avvocato* Trevisan tenía a siete abogados trabajando en su bufete, ninguno de los cuales era socio de la firma. Asistía todos los domingos a misa en Santa María del Giglio, se había distinguido en el servicio a la ciudad desde el consejo municipal en dos legislaturas y tenía dos hijos, chico y chica, ambos inteligentes y guapos.

El martes anterior a la fiesta de la Madonna della Salute, a últimos de noviembre, el *avvocato* Trevisan se trasladó a Padua, para hacer una visita a Francesco Urbani, un cliente que recientemente había decidido separarse de su esposa, tras veintisiete años de matrimonio. Durante las dos horas que duró la entrevista, Trevisan sugirió a Urbani que sacara del país cierto capital y lo llevara, por ejemplo, a Luxemburgo y que vendiera inmediatamente su participación en las dos fábricas de Verona de las que era socio capitalista y diera el mismo destino al producto de las transacciones.

Después de la reunión, concertada para que enlazara con su cita siguiente, Trevisan acudió a su cena semanal con un asociado. La semana anterior se habían encontrado en Venecia, por lo que hoy tocaba cenar en Padua. Esta reunión, como todas las demás, tuvo la cordialidad que propician el éxito y la prosperidad. Buena cocina, buen vino y buenas noticias.

El socio llevó a Trevisan a la estación, donde el *avvocato* solía tomar el Intercity con destino a Trieste que lo dejaba en Venecia a las diez y cuarto. A pesar de tener billete de primera clase, que estaba en la cola del tren, Trevisan atravesó los semivacíos coches y se sentó en un compartimiento de segunda; al igual que todos los venecianos, prefería viajar en el primer coche, para no tener que recorrer a la llegada el largo andén de la estación de Santa Lucia.

Trevisan dejó su cartera de piel de becerro en el asiento de delante, la abrió y sacó un folleto que había recibido del Banco Nacional de Luxemburgo, en el que se ofrecían intereses de hasta un 18 por ciento, aunque no a las cuentas en liras. Sacó una pequeña calculadora de un bolsillo de la tapa de la cartera y empezó a hacer anotaciones en un papel con su Mont Blanc.

La puerta del compartimiento se abrió, y Trevisan se volvió de espaldas, para sacar el billete del bolsillo del abrigo y darlo al revisor. Pero lo que la persona que estaba en la puerta venía a pedir al *avvocato* Carlo Trevisan no era el billete.

El cadáver fue descubierto por Cristina Merli, la revisora, cuando el tren cruzaba la laguna que separa Venecia de Mestre. En un principio, al pasar frente al compartimiento en el que el bien trajeado pasajero dormía apoyado en la ventanilla, la mujer decidió no despertarlo para pedirle el billete, pero después recordó que eran muchos los pasajeros, incluso bien vestidos, que fingían dormir porque viajaban sin billete, para ahorrarse las mil liras de la corta travesía sobre la laguna. Por otra parte, si aquel hombre dormía realmente e iba a Venecia, le agradecería que lo despertara, especialmente, si tenía que tomar el barco 1 para Rialto, que salía del embarcadero de la estación exactamente tres minutos después de la llegada del tren.

La revisora abrió la puerta y entró en el pequeño compartimiento.

—*Buona sera, signore. Suo biglietto, per favore.*

Después, al hablar de ello, a Cristina le parecía recordar el olor que había notado al abrir la puerta del super-caldeado compartimiento. La revisora dio dos pasos hacia el durmiente y repitió, en voz más alta:

—*Suo biglietto, per favore.*

¿Tan profundamente dormía que no la oía? Imposible, debía de viajar sin billete y trataba de salvarse de la inevitable multa. Al cabo de sus años de servicio en los trenes, Cristina Merli casi había llegado a gozar de este

momento: pedir la identificación, extender el billete y cobrar la multa. También le divertía la retahíla de las consabidas excusas, que hubiera podido recitar hasta en sueños: se me habrá caído; el tren iba a salir y no quería perderlo; lo tiene mi esposa, que está en otro compartimiento.

La revisora, consciente de todo ello y del tiempo que este incidente la haría perder al final del largo viaje desde Turín, no pudo reprimir un gesto de impaciencia, casi de irritación.

—Por favor, *signore*, despierte y déme su billete -dijo inclinándose y sacudiéndolo por el hombro. Bajo la presión de su mano, el hombre, lentamente, se apartó de la ventana, cayó de lado sobre el asiento y se deslizó al suelo. Al caer, se le abrió la americana, dejando al descubierto la camisa manchada de rojo. Del cuerpo emanaba el olor inconfundible a orina y excrementos.

—*Maria Vergine* -jadeó la mujer que, andando hacia atrás muy despacio, salió del compartimiento. Por la izquierda se acercaban dos pasajeros que se dirigían hacia la puerta anterior-. Lo siento, señores, pero esta puerta está bloqueada; tendrán que apearse por detrás.

Acostumbrados a las anomalías, los hombres dieron media vuelta y se alejaron hacia la parte posterior del coche. Ella miró por la ventana y vio que el tren estaba llegando al final del puente. Dentro de tres o cuatro minutos entraría en la estación. Entonces se abrirían las puertas y los pasajeros se apearian y dispersarían, llevando consigo los recuerdos del viaje y de las personas a las que hubieran visto en los pasillos del largo tren. Sacudidas y chirridos indicaban que estaban entrando en agujas. La cabeza del tren ya estaba bajo la cubierta de la estación.

Hacía quince años que Cristina Merli trabajaba en el ferrocarril y nunca había visto utilizar este recurso, pero entonces hizo lo único que se le ocurrió: entrar en el compartimiento de al lado y tirar con fuerza del freno de alarma. El gastado cordón se rompió con un pequeño chasquido y ella se quedó esperando, no sin una curiosidad distante, casi académica, lo que fuera a ocurrir ahora.

4

Las ruedas se bloquearon y patinaron y el tren se detuvo bruscamente; los pasajeros cayeron al suelo de los pasillos o fueron proyectados al regazo de los desconocidos sentados enfrente. A los pocos segundos se bajaban

ventanillas y aparecían cabezas que indagaban la causa de aquella insólita parada. Cristina Merli abrió una ventanilla del pasillo, aspiró agradecida el aire frío y se asomó para requerir ayuda del exterior. Por el andén venían corriendo una pareja de la *polizia ferroviaria*.

—Aquí, aquí -les gritó la mujer. Como no quería que nadie más que la policía oyera lo que tenía que decir, no volvió a hablar hasta que los hombres estuvieron debajo de la ventanilla.

Al oír la noticia, uno regresó corriendo a la estación y el otro fue a hablar con el maquinista. Lentamente, después de dos falsas arrancadas, el tren entró en la estación y se detuvo en su lugar habitual de la vía 5. En el andén había gente que esperaba a los pasajeros o que deseaba subir al tren de la noche para ir a Trieste. En vista de que no se abrían las puertas, los que aguardaban se agolpaban en el andén preguntándose unos a otros qué ocurría. Una mujer, suponiendo que se trataba de una de tantas huelgas de trenes, dejó caer la maleta y levantó las manos por encima de la cabeza. Mientras los pasajeros comentaban, molestos, aquella demora incomprensible, otra prueba más del mal funcionamiento de los ferrocarriles, seis policías armados con metralletas aparecieron por el extremo del andén y se apostaron a lo largo del tren uno a cada dos coches. En las ventanillas se multiplicaban las cabezas, los hombres gritaban con impaciencia, pero nadie prestaba atención a sus protestas. Las puertas del tren permanecían cerradas.

Al cabo de varios minutos, alguien dijo al sargento que mandaba la unidad, que el tren tenía un sistema de altavoces. El sargento subió a la locomotora y, por el micrófono explicó a los pasajeros que en el tren se había cometido un asesinato y que se les retendría en la estación hasta que la policía pudiera tomar nota de nombres y direcciones.

Cuando el sargento acabó de hablar, el maquinista abrió las puertas y los policías subieron al tren. Desgraciadamente, nadie había pensado en explicar lo ocurrido a los que esperaban en el andén, que se precipitaron al tren y se mezclaron con los demás pasajeros. En el segundo coche, dos hombres trataban de apearse a toda costa, decían al agente apostado en el pasillo que ellos no habían visto nada, que no sabían nada y que ya llegaban con retraso. El policía se cruzó la metralleta sobre el pecho bloqueando el pasillo y les hizo entrar en un compartimiento, donde ellos se quedaron

despotricando contra la prepotencia de la policía e invocando sus derechos de ciudadanos.

Al fin, descontando a los que habían subido detrás de los policías, resultó que en el tren viajaban sólo treinta y cuatro personas. Al cabo de media hora, la policía tomó nota de sus nombres y direcciones y les preguntó si algo les había llamado la atención durante el viaje. Dos recordaban a un mendigo negro que se había apeado en Vicenza, otro dijo que cuando llegaban a Verona había salido del aseó un hombre con el pelo largo y barba y alguien había visto apearse en Mestre a una mujer con gorro de piel. Por lo demás, nada de particular.

Cuando ya parecía que el tren iba a estar allí toda la noche y los pasajeros empezaban a llamar a Trieste para avisar a la familia de que no los esperasen, una locomotora se acercó a la cola del tren haciendo marcha atrás y se enganchó a ella convirtiéndola en la cabeza. Unos mecánicos de uniforme azul desengancharon el que ahora era el último vagón, donde estaba el cadáver. Un revisor recorría el andén gritando: «*In partenza, in partenza, siamo in partenza*» y los pasajeros se apresuraban a volver al tren. El revisor cerró una puerta, luego otra, y subió al tren en el momento en que éste arrancaba. Mientras tanto, Cristina Merli estaba en el despacho del jefe de estación, tratando de demostrar por qué no debían imponerle una multa de un millón de liras por haber tirado del timbre de alarma.

5

Guido Brunetti no se enteró del asesinato del *avvocato* Carlo Trevisan hasta la mañana siguiente, y de un modo muy poco profesional: al leer el titular de *Il Gazzettino*, el mismo diario que en dos ocasiones había aplaudido la gestión del *avvocato* Trevisan en el consejo municipal. «*Avvocato assassinato sul treno*», pregonaba el titular, mientras que *La Nuova*, siempre amante del melodrama, hablaba de «*Il treno della morte*». Brunetti vio los titulares cuando iba camino del trabajo, y se paró a comprar los dos periódicos. Leyó la noticia plantado en el mercado de la Ruga Orefici, ajeno al aluvión de los compradores de primera hora que pasaban rozándolo. La noticia daba los hechos escuetos: muerto por arma de fuego en el tren, el cadáver hallado cuando el convoy cruzaba la laguna, la policía realiza las investigaciones pertinentes.

Brunetti levantó la cabeza y paseó una mirada ausente por los puestos de frutas y verduras. ¿«Las investigaciones pertinentes»? ¿Quién estaba de guardia ayer por la noche? ¿Por qué no le habían avisado? ¿A cuál de sus compañeros habían llamado?

Brunetti dio la espalda al quiosco y siguió andando hacia la *questura*, mientras repasaba mentalmente los varios casos pendientes y trataba de deducir a quién encomendarían éste. Brunetti estaba terminando la investigación de una ramificación menor, a escala veneciana, de la vasta red de cohecho y corrupción que había operado desde Milán durante años. Se habían construido en el continente, con un desembolso de miles de millones de liras, varias superautopistas, una de las cuales unía la ciudad con el aeropuerto. Hasta que estuvo terminada, a nadie se le ocurrió considerar que la comunicación con el aeropuerto, que no registraba más de cien vuelos diarios, estaba ya perfectamente servida por las carreteras, autobuses, taxis y vapores existentes. Hasta entonces no se cuestionó el enorme dispendio de fondos públicos en la construcción de una autopista que ni con el mayor alarde de imaginación podía considerarse necesaria. De ahí la intervención de Brunetti, y de ahí las órdenes de arresto y bloqueo de las cuentas del dueño de la constructora a la que se habían encargado la mayor parte de las obras y de los tres miembros del consejo de la ciudad que más habían batallado para que se le otorgara el contrato.

Otro comisario trabajaba en un asunto del Casino, donde una vez más los crupiers habían hallado la forma de burlar las normas para embolsarse un porcentaje de las apuestas. El tercero estaba investigando a una serie de empresas de Mestre controladas por la Mafia, una investigación que no parecía tener ni límites ni, desgraciadamente, final.

Por consiguiente, no fue una sorpresa para Brunetti que, a su llegada a la *questura*, los guardias de la puerta lo saludaran con la noticia:

—Él quiere verlo.

Si el *vicequestore* Patta quería verlo tan temprano, era señal de que la víspera habían avisado a Patta y no a alguno de los comisarios. Y si Patta estaba tan interesado en el crimen como para hallarse aquí a primera hora de la mañana, era señal de que Trevisan era más importante o tenía amistades más poderosas de lo que Brunetti imaginaba.

El comisario subió a su despacho, colgó la gabardina y revisó la mesa. No había en ella nada que no estuviera ya la noche antes, cuando él se fue,

de manera que los papeles que hubiera podido generar el caso estaban abajo, en el despacho de Patta. Bajó por la escalera posterior al antedespacho del *vicequestore*. La *signorina* Elettra Zorzi se hallaba sentada a su mesa luciendo un vestido de crespón blanco azucena, con un sugestivo drapeado en diagonal en el pecho, como si estuviese allí con el único objeto de recibir a los fotógrafos de la revista *Vogue*.

—*Buon giorno, commissario* -sonrió levantando la mirada de la revista que tenía encima de la mesa.

—¿Trevisan? — preguntó Brunetti.

Ella asintió.

—Hace diez minutos que está hablando por teléfono. El alcalde.

—¿Quién ha llamado a quién?

—El alcalde a él -respondió la *signorina* Elettra-. ¿Por qué? ¿Importa eso?

—Sí; probablemente significa que no hay pistas.

—¿Por qué?

—Si hubiera llamado él, sería señal de que podía asegurarle que teníamos a un sospechoso o que pronto conseguiríamos una confesión. El que haya llamado el alcalde indica que Trevisan era importante y que quieren que el caso se resuelva pronto.

La *signorina* Elettra cerró la revista y la apartó hacia un lado de la mesa. Brunetti recordó que, al principio de trabajar para Patta, la joven solía guardar las revistas en el cajón; ahora ya ni se molestaba en ponerlas boca abajo.

—¿A qué hora ha llegado? — preguntó Brunetti.

—A las ocho y media -y, sin darle tiempo de preguntar, ella añadió-: Yo ya estaba aquí y le he dicho que usted había salido a interrogar a la criada de los Leonardi.

Brunetti había hablado con la mujer la tarde anterior, en el curso de su investigación del contratista, pero no había averiguado nada.

—*Grazie* -dijo Brunetti, que más de una vez se había preguntado por qué una persona con una inclinación natural por la duplicidad como la que poseía la *signorina* Elettra había decidido trabajar para la policía.

Ella bajó la mirada a la mesa, y vio que en su teléfono había dejado de parpadear una luz roja.

—Ya ha terminado -dijo.

Brunetti movió la cabeza de arriba abajo y fue hacia la puerta del despacho de Patta. Llamó con los nudillos y cuando oyó gritar «*Avanti*» entró.

A pesar de que el *vicequestore* había llegado temprano, era evidente que no había economizado el tiempo en su aseo personal, ya que en el aire flotaba el ácido aroma del *aftershave*, y el bello rostro de Patta relucía. La corbata era de lana y el traje de seda: el *vicequestore* no era esclavo de la tradición.

—¿Dónde estaba usted? — fue el saludo de Patta.

—En casa de Leonardi. Hablando con la criada.

—¿Ha averiguado algo?

—No sabe nada.

—Eso no importa ahora -dijo Patta, señalando la silla del otro lado de la mesa-. Siéntese, Brunetti. — Cuando el comisario estuvo sentado, Patta preguntó:- ¿Se ha enterado de esto?

No hacía falta preguntar qué era «esto».

—Sí, señor -respondió Brunetti-. ¿Cómo ocurrió?

—Lo mataron anoche, en el tren de Turín. Dos disparos, desde muy cerca. Al pecho. Uno debió de seccionar una arteria, porque había mucha sangre. — El «debió de» era señal de que aún no se había practicado la autopsia-. ¿Dónde estaba usted anoche? — preguntó entonces Patta, casi como si, antes de seguir adelante, quisiera eliminar a Brunetti de la lista de sospechosos.

—Fuimos a cenar a casa de un amigo.

—Me dijeron que habían llamado a su casa.

—Estaba en casa de un amigo -repitió Brunetti.

—¿Por qué no tiene contestador?

—Porque tengo dos hijos.

—¿Qué tiene que ver?

—Que, si tuviera contestador, me pasaría la vida escuchando los mensajes de sus amigos.

O escuchando las excusas de sus hijos por sus retrasos. También significaba que Brunetti consideraba que era responsabilidad de sus hijos tomar los recados para sus padres, pero no tenía intención de dar explicaciones a Patta.

—Tuvieron que avisarme a mí -dijo Patta sin disimular su indignación.

Brunetti supuso que ahora su superior esperaba una disculpa. Pero no se la dio.

—Fui a la estación. La policía de ferrocarriles hizo una chapuza, desde luego.

Patta miró a la mesa y acercó varias fotos a Brunetti.

El comisario se inclinó hacia adelante, tomó las fotos y las miró mientras Patta seguía enumerando las pruebas de la incompetencia de la policía de ferrocarriles. La primera foto había sido tomada desde la puerta del compartimiento y mostraba el cuerpo de un hombre tendido boca arriba entre los asientos. El ángulo impedía ver más que la parte posterior de la cabeza, pero las manchas rojo oscuro del abultado abdomen eran inconfundibles. La foto siguiente mostraba el cuerpo desde el otro lado del compartimiento y debía de haber sido tomada a través de la ventanilla. En ésta Brunetti vio que el hombre tenía los ojos cerrados y una estilográfica en la mano. Las otras fotos mostraban poco más, a pesar de estar hechas desde dentro del coche. El hombre parecía dormir, la muerte había borrado de su cara toda expresión, dejando sólo la beatitud del sueño de los justos.

—¿Le robaron? — preguntó Brunetti, cortando la diatriba de Patta.

—¿Cómo?

—¿Le robaron?

—Parece ser que no. Tenía la billetera en el bolsillo y la cartera de documentos, como usted puede ver, sigue en el asiento frente al que él ocupaba.

—¿La Mafia? — preguntó Brunetti, como era de rigor, como había que preguntar.

Patta encogió los hombros.

—Era abogado -respondió, dejando a criterio de Brunetti si esto lo hacía más o menos merecedor de una ejecución de la Mafia.

—¿La esposa? — preguntó entonces Brunetti, denotando con ello su doble condición de italiano y casado.

—No es probable. Es secretaria del Lions Club -respondió Patta, y Brunetti, ante lo absurdo de la observación, no pudo reprimir una carcajada que, al ver la expresión de Patta, trató de disfrazar de tos, y que acabó en un auténtico acceso de tos que lo dejó colorado y lloroso.

Cuando pudo volver a respirar con normalidad, Brunetti preguntó:

—¿Socios? ¿Negocios?

—No lo sé. — Patta golpeó la mesa con el índice, para llamar la atención de Brunetti-. He revisado los asuntos pendientes del departamento, y me parece que el que tiene menos que hacer es usted. — Una de las cualidades de Patta que más apreciaba Brunetti era este don para hallar indefectiblemente la expresión más afortunada-. Me gustaría asignarle el caso, pero antes quiero estar seguro de que lo llevará como es debido.

Brunetti comprendió que esto quería decir que Patta deseaba asegurarse de que él guardaría la debida consideración hacia el estatus social que implicaba una secretaria del Lions Club. Como sabía que él no estaría ahora en este despacho si Patta no hubiera decidido ya asignarle el caso, Brunetti optó por ignorar la recomendación implícita en estas palabras y preguntó:

—¿Qué hay de los pasajeros?

Después de su conversación con el alcalde, Patta consideró preferible no perder tiempo en adoctrinar a Brunetti, y respondió escuetamente:

—La policía de ferrocarriles anotó los nombres y direcciones de todas las personas que iban en el tren cuando entró en la estación. — Brunetti levantó el mentón con gesto inquisitivo, y Patta prosiguió:- Un par de ellos dijeron haber visto a personas sospechosas. Está en el informe -dijo golpeando con las yemas de los dedos la carpeta marrón que tenía delante.

—¿Qué juez instruye el caso? — preguntó Brunetti. Cuando conociera este dato, sabría cuánta consideración debería guardar al Lions Club.

—Vantuno -dijo Patta.

Era una mujer de la edad de Brunetti con la que él había trabajado satisfactoriamente. La juez Vantuno, siciliana lo mismo que Patta, sabía que la sociedad veneciana poseía matices y peculiaridades que ella nunca podría comprender, pero tenía en los comisarios locales confianza suficiente como para permitirles llevar las investigaciones como estimaran más conveniente.

Brunetti se limitó a mover la cabeza de arriba abajo. No quería que Patta supiera que esto le complacía.

—Quiero un informe diario -prosiguió Patta-. Trevisan era un hombre importante. Ya he recibido una llamada de la oficina del alcalde, y no le ocultaré que me ha dicho que desea que el caso se resuelva lo antes posible.

—¿Tenía el alcalde alguna sugerencia? — preguntó Brunetti.

Acostumbrado como estaba a las impertinencias de su subalterno, Patta se arrellanó en su sillón y miró fijamente a Brunetti antes de preguntar:

–¿Acerca de qué? – acentuando ásperamente la última palabra, para manifestar su desagrado.

–Acerca de cualquier asunto en el que Trevisan pudiera estar implicado -respondió Brunetti llanamente. Hablaba en serio. No por ser alcalde tenía uno que ignorar los chanchullos de los amigos, sino todo lo contrario, probablemente.

–No me ha parecido oportuno preguntárselo -respondió Patta.

–Pues quizá se lo pregunte yo -dijo Brunetti con naturalidad.

–Brunetti, no busque problemas.

–Me parece que los problemas ya los tenemos -dijo Brunetti, guardando las fotos en la carpeta-. ¿Desea usted algo más?

Patta tardó un momento en contestar.

–Nada más por el momento. – Alargó la carpeta a Brunetti-. Puede llevársela. Y no olvide que quiero un informe diario. – En vista de que Brunetti no se daba por enterado, Patta agregó:- O, si no, dáselo al teniente Scarpa -mirando fijamente a Brunetti, para ver el efecto que causaba el nombre del aborrecido asistente de Patta.

–Sí, señor -dijo Brunetti con voz neutra, poniéndose de pie, con la carpeta en la mano-. ¿Adonde han llevado a Trevisan?

–Al Ospedale Civile. Supongo que esta mañana le harán la autopsia. Y no olvide que era amigo del alcalde.

–Descuide usted, señor -dijo Brunetti y salió del despacho.

6

La *signorina* Elettra levantó la mirada de la revista cuando Brunetti salía del despacho de Patta y le preguntó:

–*Allora?*

–Trevisan. Y tengo que andar listo, porque era amigo del alcalde.

–La mujer es una fiera -dijo la *signorina* Elettra, y añadió, como para darle ánimo:- No le arriendo la ganancia.

–¿Hay en esta ciudad alguien a quien usted no conozca? – preguntó Brunetti.

–A ella no la conozco personalmente. Era paciente de mi hermana.

–Barbara -dijo Brunetti involuntariamente, recordando dónde había conocido a la hermana-, la doctora.

—La misma, comisario -dijo ella con una sonrisa de satisfacción-. No le ha costado mucho recordarla.

Cuando la *signorina* Elettra Zorzi llegó al departamento, su apellido pese a no ser corriente, resultó familiar al comisario. Pero él nunca hubiera relacionado a la vivaz y radiante -todos los adjetivos que se le ocurrían estaban asociados a la luz y la vistosidad- Elettra con la formal y discreta doctora que contaba entre sus pacientes al suegro del comisario y ahora, al parecer, a la *signora* Trevisan.

—¿Ha dicho usted que era paciente de su hermana? ¿Ya no lo es? — preguntó Brunetti, dejando para otra ocasión las reflexiones acerca de la familia de Elettra.

—Sí, hasta hace cosa de un año. Las visitaba a ella y a su hija. Pero un día la madre se presentó en el consultorio y montó un escándalo, exigiendo a mi hermana que le dijera de qué estaba tratando a su hija.

Brunetti escuchaba atentamente, pero no preguntó.

—La hija tenía sólo catorce años, y cuando Barbara se negó a decir a la *signora* Trevisan lo que quería saber, ella la acusó de haberle practicado un aborto a la niña o de haberla enviado al hospital para que abortara allí. Le estuvo gritando y al fin le tiró una revista a la cara.

—¿A su hermana?

—Sí.

—¿Y qué hizo entonces?

—¿Quién?

—Su hermana.

—Le dijo que se marchara de su despacho. Ella gritó un poco más y luego se fue.

—¿Y qué pasó después?

—Al día siguiente, Barbara le envió por correo certificado su historial y le dijo que se buscara otro médico.

—¿Y la hija?

—Tampoco ha vuelto. Barbara la encontró un día en la calle y la chica le dijo que su madre le había prohibido que volviera. La madre la llevó a una clínica particular.

—¿Qué tenía la hija? — preguntó Brunetti.

Observó cómo la *signorina* Elettra sopesaba la pregunta. Rápidamente, sacó la conclusión de que Brunetti lo averiguaría de todos modos y dijo:

–Una infección venérea.

–¿De qué tipo?

–Eso no lo recuerdo. Tendrá que preguntárselo a mi hermana.

–O a la *signora* Trevisan.

La respuesta de Elettra fue rápida y vehemente.

–Si ella lo sabe, no ha sido por Barbara.

Brunetti la creyó.

–Así que la hija tendrá ahora quince años.

–Eso es -asintió Elettra.

Brunetti reflexionó. A este respecto, la ley era imprecisa, ¿y cuándo no? No se podía obligar a un médico a facilitar información sobre el estado de salud de un paciente, pero sin duda tenía libertad para decir cómo se había comportado un paciente y por qué, especialmente si no se trataba de la salud del propio paciente. Sería preferible hablar personalmente con la doctora, en lugar de pedir a Elettra que lo hiciera en su nombre.

–¿Su hermana todavía tiene el consultorio cerca de San Barnaba?

–Sí. Allí estará esta tarde. ¿Quiere que la avise de su visita?

–¿Quiere decir que no le diría nada si yo no se lo pidiera, *signorina*?

Ella miró el teclado de su ordenador donde, al parecer, encontró la respuesta que buscaba, y levantó la cara hacia Brunetti.

–Es indiferente que se lo diga usted o yo, comisario. Mi hermana no ha hecho nada malo. De modo que no le diré nada.

Él preguntó entonces por curiosidad:

–¿Y si no fuera indiferente? ¿Y si ella hubiera hecho algo malo?

–Si eso había de ayudarla, la avisaría. Por supuesto.

–¿Aun a costa de vulnerar un secreto policial? – preguntó él, y entonces sonrió, para dar a entender que bromeaba, aunque no era así.

Ella le miraba ahora con perplejidad.

–¿Cree usted que yo respetaría un secreto policial en algo que afectara a mi familia?

Él respondió, cortado:

–No; no lo creo.

La *signorina* Elettra sonrió, satisfecha de haber podido ayudar una vez más al comisario a ser más comprensivo.

–¿Sabe usted algo más acerca de la esposa? – y entonces Brunetti rectificó: La viuda.

—No directamente. Sólo lo que he leído en la prensa. Siempre anda metida en Causas Nobles -dijo haciendo audibles las mayúsculas-. Por ejemplo, recogiendo alimentos para Somalia, que luego son robados, enviados a Albania y vendidos. O bien organizando conciertos de gala con los que a duras penas se cubren gastos, pero dan a las organizadoras la ocasión de ponerse de tiros largos y presumir ante las amistades. Me sorprende que no sepa usted quién es.

—Tengo una vaga idea de haber leído el nombre, pero nada más. ¿Y el marido?

—Era especialista en derecho internacional, y muy bueno, según creo. Si mal no recuerdo, intervino en un convenio con Polonia, o Chequia, o uno de esos países en los que la gente come muchas patatas y viste mal... pero no recuerdo cuál de ellos.

—¿Qué clase de convenio?

Ella movió negativamente la cabeza, sin poder recordar.

—¿Podría averiguarlo?

—Quizá si me acercara a las oficinas del *Gazzettino* podría encontrar algo.

—¿Tiene algo que hacer para el *vicequestore*?

—Le haré la reserva para el almuerzo y bajaré al *Gazzettino*. ¿Desea que busque algo más?

—Sí, vea si hay algo acerca de la esposa. ¿Quién escribe ahora las crónicas de sociedad?

—Pitteri, me parece.

—Pues hable con él, a ver qué puede decirle de ellos dos; especialmente, cosas que no haya podido publicar.

—Que son las cosas que la gente prefiere leer.

—Eso parece -dijo Brunetti.

—¿Algo más?

—No, *signorina*, muchas gracias. ¿Ha llegado Vianello?

—No lo he visto.

—Cuando llegue, ¿hará el favor de decirle que suba a mi despacho?

—Desde luego -dijo ella, y volvió a la revista. Brunetti echó una ojeada al artículo que ella estaba leyendo, que trataba de hombreras, y se fue a su despacho.

La carpeta, como suele ocurrir al principio de una investigación, contenía poco más que nombres y fechas. Carlo Trevisan había nacido en Trento hacía cincuenta años, se había licenciado en derecho por la Universidad de Padua y había ejercido de abogado en Venecia. Hacía diecinueve años, había contraído matrimonio con Franca Lotto, con la que había tenido dos hijos, Francesca, que ahora contaba quince años, y Claudio, de diecisiete.

El *avvocato* Trevisan nunca se había interesado en derecho criminal ni tenido relación alguna con la policía; tampoco había sufrido inspecciones de la Guardia di Finanza, lo que parecía un milagro, a no ser que las declaraciones de impuestos del *avvocato* hubieran sido siempre correctas, lo que también sería milagroso. La carpeta contenía los nombres de los empleados del bufete de Trevisan y una copia de su solicitud de pasaporte.

—*Lavata con Perlana* -dijo Brunetti en voz alta, dejando los papeles encima de la mesa. Porque, ¿quién más limpio que Carlo Trevisan? Y, todavía más interesante, ¿quién podía haberle metido dos balas en el cuerpo, sin molestarse en llevarse la billetera?

Brunetti abrió el cajón de abajo de su mesa con la punta del zapato derecho y echó la silla hacia atrás apoyando los pies en el cajón. El asesino tenía que haber actuado entre Padua y Mestre; no iba a arriesgarse a permanecer en el tren hasta Venecia, donde seguramente ya se habría descubierto el cadáver y habría una investigación. El tren no era de cercanías, y entre Padua y Venecia sólo paraba en Mestre. No era probable que quienquiera que se apeara en Mestre hubiera llamado la atención, pero no estaría de más preguntar en la estación. Los revisores suelen ir en el primer compartimiento; también a ellos habría que preguntarles qué recordaban. Investigar sobre el arma, desde luego; comprobar si las balas coincidían con las utilizadas en otros crímenes. Las armas de fuego estaban muy controladas, y tal vez fuera posible identificarla. ¿A qué había ido Trevisan a Padua? ¿Con quién había estado? La mujer, investigar a la mujer. Luego preguntar a vecinos y amigos, para confirmar lo que ella dijera. La hija... ¿una enfermedad venérea a los catorce años?

Brunetti se inclinó, acabó de abrir el cajón y sacó la guía telefónica. La abrió y buscó en la Z. «Zorzi, Barbara, Médico» aparecía dos veces: domicilio particular y consultorio. Marcó el número del consultorio y una grabación le informó de que las visitas eran a partir de las cuatro. Marcó

entonces el domicilio y oyó la misma voz que le decía que la *dottorressa* estaba *momentaneamente assente* y le pedía que dejara su nombre, motivo de la llamada y número de teléfono, al que se le llamaría *appena possibile*.

–Buenos días, doctora -empezó él después de la señal-. Aquí el comisario Guido Brunetti. Llamo por el asunto de la muerte del *avvocato* Carlo Trevisan. Tengo entendido que su esposa y su hija eran...

–*Buon giorno*, comisario -le interrumpió la voz fosca de la doctora-. ¿En qué puedo ayudarle?

–Buenos días, *dottorressa* -dijo él-. ¿Siempre filtra sus llamadas?

–Comisario, hay una mujer que, desde hace tres años, me llama todas las mañanas para pedirme que vaya a visitarla a su casa. Y cada mañana tiene síntomas distintos. – Su voz era grave, pero tenía un leve acento humorístico.

–No sabía que hubiera tantas partes del cuerpo -dijo Brunetti.

–Hace combinaciones interesantes -explicó la doctora Zorzi-. ¿En qué puedo ayudarle, comisario?

–Como le decía, tengo entendido que la *signora* Trevisan y su hija eran pacientes suyas. – Hizo una pausa, para ver si ella decía algo. Silencio-. ¿Sabe ya lo del *avvocato* Trevisan?

–Sí.

–Quería preguntarle si estaría dispuesta a hablarme de la esposa y la hija.

–¿Como personas o como pacientes? – preguntó ella con voz sosegada.

–Como usted prefiera -respondió Brunetti.

–Podríamos empezar por lo primero y, si es necesario, seguir con lo segundo.

–Muy amable, *dottorressa*. ¿Podría ser hoy?

–Esta mañana tengo que hacer varias visitas, pero espero haber terminado a eso de las once. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

Puesto que era ella la que le hacía el favor, a Brunetti no le parecía correcto pedirle que fuera a la *questura*.

–¿Dónde estará usted a las once?

–A ver, un momento. – Ella dejó el teléfono pero volvió al cabo de un momento-. Mi paciente vive cerca del embarcadero de San Marco -dijo.

–¿Quiere que nos encontremos en Florian's?

Ella no respondió inmediatamente y, recordando sus tendencias políticas, Brunetti casi esperaba algún comentario cáustico acerca de la manera en que él se permitía gastar el dinero del contribuyente.

—De acuerdo, comisario, en Florian's -dijo al fin.

—Hasta luego entonces. Y muchas gracias, *dottor*essa.

—Hasta las once -dijo ella, y colgó.

Brunetti dejó la guía telefónica en el cajón y lo cerró con el pie, dando un golpe seco. Al levantar la cabeza vio a Vianello entrar en el despacho.

—¿Deseaba usted verme, comisario? — preguntó el sargento.

—Sí. Siéntese. El *vicequestore* me ha asignado el caso Trevisan. —

Vianello asintió, dando a entender que en la *questura* esto ya había dejado de ser noticia-. ¿Qué sabe usted del asunto?

—Lo que decían los periódicos y la radio esta mañana. Que anoche lo encontraron muerto en el tren. De dos disparos. No se ha hallado el arma ni hay sospechosos.

Brunetti advirtió que, a pesar de haber leído los informes de la policía, no tenía él más datos. Con un movimiento de cabeza invitó a Vianello a tomar asiento.

—¿Sabe usted algo de él?

—Un hombre importante -empezó Vianello, sentándose en una silla que pareció disminuir de tamaño bajo su corpulencia-. Era miembro del consejo municipal, encargado, si mal no recuerdo, de Sanidad. Casado, dos hijos. Tenía un bufete importante en los alrededores de San Marco, me parece.

—¿Vida personal?

Vianello movió la cabeza negativamente.

—De eso no sé nada.

—¿Y la esposa?

—Algo he leído sobre ella. Quiere salvar los bosques. ¿O es la del alcalde?

—Creo que sí.

—Pues alguna otra cosa. Salvar algo. África, quizá. — Vianello resopló despectivamente, y Brunetti no hubiera podido decir si era por la *signora* Trevisan o por la probabilidad de que África pudiera ser salvada.

—¿Sabe de alguien que pudiera tener información sobre él? — preguntó Brunetti.

—¿La familia? ¿Los clientes? ¿Los empleados? — sugirió Vianello. Al ver la expresión de Brunetti, dijo:- Lo siento, no se me ocurre nadie más. No recuerdo a nadie que lo mencionara siquiera.

—Hablaré con la esposa, pero no hasta esta tarde. Me gustaría que esta mañana fuera usted a su despacho, para ver la reacción causada por su muerte.

—¿Cree usted que habrá alguien? ¿El día después?

—Será interesante averiguarlo -repuso Brunetti-. Me ha dicho la *signorina* Elettra que había oído hablar de su intervención en un convenio comercial con Polonia o, quizá, con Chequia. Averigüe si saben algo de eso. Ella dice que lo leyó en el periódico, pero no recuerda de qué se trataba exactamente. Y procure averiguar también lo de siempre. — Llevaban trabajando juntos el tiempo suficiente como para que Brunetti no tuviera que especificar qué era lo de siempre: un empleado desleal, problemas profesionales, un marido celoso, los celos de su propia esposa... Vianello tenía el don de hacer hablar a la gente, especialmente si eran venecianos. Las personas a las que interrogaban solían sentirse comunicativas con este hombre corpulento y bonachón que daba la impresión de preferir su común dialecto al italiano, lo que, insensiblemente, propiciaba las confidencias.

—¿Algo más, comisario?

—Sí. Esta mañana voy a estar ocupado y por la tarde trataré de hablar con la viuda, de modo que le agradeceré que envíe a alguien a la estación para que interroge a la revisora que encontró el cadáver. Que averigüe también si los otros revisores vieron algo de particular. — Antes de que Vianello pudiera protestar, Brunetti agregó:- Sí, ya lo sé. Si hubieran visto algo, ya lo hubieran dicho. Pero de todos modos quiero que se lo pregunte.

—Sí, señor.

—Y deseo ver la lista de los nombres y direcciones de todas las personas que se encontraban en el tren cuando se detuvo, y la transcripción de todo lo que dijeron al ser interrogadas.

—¿Por qué no le robarían, comisario?

—Si el motivo era el robo, quizá el asesino oyó acercarse a alguien por el pasillo antes de que pudiera registrar los bolsillos de la víctima, se asustó y huyó. O quizá quería que supiéramos que no había sido un robo.

—No le veo el sentido -dijo Vianello-. ¿No le hubiera valido más hacernos creer eso precisamente?

–Depende de por qué lo mataran.

Vianello reflexionó antes de asentir.

–Sí, seguramente -pero no parecía convencido. ¿Por qué alguien iba a querer dar esa ventaja a la policía? Pero, sin perder más tiempo en especulaciones, Vianello se levantó diciendo-: Iré ahora mismo al bufete, a ver qué puedo averiguar. ¿Vendrá usted esta tarde, comisario?

–Seguramente, aunque depende de la hora en que pueda ver a la viuda. De todos modos, si no viniera, le llamaría.

–Bien. Hasta esta tarde entonces, comisario -dijo Vianello saliendo del despacho.

Brunetti se acercó la carpeta, la abrió y leyó el número de teléfono del domicilio particular de Trevisan. Marcó. No contestaron hasta la décima señal.

–*Pronto*. -Era voz de hombre.

–¿Es la casa del *awocato* Trevisan? – preguntó Brunetti.

–¿Quién llama?

–El comisario Guido Brunetti. Deseo hablar con la *signora* Trevisan, por favor.

–Mi hermana no puede ponerse al teléfono.

Brunetti buscó en la carpeta la hoja en que figuraba el apellido de soltera de la viuda y dijo:

–*Signor* Lotto, lamento molestarle en estos momentos y lamento más aún tener que molestar a su hermana, pero es indispensable que hable con ella lo antes posible.

–Lo siento, pero no puede ser, comisario. Mi hermana se encuentra bajo los efectos de un fuerte sedante y no puede ver a nadie. Está destrozada.

–Soy consciente del dolor que padece, *signor* Lotto, y deseo expresar mi sincera condolencia. Pero, antes de empezar la investigación, necesitamos hablar con alguien de la familia.

–¿Qué información es la que necesitan?

–Tenemos que hacernos una idea de la vida del *avvocato* Trevisan, sus asuntos profesionales, sus relaciones, a fin de tratar de averiguar qué ha podido motivar este crimen.

–Creí que había sido un intento de robo -dijo Lotto.

–No se llevaron nada.

–Pues para matar a mi cuñado no podía haber otro motivo. Algo debió de asustar al ladrón.

–Es posible, *signor* Lotto, pero nos gustaría hablar con su hermana, aunque no sea más que para descartar otras posibilidades y poder concentrarnos en la hipótesis del robo.

–¿Qué otras posibilidades podía haber? – preguntó Lotto ásperamente-. Yo le aseguro que en la vida de mi cuñado no había absolutamente nada anormal.

–De eso no me cabe la menor duda, *signor* Lotto, pero aun así, tengo que hablar con su hermana.

Lotto, después de una pausa, preguntó:

–¿Cuándo?

–Esta tarde -respondió Brunetti, y se abstuvo de añadir: «si fuera posible».

Hubo otra pausa.

–Un momento, por favor -dijo Lotto, dejando el teléfono. Tardó tanto en volver que, para entretener la espera, Brunetti sacó un papel del cajón y se puso a escribir los nombres de los distintos países del este de Europa que habían estado al otro lado del Telón de Acero y con los que Trevisan hubiera podido mantener relaciones. Había tenido tiempo de terminar la lista cuando volvió a oír la voz de Lotto-: Si viene esta tarde a las cuatro, podrá hablar con mi hermana o conmigo.

–Las cuatro -repitió Brunetti-. Hasta luego -dijo lacónicamente antes de colgar. La experiencia le había enseñado que era mala política mostrarse afable con un testigo, por simpático que pareciera.

Brunetti miró el reloj y vio que eran más de las diez. Llamó al Ospedale Civile y habló con cinco personas por tres extensiones distintas, sin conseguir información acerca de la autopsia. Con frecuencia había pensado que la única operación a la que podía someterse una persona en el Ospedale Civile sin peligro era una autopsia.

Reafirmado en su opinión acerca de la pericia de los facultativos, Brunetti abandonó su despacho para acudir a la cita con la *dottoressa* Zorzi.

7

Al salir de la *questura*, Brunetti torció hacia la derecha en dirección al *bacino* de San Marco y la Basílica, notando con sorpresa lo mucho que calentaba el sol. Antes, con la impresión causada por la noticia del asesinato de Trevisan, no había reparado en el claro día que embellecía la ciudad, con la luz diáfana de principios del invierno, y ahora, mediada la mañana, le pesaba la gabardina.

La poca gente que transitaba por la calle parecía agradecida por aquel regalo inesperado de sol y calor. ¿Quién diría que ayer mismo la ciudad estaba envuelta en una niebla tan densa que los *vaporetti* tenían que usar el radar hasta para hacer la corta travesía del Lido? Y ahora Brunetti hubiera agradecido unas gafas de sol y un traje más ligero. Cuando llegó al borde del agua, el reverbero del sol lo deslumbró. Vio frente a sí la cúpula y la torre de San Giorgio, que no estaban allí la víspera, como si se hubieran colado subrepticamente en la ciudad durante la noche. Qué grácil y esbelta aparecía la torre de San Marco, libre del andamiaje que la había aprisionado durante los últimos años y que le daba aspecto de pagoda. Brunetti había empezado a sospechar que las autoridades municipales habían vendido la ciudad a los japoneses y éstos ya empezaban a imprimirle su sello característico.

Mientras subía hacia la *piazza*, Brunetti se sorprendió a sí mismo al mirar con benevolencia a los turistas que se cruzaban con él y aflojaban el paso boquiabiertos. Aún podía quitar el hipo la vieja seductora, y Brunetti, deseoso de protegerla en su ancianidad como buen hijo, sintió una oleada de orgullo y alegría, y ansió que aquella gente lo viera y reconociera en él a un veneciano, uno de los herederos de todo aquello.

Las palomas, que solían parecerle antipáticas y estúpidas, ahora se le antojaban casi encantadoras, revoloteando a los pies de sus muchos admiradores. Bruscamente, sin causa aparente, cientos de ellas alzaron el vuelo, dieron la vuelta a la plaza y volvieron a posarse en el mismo sitio, para seguir contoneándose y picoteando. Una mujer robusta, con tres de ellas en los hombros, hurtaba la cara con regocijo, o quizá con horror, mientras el marido la grababa con una videocámara poco mayor que una

pistola. Unos metros más allá, alguien abrió una bolsita de maíz y lo esparció en un amplio círculo, y otra vez las palomas se echaron a volar y se posaron en el centro del maíz.

Brunetti subió los tres peldaños y franqueó las vidrieras grabadas del Florian's. Aunque llegaba con diez minutos de adelanto, miró en los saloncitos de la derecha y luego en los de la izquierda, pero la doctora Zorzi aún no había llegado.

Pidió al camarero de chaqueta blanca que se le acercó una mesa junto a una de las grandes ventanas. En este día espléndido, una parte de él quería sentarse con una mujer joven y atractiva junto a una ventana del Florian's y otra parte de él quería ser visto sentado con una mujer joven y atractiva junto a una ventana del Florian's. Tiró del respaldo de la delicada silla negra y la giró de cara a la *piazza*, para gozar de la vista.

La fachada de la Basílica estaba parcialmente cubierta por andamios, tal como había estado desde que Brunetti pudiera recordar. ¿La habría visto alguna vez completamente despejada, quizá en su ya lejana niñez? Probablemente, no.

—Buenos días, comisario -dijo una voz a su espalda, y él se levantó para saludar a la *dottoressa* Barbara Zorzi, una mujer esbelta que le estrechó la mano con una fuerza sorprendente. Él la hubiera reconocido en cualquier sitio, a pesar de que ella llevaba ahora el pelo más corto, como un prieto casco de rizos castaños. Los ojos eran tan oscuros que casi era imposible distinguir el iris de la pupila. Tenía cierto parecido con Elettra -la nariz recta, la boca carnosa, el mentón redondeado-, pero su belleza era menos llamativa, más discreta.

—Celebro que haya usted podido dedicarme un poco de tiempo, *dottoressa* -dijo él mientras la ayudaba a quitarse el abrigo.

Ella sonrió por toda respuesta y dejó un maletín marrón en una silla, al lado de la ventana. Brunetti dobló el abrigo y lo dejó en el respaldo de la misma silla. Mirando el maletín, comentó:

—El médico que venía a visitarnos cuando éramos niños llevaba un maletín como ése.

—Supongo que debería modernizarme y llevar una cartera -dijo ella-, pero este maletín me lo regaló mi madre cuando terminé la carrera y lo he usado desde entonces.

El camarero se acercó a la mesa y los dos pidieron café. Cuando el camarero se alejó, ella preguntó:

—¿Por qué cree que puedo ayudarlo?

Brunetti comprendió que no ganaría nada con ocultar la forma en que había conseguido la información y dijo sencillamente:

—Me ha dicho su hermana que la *signora* Trevisan era paciente suya.

—Y su hija también -agregó la doctora alargando la mano hacia el maletín, del que sacó un arrugado paquete de cigarrillos. Mientras hurgaba en el maletín en busca de un encendedor, a su izquierda apareció un camarero que, inclinándose, le ofreció lumbre-. *Grazie* -dijo ella volviendo la cabeza hacia la llama, como habituada a esta clase de atenciones. El camarero se alejó de la mesa silenciosamente.

Ella aspiró el humo con fruición, cerró el maletín y miró a Brunetti:

—¿He de suponer que esto tiene algo que ver con el asesinato?

—En esta fase de la investigación, no estoy seguro de qué tiene y qué no tiene que ver con el asesinato. — Ella frunció los labios, y Brunetti advirtió lo forzado y formal de su propio tono-. Es la verdad. En este momento, no tenemos nada, nada aparte del hecho tangible de la muerte.

—¿Le dispararon?

—Sí. Dos veces. Una de las balas debió de romper una arteria, porque la muerte sobrevino rápidamente.

—¿Qué quiere saber de su familia? — preguntó ella, sin precisar, según observó él, el miembro de la familia en el que pudiera estar interesado.

—Quiero saber cosas de su trabajo, de sus amistades, de su familia, de todo lo que me permita comprender qué clase de persona era.

—¿Piensa que eso le ayudará a descubrir quién lo mató?

—Es la única manera de averiguar por qué alguien había de querer matarlo. Después será relativamente fácil deducir quién lo hizo.

—Parece muy optimista.

—No lo soy. — Brunetti sacudió la cabeza-. En absoluto, ni lo seré hasta que pueda empezar a hacerme una idea de cómo era él.

—¿Y cree que la información sobre su esposa y su hija le ayudará a conseguirlo?

—Sí.

Por la izquierda reapareció el camarero, que puso en la mesa dos tazas de *espresso* y un azucarero de plata. Ellos echaron cada uno dos terrones de

azúcar en la taza y removieron el café, marcando una pausa en la conversación con esta pequeña ceremonia. La doctora tomó un sorbo de café, dejó la taza en el platillo y dijo:

—Hará poco más de un año, la *signora* Trevisan me trajo a la consulta a su hija, que entonces tenía catorce años. Era evidente que la niña no deseaba que su madre supiera qué tenía. La *signora* Trevisan quería entrar en la sala de reconocimiento, pero yo se lo impedí. — Sacudió la ceniza y agregó con una sonrisa—: Aunque no fue fácil. — Tomó otro sorbo de café. Brunetti no dijo nada para apremiarla—. La niña tenía un episodio de herpes genital. Yo le hice las preguntas habituales, si su pareja utilizaba un profiláctico, si había tenido relaciones sexuales con otros y cuánto tiempo hacía que tenía los síntomas. Normalmente, en el herpes, la primera manifestación es la peor, y yo quería saber si aquél era el primer brote. Ello me permitiría determinar la gravedad de la infección. — Hizo una pausa y aplastó el cigarrillo en el cenicero. Hecho esto, tomó el cenicero y, sin dar ninguna explicación, lo dejó en la mesa vecina.

—¿Era el primer brote?

—Ella dijo que sí, pero me pareció que mentía. Yo entonces le expliqué por qué tenía que saberlo, le dije que no podía recetar sin saber la gravedad de la infección. Tardó, pero al fin confesó que era la segunda vez, y que la primera había sido mucho peor.

—¿Por qué no fue a verla la primera vez?

—Estaban de vacaciones, y ella temía que, si iba a otro médico, él dijera a sus padres lo que ocurría.

—¿Eran fuertes los síntomas?

—Fiebre, escalofríos, dolor genital.

—¿Qué hizo ella?

—Dijo a su madre que tenía calambres y estuvo dos días en cama.

—¿Y la madre?

—¿Qué quiere saber de la madre?

—¿La creyó?

—Aparentemente.

—¿Y esta vez?

—La chica dijo que volvía a tener calambres y que quería que yo la visitara. Yo era su médico desde que tenía siete años.

—¿Por qué la acompañaba su madre?

Ella miraba el fondo de la taza al contestar.

—La *signora* Trevisan ha sido siempre una madre sobreprotectora. Cuando Francesca era pequeña, me llamaba en cuanto tenía un poco de fiebre. Había inviernos en los que me pedía que fuera a su casa dos veces al mes.

—¿Iba usted?

—Al principio, sí. Hacía poco que había terminado la carrera. Después he ido descubriendo cuáles son las personas que te llaman cuando están realmente enfermas y cuáles las que... en fin, te llaman sin tanta necesidad.

—¿La *signora* Trevisan también la hacía ir a su casa cuando no se encontraba bien?

—No. Nunca. Ella iba al consultorio.

—¿Y qué tenía?

—Eso me parece que no hace al caso, comisario -dijo ella, sorprendiéndole con el tratamiento. Él no insistió.

—¿Qué contestó la muchacha a sus otras preguntas?

—Dijo que su pareja no usaba condón. Que, según él, eso restaba placer.
— Sonrió torciendo la boca, como si le doliera oírse a sí misma repetir un tópico tan egoísta.

—¿Pareja, en singular?

—Sí; según ella, era uno solo.

—¿Le dijo quién era?

—No pregunté. No era asunto mío.

—¿La creyó? ¿Que era uno solo?

—No tenía por qué no creerla. Como le he dicho, la conozco desde niña. Por lo que yo sabía de ella, me pareció que decía la verdad.

—¿Y la revista que la madre le arrojó a la cara? — preguntó Brunetti.

Ella lo miró con evidente sorpresa.

—Ah, mi hermana. Cuando ella cuenta algo, no se calla nada. — Pero no parecía haber enojo en su voz, sólo la admiración que debía de sentir, aun a regañadientes, a Brunetti no le cabía duda, quien hubiera pasado la vida al lado de Elettra-. Eso fue después -prosiguió la mujer-. Aquel día, cuando salimos del gabinete de reconocimiento, la *signora* Trevisan exigió que le dijera qué le pasaba a Francesca. Yo respondí que se trataba de una pequeña infección que se resolvería rápidamente. Pareció satisfecha y se fueron.

—¿Cómo se enteró ella de la verdad? — preguntó Brunetti.

—Por el medicamento, Zovirax. Es específico para el herpes. No podía tomarlo por otra razón. La *signora* Trevisan tiene un amigo farmacéutico y le preguntó, estoy segura que con la mayor naturalidad e inocencia, cuáles eran las indicaciones. Él se las dijo. No se usa para nada más, o muy raramente. Al día siguiente volvió al consultorio, sin Francesca, y me dijo cosas muy ofensivas. — Se interrumpió.

—¿Qué cosas?

—Me acusó de haber preparado un aborto para Francesca. Yo le dije que se marchara del consultorio, y entonces fue cuando ella agarró la revista y me la tiró. Dos pacientes, hombres mayores, que estaban en la sala de espera, la agarraron uno de cada brazo y la sacaron de allí. No he vuelto a verla.

—¿Y la chica?

—Como le decía, la he visto en la calle un par de veces, pero ya no es paciente mía. Un médico me llamó, para pedirme la confirmación del diagnóstico, y se la di. Yo ya había enviado los dos historiales médicos a la *signora* Trevisan.

—¿Sospecha usted de dónde pudo ella sacar la idea de que usted había preparado un aborto?

—Ni por asomo. De todos modos, yo no podría hacer tal cosa sin el consentimiento de los padres.

Chiara, la hija de Brunetti, tenía catorce años, los mismos que tenía entonces Francesca. Se preguntó cómo reaccionarían él y su mujer a la noticia de que la niña tenía una infección de transmisión sexual. Desechó el pensamiento con un sentimiento que identificó como horror.

—¿Por qué es usted reacia a hablarme del historial de la *signora* Trevisan?

—Ya se lo he dicho, porque me parece que no hace al caso.

—Y yo he dicho también que cualquier cosa puede ser importante -dijo él tratando de suavizar el tono y quizá consiguiéndolo.

—¿Y si le dijera que sufre de dolor de espalda?

—De ser así, no hubiera tenido inconveniente en decirlo la primera vez que se lo he preguntado.

Ella no dijo nada durante un momento y luego movió la cabeza.

—No. Era paciente mía, y no puedo decir nada.

—¿No puede o no quiere?

Ella le miraba sin pestañear.

–No puedo -repitió, y entonces desvió la mirada para consultar su reloj. Él observó que era de Snoopy-. Tengo que hacer otra visita antes del almuerzo.

Brunetti comprendió que no podía sino acatar la decisión.

–Gracias por su tiempo y por su información -dijo con sinceridad. En tono más personal, agregó-: Es curioso que hasta ahora no me diera cuenta de que usted y Elettra eran hermanas.

–Ella tiene cinco años menos.

–No pensaba en el parecido físico -dijo él en respuesta al inquisitivo gesto que ella había hecho con el mentón-. Sus caracteres. Son muy similares.

La sonrisa de ella fue rápida y amplia.

–Eso nos lo dice mucha gente.

–Es lógico -reconoció Brunetti.

Ella no dijo nada, pero al cabo de un instante se echó a reír con auténtico regocijo. Sin dejar de reír, apartó la silla y alargó la mano hacia el abrigo. Él la ayudó a ponérselo, miró la cuenta y dejó dinero en la mesa. Ella empuñó su maletín marrón y juntos salieron a la *piazza*, donde descubrieron que hacía aún más calor que antes.

–La mayoría de mis pacientes están convencidos de que esto es señal de que el invierno va a ser terrible -dijo ella abarcando con un ademán la plaza y la luz que la inundaba. Bajaron los tres escalones y se encaminaron hacia el *campanile*.

–¿Y si hiciera más frío de lo normal, qué dirían? – preguntó Brunetti.

–Oh, dirían lo mismo, que era señal de que tendríamos un invierno malo -respondió ella, imperturbable. Los dos eran venecianos y comprendían el sentido de aquella aparente contradicción.

–Somos un pueblo pesimista, ¿verdad? – preguntó Brunetti.

–Tuvimos un imperio. Ahora... -dijo ella repitiendo el ademán que abarcaba la Basílica, el *campanile* y, debajo, Sansovino's Loggetta-, lo único que tenemos es esta Disneylandia. Creo que eso justifica el pesimismo.

Brunetti asintió, pero no dijo nada. No estaba de acuerdo. Eran momentos que se daban muy de tarde en tarde, pero para él las glorias de la ciudad aún pervivían.

Se despidieron al pie del *campanile*, y ella se fue a casa de su paciente, que vivía en Campo della Guerra y él, hacia Rialto, a casa, a almorzar.

8

Aún estaban las tiendas abiertas cuando Brunetti llegó a su barrio, entró en la tienda de comestibles de la esquina y compró cuatro botellas de agua mineral en envase de vidrio. En un momento de debilidad y conciencia ecologista había accedido a secundar el boicot familiar a los envases de plástico y, al igual que su esposa e hijos -eso había que concedérselo-, había adquirido la costumbre de entrar en la tienda cada vez que pasaba por delante, a comprar unas cuantas botellas. A veces se preguntaba si el resto de la familia se bañaba en agua mineral a espaldas suyas, por la rapidez con que desaparecía.

Al llegar al cuarto piso dejó la bolsa de las botellas en el último escalón y sacó las llaves. Dentro se oía el boletín de noticias de la radio, que seguramente hablaba a un ávido auditorio acerca del caso Trevisan. Abrió la puerta, introdujo las botellas y cerró. Sonaba en la cocina una voz monótona: «... niega todos los cargos presentados contra él e invoca veinte años de leales servicios prestados al partido cristianodemócrata en prueba de su dedicación a la justicia. Desde su celda de la prisión Regina Coeli, no obstante, Renato Mustacci, confeso asesino de la Mafia, mantiene que seguía órdenes del senador cuando él y otros dos hombres mataron a tiros al juez Filippo Preside y a su esposa, en Palermo, en mayo del año pasado».

El solemne sonsonete del locutor fue seguido por una canción que anunciaba un detergente, sobre la que se oyó la voz de Paola, que hablaba consigo misma, con frecuencia, su interlocutora predilecta.

—Cerdo asqueroso, embustero como todos los de su calaña. Dedicación a la justicia. Dedicación a la justicia... -Siguió uno de los más contundentes epítetos del idioma que, curiosamente, su esposa solía utilizar únicamente cuando hablaba sola. Al oírle andar por el pasillo se volvió hacia él: ¿Has oído, Guido? ¿Tú has oído eso? Los tres asesinos dicen que él les encargó que mataran al juez y él habla de su dedicación a la justicia. Tendrían que sacarlo a la plaza y colgarlo. Pero es parlamentario, y no se le puede tocar. Habría que encerrarlos a todos. Meter a todo el Parlamento en la cárcel. Así nos ahorraríamos tiempo y complicaciones.

Brunetti cruzó la cocina y se agachó para guardar las botellas en el armario bajo situado al lado del frigorífico. Sólo quedaba una de las cinco que había subido la víspera.

—¿Qué hay para almorzar?

Ella dio un paso atrás y le apuntó al corazón con un índice acusador.

—La República se hunde y él sólo piensa en la comida -dijo dirigiéndose al oyente invisible que durante más de veinte años había sido mudo testigo de su matrimonio-. Guido, esos canallas nos destruirán a todos. Quizá ya nos han destruido. Y tú quieres saber qué hay para almorzar.

Brunetti reprimió el comentario de que una persona que usaba prendas de cachemir de Burlington Areade no era la más indicada para lanzar soflamas revolucionarias y sólo dijo:

—Dame de comer, Paola, para que pueda mantener mi propia dedicación a la justicia.

Esto bastó para recordar a Paola el caso Trevisan, que era lo que pretendía Brunetti, e inmediatamente abandonó sus diatribas políticas para preguntar con interés, apagando la radio:

—¿Te lo han dado a ti?

Brunetti asintió mientras se ponía de pie.

—Él ha dicho que como ahora yo no tenía nada que hacer de particular, podía encargarme de eso. Le ha llamado el alcalde, así que no te cuento cómo está. — No había necesidad de especificar quién era «él».

Tal como Brunetti esperaba, Paola olvidó momentáneamente todas sus consideraciones sobre la justicia y la ética política.

—La noticia que he leído sólo decía muerto por disparos. En el tren de Turín.

—Llevaba billete de Padua. Estamos tratando de averiguar qué había ido a hacer allí.

—¿Una mujer?

—Quizá. Aún es pronto para hacer conjeturas. ¿Qué hay para almorzar?

—*Pasta fagioli y cotoletta.*

—¿Ensalada?

—Guido -dijo ella frunciendo los labios y mirando al techo-, ¿puedes decirme cuándo no hay ensalada con las chuletas?

En lugar de contestar, él preguntó a su vez:

—¿Queda todavía *dolcetto* de aquel tan bueno?

—No sé. Abrimos una botella la semana pasada.

Él musitó algo entre dientes y volvió a arrodillarse delante del armario bajo. Detrás del agua mineral había tres botellas de vino, pero todo, blanco. Al levantarse de nuevo, él preguntó:

—¿Dónde está Chiara?

—En su cuarto. ¿Por qué?

—Quiero pedirle un favor.

Paola miró su reloj.

—Es la una menos cuarto, Guido. Las tiendas estarán cerradas.

—Puede ir a Do Mori. No cierran hasta la una.

—¿Vas a pedirle que vaya hasta allí sólo para que te traiga una botella de *dolcetto*?

—Tres -dijo él saliendo de la cocina y alejándose por el pasillo en dirección a la habitación de Chiara. Llamó a la puerta y a su espalda oyó otra vez la radio.

—*Avanti, papà* -gritó Chiara.

Él abrió la puerta y entró en la habitación. La cama en la que su hija estaba echada tenía un dosel con volantes blancos. En el suelo había unos zapatos, una bolsa de libros y una chaqueta. Los postigos estaban abiertos y la luz de mediodía caía sobre los osos y otra fauna de trapo que compartían la cama con su dueña. Chiara se apartó de los ojos un mechón de pelo rubio ceniza y le dedicó una sonrisa que rivalizaba con la luz que entraba por la ventana.

—*Ciao, dolcezza* -dijo él al entrar.

—Llegas temprano, papá.

—No, justo a tiempo. ¿Estabas leyendo?

Ella asintió mirando otra vez el libro.

—Chiara, ¿querrías hacerme un favor?

Ella observó a su padre por encima del libro.

—Di, Chiara.

—¿Adónde? — preguntó ella.

—A Do Mori.

—¿Qué es lo que se nos ha acabado?

—*Dolcetto*.

—Oh, papá, ¿por qué no bebes otra cosa con el almuerzo?

—Porque quiero *dolcetto*, tesoro.

–Voy si me acompañas.

–Para eso, voy solo.

–Pues ve, papá.

–Es que no quiero ir, Chiara. Por eso te pido que vayas tú.

–¿Por qué tengo que ir yo?

–Porque yo trabajo mucho para mantenerlos a todos.

–*Mamma* también trabaja.

–Sí, pero con mi dinero pagamos la casa y las cosas de la casa.

Ella dejó el libro abierto boca abajo encima de la cama.

–*Mamma* dice que eso es chantaje capitalista, y que cuando lo utilizas no tengo que ceder.

–Chiara -dijo él en voz muy baja-, tu madre es una agitadora subversiva resentida.

–Entonces, ¿por qué siempre estás repitiendo que tengo que hacer todo lo que ella diga?

Él suspiró profundamente. Al observarlo, Chiara se deslizó hasta el borde de la cama y pescó los zapatos con la punta de los pies.

–¿Cuántas botellas? – preguntó hoscamente.

–Tres.

La niña se agachó para atarse los zapatos. Brunetti extendió la mano y le acarició la cabeza, pero ella se hizo a un lado rehuyéndole. Cuando se hubo calzado se enderezó recogiendo la chaqueta del suelo con un brusco tirón. Pasó junto a su padre sin decir nada y salió al pasillo.

–Pide el dinero a tu madre -gritó él, y se fue al cuarto de baño. Mientras se lavaba las manos oyó cerrarse la puerta de la escalera.

Volvió a la cocina, donde Paola estaba poniendo la mesa, pero sólo para tres.

–¿Dónde está Raffi? – preguntó Brunetti.

–Esta tarde tiene un examen oral, y pasará el día en la biblioteca.

–¿Y qué comerá?

–Tomará unos bocatas por ahí.

–A un examen hay que ir bien comido.

Ella le miró y sacudió la cabeza.

–¿Qué te pasa? – preguntó él.

–Nada.

–No, dime. ¿Por qué meneas la cabeza?

–A veces no me explico cómo pude casarme con un hombre tan vulgar.
–¿Vulgar? – De todos los insultos que Paola le había lanzado en sus años de matrimonio, éste le pareció el peor-. ¿Vulgar? – repitió.

Ella titubeó y luego decidió explicarse:

–Primero, coaccionas a tu hija para que baje a comprar un vino que ella no bebe y luego te preocupa si tu hijo come. No si estudia, sino si come.

–¿Qué debería preocuparme entonces?

–Que no estudie.

–Durante todo este año no ha hecho más que estudiar, estudiar y pasearse por la casa pensando en Sara.

–¿A qué viene ahora Sara?

Y a qué venía todo aquello, se preguntó Brunetti.

–¿Qué te ha dicho Chiara? – preguntó.

–Que ella te había pedido que la acompañaras y le has dicho que no.

–Para acabar yendo yo, no necesitaba pedírselo a ella.

–Siempre estás diciendo que te gustaría pasar más tiempo con tus hijos y, cuando tienes la ocasión, la desperdicias.

–Yendo a un bar a comprar una botella de vino no es la forma en que a mí me gusta pasar el tiempo con mis hijos.

–¿Entonces cómo? ¿Sentado a una mesa explicándoles que el dinero da poder a las personas?

–Paola -dijo él recalcando las tres sílabas del nombre-, no sé a qué viene todo esto, pero tengo la impresión de que no tiene nada que ver con el hecho de haber enviado a Chiara a comprar vino.

Ella se encogió de hombros y se volvió hacia la olla que hervía en el fogón.

–¿Qué ocurre, Paola? – preguntó él sin moverse pero abrazándola con la voz.

Su mujer volvió a encoger los hombros.

–Vamos, Paola, dime qué es.

Ella siguió de espaldas y dijo en voz baja:

–Empiezo a sentirme vieja, Guido. Raffi tiene novia y Chiara ya es casi una mujer. Pronto cumpliré los cincuenta. – Él se sorprendió del cálculo, pero no hizo comentarios-. Sé que es una estupidez, pero me deprime, me siento caduca, como si lo mejor de mi vida hubiera acabado ya. – Santo Dios, y le llamaba vulgar a él.

Guido seguía escuchando, pero ella parecía haber terminado.

Paola levantó la tapadera y una nube de vapor la envolvió un momento. Con una cuchara de madera removi6 en la olla, sin que ello le diera aspecto de bruja. Brunetti trataba de observarla fríamente, aunque le era casi imposible hacer abstracción del amor y la familiaridad de más de veinte años de convivencia, y veía a una mujer alta y delgada de poco más de cuarenta años y cabello rubio tostado que le llegaba por los hombros. Ella se volvió a mirarle un momento y él vio la nariz larga, los ojos oscuros y la boca grande que le encantaba.

—¿Significa que voy a tener que cambiarte? —aventuró él.

Ella trató de reprimir la sonrisa, pero tuvo que rendirse.

—¿Soy una tonta? —preguntó.

Él iba a decirle que, si lo era, no era una tonta original, cuando se abrió la puerta de la escalera y Chiara entró en tromba en el apartamento.

—Papá -gritó desde el recibidor-, no me has dicho nada.

—¿No te he dicho qué, Chiara?

—Que han matado al padre de Francesca.

—¿La conoces? —preguntó Brunetti.

Chiara venía por el pasillo con el bolso de tela en la mano. Era evidente que la curiosidad había disipado su enfado.

—Íbamos juntas a primaria. ¿Tú buscarás al asesino?

—Voy a contribuir -dijo él, remiso a someterse a lo que sabía que sería un interrogatorio implacable-. ¿La conocías mucho?

—No, qué va -dijo ella, sorprendiéndole al no atribuirse la condición de mejor amiga y, por consiguiente, depositaría de información que él pudiera desear-. Ella iba siempre con la Pedrocci, ya sabes, la de los gatos. Olía a gato y nadie quería ser amiga suya. Menos Francesca.

—¿Tenía Francesca otras amigas? —preguntó Paola, interesada a su vez y, por ello, cómplice voluntaria del intento de su marido por sonsacar a su propia hija-. No creo haberla visto nunca.

—No, ella nunca vino a casa. Quien quisiera jugar con ella tenía que ir a su casa. Su *mamma* lo quería así.

—¿Iba a su casa la niña de los gatos?

—Oh, sí. Su padre es juez, de modo que a la *signora* Trevisan no le importaba que oliera. —Brunetti quedó asombrado por la claridad con que

su hija veía el mundo. Aún no sabía qué camino tomaría Chiara, pero era indudable que llegaría lejos.

—¿Cómo es la *signora* Trevisan? — preguntó Paola lanzando una mirada a Brunetti, que movió la cabeza afirmativamente. Muy hábil. Él tomó una silla y se sentó a la mesa.

—*Mamma*, ¿por qué no dejas que las preguntas las haga papá, ya que él es el que quiere enterarse? — Sin esperar la respuesta de su madre, Chiara cruzó la cocina y se sentó en las rodillas de su padre, colocando las ya olvidadas, o perdonadas, botellas en la mesa-. ¿Qué quieres saber, papá? — Bueno, por lo menos no le había llamado comisario.

—Todo lo que recuerdes, Chiara. Quizá puedas decirme por qué siempre las niñas tenían que ir a jugar a su casa.

—Francesca no lo sabía, pero una vez, hace unos cinco años, dijo que le parecía que era porque sus padres temían que la secuestraran. — Antes de que Brunetti o Paola pudieran comentar que eso les parecía absurdo, Chiara prosiguió:- Ya sé que resulta estúpido, pero es lo que dijo. Quizá lo dijera para darse importancia. De todos modos, como nadie le hizo caso, no volvió a decirlo. — Miró a mi madre y preguntó:- ¿Cuándo comeremos, *mamma*? Tengo tanta hambre que me parece que voy a desmayarme -y con un gemido se dejó caer, pero no llegó al suelo, porque Brunetti, instintivamente, la sujetó y la atrajo hacia sí.

—Comedia -le susurró al oído y empezó a hacerle cosquillas, agarrándola con un brazo mientras le hurgaba en el costado con los dedos de la otra mano.

Chiara gritaba y braceaba jadeando de angustia y de gusto.

—No, papá, no. Basta, déjame... -La risa ahogó el resto de la frase.

Antes del almuerzo se restableció el orden, pero era precario. Por acuerdo tácito, sus padres no hicieron más preguntas a Chiara acerca de la *signora* Trevisan y su hija. Durante todo el almuerzo, para irritación de Paola, Brunetti hacía amagos de cosquillas en dirección a Chiara, que estaba sentada a su lado, provocándole risitas nerviosas, que hacían desear a Paola tener autoridad suficiente para enviar a un comisario de policía a su habitación sin comer.

Un Brunetti bien alimentado salió de casa inmediatamente después del almuerzo y se encaminó a la *questura*, parando por el camino a tomar café, con la esperanza de que le despejara el sopor provocado por la buena mesa y por la tibia temperatura de la tarde. Una vez en el despacho, colgó la gabardina y fue al escritorio a revisar los papeles llegados durante su ausencia. Tal como esperaba, allí estaba el informe de la autopsia, no el oficial, sino el que debía de haber mecanografiado la *signorina* Elettra con los datos dictados por teléfono.

La pistola con la que habían matado a Trevisan era de pequeño calibre, una 22 de prácticas de tiro, no un arma pesada. Como Brunetti suponía, una de las balas había seccionado una arteria del corazón, provocando la muerte, casi instantánea. La otra, a juzgar por el orificio de entrada, había quedado alojada en el estómago. Las heridas indicaban que los disparos se habían hecho a no más de un metro de distancia y, a juzgar por la trayectoria, Trevisan estaba sentado y su asesino, de pie y a su derecha.

Trevisan había tomado una cena abundante poco antes de su muerte, con una cantidad de alcohol moderada, no lo suficiente como para afectar a sus reacciones. Aparte cierto sobrepeso, Trevisan parecía gozar de buena salud. No se apreciaban síntomas de enfermedad grave, aunque le había sido practicada una operación de apéndice y una vasectomía. Según el forense, no había razón para que no hubiera podido vivir veinte años más, salvo enfermedad o accidente, naturalmente.

—Dos décadas robadas -dijo Brunetti entre dientes al leerlo, y pensó en las cosas que puede hacer un hombre en veinte años: ver madurar a un hijo o crecer a un nieto, conseguir el éxito profesional, incluso escribir un poema. Y Trevisan ya no tendría ocasión de hacer estas cosas ni ninguna otra. Brunetti siempre había pensado que uno de los aspectos más crueles del asesinato era este robo, esta definitiva privación a la víctima de la posibilidad de conseguir algo en la vida. Él había sido educado en la fe católica, y era consciente de que para mucha gente, el mayor de los horrores era el de que se arrebatara a la víctima la ocasión de arrepentirse. Recordaba el pasaje del *Inferno* en el que Dante oye de labios de Francesca da Rimini la queja de haber sido «arrojada inconfesa a mi perdición». Aunque no era creyente, no era insensible a los principios de la fe y comprendía que para mucha gente esta perspectiva era aterradora.

El sargento Vianello llamó a la puerta y entró en el despacho, con una de las carpetas azules de la *questura* en la mano.

—Este hombre estaba limpio -dijo sin preámbulos, poniendo la carpeta en la mesa de Brunetti-. Por lo que a nosotros se refiere, como si nunca hubiera existido. No tenemos más datos que los de su solicitud de pasaporte, que renovó... -Vianello abrió la carpeta para comprobar la fecha-... hace cuatro años. Aparte de eso, nada.

Esto en sí no tenía nada de extraño. Muchas personas no atraían la atención de la policía hasta el día en que padecían las consecuencias de la violencia fortuita: un automovilista borracho, un violador, un atracador. Pero muy pocas de esas personas eran víctimas de algo que tenía todas las trazas de ser un asesinato profesional.

—Estoy citado con la viuda esta tarde a las cuatro -dijo Brunetti.

Vianello asintió.

—Tampoco tenemos nada acerca de la familia inmediata.

—¿No le parece extraño?

Vianello reflexionó y dijo:

—Es normal que haya personas, incluso familias enteras, que no tienen antecedentes.

—Entonces, ¿por qué resulta extraño? — preguntó Brunetti.

—Porque la pistola era del calibre veintidós. — Los dos sabían que era el arma utilizada por muchos asesinos profesionales.

—¿Alguna posibilidad de identificarla?

—Ninguna, aparte el tipo -dijo Vianello-. He enviado copia de la información de las balas a Roma y a Ginebra. — Los dos sabían que era poco probable que esto reportara información útil.

—¿Y en la estación?

Vianello repitió lo que los agentes habían averiguado la noche antes.

—Esto no ayuda mucho, ¿verdad, *dottore*?

Brunetti movió la cabeza y preguntó:

—¿Qué hay del bufete?

—Cuando llegué, casi todos se habían ido a almorzar. He hablado con una secretaria que lloraba, y con el abogado que parecía estar al frente -dijo Vianello y al cabo de un momento agregó-: Y que no lloraba.

—¿No? — preguntó Brunetti mirando a su sargento con interés.

—No, señor. En realidad, no me ha parecido afectado por la muerte de Trevisan.

—¿Ni por las circunstancias?

—¿Porque fuera asesinado?

—Sí.

—Eso pareció impresionarle, desde luego. He deducido que no sentía gran estima por Trevisan, pero el que hubiera sido asesinado lo impresionaba.

—¿Qué ha dicho?

—Pues en realidad, nada -respondió Vianello, y explicó-: Lo que me ha llamado la atención es lo que no ha dicho, esas cosas que todos decimos cuando se muere alguien, aunque no fuera santo de nuestra devoción. Que ha sido una tragedia, que lo sentía mucho por la familia, que es una pérdida irreparable. — Él y Brunetti habían oído estas frases infinidad de veces, y ya no les sorprendía su falta de sinceridad. Lo sorprendente era que alguien no se molestara en decirlas.

—¿Algo más?

—No, señor. La secretaria ha dicho que mañana irán todos a trabajar. Esta tarde no, por respeto. De modo que mañana volveré para hablar con los demás. — Antes de que Brunetti pudiera preguntar, Vianello dijo-: He llamado a Nadia y le he pedido que vea qué puede averiguar. A él no lo conocía, pero cree recordar que es el que, hará cinco años por lo menos, tramitó el testamento del dueño de la zapatería de Via Garibaldi. Llamará a la viuda. Y ha dicho que preguntará en el vecindario.

Brunetti asintió. Aunque no estaba en nómina, la esposa de Vianello era una excelente fuente de la clase información que no suele guardarse en los archivos oficiales.

—Me gustaría comprobar sus finanzas -dijo Brunetti-. Lo de siempre, cuentas bancarias, declaraciones de impuestos, patrimonio. Y vea si puede hacerse una idea de lo que ingresa el bufete al año. — Aunque eran cuestiones de rutina, Vianello tomó nota.

—¿Digo a Elettra que vea lo que puede encontrar? — preguntó Vianello.

Esta pregunta invariablemente sugería a Brunetti la imagen de la *signorina* Elettra envuelta en una larga túnica y tocada con un turbante -el turbante, siempre de brocado y adornado con piedras preciosas- con la mirada fija en la pantalla del ordenador del que ascendía una fina columna

de humo. Brunetti era incapaz de adivinar cómo se las ingeniaba, pero ella siempre conseguía extraer información financiera, y también personal, de víctimas y sospechosos que sorprendía incluso a sus mismas familias y socios. Brunetti intuía que nadie podía sustraerse a su habilidad informática y a veces se preguntaba si no la utilizaría para husmear en la vida privada de aquellos con los que y para los que trabajaba.

—Sí, a ver qué encuentra. Y también me gustaría tener una lista de sus clientes.

—¿De todos?

—Sí.

Vianello asintió y tomó nota, aunque sabía que esto sería mucho más difícil de conseguir. Era casi imposible conseguir que los abogados dieran los nombres de sus clientes. Las únicas personas más reservadas que ellos a este respecto eran las prostitutas.

—¿Algo más, comisario?

—No, tengo que hablar con la viuda dentro de... -miró el reloj-... media hora. Si me dice algo que pueda servirnos, volveré; si no, ya nos veremos mañana.

Dándose por despedido, Vianello guardó la libreta en el bolsillo, se levantó y volvió a la oficina de la planta baja.

Brunetti salió de la *questura* cinco minutos después y subió hacia Riva degli Schiavoni, donde tomó el *vaporetto* 1. Desembarcó en Santa Maria del Giglio, giró hacia la izquierda en el hotel Ala, cruzó dos puentes, cortó hacia la derecha por una estrecha calle que salía al Gran Canal y se detuvo ante la última puerta de la parte izquierda. Tocó el timbre marcado Trevisan y, cuando se abrió la puerta con un chasquido, subió al segundo piso.

En lo alto de la escalera había una puerta abierta y, en el vano, un hombre de cabello gris con un abdomen considerable, sabiamente disimulado por el buen corte del traje. Cuando Brunetti llegaba a lo alto de la escalera, el hombre preguntó, sin ofrecerle la mano:

—¿El comisario Brunetti?

—Sí. ¿El *signor* Lotto?

El hombre asintió, pero tampoco ahora le dio la mano.

—Pase. Mi hermana lo espera.

Aunque Brunetti llegaba tres minutos antes de la hora, el hombre hablaba como si hubiera hecho esperar a la viuda.

Las paredes de uno y otro lado del recibidor estaban cubiertas de espejo, lo que creaba la ilusión de que el pequeño espacio estaba lleno de duplicados de Brunetti y del hermano de la *signora* Trevisan. El reluciente suelo a cuadros blancos y negros hizo pensar a Brunetti que él y su reflejo se movían sobre un tablero de ajedrez y que el otro hombre era el adversario.

—Estoy muy agradecido a la *signora* Trevisan por haber accedido a recibirme -dijo Brunetti.

—Yo le aconsejé que no lo recibiera -dijo el hermano de la viuda hoscamente-. No debería ver a nadie. Esto es terrible. — La mirada que el hombre dirigió a Brunetti hizo que éste se preguntara si hablaba del asesinato o de la presencia de Brunetti en la casa mortuoria.

Cortando por delante de Brunetti, el hombre lo llevó por un pasillo y abrió una puerta a la izquierda. Resultaba difícil adivinar cuál era la utilidad de aquella habitación: no había libros ni televisor, sólo cuatro sillas, una en cada ángulo. Las dos ventanas tenían cortinas verde botella. Entre las dos, una mesa redonda con un jarrón de flores secas en el centro. Nada más, ningún indicio sobre el objeto o función de la pieza.

—Espere aquí -dijo Lotto saliendo de la habitación.

Brunetti se quedó quieto un momento, luego se acercó a una ventana y apartó la cortina. Frente a él estaba el Gran Canal, que relucía al sol y, a la izquierda, el Palazzo Darío. Las piezas doradas del mosaico que cubría su fachada reflejaban el reverbero de la luz en el agua, lo desmenuzaban y lo devolvían al canal. Pasaban embarcaciones y, con ellas, los minutos.

Brunetti oyó abrirse la puerta a su espalda y se volvió para saludar a la viuda Trevisan, pero la que había entrado en la habitación era una muchacha con una melena oscura hasta los hombros que, al ver a Brunetti junto a la ventana, salió tan aprisa como había entrado, cerrando la puerta. Unos minutos después volvió a abrirse la puerta, y entró una mujer de unos cuarenta años. Llevaba un sencillo vestido de lana negra y zapatos de tacón alto que la elevaban casi hasta la estatura de Brunetti. La forma de su rostro era igual a la del de su hija y el pelo, también hasta los hombros, tenía el mismo tono castaño, aunque con indicios de ayuda química. Sus ojos, muy separados como los de su hermano, tenían una expresión inteligente y un brillo más de curiosidad, pensó Brunetti, que de lágrimas.

La mujer cruzó hasta Brunetti y le tendió la mano.

—¿Comisario Brunetti?

—Sí, *signora*. Siento que tengamos que conocernos en estas circunstancias. Le agradezco que haya accedido a recibirme.

—Deseo hacer cuanto pueda para ayudarle a encontrar al asesino de Carlo. — Tenía la voz suave y un ligero acento de Florencia. Miró en derredor, como si viera la habitación por primera vez-. ¿Por qué le ha traído aquí Ubaldo? — preguntó y agregó volviéndose hacia la puerta-: Venga conmigo.

Brunetti la siguió al pasillo, donde ella giró hacia la derecha y abrió otra puerta. La habitación en la que entraron era mucho mayor que la primera y tenía tres ventanas, que daban a *campo* San Maurizio. Parecía un despacho o una biblioteca. La mujer lo llevó hacia dos mullidas butacas, se sentó en una y ofreció la otra a Brunetti con un ademán.

Brunetti se sentó, fue a cruzar las piernas, pero se dio cuenta de que la butaca era muy baja como para que resultara cómoda la postura. Apoyó los codos en los brazos y juntó las manos frente al estómago.

—¿Qué desea saber, comisario? — preguntó la *signora* Trevisan.

—Me gustaría que me dijera si, durante las últimas semanas, o quizá meses, su marido parecía preocupado o nervioso, o si su conducta había cambiado de algún modo extraño.

Ella esperó hasta cerciorarse de que él había terminado la pregunta, luego reflexionó y dijo:

—No, que yo recuerde. Carlo estaba siempre muy absorbido por su trabajo. Con los cambios políticos de los últimos años y la apertura de nuevos mercados, estaba muy ocupado. Pero no, durante estos últimos meses no me ha parecido especialmente nervioso, no más de lo que normalmente justificaría su trabajo.

—¿Le había hablado de algún caso en el que estuviera trabajando o quizá de algún cliente que le preocupara especialmente?

—No, nada de eso.

Brunetti esperaba.

—Tenía un cliente nuevo -dijo ella al fin-. Un danés que quería abrir un negocio de importación, quesos y mantequilla, según creo, y que tenía dificultades con las normas de la Unión Europea. Carlo estaba tratando de encontrar la forma de que él pudiera transportar su mercancía a través de

Francia en lugar de Alemania. O quizá era al revés. Estaba muy atareado con esto, pero no disgustado.

—¿Y en el bufete? ¿Cómo eran sus relaciones con sus empleados?
¿Normales? ¿Amistosas?

Ella juntó las manos en el regazo y se las contempló.

—Creo que sí. Desde luego, nunca dijo tener problemas con el personal. De haberlos tenido, estoy segura de que me lo hubiera dicho.

—¿Es cierto que la firma era suya en su totalidad, que los otros abogados eran simples asalariados?

—¿Cómo dice? — Ella le miraba ahora con extrañeza—. No entiendo la pregunta.

—¿Los otros abogados participaban de los beneficios del bufete o eran empleados?

Ella levantó la mirada de las manos y la posó en Brunetti.

—Lo siento, pero no puedo responder a eso, *dottor* Brunetti. No sé casi nada de los asuntos profesionales de Carlo. Tendrá que hablar con su apoderado.

—¿Y quién es el apoderado, *signora*?

—Ubaldo.

—¿Su hermano?

—Sí.

—Comprendo -respondió Brunetti. Después de una pausa, prosiguió:- Me gustaría hacerle unas preguntas acerca de su vida personal, *signora*.

—¿Nuestra vida personal? — repitió ella, como si nunca hubiera oído la expresión. En vista de que él no decía nada, la mujer movió la cabeza de arriba abajo, para indicarle que podía empezar.

—¿Cuánto tiempo llevaban de matrimonio?

—Diecinueve años.

—¿Cuántos hijos tiene, *signora*?

—Dos. Claudio, de diecisiete años y Francesca, de quince.

—¿Van a la escuela en Venecia?

Ella le miró fijamente.

—¿Por qué lo pregunta?

—Yo tengo una hija de catorce años, Chiara, y he pensado que a lo mejor se conocen -respondió él con una sonrisa, para demostrar la inocencia de la pregunta.

—Claudio estudia en Suiza, pero Francesca está aquí, con nosotros, quiero decir conmigo -rectificó ella, pasándose la mano por la frente.

—¿Diría usted que el suyo era un matrimonio feliz, *signora*?

—Sí -respondió ella inmediatamente, con mucha más rapidez de la que hubiera contestado Brunetti a esta misma pregunta, aunque hubiera dado la misma respuesta. De todos modos, ella no se extendió en explicaciones.

—¿Podría decirme si tenía su marido amigos íntimos o socios?

Ella levantó la mirada, pero volvió a bajarla a sus manos.

—Nuestros amigos más íntimos son los Nogare, Mirto y Graziella. Él es arquitecto y viven en *campo* Sant'Angelo. Son los padrinos de Francesca. De socios no sé nada, tendrá que preguntar a Ubaldo.

—¿Otros amigos, *signora*?

—¿Para qué necesita saber todo esto? — dijo ella levantando la voz con sequedad.

—Me gustaría saber más cosas de su marido, *signora*.

—¿Por qué? — La pregunta saltó de su garganta, casi a pesar suyo.

—Mientras no sepa qué clase de persona era, no podré comprender por qué ha ocurrido esto.

—¿Un robo? — preguntó ella, casi con sarcasmo.

—No fue robo, *signora*. Lo mataron deliberadamente.

—Nadie podía tener motivos para matar a Carlo -insistió ella. Brunetti, que había oído esto más veces de las que deseaba recordar, no dijo nada.

De pronto, la *signora* Trevisan se puso de pie.

—¿Tiene usted más preguntas? Si no es así, me gustaría volver junto a mi hija.

Brunetti se levantó y extendió la mano.

—De nuevo, muchas gracias por haber accedido a hablar conmigo, *signora*. Comprendo el doloroso trance por el que atraviesan usted y su familia, y le deseo que encuentre el valor necesario para superarlo. — Aún no había acabado de hablar cuando comprendió que sus palabras eran los formulismos que se utilizan cuando no se percibe un dolor verdadero, como ocurría en este caso.

—Gracias, comisario -dijo ella imprimiendo en su mano un leve apretón y yendo hacia la puerta. La sostuvo abierta mientras él salía y lo acompañó al recibidor. Los otros miembros de la familia no daban señales de vida.

Brunetti saludó a la viuda con una inclinación de cabeza y empezó a bajar la escalera mientras a su espalda la puerta se cerraba con suavidad. Parecía extraño que, al cabo de casi veinte años de matrimonio, una mujer no supiera nada de los negocios del marido. Y más extraño todavía cuando su propio hermano era el apoderado. ¿De qué hablaban durante las comidas familiares? ¿De fútbol? Todas las personas que Brunetti conocía detestaban a los abogados. Brunetti detestaba a los abogados. Por lo tanto, no podía creer que un abogado no tuviera enemigos, especialmente si era famoso y rico. Al día siguiente hablaría de esto con Lotto, que quizá fuera más explícito que su hermana.

10

Mientras Brunetti estaba en el apartamento de Trevisan, el cielo se había encapotado y la tarde había refrescado. Por su reloj, aún no eran las seis, y hubiera tenido que volver a la *questura*, pero tomó el camino de su casa, por el puente de Accademia. Durante el trayecto entró en un bar y pidió un vasito de vino blanco. Tomó uno de los *pretzels* que había en la barra, pero al primer mordisco lo echó al cenicero. No era el vino mejor que el *pretzel*, por lo que también lo dejó y siguió hacia casa.

Mientras caminaba trataba de evocar la expresión que había visto en la cara de Francesca Trevisan cuando la muchacha había aparecido en el vano de la puerta, pero no recordaba más que unos ojos grandes, brillantes y secos. La muchacha se parecía a su madre tanto por el corte de sus facciones como por su fría resignación. No había pena en aquellos ojos sino sólo sorpresa. ¿Esperaba ver allí a otra persona?

¿Cómo reaccionaría Chiara si lo mataran a él? ¿Y Paola? ¿Sería capaz su mujer de contestar a un policía preguntas sobre su vida personal? Desde luego, Paola no podría decir, como la *signora* Trevisan, que ella no sabía nada de los asuntos profesionales de su difunto esposo. Esta pretendida ignorancia resultaba a Brunetti, más que chocante, inverosímil.

Cuando abrió la puerta de su casa, el radar afinado durante muchos años le dijo que no había nadie. Fue a la cocina, y vio la mesa cubierta de periódicos y lo que parecían los deberes de Chiara, hojas con números y signos matemáticos que no tenían ningún sentido para él. Tomó una de las hojas y contempló las largas series de cifras trazadas con la escritura inclinada y pulcra de su hija, que, si no le fallaba la memoria, desarrollaban

una ecuación de segundo grado. ¿Cálculo? ¿Trigonometría? Las matemáticas nunca fueron su fuerte y, además, al cabo de tanto tiempo, casi no recordaba nada. No obstante, tenía que haberlas estudiado durante cuatro años.

Brunetti apartó los papeles de Chiara y repasó los diarios, en los que el asesinato de Trevisan competía por la atención con otro caso de soborno de otro senador. Habían transcurrido años desde que el juez Di Pietro había formulado la primera acusación formal, y los granujas seguían gobernando el país. Todas, o casi todas, las figuras políticas que habían ocupado los cargos de mayor responsabilidad desde que Brunetti era niño habían sido acusadas una y otra vez y hasta habían empezado a acusarse mutuamente, sin que ninguna llegara a ser juzgada y sentenciada, a pesar de haber vaciado las arcas del Estado. Hacía décadas que se llenaban los bolsillos, pero nada -ni la repulsa popular, ni un desbordamiento de indignación nacional- había podido apartarlos del poder. Volvió la página y vio las fotos de los dos peores, el chepa y el cerdo calvorota, y dobló el diario con asco y cansancio. Nada cambiaría. Brunetti sabía no pocas cosas de aquellos escándalos, sabía adonde había ido buena parte del dinero y sabía quién sería señalado con el dedo a continuación, pero también sabía con absoluta certeza que todo seguiría igual. Lampedusa estaba en lo cierto: tenía que parecer que todo cambiaba, para que todo siguiera igual. Habría elecciones, caras nuevas y nuevas promesas, pero la única diferencia sería que en las arcas se meterían otras manos.

Y en los discretos bancos privados de Suiza se abrirían otras cuentas.

Brunetti conocía bien -y casi temía- este estado de ánimo, esta convicción que a veces lo asaltaba de la futilidad de su trabajo. ¿Por qué preocuparse por meter en la cárcel a un revientapisos, si el que ha estafado miles de millones a la Sanidad nacional es nombrado embajador en el país al que ha estado desviando los fondos desde hace años? ¿Y qué sistema judicial podía imponer una multa a la persona que dejaba de pagar el impuesto por la radio del coche, si el fabricante de ese coche, que reconocía haber pagado miles de millones a los jefes de los sindicatos para que impidieran a sus afiliados pedir mejoras laborales, podía seguir en libertad? ¿Por qué arrestar a nadie por asesinato, o por qué preocuparse en buscar a la persona que había asesinado a Trevisan, si el que durante décadas había sido el político más relevante del país estaba acusado de ordenar el

asesinato de los pocos jueces honrados que habían tenido el valor de investigar a la Mafia?

La llegada de Chiara interrumpió esta lúgubre reflexión. La niña cerró con un portazo y entró con mucho ruido y un montón de libros. Brunetti la vio meterse en su habitación, de donde salió a los pocos momentos sin los libros.

—Hola, ángel -la saludó-. ¿Te apetece comer algo? — Y cuándo no le apeteecía, se preguntó el padre.

—*Ciao, papà* -respondió ella, que venía por el pasillo batallando con la manga de la chaqueta, que había vuelto del revés, en su empeño por liberar la mano, aprisionada en el puño. Él observó cómo su hija tiraba ahora de la manga rebelde con la otra mano. Desvió la mirada un momento y al volverse de nuevo vio que la chaqueta estaba en el suelo y que Chiara se agachaba a recogerla.

La niña entró en la cocina y puso la mejilla para recibir el beso que él le daba. Fue a la nevera, la abrió, se agachó a mirar en su interior, metió una mano y sacó un paquete de queso. Se enderezó, tomó un cuchillo del cajón y cortó una gruesa loncha.

—¿Pan? — preguntó su padre, bajando una bolsa de panecillos de encima del frigorífico. Ella asintió y le dio un trozo de queso a cambio de dos panecillos.

—Papá -empezó ella-, ¿a cuánto cobran la hora los policías?

—No lo sé exactamente, Chiara. Cobran un sueldo, pero a veces tienen que trabajar más horas que un empleado de oficina.

—¿Te refieres a cuando hay mucha delincuencia o cuando tienen que seguir a alguien en particular?

—Sí. — Él señaló el queso con el mentón y ella cortó otra loncha y se la dio.

—¿O cuando tienen que pasar mucho tiempo interrogando a la gente, sospechosos y así? — insistió ella, reacia a abandonar el tema.

—Sí -repitió él, preguntándose adonde querría ir a parar.

Chiara terminó el segundo panecillo y metió la mano en la bolsa, en busca del tercero.

—Mamá te matará si te comes todo el pan -dijo él. A fuerza de años de repeticiones, la frase, más que una advertencia, era un mimo.

—¿A cuánto crees tú que saldría la hora, papá? — preguntó ella, abriendo el panecillo, sin darse por enterada del aviso.

Él, consciente de que acabaría pagando la suma que ahora mencionara, decidió inventar una cifra.

—Calculo que sobre unas veinte mil liras la hora. — Y, suponiendo que ella esperaba la pregunta, agregó: ¿Por qué?

—Bueno, como creí que te interesaría saber cosas del padre de Francesca, he hecho preguntas, y me parece que, ya que he trabajado para la policía, tendrían que pagarme. — Únicamente cuando observaba en sus hijos estas señales de mercantilismo lamentaba Brunetti la milenaria tradición comercial de Venecia.

No contestó, y Chiara, dejando de masticar, lo miró fijamente.

—¿Qué te parece?

Él reflexionó.

—Depende de lo que descubrieras, Chiara. Porque tú no cobras un sueldo fijo, hagas lo que hagas, como los policías de verdad. Tú serías una especie de eventual que trabaja de *freelance*, y se te pagaría según el valor de la información que dieras.

Ella meditó un momento y pareció convencida por la lógica del argumento.

—Está bien. Yo te digo lo que he descubierto y tú me dices cuánto te parece que vale.

No sin admiración, Brunetti apreció la habilidad con que su hija soslayaba la cuestión fundamental, de si él le pagaría la información o no y, como si ya estuviera cerrado el trato, pasaba a negociar los detalles. Adelante pues.

—Cuenta.

Chiara terminó el tercer panecillo, se limpió los labios con un paño de cocina y se sentó, con las manos juntas encima de la mesa, en actitud formal.

—He tenido que hablar con cuatro personas diferentes, antes de poder averiguar algo -dijo muy seria, como si hablara delante de un tribunal. O de una cámara de televisión.

—¿Quiénes son esas personas?

—Una chica del colegio al que ahora va Francesca, una maestra y una chica de mi colegio y una de las chicas que hacían primaria con nosotras.

—¿Y todo en una tarde, Chiara?

—Oh, he tenido que tomarme la tarde libre, para ir a ver a Luciana, y al colegio de Francesca donde estaba esa chica, pero antes de salir he hablado con la profe y con la chica de mi escuela.

—¿Te has tomado la tarde libre? — preguntó Brunetti, pero sólo por curiosidad.

—Claro, lo hacen todos. Llevas una nota de los padres diciendo que estás enferma o que tienes que ir a algún sitio, y nadie te hace preguntas.

—¿Y eso lo haces muy a menudo, Chiara?

—Oh, no, papá, sólo cuando es necesario.

—¿Y la nota quién la ha firmado?

—Esta vez le ha tocado a mamá. Además, es más fácil hacer su firma que la tuya. — Mientras hablaba, Chiara recogía las hojas esparcidas por encima de la mesa y las apilaba cuidadosamente. Las dejó a un lado y levantó la mirada, deseosa de continuar con los asuntos importantes.

Él se arrimó una silla y se sentó frente a la niña.

—¿Y qué te han dicho esas personas, Chiara?

—Lo primero, que también a esa otra chica, Francesca le había contado la historia del secuestro que nos contó a nosotras en primaria, hace cinco años.

—¿Cuántos cursos estudiaste con ella, Chiara?

—Toda la básica. Luego su familia se mudó y la llevaron al colegio Vivaldi. A veces la veo, pero nunca hemos sido lo que se dice amigas.

—¿Y de esa otra chica sí era amiga? — Vio que Chiara fruncía los labios antes de contestar y agregó:- Me parece que será preferible que me lo cuentes a tu manera.

—Esa otra chica de mi colegio hizo con ella el segundo ciclo, y dice que Francesca les contaba que sus padres le advertían que tuviera mucho cuidado con quién hablaba y que nunca fuera con personas desconocidas. Es más o menos lo que nos había dicho a nosotras.

Chiara miró a su padre, buscando un gesto de aprobación, y él le sonrió, aunque esto no era mucho más de lo que le había contado durante el almuerzo.

—Como esto ya lo sabía, he pensado que sería mejor hablar con una chica de su escuela de ahora. Por eso me he tomado la tarde libre, para estar

segura de encontrarla. Esa chica me ha dicho que Francesca tiene novio. No, papá, un novio de verdad. Quiero decir amantes y todo.

—¿Te ha dicho quién es él?

—No, Francesca no dice el nombre, sólo que es mayor, de más de veinte años, y que se iría con él, pero él no quiere, hasta que ella sea mayor de edad.

—¿Sabe esa chica por qué quiere irse Francesca?

—A ella le parece que es por la madre. Siempre están discutiendo.

—¿Y el padre?

—Francesca se llevaba muy bien con su padre, pero no lo veía mucho porque estaba siempre ocupado.

—Francesca tiene un hermano, ¿verdad?

—Sí, Claudio, pero estudia en Suiza. Por eso he hablado con la profe. Enseñaba en la escuela a la que iba él, y he pensado que por ella podría enterarme de algo.

—¿Y te has enterado?

—Sí, claro. Le he dicho que era la mejor amiga de Francesca y que Francesca estaba muy preocupada por cómo se tomaría Claudio esto de la muerte de su padre, estando solo en Suiza. Le he dicho que también yo lo conocía, y hasta le he dado a entender que me gustaba. — Sacudió la cabeza—. ¡Buá! Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, dice que Claudio es un asqueroso, pero me ha creído.

—¿Qué le has preguntado?

—Le he dicho que Francesca deseaba saber si ella, quiero decir la profe, podía aconsejarle sobre cómo debía tratar a Claudio. — Al ver el gesto de sorpresa de Brunetti, dijo—: Sí, ya sé que parece una estupidez, que eso es algo que nadie preguntaría, pero ya sabes cómo son los profes, cómo les gusta darte consejos y decir lo que tienes que hacer con tu vida.

—¿Y la profesora se lo ha creído?

—Naturalmente -respondió Chiara muy seria.

—Debes de ser una buena embustera -comentó Brunetti, no del todo en broma.

—Lo soy. Dice mamá que eso es algo que hay que aprender a hacer bien -dijo Chiara sin preocuparse de mirar a Brunetti, y agregó—: La profe ha dicho que Francesca debe tener presente... eso ha dicho ella, «tener presente», que Claudio siempre se había sentido más unido a su padre que a

su madre, por lo que ahora lo pasará muy mal. – Hizo una mueca-. No es gran cosa, ¿eh? Cruzar toda la ciudad, para eso. Y ha estado hablando media hora para decirlo.

–¿Qué te han dicho las otras?

–Luciana... he tenido que ir hasta Castello para hablar con ella... me ha dicho que Francesca no traga a su madre, porque es una mandona que siempre estaba manipulando a su padre y diciéndole lo que tenía que hacer. Tampoco quiere al tío, que se cree que es el jefe de la familia.

–¿De qué forma lo manipulaba?

–No lo sabe. Pero es lo que decía Francesca, que su padre hacía siempre lo que mandaba la madre. – Antes de que Brunetti pudiera bromear al respecto, Chiara agregó-: No es lo mismo que entre tú y mamá. Ella te dice lo que tienes que hacer, tú le contestas que sí y luego haces lo que te parece. – Levantó la mirada hacia el reloj de la pared-. ¿Dónde estará mamá? Son casi las siete. ¿Qué habrá de cena? – Era evidente que la última pregunta era la que más la preocupaba.

–Probablemente, estará en la universidad, diciendo a algún alumno lo que debe hacer con su vida. – Antes de que Chiara decidiera entre reírse o no, Brunetti apuntó-: Si no tienes más información, ¿qué te parece si empezáramos a preparar la cena? Así mamá la encontrará lista cuando llegue, para variar.

–¿Y cuánto te parece que vale la información? – preguntó Chiara, melosa.

Brunetti reflexionó.

–Unas treinta mil -dijo al fin. Puesto que el dinero saldría de su bolsillo, él tasaba la información en esta cantidad. Pero, si era cierto que la señora Trevisan dominaba a su marido y si su dominio *alcanzaba a* la actividad profesional, el dato podía valer infinitamente más.

11

Al día siguiente, *Il Gazzettino* daba en primera plana la noticia del suicidio de Rino Favero, uno de los asesores financieros más importantes de la región del Véneto. Favero, se informaba, había metido su Rover en el garaje doble del sótano de su casa, había cerrado la puerta y se había tendido tranquilamente en el asiento delantero, dejando el motor en marcha. Su esposa, que había pasado la noche en el hospital junto a su madre

moribunda, lo había encontrado al volver a casa por la mañana. Se rumoreaba que el nombre de Favero iba a salir a la luz en relación con el escándalo que había estallado en el Ministerio de Sanidad. Aunque toda Italia ya estaba al corriente de la acusación de que el ex ministro de Sanidad había aceptado fuertes sobornos de varios laboratorios farmacéuticos a cambio de permitirles aumentar los precios de sus medicamentos, aún no era de dominio público que Favero fuera el gestor del patrimonio del presidente de la mayor de aquellas empresas. Los que lo sabían suponían que él había decidido imitar a tantos otros de los implicados en esta vasta trama de corrupción y, para salvar el honor, había decidido eludir la acusación y el posible castigo. Eran pocos los que parecían dudar de que de esta manera pudiera salvarse el honor.

Una mañana, tres días después de la muerte de Favero y cinco del asesinato de Trevisan, cuando Brunetti llegó a su despacho estaba sonando el teléfono.

—Brunetti -contestó acercando el aparato al oído con una mano y empezando a desabrocharse la gabardina con la otra.

—Comisario Brunetti, aquí el *capitano* Della Corte, de la Policía de Padua. — A Brunetti le sonaba el nombre, y tenía la sensación de que lo había oído nombrar en términos elogiosos.

—Buenos días, capitán, ¿en qué puedo servirle?

—¿Podría decirme si en la investigación del asesinato del tren ha aparecido el nombre de Rino Favero?

—¿Favero? ¿El que se suicidó?

—¿Que se suicidó? — preguntó Della Corte-. ¿Con cuatro miligramos de Rohipnol en la sangre?

Brunetti se puso alerta. Nadie que tuviera tal cantidad de este barbitúrico en la sangre podría andar y mucho menos, conducir un coche.

—¿Qué relación puede haber con Trevisan? — preguntó.

—Lo ignoramos. Pero estamos comprobando todos los números de su libreta de teléfonos. Es decir, los números sin nombre al lado. Uno de ellos es el de Trevisan.

—¿Tienen ya las listas? — No hacía falta especificar que se refería a las listas de las llamadas hechas desde el teléfono de Favero.

—No hay constancia de que llamara al despacho ni al domicilio particular de Trevisan. Por lo menos, desde sus propios teléfonos.

–Entonces, ¿por qué había de tener los números? – preguntó Brunetti.
–Eso es lo que nos gustaría saber. – El tono de Della Corte era seco.
–¿Cuántos más números sin nombre había?
–Ocho. Uno es de un bar de Mestre, otro de una cabina de la estación de Padua y el resto no existen.
–¿Qué quiere decir?
–Que no son del Véneto.
–¿Ni de otras provincias o ciudades?
–Tampoco. O tienen demasiados dígitos o no corresponden a números de este país.
–¿Del extranjero entonces?
–A la fuerza.
–¿Ningún indicio del país ni del prefijo?
–Dos parecen del este de Europa y dos podrían ser de Ecuador o de Tailandia, pero no me pregunte cómo han podido averiguarlo los chicos que me lo han dicho. Todavía están trabajando con los otros -respondió Della Corte-. Pero nunca llamó a ninguno de estos números desde sus teléfonos, ni a los del extranjero ni a los del Véneto.
–Pero los tenía anotados -dijo Brunetti.
–Sí, los tenía anotados.
–Pudo llamar desde una cabina -sugirió Brunetti.
–Ya lo sé.
–¿Y qué me dice de otras llamadas internacionales? ¿Llamaba con frecuencia a algún país en concreto?
–Llamaba con frecuencia a muchos países.
–¿Clientela internacional? – preguntó Brunetti.
–Algunas de las llamadas eran a clientes, sí. Pero muchas no corresponden a personas para las que trabajara.
–¿Qué países?
–Austria, Holanda, República Dominicana... -empezó Della Corte. Se interrumpió y dijo-: Un momento, aquí tengo la lista. – Sonó un golpe seco del teléfono en la mesa, un murmullo de papeles y de nuevo la voz de Della Corte-. Y Polonia, Rumania y Bulgaria.
–¿Con qué frecuencia llamaba?
–A algunos de estos países, dos veces a la semana.
–¿Siempre al mismo número o números?

—No siempre.

—¿Los han localizado?

—El número austríaco corresponde a una agencia de viajes de Viena.

—¿Y los otros?

—Comisario, no sé si estará usted muy familiarizado con la Europa del Este, pero allí no tienen ni guías telefónicas, y no digamos telefonistas que te digan de quién es un número determinado.

—¿Y la policía?

Della Corte resopló con desdén.

—¿Han llamado a esos números? — preguntó Brunetti.

—Sí. Nadie contesta.

—¿En ninguno?

—En ninguno.

—¿Qué me dice de los teléfonos de la estación y del bar? — preguntó Brunetti.

En respuesta recibió otro resoplido, pero ahora Della Corte explicó:

—Tuve suerte de que se me autorizara a localizar los números. — Della Corte hizo una pausa larga, y Brunetti esperó la petición que sabía que no podía dejar de llegar-. He pensado que usted, que está mucho más cerca, podría enviar a alguien a vigilar el teléfono del bar.

—¿Dónde está? — preguntó Brunetti tomando un bolígrafo de la mesa, pero sin comprometerse.

—¿Significa eso que enviará usted a alguien?

—Lo intentaré -respondió Brunetti. Era lo más que podía hacer-. ¿Dónde está?

—No tengo más que un nombre y una dirección. No conozco Mestre lo suficiente como para saber por dónde cae. — En opinión de Brunetti, Mestre no era una ciudad digna de ser conocida lo suficiente como para saber por dónde caía nada. — Se llama Bar Pinetta. Via Fagare, dieciséis. ¿Sabe dónde está? — preguntó Della Corte.

—La Via Fagare está cerca de la estación, según creo. Pero no he oído hablar de ese bar. — Después de acceder, en cierta medida, a ayudar a su comunicante, Brunetti pensó que tenía derecho a solicitar cierta información a cambio-. ¿Tiene idea de qué relación pueda haber?

—¿Está enterado de lo de las empresas farmacéuticas?

—¿Y quién no lo está? ¿Piensan que los dos pudieran estar involucrados?

En lugar de responder directamente, Della Corte dijo:

—Es una posibilidad. Pero queremos empezar investigando a todos sus clientes. Trabajaba para mucha gente del Véneto.

—¿Gente respetable?

—De lo más respetable. Desde hacía un par de años había empezado a llamarse «procurador» en lugar de simple gestor.

—¿Era bueno?

—Dicen que el mejor.

—Entonces lo bastante bueno como para entender el impreso del impuesto sobre la renta -apuntó Brunetti, tratando con la broma de crear un sentimiento de complicidad. Le constaba que todos los italianos sentían una profunda aversión hacia la oficina de impuestos, pero este año, con un formulario de treinta y dos páginas que el propio ministro de Hacienda se había confesado incapaz de rellenar, la aversión se había exacerbado.

La palabra soez que musitó Della Corte denotaba claramente sus sentimientos hacia la oficina de impuestos, pero no delataba sentimiento alguno de compañerismo.

—Sí, al parecer era lo bastante bueno hasta para eso. Su lista de clientes haría enfermar de envidia a la mayoría de sus colegas.

—¿Incluía a Medi-Tech? —preguntó Brunetti, nombrando a la mayor de las empresas implicadas en el escándalo de fijación de precios.

—No; al parecer, él no tenía nada que ver con sus tratos con el ministerio, y su trabajo para el presidente se circunscribía a su patrimonio personal.

—¿Así que no estaba implicado en el escándalo? —preguntó Brunetti, cada vez más interesado.

—No que nosotros sepamos.

—¿Alguna otra razón para...? —Brunetti buscaba la palabra adecuada-. ¿...su muerte?

Della Corte no contestó inmediatamente.

—No hemos encontrado nada. Estaba casado. Desde hacía treinta y siete años. Felizmente, al parecer. Cuatro hijos, todos ellos licenciados universitarios y ninguno, problemático.

—¿Así pues, asesinato?

—Probablemente.

—¿Lo dirá a los periódicos?

—No; por lo menos, hasta que podamos decirles algo más, a no ser que alguno descubra lo del informe del forense -respondió Della Corte, dando la impresión de que él podría impedir durante algún tiempo que tal cosa sucediera.

—¿Y cuando se enteren? — Brunetti recelaba de la prensa y de las muchas libertades que se tomaba con la verdad.

—Ya me preocuparé cuando llegue el momento -dijo Della Corte áspicamente-. ¿Me tendrá informado si averigua algo en el bar?

—Por supuesto. ¿Puedo llamarle a la *questura*?

Della Corte le dio el número de la línea directa de su despacho.

—... y, Brunetti, si descubre algo, no dé la información a cualquier otra persona que pueda contestar al teléfono, ¿de acuerdo?

—Descuide -dijo Brunetti, aunque la petición no dejó de sorprenderle.

—Si volvemos a tropezamos con el nombre de Trevisan, le llamaré. Trate de descubrir si había alguna relación entre ellos. Un número de teléfono no es mucho.

Brunetti se mostró de acuerdo, pero era algo y, por lo que al caso Trevisan se refería, mucho más de lo que tenían ellos.

La despedida de Della Corte fue brusca, como si lo reclamaran asuntos más importantes.

Brunetti colgó el teléfono y se arrellanó en su sillón, tratando de adivinar qué relación podía existir entre un abogado de Venecia y un gestor de Padua. Uno y otro debían de moverse en los mismos círculos sociales y profesionales, por lo que nada tendría de particular que se conocieran ni que el teléfono de uno apareciera en la libreta del otro. Pero era curioso que estuviera anotado sin nombre y con la insólita compañía de dos teléfonos públicos y otros números de lugares desconocidos. Y más extraño todavía era que el número apareciera en la libreta de direcciones de un hombre que había sido asesinado la misma semana que Trevisan.

12

Brunetti llamó a la *signorina* Elettra para preguntar si la SIP había facilitado ya lista de todas las llamadas telefónicas de Trevisan durante los seis meses últimos que él había pedido, y ella le respondió que la lista estaba encima de la mesa del comisario desde la víspera. Él colgó y empezó a revolver papeles, apartando los informes de personal que había estado

demorando revisar desde hacía dos semanas y una carta de un antiguo compañero de Nápoles, que temía leer porque sabía que lo deprimiría.

Allí estaba la lista de llamadas, treinta hojas de impresora en una carpeta. En la primera hoja sólo había llamadas de larga distancia, hechas desde el despacho y desde el domicilio. Los números estaban dispuestos en columnas, con el prefijo de la ciudad o el país correspondiente, la hora de la llamada, duración y, por último, el nombre de la ciudad o el país. Hojeó rápidamente las listas y vio que sólo indicaban las llamadas hechas desde aquellos teléfonos, no las recibidas. Quizá éstas no se habían solicitado o quizá la SIP tardaba más en localizarlas. O quizá se había inventado una nueva traba burocrática para el trámite de esta petición, que demoraba su llegada.

Brunetti repasó la columna de la derecha, correspondiente a las ciudades. En las primeras páginas, no se apreciaba una pauta pero, a partir de la cuarta, pudo observar que Trevisan -o quienquiera que utilizara sus teléfonos- llamaba a tres números de Bulgaria con cierta regularidad, por lo menos, dos o tres veces al mes. Otro tanto ocurría con números de Hungría y de Polonia. Recordó que Della Corte había mencionado el primero de estos países, pero no los otros. Intercaladas había llamadas a Holanda e Inglaterra, éstas, motivadas quizá por la especialidad profesional de Trevisan. La República Dominicana no aparecía en la lista, y las llamadas a Austria y Holanda, los otros países mencionados por Della Corte, no parecían frecuentes.

Brunetti ignoraba en qué medida podían despacharse por teléfono los asuntos de un bufete jurídico, por lo que no sabía si la lista que tenía delante reflejaba un número exagerado de llamadas.

Descolgó el teléfono y pidió a la centralita que le pusieran con el número que le había dado Della Corte. Cuando el otro policía contestó, Brunetti se identificó y pidió los números de Padua y de Mestre que figuraban en la libreta de Favero.

Cuando Della Corte se los hubo leído, Brunetti dijo:

—Tengo delante una lista de las llamadas de Trevisan, pero sólo las de larga distancia, así que los números de Mestre no saldrán. ¿Quiere esperar un momento, mientras compruebo si aparece el número de Padua?

—Pregúnteme si quiero morir en los brazos de una quinceañera y recibirá la misma respuesta.

Brunetti lo tomó por una afirmación y empezó a repasar la lista, deteniéndose cada vez que encontraba el 049, prefijo de Padua. Las tres primeras páginas no revelaron nada, pero en la quinta y de nuevo en la novena vio el número. Éste desaparecía temporalmente, para reaparecer en la página 14, tres veces la misma semana.

La respuesta de Della Corte cuando Brunetti le comunicó su hallazgo fue un gruñido.

—Creo que vale más que ponga a alguien en ese teléfono.

—Y yo enviaré a alguien al bar, a echar un vistazo -dijo Brunetti, ahora interesado, deseando saber qué clase de bar era y quién lo frecuentaba, pero deseando sobre todo conseguir una lista de las llamadas locales de Trevisan y ver si en ella aparecía el número del bar.

Los largos años de servicio y la dura experiencia habían destruido toda la fe que Brunetti pudiera haber tenido en la casualidad. No podía ser casualidad que dos hombres que habían sido asesinados con pocos días de diferencia conocieran un mismo número de teléfono. Aquel número de Padua significaba algo, aunque Brunetti no podía adivinar qué, y de pronto tuvo la convicción de que el número del bar de Mestre estaría en la lista de las llamadas locales de Trevisan.

Después de prometer a Della Corte que tan pronto como averiguara algo acerca del teléfono de Mestre se lo comunicaría, Brunetti soltó la tecla de la línea exterior de su aparato y marcó el número de la extensión de Vianello. Cuando el sargento contestó, Brunetti le pidió que subiera a su despacho.

Minutos después entraba Vianello.

—¿Trevisan? — preguntó, mirando a Brunetti a los ojos con franca curiosidad.

—Sí. Acabo de recibir una llamada de la policía de Padua acerca de Favero.

—¿El gestor que trabajaba para el ministro de Sanidad? — preguntó Vianello. Cuando Brunetti movió la cabeza afirmativamente, Vianello estalló con vehemencia: ¡Todos tendrían que hacer eso!

Brunetti lo miró con asombro.

—¿Hacer qué?

—Matarse, todo ese hatajo de sinvergüenzas. — Con la misma brusquedad con que se había sulfurado, Vianello se calmó y se sentó en la silla situada frente al escritorio de Brunetti.

—¿A qué viene eso? — preguntó Brunetti.

Por toda respuesta, Vianello se encogió de hombros y agitó una mano frente a sí.

Brunetti aguardaba.

—Es el editorial del *Corriere* de esta mañana -explicó Vianello al fin.

—¿Qué dice?

—Que hay que compadecer a esos pobres hombres, que se ven empujados a quitarse la vida por la vergüenza y el sufrimiento que se les impone, que los jueces deberían dejarles salir de la cárcel para que pudieran volver junto a sus familias. He olvidado el resto. Leer eso sólo ya me ha puesto enfermo. — Como Brunetti no dijera nada, Vianello prosiguió: Cuando el que roba un bolso va a la cárcel, no leemos editoriales, por lo menos, en el *Corriere*, pidiendo la excarcelación o compasión para ellos. Y sólo Dios sabe los millones que han robado estos cerdos. Sus impuestos, comisario. Los míos. Miles y miles de millones. — Al darse cuenta de que estaba alzando la voz, Vianello repitió el ademán como si desechara su indignación, y preguntó moderando el tono: ¿Qué hay de Favero?

—Que no se suicidó -dijo Brunetti.

La expresión facial de Vianello era de franca sorpresa.

—¿Qué ocurrió? — preguntó, aparentemente olvidada ya su explosión.

—Tenía tantos barbitúricos en el cuerpo que no podía haber conducido.

—¿Qué cantidad? — preguntó Vianello.

—Cuatro miligramos -y, antes de que Vianello le dijera que ésta no era una dosis fuerte, puntualizó: De Rohipnol. — Vianello sabía, al igual que Brunetti, que cuatro miligramos de Rohipnol harían dormir durante un día y medio a cualquiera de ellos dos.

—¿Qué relación hay con Trevisan? — preguntó Vianello.

Hacía tiempo que Vianello, al igual que Brunetti había dejado de creer en las coincidencias, y se mostró atento al dato de que ambas víctimas tenían anotado un mismo número de teléfono.

—¿En la estación de Padua? — preguntó Vianello-. ¿Y un bar de Via Fagare?

—Sí. El bar Pinetta. ¿Lo conoce?

Vianello miró hacia un lado y luego asintió.

—Me parece que sí, si es el que imagino. ¿A la izquierda de la estación?

–Eso no lo sé -contestó Brunetti-. Dicen que está cerca de la estación, pero nunca había oído hablar de él.

–Sí, me parece que es el Pinetta.

Brunetti asintió y esperó a que Vianello continuara.

–Si es el que supongo, es bastante malo. Muchos norteafricanos, de esos del *tú comprar* que hay por todas partes. – Vianello se interrumpió, y Brunetti se preparó para oír un comentario despectivo sobre los vendedores callejeros que infestaban Venecia con sus bolsos Gucci de imitación y sus tallas africanas. Pero Vianello lo sorprendió al decir-: Pobres tipos.

Hacía tiempo que Brunetti había abandonado toda esperanza de descubrir coherencia política en sus conciudadanos, pero le pilló desprevenido la simpatía que manifestaba Vianello por aquellos vendedores sin licencia, generalmente los más despreciados de los cientos de miles de inmigrantes que inundaban Italia con la esperanza de recoger unas migajas de la riqueza del país. Sin embargo, Vianello, que no sólo votaba por la Lega Nord sino que afirmaba con convicción que había que dividir a Italia por el norte de Roma y, en sus momentos de mayor exaltación, incluso abogaba por la construcción de una muralla para detener a los bárbaros, es decir, los africanos, porque para él, al sur de Roma todos eran africanos, ese mismo Vianello los llamaba ahora «pobres tipos», y su compasión parecía sincera.

Aunque la observación desconcertó a Brunetti, éste prefería no hablar de eso ahora, y se limitó a preguntar:

–¿Tenemos a alguien que pudiera ir allí por la noche?

–¿Para hacer qué? – preguntó Vianello, no menos deseoso que Brunetti de eludir el otro tema.

–Tomar unas copas. Charlar con la clientela. Ver quién usa el teléfono. Quién contesta cuando suena.

–¿Quiere decir alguien que no tenga pinta de policía?

Brunetti asintió.

–¿Puccetti? – sugirió Vianello.

Brunetti movió la cabeza negativamente.

–Demasiado joven.

–Y, probablemente, demasiado limpio -convino Vianello inmediatamente.

–Pues bonito lugar debe de ser el Pinetta.

—Es la clase de sitio en el que prefiere uno llevar la pistola -dijo Vianello. Y, después de pensar un momento, apuntó con forzada indiferencia-: Parece un trabajo para Topa. — Se refería a un sargento que se había retirado hacía seis meses, después de treinta años de servicio. El verdadero nombre de Topa era Romano, pero nadie le había llamado así desde hacía más de cinco décadas, cuando era un niño regordete, como el ratoncito al que aludía el apodo. El niño creció y se convirtió en un hombre tan fornido que había que hacerle la chaqueta del uniforme a medida, pero el nombre le quedó, indeleble a pesar de su incongruencia. Nadie se había reído nunca de Topa por tener un apodo con terminación femenina. Durante sus treinta años de servicio, varias personas habían tratado de perjudicarlo, pero nadie se había atrevido a reírse de su apodo.

Como Brunetti no contestara, Vianello levantó la mirada y la desvió rápidamente.

—Ya sé lo que piensa usted de él, comisario. — Y, antes de que Brunetti pudiera hacer un comentario, dijo-: En realidad, no sería trabajo. Por lo menos, oficialmente. Sería sólo un favor que le hacía a usted.

—¿Yendo al Pinetta?

Vianello asintió.

—No me gusta -dijo Brunetti.

—Sería sólo un jubilado que entra en un bar a tomar una copa, o quizá a jugar una partida de cartas. — Ante el silencio de Brunetti, Vianello prosiguió-: Un policía retirado puede entrar en un bar a jugar una partida si le apetece, ¿no?

—Eso es lo que no sé -dijo Brunetti.

—¿El qué?

—Si le apetece. — Era evidente que ninguno de los dos deseaba o veía la utilidad de mencionar la razón del retiro anticipado de Topa. Hacía un año, Topa había arrestado a un joven de veintitrés años, hijo de un consejero municipal, por abusos a una niña de ocho años. El arresto tuvo lugar por la noche, en el domicilio del joven, y cuando el sospechoso llegó a la *questura* tenía fracturados un brazo y el tabique nasal. Topa dijo que el joven le había atacado en un intento de fuga, pero el joven afirmó que Topa había parado el coche camino de la *questura*, le había metido en un callejón y le había golpeado.

El policía que estaba de guardia en la *questura* trató en vano de describir la mirada que Topa lanzó al sospechoso cuando éste empezó a contar esta historia. El joven no la repitió, ni presentó denuncia. No obstante, al cabo de una semana, del despacho del *vicequestore* Patta partió la consigna de que al sargento Topa le había llegado la hora del retiro, y éste la acató, perdiendo con ello una parte de la pensión. El joven fue sentenciado a dos años de arresto domiciliario. Topa, que tenía una nieta de siete años, nunca dijo ni una palabra del arresto, de su retiro ni de las circunstancias que lo rodearon.

Sin darse por enterado de la mirada de Brunetti, Vianello preguntó:

—¿Quiere que le llame?

Brunetti vaciló antes de decir, a regañadientes:

—De acuerdo.

Vianello se guardó bien de sonreír.

—No llega del trabajo hasta las ocho. Lo llamaré entonces.

—¿Trabajo? — preguntó Brunetti, a sabiendas de que no debía preguntar. La ley prohibía trabajar a los jubilados, que, si la contravenían, se exponían a perder la pensión.

—Trabajo -repitió Vianello lacónicamente, levantándose-. ¿Desea algo más, comisario?

Brunetti recordó que Topa había sido compañero de Vianello durante más de siete años y que el sargento quiso marcharse cuando Topa fue obligado a retirarse y sólo la enérgica intervención de Brunetti lo disuadió. Topa nunca había parecido a Brunetti la clase de persona que mereciera sacrificios heroicos.

—No, nada más. Al bajar, ¿querrá pedir a la *signorina* Elettra que pregunte a los de la SIP si pueden darle la lista de las llamadas locales de Trevisan?

—El Pinetta no es un sitio al que llame normalmente un abogado especializado en derecho internacional -comentó Vianello.

Tampoco parecía un sitio al que tuviera que llamar un prestigioso gestor de patrimonios, pero Brunetti se reservó la opinión.

—Las listas nos lo dirán -dijo llanamente. Vianello esperó un momento y, en vista de que su superior no añadía nada, bajó a su despacho, dejando a Brunetti especulando sobre las razones por las que relevantes y prósperos

ciudadanos llamaban a teléfonos públicos, especialmente de un local tan dudoso como el bar Pinetta.

13

Aquella noche, la cena de los tres estuvo animada -Brunetti no podía encontrar una palabra más suave- por una encendida polémica entre Chiara y Paola, que estalló cuando la niña dijo a su padre que, al salir del colegio, había ido a hacer los deberes de matemáticas a casa de la chica que era la mejor amiga de Francesca Trevisan.

Antes de que Chiara pudiera decir más, Paola dio una palmada en la mesa.

–En mi casa no quiero espías -gritó a su hija.

–Yo no soy espía -respondió Chiara ásperamente-. Yo trabajo para la policía -y dirigiéndose a su padre-: ¿Verdad, papá?

Brunetti, haciendo como si no la hubiera oído, alargó la mano hacia la botella de Pinot Noir casi vacía.

–¿No es verdad, papá? – insistió Chiara.

–Si trabajas o no para la policía es lo de menos -sentenció su madre-. Lo que está claro es que no puedes dedicarte a sonsacar a tus amigas.

–Pero papá siempre está sacándoles información a sus amigos.

¿Significa eso que es un espía?

Brunetti tomó un sorbo de vino mientras observaba a su mujer por encima del vaso y esperaba su respuesta con curiosidad.

Paola dijo entonces a Chiara, mirándolo a él:

–Lo que importa no es si les saca información a sus amigos sino que, cuando les pregunta, ellos saben quién es y por qué pregunta.

–Pues mis amigas saben quién soy y tendrían que figurarse por qué pregunto -insistió Chiara poniéndose colorada lentamente.

–No es lo mismo, y tú lo sabes -zanjó Paola.

Chiara murmuró entre dientes algo que sonó a Brunetti como «Lo es», pero ella tenía la cabeza inclinada sobre el plato vacío, y no podía estar seguro.

Paola dijo entonces a Brunetti:

–Guido, ¿harías el favor de tratar de explicar a tu hija la diferencia? – En el calor de la discusión, Paola, al igual que un roedor negligente, solía

renunciar a todo derecho de maternidad, adjudicando al padre la plena responsabilidad de la cría.

–Tiene razón tu madre -dijo él-. Cuando yo interrogo a la gente, ellos me contestan sabiendo que soy policía. Comprenden que lo que me digan puede comprometerles, y eso les permite ser precavidos, si quieren.

–¿Y nunca lías a nadie? – preguntó Chiara-. ¿Ni lo intentas? – agregó antes de que él pudiera contestar.

–Reconozco que sí -admitió él-. Pero recuerda que nada que te digan a ti tiene fuerza legal. Siempre pueden negar haberlo dicho, y entonces sería tu palabra contra la suya.

–Pero, ¿por qué iba yo a mentir?

–¿Y por qué iban a mentir ellos? – repuso Brunetti.

–¿Qué importa si lo que diga la gente tiene o no fuerza legal? – preguntó Paola, volviendo a la carga-. No estamos hablando de lo legalmente válido, sino de lealtad. Y, si las personas que se sientan a esta mesa me permiten usar la palabra -terminó mirándolos uno a uno-, de honor.

Chiara, según observó Brunetti, adoptó su expresión de «ya salió aquello» y se volvió hacia él en busca de apoyo moral, pero él no se lo dio.

–¿Honor? – preguntó Chiara.

–Sí, honor -dijo Paola con una súbita calma, no menos peligrosa que su indignación-. No puedes sonsacar a tus amigas. No puedes hacerles hablar y luego utilizar contra ellas lo que te digan.

–Es que nada de lo que me dijo Susanna puede ser utilizado contra ella - protestó Chiara.

Paola cerró los ojos un momento, tomó un trozo de pan y empezó a desmenuzarlo. Era algo que solía hacer cuando estaba disgustada.

–Chiara, el uso que se haga o deje de hacerse de lo que ella te haya dicho es lo de menos. Lo que no se puede -empezó y luego recalcó-, lo que no se puede es inducir a una amiga a que nos cuente algo cuando estamos a solas y luego dar media vuelta y repetir la información o utilizarla con una finalidad que ella desconocía. Eso se llama abuso de confianza.

–Haces que parezca un delito -dijo Chiara.

–Es peor que un delito -repuso Paola-. Está mal.

–¿Y no está mal el delito? – preguntó Brunetti, desde la grada.

Ella saltó.

—Guido, si mal no recuerdo, hace una semana tuvimos en casa a tres fontaneros, durante dos días. ¿Tienes el *ricevuto fiscale* de ese trabajo? ¿Tienes alguna prueba de que el dinero que pagamos será declarado y que se pagarán sobre él los impuestos correspondientes? — Él no decía nada y su mujer insistió: ¿La tienes? — Se mantuvo el silencio-. Eso es un delito, Guido, un delito, pero te desafío a ti y a cualquiera de este asqueroso gobierno de cerdos y ladrones que tenemos a que me diga que eso está mal.

Él fue a tomar la botella, pero estaba vacía.

—¿Quieres más? — preguntó Paola, y él sabía que no se refería al vino. No le apetecía oír más, pero Paola se había encaramado a la tribuna, y la experiencia había enseñado a Brunetti que no se bajaría hasta que hubiera dicho todo lo que tenía que decir. Sólo sentía que se hubiera terminado el vino.

Por el rabillo del ojo vio a Chiara levantarse e ir al armario. Al cabo de un momento, volvió con dos vasitos y una botella de *grappa*, que le acercó en silencio. Su madre podía llamarla lo que quisiera -traidora, espía, monstruo- pero para él era un ángel.

Brunetti vio que Paola miraba fijamente a Chiara y se alegró al observar que la expresión de sus ojos se suavizaba, aunque sólo momentáneamente. Se sirvió un vasito de *grappa*, tomó un sorbo y suspiró.

Paola extendió el brazo y tomó la botella. Se sirvió un poco y lo probó. La tregua se mantenía.

—Chiara -dijo-, no quería gritarte.

—Pues has gritado -respondió su hija, siempre literal.

—Ya lo sé, y lo siento. — Paola tomó otro sorbo-. Es que, ¿sabes?, esas cosas son muy importantes para mí.

—Es por todos esos libros, ¿verdad? — preguntó Chiara con sencillez, dando a entender que la actividad de su madre de profesora de Literatura Inglesa había tenido un efecto pernicioso en su desarrollo moral.

Sus padres buscaron en su voz una nota de sarcasmo o desdén, pero no había más que un sincero deseo de información.

—Seguramente -reconoció Paola-. Los que escribieron esos libros sabían mucho de honor, y para ellos era muy importante. — Hizo una pausa, pensando en lo que acababa de decir-. Pero no era importante sólo para ellos, los escritores, la sociedad toda creía en la importancia del honor, el buen nombre de una persona, la palabra empeñada.

–Yo creo que esas cosas son importantes, *mamma* -dijo Chiara y en este momento parecía mucho más joven de lo que era.

–Ya sé que lo crees. Y yo también, y Raffi. Y tu padre. Pero nuestro mundo, no, ya no.

–¿Por eso te gustan tanto esos libros, *mamma*?

Paola sonrió y, pensó Brunetti, bajó de la tribuna antes de contestar.

–Supongo que sí, *cara*. Además, gracias a ellos tengo un empleo en la universidad.

Desde hacía más de dos décadas, el pragmatismo de Brunetti había chocado contra las diversas formas del idealismo de Paola, por lo que estaba seguro de que «esos libros» representaban para ella mucho más que un empleo.

–¿Tienes muchos deberes esta noche, Chiara? – preguntó Brunetti, pensando que después, o al día siguiente por la mañana, podría preguntar a su hija qué había averiguado por la amiga de Francesca. Chiara, dándose por despedida, dijo que, en efecto, los tenía y se fue a su habitación, dejando que sus padres siguieran hablando del honor, si querían.

–No pensé que se tomara tan en serio mi ofrecimiento, Paola, ni que empezara a preguntar a unos y otros -dijo Brunetti a modo de explicación y, en cierta medida, disculpa.

–No me importa que consiga la información -dijo Paola-. Lo que no me gusta es la forma en que la consiguió. – Tomó otro sorbo de *grappa*-. ¿Crees que ha comprendido lo que quería decirle?

–Creo que comprende todo lo que decimos -respondió Brunetti-. No sé si está de acuerdo con todo ello, pero desde luego lo entiende. – Volviendo a lo que ella había dicho antes, preguntó-: ¿Qué otros ejemplos pondrías de cosas que son delito pero no están mal hechas?

Ella hizo girar el vasito entre las palmas de las manos.

–Es muy fácil responder a eso -dijo-, especialmente con las leyes demenciales de este país. Lo que ya es más difícil es decir cuáles son las cosas que están mal hechas pero no son delito.

–¿Por ejemplo?

–Dejar a los niños ver televisión -rió ella, cansada ya del tema.

–No, Paola, dime -dijo él, interesado-. Me gustaría saberlo.

Antes de responder, ella golpeó con la uña el cristal de la botella de agua mineral que estaba en la mesa.

—Ya sé que estás harto de oírme decir esto, Guido, pero creo que usar botellas de plástico está mal, aunque no sea un delito. — Y agregó rápidamente-: Aunque me parece que antes de que pasen muchos años lo será. Es decir, si sabemos lo que nos conviene.

—Yo esperaba un ejemplo más elevado -dijo Brunetti.

Ella respondió, después de pensar un momento:

—Si nosotros hubiéramos educado a los niños de manera que pudieran creer que el dinero de mi familia les daba privilegios, eso estaría mal. — Sorprendió a Brunetti que Paola pusiera este ejemplo, porque ella rara vez aludía a la riqueza de sus padres, salvo cuando la discusión política subía de tono y necesitaba poner un ejemplo de injusticia social.

Se miraron y, antes de que Brunetti pudiera hablar, ella continuó:

—No sé si es una cuestión mucho más elevada, pero me parece que si yo hablara de ti despectivamente, eso estaría mal.

—Tú siempre hablas de mí despectivamente -dijo Brunetti sonriendo.

—No, Guido. Yo te hablo despectivamente *a ti*. Es distinto. Yo nunca diría cosas feas *de ti*.

—¿Porque no sería honorable?

—Exactamente -sonrió ella.

—¿Y es honorable decírmelas *a mí*?

—Desde luego. Especialmente si son verdad. Pero eso queda entre nosotros, Guido, no tiene nada que ver con el mundo.

Él volvió a alargar la mano y tomó la botella de *grappa*.

—Me parece que cada vez resulta más difícil establecer la diferencia.

—¿Entre qué?

—Entre lo que es delito y lo que está mal.

—¿Por qué lo crees, Guido?

—No estoy seguro. Quizá porque, como has dicho tú, ya no creemos en los antiguos cánones y no hemos encontrado otros nuevos en los que creer.

Ella asintió con gesto pensativo.

—Y todas las viejas reglas se han roto -prosiguió él-. Durante cincuenta años, desde que terminó la guerra, se nos ha mentado sistemáticamente. Nos ha mentado el Gobierno, la Iglesia, los partidos políticos, los empresarios y los militares.

—¿Y la policía?

—Sí -convino él sin vacilar-. Y la policía.

—¿Pero tú quieres seguir en ella? — preguntó Paola.

Él se encogió de hombros y se sirvió más *grappa*. Ella esperaba.

Finalmente, él dijo:

—Alguien tiene que intentarlo.

Paola se inclinó por encima de la mesa, le tomó la cara entre las manos y la atrajo hacia sí.

—Si vuelvo a predicarte honor a ti, Guido, dame con una botella en la cabeza, ¿de acuerdo?

Torciendo el cuello, él le dio un beso en la palma de la mano.

—No, a menos que me dejes comprarlas de plástico.

Dos horas después, cuando Brunetti bostezaba con la *Historia secreta* de Procopio entre las manos, sonó el teléfono.

—Brunetti -contestó mirando el reloj.

—Comisario, aquí Alvise. Él ha dicho que le llame.

—¿Quién le ha dicho que me llame, agente Alvise? — preguntó Brunetti sacando del bolsillo un billete del *vaporetto* y poniéndolo entre las páginas del libro a modo de señal. Las conversaciones con Alvise solían ser largas o confusas. O ambas cosas.

—El sargento, señor.

—¿Qué sargento, agente Alvise? — Brunetti cerró el libro y lo dejó a un lado.

—El sargento Topa, señor.

Brunetti, ya más alerta, preguntó:

—¿Por qué le ha dicho que me llamara?

—Porque quiere hablar con usted, comisario.

—¿Por qué no me llama él? Mi nombre está en la guía.

—Porque no puede.

—¿Por qué no puede?

—Lo dicen las ordenanzas.

—¿Qué ordenanzas? — preguntó Brunetti con una voz en la que se percibía una impaciencia creciente.

—Las ordenanzas de aquí.

—¿De dónde, agente?

—De la *questura*. Estoy de guardia esta noche.

—¿Qué está haciendo ahí el sargento Topa, agente?

—Ha sido arrestado. Los chicos de Mestre lo detuvieron y cuando vieron quién era, bueno, qué era, bueno, lo que había sido, quiero decir un sargento, lo enviaron aquí, pero le dijeron que podía venir él solo. Nos llamaron para decirnos que venía, pero lo dejaron venir solo.

—¿Así que el sargento Topa se ha arrestado a sí mismo?

Alvise meditó un momento y respondió:

—Eso parece, señor. Y no sé cómo rellenar el informe, qué poner en la casilla que dice: «Agente que ha efectuado el arresto».

Brunetti bajó el teléfono un momento, luego volvió a arrimárselo al oído y preguntó:

—¿Por qué ha sido arrestado?

—Porque intervino en una riña, señor.

—¿Dónde? — preguntó Brunetti, aunque ya sabía la respuesta.

—En Mestre.

—¿Con quién se peleó?

—Con un extranjero.

—¿Y dónde está el extranjero?

—El extranjero escapó. Se pelearon, pero el extranjero escapó.

—¿Cómo sabe que era extranjero?

—Me lo ha dicho el sargento Topa. Ha dicho que hablaba con acento.

—Si el extranjero se ha escapado, ¿quién ha presentado la denuncia contra el sargento Topa, agente?

—Supongo que por eso nos lo han mandado los chicos de Mestre. Habrán pensado que nosotros sabríamos qué hacer.

—¿Le han pedido los de Mestre que extienda un informe de arresto?

—Pues no, señor -dijo Alvise, después de una pausa bastante larga-. Han dicho a Topa que viniera y que hiciera un informe de lo sucedido. Y como el único formulario que he visto en la mesa era un informe de arresto, he pensado que era el que tenía que usar.

—¿Por qué no ha dejado que me llamara él, agente?

—Ya había llamado a su esposa, y sólo pueden hacer una llamada.

—Eso es en la televisión, agente, en la televisión americana -dijo Brunetti armándose de paciencia-. ¿Dónde está ahora el sargento Topa?

—Ha salido a tomar café.

—¿Mientras usted extendía el informe del arresto?

—Sí, señor. No me parecía bien tenerlo aquí delante mientras yo escribía.

–Cuando el sargento Topa vuelva... porque volverá, ¿no?

–Oh, sí, señor. Le he dicho que vuelva, bueno, se lo he pedido y él me ha dicho que volvería.

–Cuando vuelva, díglele que me espere. Ahora voy para allá. – Sabiendo que no podría resistir más, Brunetti colgó el teléfono sin esperar la respuesta de Alvise.

Veinte minutos después, tras decir a Paola que tenía que ir a la *questura* para resolver un asunto, Brunetti entraba en la oficina de los agentes de uniforme. Vio a Alvise sentado a un escritorio y, frente a él, al sargento Topa, que tenía exactamente el mismo aspecto que un año antes, cuando dejó la *questura*.

El ex sargento era bajo, grueso y pobre de pelo. La luz de la lámpara del techo se reflejaba en su cráneo. Tenía la silla inclinada hacia atrás y los brazos cruzados. Cuando entró Brunetti, lo observó atentamente un momento con unos ojos oscuros, semiescondidos por pobladas cejas blancas y asentó la silla en el suelo con un golpe seco. Poniéndose de pie, tendió la mano a Brunetti, puesto que ya no era el sargento y, por lo tanto, podía estrechar la mano del comisario de igual a igual. Brunetti sintió otra vez aquella antipatía que siempre le había inspirado el sargento, un hombre en el que bullía la violencia, que hacía pensar en la polenta recién vertida, que al menor descuido te abrasa la boca.

–Buenas noches, sargento -dijo Brunetti.

–Comisario -respondió éste escuetamente.

Alvise se había levantado y los miraba sin decir nada.

–Podríamos subir a mi despacho -propuso Brunetti.

–Sí -convino Topa.

Brunetti encendió la luz y, sin quitarse la gabardina, para dar a entender que no tenía mucho tiempo que dedicar a este asunto, se sentó detrás de su mesa.

Topa se sentó en una silla situada a la izquierda.

–¿Y bien? – preguntó Brunetti.

–Vianello me llamó para pedirme que fuera a echar un vistazo a ese bar, el Pinetta. Había oído hablar de él, pero nunca había estado allí. No me gustaba lo que decían de ese sitio.

–¿Qué decían?

—Muchos negros. Y esclavos. Que son peores. — Brunetti, que estaba de acuerdo, no dijo nada.

Ante esta falta de respuesta, Topa abandonó sus comentarios sobre diferencias étnicas y prosiguió:

—He entrado y he pedido un vaso de vino. En una mesa había un par de tíos jugando a las cartas, y me he acercado a mirar. No parecía importarles. He pedido más vino y he entrado en conversación con otro individuo que estaba en el bar. Uno de los que jugaba a cartas se ha ido y yo me he sentado en su sitio y he jugado unas manos. He perdido unas mil liras, luego el hombre ha vuelto, yo me he ido otra vez al bar y he tomado otro vaso de vino. — Brunetti pensaba que Topa hubiera podido pasar una velada mucho más distraída quedándose en su casa, viendo la televisión.

—¿Y cómo ha empezado la pelea, sargento?

—A eso iba. Al cabo de un cuarto de hora o cosa así, uno de los otros hombres se ha levantado de la mesa, y me han preguntado si quería jugar un poco más. He dicho que no, y entonces el que estaba conmigo en el bar se ha sentado a jugar varias manos. Luego, el que se había ido ha vuelto y ha tomado una copa en el bar. Nos hemos puesto a hablar y me ha preguntado si quería una mujer.

»Le he dicho que yo no necesito pagar, que hay por ahí mucho de eso gratis, y el tío me ha contestado que no sería como lo que podía proporcionarme él.

—¿Y qué era eso?

—Ha dicho que podía conseguirme chicas, jovencitas. Yo le he contestado que prefiero a mujeres, y entonces él me ha insultado.

—¿Qué ha dicho?

—Que le parecía que tampoco me interesaban las mujeres, y yo le he dicho que prefiero a mujeres, mujeres de verdad, a lo que él ofrecía. Y entonces se ha echado a reír y ha gritado a los que jugaban a cartas algo en una lengua que me ha parecido esclava. Ellos se han reído y entonces le he sacudido.

—Nosotros queríamos que fuera usted a buscar información, no pelea - dijo Brunetti, sin disimular su irritación.

—De mí no se ríe nadie -dijo Topa levantando la voz en aquel tono airado que Brunetti recordaba.

—¿Cree que hablaba en serio?

–¿Quién?
–El del bar. El que le ha ofrecido las chicas.
–No lo sé. Quizá. No parecía un proxeneta, pero con los esclavos nunca se sabe.
–¿Lo reconocería si volviera a verlo?
–Tiene la nariz rota, no ha de ser difícil de localizar.
–¿Está seguro? – preguntó Brunetti.
–¿De qué?
–De eso de la nariz.
–No voy a estarlo -dijo Topa levantando la mano derecha-. He sentido cómo se partía el cartílago.
–¿Lo reconocería en una foto?
–Sí.
–Está bien, sargento. Ahora ya es tarde para hacer algo sobre esto. Vuelva por la mañana y eche un vistazo a las fotos, a ver si lo encuentra.
–Creí que Alvise quería arrestarme.
Brunetti agitó una mano como si se espantara una mosca.
–Olvidelo.
–A mí nadie me habla como me habló ese individuo -dijo Topa, en tono amenazador.
–Mañana, sargento -dijo Brunetti.
Topa le lanzó una mirada que recordó a Brunetti el episodio de su último arresto, se levantó y salió del despacho dejando la puerta abierta. Había empezado a llover, caía una llovizna fina, la primera del invierno, pero Brunetti la sintió en la cara con agrado, sofocado como estaba por la irritación de haber tenido que soportar la desagradable compañía de Topa.

Dos días después, pero no sin que Brunetti tuviera que solicitar una orden a la juez Vantuno, la oficina en Venecia de la SIP entregó a la policía la lista de las llamadas locales hechas desde el domicilio particular y el despacho de Trevisan durante los seis meses anteriores a su muerte. Tal como esperaba Brunetti, algunas de las llamadas habían sido hechas al bar Pinetta, aunque no se apreciaba una pauta. Miró en la lista de llamadas de larga distancia las fechas de las hechas a la estación de Padua, pero ni la hora ni el día coincidían con los de las llamadas al bar de Mestre.

Brunetti dejó ambas listas encima de su mesa y las miró. En las llamadas locales, a diferencia de las de larga distancia, se indicaba la dirección de cada número y el nombre del titular, en una columna que ocupaba el lado derecho de más de treinta páginas. El comisario empezó a leer nombres y direcciones, pero al cabo de unos minutos desistió.

Con los papeles en la mano, Brunetti salió a la escalera y bajó al antedespacho que ocupaba la *signorina* Elettra. La mesa que estaba delante de la ventana parecía nueva, pero el jarrón de cristal de Venini era el mismo, y hoy sostenía un gran ramo de modestas y alegres margaritas amarillas.

En armonía con las flores, la *signorina* Elettra llevaba hoy en el cuello un pañuelo de un color cuyo secreto debía de haber sido robado a los canarios.

—Buenos días, comisario -dijo al verle entrar, obsequiándole con una sonrisa tan alegre como la de las flores.

—Buenos días, *signorina* -dijo él-. Tengo una consulta para ustedes dos - y señalaba con el mentón el ordenador, la otra mitad del equipo.

—¿Sobre eso? — preguntó ella, mirando las hojas de la SIP que él traía en la mano.

—Sí; la lista de las llamadas de Trevisan. Finalmente -agregó, sin ocultar la irritación que le producía haber desperdiciado tanto tiempo esperando conseguir la información por los conductos oficiales.

—Si le corría prisa, debió advertírmelo, comisario.

—¿Algún amigo en la SIP? — preguntó Brunetti, a quien ya no sorprendía el vasto alcance de los contactos de la *signorina* Elettra.

—Giorgio -dijo ella sin más.

—¿Usted cree que podría...? — empezó Brunetti.

Con una sonrisa, ella alargó la mano.

Él le entregó los papeles.

–Necesito que pongan estos números por orden de frecuencia de las llamadas.

Ella hizo una anotación en el bloc que tenía encima de la mesa y sonrió indicando que eso era juego de niños.

–¿Algo más?

–Sí; cuántos de estos teléfonos están en lugares públicos, bares, restaurantes, cabinas.

Ella volvió a sonreír con la misma expresión.

–¿Eso es todo?

–No; deseo saber cuál es el número de la persona que lo mató. – Si esperaba que ella hiciera otra anotación, se vio defraudado-. Pero supongo que eso no lo conseguirá -agregó Brunetti con una sonrisa, para indicar que no hablaba en serio.

–Eso no creo que podamos encontrarlo, pero quizá esté aquí -apuntó ella agitando los papeles. Probablemente, pensó Brunetti.

–¿Cuánto tardará? – preguntó él, refiriéndose a días.

La *signorina* Elettra miró su reloj y luego pellizcó el borde de las hojas, para calcular su número.

–Si Giorgio está hoy en su despacho, podría tenerlo esta tarde.

–¿Cómo? – exclamó Brunetti, a quien la sorpresa impidió formular la pregunta con más calma.

–He hecho instalar un módem en el teléfono del *vicequestore* -dijo ella señalando la cajita metálica que tenía encima de la mesa, a unos centímetros del teléfono. Brunetti vio unos cables que iban de la caja al ordenador-. Lo único que tiene que hacer Giorgio es introducir la información, programarla de manera que ordene las llamadas según su incidencia y enviarla directamente a mi impresora. – Hizo una pausa-. Y tendremos las llamadas ordenadas por frecuencia, cada una con la fecha y la hora. ¿Quiere saber también la duración? – Se quedó esperando su respuesta, con la punta del bolígrafo apoyada en el bloc.

–Sí. ¿Y cree que podríamos conseguir una lista de las llamadas hechas desde el teléfono público del bar de Mestre?

Ella asintió, pero no dijo nada, ocupada en escribir.

–¿Esta tarde? – preguntó Brunetti.

–Si está Giorgio, desde luego.

Cuando Brunetti se alejó, ella descolgaba el teléfono, seguramente para llamar a Giorgio y, juntos y con ayuda de la cajita rectangular conectada al ordenador, romper todas las barreras que la SIP hubiera puesto delante de sus archivos, desentendiéndose de las leyes que determinan la información de la que se puede disponer sin una orden judicial.

De vuelta en su despacho, Brunetti redactó un breve informe para Patta, dando cuenta de las pesquisas realizadas y de los planes para los días sucesivos. En la primera parte había mucha frustración y en la segunda, inventiva y optimismo a partes iguales, con lo que confiaba en contentar a Patta momentáneamente. Hecho esto, llamó por teléfono a Ubaldo Lotto y le pidió una entrevista para aquella tarde, aduciendo que necesitaba información acerca de los asuntos profesionales de Trevisan. Después de titubear y de insistir en que él no sabía nada de los asuntos del bufete, ya que él se limitaba a llevar las cuentas, a regañadientes, Lotto le dijo que fuera a su despacho a las cinco y media.

Las oficinas de Lotto estaban en el mismo edificio y la misma planta que el bufete de Trevisan, en la Via XXI Marzo, encima de la Banca Commerciale d'Italia, la mejor zona comercial de Venecia. Brunetti se presentó minutos antes de las cinco y media y fue conducido a un despacho en el que la actividad y la eficacia eran tan evidentes que llegaban a resultar convencionales: la clase de despacho que montaría un joven y brillante realizador de televisión para escenario de una película acerca de un joven y brillante financiero. En una sala del tamaño de media pista de tenis había ocho mesas, cada una con su ordenador, ocupadas por cinco chicos y tres chicas. A Brunetti le llamó la atención que ninguno de ellos se dignara mirarlo mientras él pasaba junto a las mesas, siguiendo al recepcionista.

El joven se paró delante de una puerta, dio dos golpes con los nudillos y, sin esperar respuesta, la abrió y la sostuvo para que entrara el comisario. Brunetti vio a Lotto trastear en el interior de un armario alto situado en la pared del fondo. Al oír cerrarse la puerta a su espalda, el comisario se volvió para ver si el joven había entrado también en el despacho. No era así. Cuando miró otra vez hacia adelante vio que Lotto se había apartado del armario con una botella de vermut dulce en la mano derecha y dos vasos en la izquierda.

—¿Desea beber algo, comisario? — preguntó-. A esta hora, yo acostumbro a tomar una copa.

—Muchas gracias -dijo Brunetti, que aborrecía las bebidas dulces-. Me vendrá bien. — Sonrió y Lotto, con un ademán, le invitó a ir hacia el otro extremo del despacho, donde había dos sillones, uno a cada lado de una mesa baja de patas finas.

Lotto sirvió dos tragos generosos y cruzó la habitación. Brunetti tomó uno de los vasos, dio las gracias y esperó a que su anfitrión dejara la botella en la mesita y se sentara a su vez, para levantar el vaso y brindar con su sonrisa más cordial.

—*Cin cin*. -El dulce líquido le resbaló por la lengua y la garganta, dejando una película viscosa. El alcohol quedaba completamente enmascarado por aquella dulzura empalagosa; era como beber *aftershave* con néctar de albaricoque.

Aunque lo único que se veía por las ventanas del despacho eran las ventanas de los edificios del otro lado de la calle, Brunetti dijo:

—Le felicito por la oficina. Es muy elegante.

Lotto agitó el vaso con displicencia.

—Gracias, *dottore*. Tratamos de transmitir una imagen de eficacia, dar a nuestros clientes la seguridad de que sus asuntos están en manos competentes que los gestionan debidamente.

—Eso debe de ser muy difícil -apuntó Brunetti.

Por la cara de Lotto cruzó una sombra, que desapareció rápidamente, llevándose consigo una parte de su sonrisa.

—Me parece que no le entiendo, comisario.

Brunetti trató de aparentar la turbación del que no domina el lenguaje y, una vez más, no ha sabido expresarse.

—Me refiero a las nuevas leyes, *signor* Lotto. Debe de ser muy difícil entenderlas y aplicarlas convenientemente. Desde que el nuevo gobierno cambió las disposiciones, mi gestor reconoce que a veces tiene dudas hasta para rellenar los impresos. — Tomó un sorbo de vermut, pero muy pequeño, incluso insignificante, y prosiguió-: Desde luego, no es que mis cuentas sean tan complicadas como para crear confusión, pero supongo que tendrá usted muchos clientes cuyas finanzas exijan la atención de un especialista. — Otro sorbito-. Yo de estas cosas no entiendo, claro -prosiguió y lanzó una mirada a Lotto, que parecía escuchar atentamente-. Por eso deseo hablar con usted, por si puede darme alguna información que usted estime

importante sobre las finanzas del *avvocato* Trevisan. Era usted su apoderado, ¿verdad?

—Sí -respondió Lotto escuetamente. Y con voz neutra preguntó-: ¿Qué clase de información?

Brunetti sonrió y abrió las manos como si quisiera desprenderse de los dedos.

—Eso es lo que no sé y por eso he venido. Puesto que el *avvocato* Trevisan le había confiado sus asuntos financieros, he pensado que quizá usted supiera si alguno de sus clientes podía estar... ¿cómo le diría...?, descontento del *signor* Trevisan.

—¿Descontento, comisario?

Brunetti se miró las rodillas como el que, una vez más, ha tropezado con el escollo de su impericia lingüística, un individuo del que Lotto podría pensar tranquilamente que no debía de ser menos inepto como policía.

Lotto dijo, rompiendo el silencio que se dilataba:

—Lo siento, pero sigo sin comprender. — Brunetti observó complacido cómo su interlocutor forzaba la nota de la sinceridad al simular confusión, ya que ello indicaba que Lotto creía estar frente a un hombre insensible a la sutileza o la complejidad.

—Verá, *signor* Lotto, puesto que no tenemos móvil para esta muerte... - empezó Brunetti.

—¿No fue el robo el móvil? — interrumpió Lotto alzando las cejas.

—No se llevaron nada.

—¿No es posible que el ladrón huyera al oír acercarse a alguien?

Brunetti otorgó a esta sugerencia la atención que hubiera merecido si nadie la hubiera formulado antes, que era lo que él deseaba que Lotto creyera.

—Es posible, supongo -dijo Brunetti, como si hablara a un igual. Asintió, sopesando esta nueva posibilidad. Después, con machacona insistencia, volvió a la primera idea-. ¿Y si no fuera así? ¿Y si se tratara de un asesinato premeditado? En tal caso, el móvil podría estar en su vida profesional. — Brunetti se preguntaba si Lotto cortaría la lenta deriva de su pensamiento antes de que llegara a la siguiente posibilidad: que el móvil radicara en la vida privada de Trevisan.

—¿Insinúa que esto pudo hacerlo un cliente? — preguntó Lotto con la voz impregnada de incredulidad. Estaba claro que este policía no sabía con qué

clase de clientes trabajaba un hombre como Trevisan.

–Comprendo que la probabilidad es remota -dijo Brunetti con una sonrisa que él quería nerviosa-. Pero es posible que, en su calidad de abogado, el *signor* Trevisan estuviera en posesión de información peligrosa.

–¿Sobre uno de sus clientes? ¿Eso es lo que quiere decir, comisario? – El asombro que Lotto imprimió en su voz indicaba lo seguro que estaba de su habilidad para manejar a este policía.

–Sí.

–Imposible.

Brunetti hizo asomar a sus labios otra media sonrisa.

–Parece inverosímil, lo comprendo, pero aun así, aunque sólo sea para descartar esta posibilidad, necesitamos ver una lista de los clientes del *signor* Trevisan, y he pensado que usted, como apoderado suyo, podría facilitárnosla.

–¿Van a mezclarlos en esto? – preguntó Lotto, procurando que Brunetti percibiera en su tono una incipiente indignación.

–Puede usted tener la completa seguridad de que haremos cuanto esté en nuestra mano para impedir que ellos se enteren de que tenemos sus nombres.

–¿Y si no se les dieran esos nombres?

–Nos veríamos en la necesidad de solicitar una orden judicial.

Lotto apuró su vermut y dejó el vaso en la mesa que tenía a su izquierda.

–Diré que le preparen esa lista. – Su reticencia era audible. Al fin y al cabo, estaba hablando con la policía-. Pero les agradeceré que tomen en consideración que no se trata de la clase de personas que suelen ser objeto de una investigación policial.

En circunstancias normales, Brunetti hubiera respondido que, durante los últimos años, la policía no hacía prácticamente nada más que investigar a «esa clase de personas», pero se reservó el comentario y se limitó a decir:

–Se lo agradezco.

Lotto carraspeó.

–¿Eso es todo?

–Sí -dijo Brunetti haciendo girar el vermut en el vaso y observando cómo resbalaba por el cristal-. Había otra cosa, pero carece de importancia.
– El viscoso líquido bailaba en el vaso.

—¿Sí? — preguntó Lotto sin demostrar interés, ahora que el motivo de la visita del policía ya estaba ventilado.

—Rino Favero -dijo Brunetti, dejando caer el nombre con la misma suavidad con que una mariposa se mece en las corrientes de aire.

—¿Qué? — dijo Lotto, con un asombro muy vivo como para ser reprimido. Satisfecho, Brunetti parpadeó con su expresión más bovina y volvió a contemplar el líquido del vaso. Lotto modificó entonces su pregunta a un neutro-: ¿Quién?

—Favero. Rino. Era gestor. En Padua, según creo. ¿Lo conoce usted, *signor* Lotto?

—El nombre me suena. ¿Por qué?

—Murió hace poco. Por su propia mano. — Pensaba Brunetti que éste era el eufemismo que un hombre de su posición social debía utilizar para referirse al suicidio de una persona de la categoría de Favero. Calló, esperando a descubrir la magnitud de la curiosidad de Lotto.

—¿Por qué lo pregunta?

—He pensado que, si lo conocía, éste sería un momento difícil para usted, por haber perdido a dos amigos en tan poco tiempo.

—No; no lo conocía. Por lo menos, personalmente.

Brunetti movió la cabeza.

—Un caso muy triste.

—Sí -convino Lotto en conclusión, y se puso en pie-. ¿Algo más, comisario?

Brunetti se levantó y miró en derredor, un poco azorado, buscando dónde depositar el vaso con el resto de la bebida, y dejó que Lotto se lo tomara de las manos y lo pusiera en la mesa, al lado del suyo.

—Nada más. Sólo esa lista de clientes.

—Mañana. O pasado mañana -dijo Lotto yendo hacia la puerta.

Brunetti sospechaba que sería pasado mañana, pero ello no le impidió extender la mano y dar al financiero las más efusivas gracias por su tiempo y su colaboración.

Lotto acompañó a Brunetti hasta la escalera, volvió a estrecharle la mano y cerró la puerta. Brunetti se paró un momento en el rellano y contempló la discreta placa de bronce que había a la derecha de la oficina de enfrente: C. Trevisan, Avvocato. Brunetti estaba seguro de que, detrás de aquella puerta, habría un ambiente de dinamismo y eficacia análogo al que

dejaba atrás, pero ahora le constaba, además, que las dos oficinas tenían en común mucho más que el domicilio y la decoración y sospechaba que ambas estaban relacionadas con Rino Favero.

15

A la mañana siguiente, Brunetti encontró en su escritorio, enviada por fax por el *capitano* Della Corte de la policía de Padua, una copia del expediente de Rino Favero, cuya muerte se atribuía aún, por lo menos de cara a los medios de comunicación, a suicidio. El expediente revelaba sobre la muerte de Favero poco más de lo que Della Corte le había dicho por teléfono. Para Brunetti, lo más interesante era lo que podía deducirse acerca de la posición que ocupaba Favero en la sociedad y los medios financieros de Padua, una ciudad próspera y tranquila, a una media hora al oeste de Venecia.

Favero, especializado en la contabilidad de empresas, empleaba a siete contables, y su firma estaba muy bien conceptuada no sólo en Padua capital sino en toda la provincia. Figuraban entre sus clientes algunos de los más importantes empresarios de esta industriosa zona y los jefes de tres departamentos de la universidad, una de las mejores de Italia. Brunetti conocía los nombres de muchas de las empresas y particulares cuyo patrimonio gestionaba Favero. No había entre ellos relación aparente, ya que pertenecían a campos muy diversos de la actividad: productos químicos, artículos de piel, agencias de viajes y de empleo, el departamento de Ciencias Políticas... No se advertían puntos de contacto.

Brunetti estaba nervioso y con deseos de entrar en acción o, por lo menos, de cambiar de escenario, y pensó en ir a Padua para hablar con Della Corte pero luego decidió llamarle por teléfono. Entonces, por asociación de ideas, recordó la advertencia de Della Corte, de que no hablara de Favero con nadie más que con él, palabras que indicaban que sobre Favero -y quizá también sobre la policía de Padua- había mucho más que saber de lo que Della Corte había querido revelar.

- Della Corte -contestó el capitán a la primera señal.
- Buenos días, *capitano*. Brunetti, de Venecia.
- Buenos días, comisario.
- Le llamo para preguntarle si hay alguna novedad.
- Sí.

—¿Sobre Favero?

—Sí. Al parecer, usted y yo tenemos amigos comunes, comisario.

—¿Sí? —preguntó Brunetti, sorprendido.

—Ayer, después de hablar con usted, hice una llamada.

Brunetti no dijo nada.

—Y mencioné su nombre casualmente -agregó Della Corte.

Brunetti dudó que la mención hubiera sido casual.

—¿A quién hizo la llamada? —preguntó.

—A Riccardo Fosco. De Milán.

—Ah, ¿cómo está? —preguntó Brunetti, aunque lo que a él le interesaba era por qué Della Corte había tenido que llamar a un periodista investigador para informarse sobre Brunetti, porque estaba seguro de que la llamada a Fosco no había sido casual.

—Me dijo muchas cosas de usted -empezó Della Corte-. Todas buenas.

Sólo dos años atrás, si alguien hubiera dicho a Brunetti que un policía creía necesario llamar a un periodista para averiguar si otro policía era de fiar, se hubiera escandalizado, pero ahora sólo sentía una sorda desesperación porque se vieran obligados a tomar estas precauciones.

—¿Cómo está Riccardo? —preguntó sosegadamente.

—Bien, muy bien. Me dio recuerdos para usted.

—¿Se ha casado?

—Sí. Hace un año.

—¿Interviene usted en la busca? —preguntó Brunetti, refiriéndose a los policías amigos de Fosco que, años después del ataque de un pistolero que le había dejado parcialmente inválido, aún no habían perdido la esperanza de descubrir a los responsables.

—Sí, pero sin resultado. ¿Y usted? —preguntó Della Corte, halagando a Brunetti al suponer que también él seguía buscando, a pesar de que habían transcurrido más de cinco años desde la agresión.

—Nada tampoco. ¿Llamó usted a Riccardo por algo en particular?

—Quería saber si podía decirme algo acerca de Favero, algo interesante que nosotros no pudiéramos averiguar.

—¿Y le dijo algo?

—Nada.

Con una súbita corazonada, Brunetti preguntó:

—¿Le llamó desde su despacho?

El ruido que hizo Della Corte podía ser risa.

–No. – Siguió un silencio largo y Della Corte dijo: ¿Tiene línea directa en su despacho?

Brunetti le dio el número.

–Le llamaré dentro de diez minutos.

Mientras esperaba, Brunetti pensó en llamar a Fosco, para preguntar por el otro policía, pero no quería bloquear la línea y se dijo que el que Della Corte le hubiera hablado del periodista era ya recomendación suficiente.

Un cuarto de hora después llamaba Della Corte. Brunetti oía su voz sobre un fondo de ruidos de tráfico, cláxones y motores.

–Espero que su teléfono sea seguro -dijo Della Corte, dando a entender que el suyo no lo era. Brunetti reprimió el impulso de preguntar seguro contra qué.

–¿Qué ocurre? – preguntó Brunetti.

–Hemos tenido que dar por bueno lo del suicidio. Oficialmente.

–¿Por qué?

–El informe de la autopsia indica ahora dos miligramos.

–¿Ahora? – preguntó Brunetti.

–Ahora -repitió Della Corte.

–¿Con lo que Favero habría estado en condiciones de conducir? – preguntó Brunetti.

–Sí, y meter el coche en el garaje y cerrar la puerta y, en suma, suicidarse. – La voz de Della Corte era sorda de indignación contenida-. No encuentro a un juez que esté dispuesto a firmar una orden de investigación de asesinato o de exhumación del cadáver para una segunda autopsia.

–¿Cómo consiguió el primer informe?

–Hablé con el médico que hizo la autopsia. Trabaja en el hospital. Es ayudante.

–¿Y...?

–Cuando llegó el informe oficial del laboratorio... él había hecho un análisis inmediatamente después de la autopsia, pero envió las muestras al laboratorio para el contraanálisis, vio que indicaba que el nivel del barbitúrico era muy inferior al que había hallado él.

–¿Comprobó sus anotaciones? ¿Y las muestras?

–Han desaparecido.

–¿Desaparecido?

Della Corte no se molestó en contestar.

—¿Dónde estaban?

—En el laboratorio de Patología.

—¿Qué procedimiento se sigue normalmente?

—Una vez redactado el informe oficial de la autopsia, las muestras se guardan durante un año y luego son destruidas.

—¿Y esta vez?

—Cuando llegó el informe oficial, él quiso revisar sus notas, por si se había equivocado. Y entonces me llamó. — Della Corte se interrumpió antes de agregar: Eso fue hace dos días. Después volvió a llamar para decirme que los primeros resultados debían de estar equivocados.

—¿Alguien le ha presionado?

—Desde luego -dijo Della Corte secamente.

—¿Usted ha dicho algo de esto?

—No; no me gustó lo que me dijo sobre las notas la segunda vez que llamé. De modo que me mostré de acuerdo con él en que a veces suceden estas cosas, fingí estar molesto por el error y le advertí que tuviera más cuidado la próxima vez que hiciera una autopsia.

—¿Él le creyó?

El gesto de escepticismo con que Della Corte se encogió de hombros recorrió la línea telefónica.

—¿Quién sabe?

—¿Y entonces? — preguntó Brunetti.

—Entonces llamé a Fosco para informarme sobre usted. — Brunetti oyó ruidos extraños en la línea y se preguntó si estaría pinchado su propio teléfono, pero los ruidos se definieron en los chasquidos y señales que indicaban que Della Corte estaba echando monedas en el teléfono-.

Comisario -dijo-, apenas me quedan monedas. ¿Podríamos vernos para hablar de esto?

—Por supuesto. ¿Extraoficialmente?

—Del todo.

—¿Dónde? — preguntó Brunetti.

—¿A mitad de camino? — sugirió Della Corte-. ¿En Mestre?

—¿Bar Pinetta?

—¿Esta noche a las diez?

—¿Cómo le conoceré? — preguntó Brunetti, esperando que Della Corte no fuera un policía con aspecto de policía.

—Soy calvo. ¿Y yo a usted?

—Tengo pinta de poli.

16

Aquella noche, a las diez menos diez, Brunetti bajó por la escalera de la estación de Mestre y torció hacia la izquierda. Sabía dónde estaba la Via Fagare, porque la había localizado en el plano que estaba impreso en la cubierta de la guía telefónica de Venecia. Delante de la estación había la acostumbrada aglomeración de coches mal aparcados y en ambas direcciones circulaba un tráfico fluido. Cruzó la calzada y siguió hacia la izquierda. En la segunda travesía dobló a la derecha, en dirección al centro. A uno y otro lado bordeaban la calle los cierres metálicos de las tiendas, bajados ahora como rastrillos de una fortaleza, contra posibles invasiones nocturnas.

De vez en cuando, una ráfaga de viento agitaba hojas secas y papeles que perezosamente se levantaban a su paso en lentos remolinos. El fragor del tráfico, al que no estaba habituado, lo aturdí, como siempre que salía de Venecia. Todo el mundo se queja del clima de Venecia, húmedo e inclemente, pero para Brunetti era mucho peor el bronco ruido del tráfico, y el olor de los gases que salían por los tubos de escape, y se admiraba de que la gente se resignara a vivir entre coches y los aceptara como parte integrante de la vida cotidiana. A pesar de todo, cada año eran más los venecianos que se mudaban a Mestre, obligados a abandonar su ciudad por el descenso de la actividad económica y las fuertes subidas de los alquileres. Él era consciente de las circunstancias, comprendía las razones que impulsaban a la gente a marchar, pero, ¿cambiar Venecia por esto? No les arrendaba la ganancia.

Al cabo de unos minutos distinguió al extremo de la manzana un rótulo de neón vertical que descendía desde la azotea del edificio hasta el entresuelo, en el que se leía B-IN-TA. Brunetti entró en el bar por el hueco que dejaba la puerta entreabierta, sin sacar las manos de los bolsillos de la gabardina, ladeando el cuerpo para no tener que empujar.

Se adivinaba que el dueño había visto muchas películas americanas, porque el local quería parecerse a los bares en los que se contoneaba Victor

Mature. El gran espejo que cubría la pared de detrás del mostrador estaba tan empañado por el polvo y el humo que no reflejaba sino imágenes borrosas. En lugar de las múltiples hileras de botellas que suele haber en los bares italianos, en éste había una sola, y de bourbon y escocés exclusivamente. Y el mostrador no era la clásica barra con la consabida cafetera para los *espressos* sino que tenía forma de herradura. Lo atendía un hombre con un delantal que quizá había sido blanco, ceñido a la cintura.

Había mesas a uno y otro lado del mostrador. Las de la izquierda estaban ocupadas por grupos de tres o cuatro jugadores de cartas; las de la derecha, por parejas mixtas que, evidentemente, se dedicaban a otros juegos de azar. Cubrían las paredes fotos ampliadas de estrellas de cine americanas que parecían contemplar lúgubrementes el escenario al que el destino las había traído.

En el mostrador había cuatro hombres y dos mujeres. El primer hombre, bajo y robusto, miraba fijamente el interior del vaso, que sostenía entre las manos con gesto protector. El segundo, más alto y delgado, estaba de espaldas al bar, observando, ora a los jugadores de cartas, ora a los clientes del otro lado. El tercero era calvo y, evidentemente, Della Corte. El último, más que delgado, escuálido, estaba entre las dos mujeres y volvía la cabeza nerviosamente de la una a la otra, según cuál de ellas le hablara. Cuando Brunetti entró, el hombre lo miró y las mujeres, siguiendo la dirección de su mirada, se volvieron a su vez para examinar al recién llegado. No serían más tétricos los ojos de las Tres Parcas en el momento de cortar los hilos de la vida de un hombre.

Brunetti se acercó a Della Corte, un tipo delgado, con muchas arrugas y grueso bigote, y le dio una palmada en un hombro. Hablando con marcado acento veneciano y en un tono de voz más alto de lo necesario, dijo:

—*Ciao, Bepe, come stai?* Perdona el retraso, chico, la zorra de mi mujer... -Su voz se apagó y su mano dibujó un airado ademán dirigido a todas las zorras y todas las esposas. Miró al camarero y dijo en voz aún más alta: *Amico mio*, ponme un whisky, y a Della Corte: ¿Qué bebes, Bepe? Toma otra. — Al dirigirse al camarero cuidó de no volver únicamente la cabeza sino todo el cuerpo, con excesivo impulso. Para recobrar el equilibrio puso una mano en el mostrador y masculló otra vez: Zorra.

Cuando llegó el whisky vació de un trago el alto vaso, lo dejó en el mostrador con un golpe seco y se limpió los labios con el dorso de la mano.

Apareció entonces otro vaso, del que se apoderó Della Corte.

—*Cin, cin*, Guido -dijo el capitán brindando con un gesto que revelaba una vieja amistad-. Me alegro de que hayas podido escapar. — Tomó un sorbo, luego otro-: ¿Vienes a cazar con nosotros este fin de semana?

No habían preparado un guión, y Brunetti se dijo que lo mismo daba un tema que otro para dos cuarentones amantes del whisky que se encuentran en un bar cutre de Mestre. Contestó que él iría encantado, pero que tenía que quedarse porque aquel fin de semana era su aniversario de boda, y a la zorra de su mujer se le había metido en la cabeza que la llevara a cenar por ahí. ¿De qué servía tener una cocina en casa, si ella no iba a utilizarla para hacerle la cena? Mientras charlaban, una de las parejas se levantó y salió del bar. Della Corte pidió otros dos tragos y, tirando de la manga a Brunetti, lo llevó hasta la mesa que había quedado libre y le ayudó a sentarse. Cuando ya tenían las bebidas, Brunetti apoyó el mentón en la palma de la mano y preguntó en voz baja:

—¿Hace rato que está aquí?

—Una media hora -respondió Della Corte, sin la lengua torpe ni el acento del Véneto con que había hablado en el mostrador.

—¿Y?

—Ese del mostrador, el que está con las dos mujeres... -Della Corte se interrumpió para tomar un sorbo de whisky-... de vez en cuando, entran hombres y hablan con él. Una de las mujeres se ha sentado en la barra con uno de ellos y luego con otro. La otra mujer se ha ido con uno y ha vuelto al cabo de veinte minutos.

—Trabajo rápido -dijo Brunetti. Della Corte asintió y tomó otro sorbo de whisky.

—Por su aspecto -prosiguió Della Corte-, yo diría que ese hombre toma heroína. — Miró al bar y sonrió ampliamente a una de las mujeres.

—¿Está seguro? — preguntó Brunetti.

—He estado seis años en Narcóticos. He visto a cientos como él.

—¿Alguna novedad en Padua? — preguntó Brunetti. Durante la conversación no mostraban interés por las otras personas del bar, pero ambos memorizaban las caras y vigilaban atentamente lo que ocurría alrededor.

Della Corte movió la cabeza negativamente.

–He dejado de hacer preguntas, pero envié a un hombre de confianza al laboratorio, para que viera si faltaba algo más.

–¿Y?

–Son precavidos. Han desaparecido todas las notas y las muestras de las autopsias de aquel día.

–¿Cuántas hubo?

–Tres.

–¿En Padua? – preguntó Brunetti, sin disimular la sorpresa.

–En el hospital murieron dos ancianos por haber comido carne en mal estado. Salmonella. También han desaparecido las notas del forense y las muestras tomadas durante las autopsias.

Brunetti movió la cabeza de arriba abajo.

–¿Quién ha podido hacer eso? – preguntó al capitán-. ¿Y quién ha podido ordenarlo?

–Yo diría que la misma persona que le administró el barbitúrico.

El camarero hizo una pasada por las mesas. Brunetti levantó la cabeza y le hizo seña de que les trajera otros dos tragos, a pesar de que tenía el segundo casi intacto todavía.

–Con los sueldos que ganan los del laboratorio, con unos cientos de miles de liras se puede comprar mucha colaboración -dijo Della Corte.

En el bar entraron dos hombres hablando y riendo en el tono que se utiliza para llamar la atención.

–¿Algo sobre Trevisan? – preguntó Della Corte.

Brunetti movió la cabeza de derecha a izquierda con la solemnidad que suelen poner los borrachos en las cosas triviales.

–¿Entonces? – preguntó Della Corte.

–Creo que uno de nosotros va a tener que probar la mercancía -dijo Brunetti mientras se acercaba el camarero. Levantó la cabeza, sonrió al hombre, indicó con un movimiento del mentón que dejara las bebidas en la mesa y le hizo seña para que se inclinara. Cuando el otro obedeció, Brunetti le dijo-: Unas copas para las *signorine* -agitando una mano no muy firme en dirección a las dos mujeres que estaban en la barra, a cada lado del hombre delgado.

El barman asintió, volvió al mostrador y sirvió dos copas de un vino blanco espumoso que Brunetti supuso *prosecco* de ínfima calidad, que se le cobraría a precio de *champagne* auténtico. El camarero fue hasta las

mujeres, les puso las copas delante y dijo algo al hombre que estaba con ellas. Éste miró a Brunetti y luego se volvió hacia la mujer que tenía a la izquierda, una joven de estatura corta, piel morena, boca grande y una cascada de pelo rojizo hasta los hombros. Ella miró al hombre delgado, miró las copas y miró hacia la mesa de Brunetti. Éste sonrió, se levantó a medias y le hizo una torpe reverencia.

—¿Se ha vuelto loco? — preguntó Della Corte, sonriendo de oreja a oreja, mientras alargaba la mano hacia el vaso que tenía delante.

En lugar de contestar, Brunetti agitó una mano en dirección al trío de la barra, empujó con el pie la silla que estaba a su izquierda y sonrió a la mujer señalando la silla. La pelirroja se apartó del grupo y, con la copa en la mano, empezó a caminar en dirección a la mesa de Brunetti. Mientras la veía acercarse, Brunetti volvió a sonreírle y preguntó a Della Corte hablando entre dientes:

—¿Ha traído coche?

El capitán asintió.

—Bien. Cuando ella llegue, márchese. Espere en el coche a que salgamos y síganos.

En el momento en que la mujer llegaba a la mesa, Della Corte echó la silla hacia atrás y se levantó, casi chocando con la mujer. La miró fijamente un momento, como si le sorprendiera su presencia.

—Buenas noches, *signorina*. Siéntese, por favor -le dijo sonriendo ampliamente y recuperando su marcado acento del Véneto.

La mujer se sentó al lado de Brunetti, ciñéndose la falda a los muslos y le sonrió. Él vio que, bajo la gruesa capa de maquillaje, había una cara bonita, de ojos oscuros, naricita graciosa y buena dentadura.

—*Buona sera* -dijo ella casi en un susurro-. Gracias por el *champagne*.

Della Corte se inclinó tendiendo la mano a Brunetti desde el otro lado de la mesa.

—Tengo que marcharme, Guido. La próxima semana te llamo.

Brunetti, que no tenía ojos más que para la mujer, hizo caso omiso de la mano. Della Corte se volvió hacia los que estaban en el mostrador, sonrió, se encogió de hombros y salió del local cerrando la puerta.

—*Ti chiami Guido?* -preguntó la mujer, dejando las cosas claras con su tuteo.

—Sí, Guido Bassetti. ¿Y cómo te llamas tú, preciosa?

—Mara -respondió ella riendo como si hubiera dicho algo gracioso-. ¿A qué te dedicas, Guido? — Brunetti detectó en sus palabras dos cosas, un acento extranjero, quizá portugués o, en cualquier caso, latino, y un tono insinuante, más claro que el acento.

—Soy fontanero -dijo Guido procurando aparentar orgullo y guiñando un ojo, para corresponder a sus insinuaciones.

—Oh, qué interesante -dijo Mara, y volvió a reír sin saber qué agregar.

Brunetti vio que en el segundo vaso aún quedaba mucho whisky y que el tercero estaba intacto. Bebió un poco del segundo, lo apartó y levantó el tercer vaso.

—Eres una chica muy guapa, Mara -dijo, sin esforzarse por disimular que esta circunstancia no hacía al caso. A ella no pareció importarle.

—¿Ése que está en el bar es amigo tuyo? — preguntó Brunetti señalando con el mentón al hombre delgado, que seguía en el mismo sitio, a pesar de que la otra mujer se había ido.

—Sí -respondió Mara.

—¿Vives cerca? — preguntó Brunetti, ahora, el hombre que no quiere seguir perdiendo el tiempo.

—Sí.

—¿Vamos?

—Sí. — Ella volvió a sonreír, y Brunetti observó cómo ponía en sus ojos un calor y un interés forzados.

Dejando entonces su aire jovial, él preguntó:

—¿Cuánto?

—Cien mil -respondió ella con la rapidez de quien ha oído la pregunta demasiadas veces.

Brunetti se rió, bebió otro trago y se levantó con brusquedad, procurando volcar la silla.

—Tú estás pirada, Marita. En casa tengo una mujer que me lo hace gratis.

Ella se encogió de hombros y miró el reloj. Eran las once, y hacía veinte minutos que en el bar no entraba nadie. Él observó cómo calculaba el tiempo y la hora.

—Cincuenta -dijo entonces con la expresión de quien desea ahorrar tiempo y energía.

Brunetti dejó en la mesa el trago sin terminar y la tomó del brazo.

–De acuerdo, Marita, yo te enseñaré lo que un hombre de verdad puede hacer por ti.

Ella se puso en pie sin resistirse. Brunetti, sin soltarla, se acercó al bar.

–¿Cuánto le debo? – preguntó al barman.

–Sesenta y tres mil liras -respondió el hombre rápidamente.

–¿Estás loco? – preguntó Brunetti con indignación-. ¿Por tres whiskies y, además, asquerosos?

–Y los dos su amigo, y el *champagne* de las señoras.

–Las señoras -repitió Brunetti con sarcasmo, pero sacó la billetera y extrajo un billete de cincuenta, uno de diez y tres de mil liras que echó sobre el mostrador. Antes de que pudiera guardar la billetera, Mara le asió del brazo.

–Puedes dar el dinero a mi amigo -dijo indicando con la cabeza al hombre delgado, que observaba a Brunetti muy serio. Éste miró en derredor, rojo de confusión, como buscando a quien le ayudara a entender esto. Pero nadie le ayudó. Sacó otro billete de cincuenta mil liras y lo dejó caer en el mostrador, sin mirar al hombre que, a su vez, tampoco miró el dinero. Brunetti, con gesto de dignidad ofendida, se llevó a la mujer hacia la puerta. Ella se paró sólo un segundo para descolgar una chaqueta de leopardo sintético, de un gancho que había junto a la entrada y salió a la calle con Brunetti, que cerró con un portazo.

Mara torció hacia la izquierda sin esperarlo. Daba pasos rápidos, pero los tacones altos y la falda estrecha no le permitían avanzar deprisa, y Brunetti no tuvo dificultad para mantenerse a su lado. En la primera esquina, la mujer dobló hacia la izquierda y se paró delante de la tercera puerta. Ya tenía la llave en la mano. Abrió y entró, sin preocuparse de si Brunetti la seguía. Éste se quedó un momento en el umbral y pudo ver el coche que entraba en la estrecha calle y hacía dos rápidos destellos con los faros. Entonces siguió a la mujer.

Ella se detuvo en el primer rellano, abrió la puerta de la derecha y entró, también dejándola abierta y sin volverse. En la habitación, Brunetti vio una cama turca con una colcha a rayas de colores vivos, un escritorio, dos sillas y una ventana con los postigos cerrados. La mujer encendió la luz de una bombilla desnuda y débil que colgaba del techo al extremo de un cable corto.

Sin volverse a mirarlo, Mara se quitó la chaqueta y la colgó cuidadosamente del respaldo de una silla. Se sentó en el borde de la cama y se agachó para desabrocharse los zapatos. Brunetti la oyó respirar de alivio al descalzarse. Todavía sin mirarlo, ella se levantó, se quitó la falda, la dobló con cuidado y la dejó encima de la chaqueta. No llevaba nada debajo. Se sentó y luego se echó en la cama, también sin mirarlo.

—Si quieres tocarme los pechos tienes que pagar extra -dijo, volviéndose hacia un lado, para alisar la colcha que se había arrugado debajo de su hombro.

Brunetti cruzó la habitación y se sentó en la silla que estaba libre de ropa.

—¿De dónde eres, Mara? — preguntó con su voz normal, hablando en italiano, no en dialecto.

Ella lo miró ahora, sorprendida por la pregunta o por el tono completamente normal en que se la había hecho.

—Oiga, señor Fontanero -dijo con una voz en la que había más cansancio que irritación-, usted no ha venido aquí a charlar, ni yo tampoco, así que vamos a hacerlo ya para que yo pueda volver a mi trabajo, ¿vale? — Se dejó caer de espaldas y abrió las piernas.

Brunetti desvió la mirada.

—¿De dónde vienes, Mara? — volvió a preguntar.

Ella juntó las piernas y se sentó en la cama encarándose con él, con los pies en el suelo.

—Mira, si quieres follar, follemos, ¿de acuerdo? Pero no tengo tiempo para charla. Y de dónde yo vengo no te importa.

—¿Del Brasil? — preguntó él especulando con el acento.

Con un gruñido de impaciencia, ella se puso de pie y agarró la falda. Se agachó sosteniéndola ante sí, metió un pie, luego el otro, se la ajustó a la cintura y se subió la cremallera con un movimiento seco. Palpó con el pie el suelo debajo de la cama, donde había escondido los zapatos y volvió a sentarse para abrocharse las correas.

—Puede ser arrestado, ¿sabes? — dijo Brunetti en el mismo tono tranquilo-. Ha dejado que le diera el dinero. Eso podría costarle por lo menos un par de meses.

Las correas que le sujetaban los zapatos a los tobillos estaban ya perfectamente abrochadas, pero ella no alzó la mirada hacia Brunetti ni hizo

movimiento alguno para levantarse de la cama. Se había quedado con la cabeza inclinada, escuchando.

—Tú no querrás que a él le ocurra eso, ¿verdad? — preguntó Brunetti.

Ella resopló con repugnancia e incredulidad.

—Piensa en lo que haría cuando saliera, Mara. No me has reconocido, y te echará la culpa.

Entonces la mujer le miró y extendió el brazo.

—Enséñeme su credencial.

Brunetti se la dio.

—¿Qué quiere? — preguntó ella al devolverle el documento.

—Quiero que me digas de dónde viniste.

—¿Para que puedan enviarme allí otra vez? — preguntó ella mirándole a los ojos.

—No soy de Inmigración, Mara. No me importa si estás aquí legalmente o no.

—¿Pues qué quiere entonces? — preguntó ella con un filo de impaciencia en la voz.

—Ya te lo he dicho. Quiero saber de dónde has venido.

Ella titubeó sólo un momento, mientras buscaba el peligro de la pregunta y, al no verlo, respondió:

—Sao Paulo. — Él tenía razón, el acento era brasileño.

—¿Cuánto hace que llegaste?

—Dos años.

—¿Y trabajas de prostituta? — preguntó él procurando dar a la palabra tono de definición, no de condena.

—Sí.

—¿Has trabajado siempre para ese hombre?

Ella lo miraba fijamente.

—No le diré cómo se llama.

—No quiero saber cómo se llama, Mara. Quiero saber si siempre has trabajado para él.

Ella respondió en voz tan baja que él no pudo oírla.

—¿Cómo has dicho?

—No.

—¿Siempre en ese bar?

—No.

—¿Dónde trabajabas antes?

—En otro sitio -respondió ella evasivamente.

—¿Cuánto hace que trabajas en el bar?

—Desde septiembre.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué cambiaste al bar?

—Por el frío. No estoy habituada, y el invierno pasado enfermé por trabajar en la calle. Entonces él me dijo que este invierno podía trabajar en el bar.

—Ya -dijo Brunetti-. ¿Cuántas chicas hay además de ti?

—¿En el bar?

—Sí.

—Tres.

—¿Y en la calle?

—No sé cuántas. ¿Cuatro? ¿Seis? No sé.

—¿Alguna otra brasileña?

—Dos.

—¿Y las demás, de dónde son?

—No lo sé.

—¿Y qué puedes decirme del teléfono?

—¿Cómo? —preguntó ella entornando los ojos con una confusión que parecía auténtica.

—El teléfono del bar. ¿Quién recibe llamadas? ¿Él?

Era evidente que la pregunta la había desconcertado.

—No sé -dijo-. Ese teléfono lo usan todos.

—¿Pero quién recibe llamadas?

Ella pensó un momento.

—No lo sé.

—¿Él? —insistió Brunetti.

La mujer encogió los hombros y volvió la cara hacia otro lado, pero Brunetti hizo chasquear los dedos delante de sus ojos y ella volvió a mirarlo.

—¿Él recibe llamadas?

—A veces -respondió la mujer, que miró el reloj y dijo-: Ya tendría que haber terminado.

Él miró el reloj a su vez: habían transcurrido quince minutos.

—¿Cuánto tiempo te da?

—Generalmente, un cuarto de hora. A las viejas les da más, con los habituales. Pero si yo no vuelvo pronto, empezará a hacer preguntas y tendré que decirle por qué he tardado.

Por su manera de hablar, Brunetti comprendió que ella contestaría cualquier pregunta que el hombre le hiciera. Debatía consigo mismo si no sería preferible permitirle que descubriera que la policía se interesaba por él. Examinó la cara de la mujer, tratando de calcular su edad. ¿Veinticinco? ¿Veinte?

—Está bien -dijo poniéndose en pie.

Ante su brusco movimiento, ella se sobresaltó.

—¿Eso es todo? — preguntó.

—Sí, eso es todo.

—¿No quiere un rápido?

—¿Cómo? — preguntó él, desconcertado.

—Un rápido. Es lo que piden normalmente los polis cuando nos detienen para interrogarnos. — Su voz era neutra, cansada, no acusadora.

—No, nada de eso -dijo él yendo hacia la puerta.

A su espalda, ella se puso de pie y embutió un brazo y luego el otro en las mangas de la chaqueta. Él sostuvo la puerta abierta y la siguió al descansillo. Ella dio media vuelta, cerró con llave y bajó por el único tramo de escaleras. Abrió la puerta de la calle y se alejó por la derecha en dirección al bar. Brunetti se fue hacia la izquierda hasta el extremo de la calle y se paró al pie de una farola, donde momentos después lo recogió el coche negro de Della Corte.

17

—¿Qué tal? — preguntó Della Corte cuando Brunetti se sentó a su lado en el coche. A Brunetti le complació que no hubiera en la pregunta ni asomo de sorna.

—Es brasileña, trabaja para el que estaba con ella. Ha dicho que él recibe llamadas telefónicas en el bar.

—¿Algo más? — preguntó Della Corte mientras ponía el coche en marcha y lentamente lo conducía hacia la estación.

—Eso es todo -respondió Brunetti-. Todo lo que me ha dicho, pero creo que podemos deducir bastantes cosas más.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que está en Italia ilegalmente y, al no tener permiso de residencia, está obligada a hacer lo que le manden para ganarse la vida.

—Quizá lo haga porque le gusta -apuntó Della Corte.

—¿Conoce a alguna prostituta a la que le guste eso? — preguntó Brunetti.

Haciendo caso omiso de la pregunta, Della Corte dobló una esquina y paró el coche delante de la estación. Puso el freno de mano pero dejó el motor en marcha.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Creo que habría que arrestar al que estaba con ella. Así sabremos por lo menos quién es. Y quizá convenga volver a hablar con ella mientras él esté detenido.

—¿Cree que hablará?

Brunetti se encogió de hombros.

—Quizá, si no teme que la devuelvan a Brasil.

—¿Qué posibilidades hay de que hable?

—Depende de quién la interroge.

—¿Una mujer? — preguntó Della Corte.

—Seguramente, sería preferible.

—¿Tienen a alguien?

—Tenemos a una psicóloga que nos asesora de vez en cuando. Podría pedirle que hablara con Mara.

—¿Mara? — preguntó Della Corte.

—Así ha dicho que se llama. Me gustaría creer que le han dejado conservar por lo menos el nombre.

—¿Cuándo arrestarán al hombre?

—Lo antes posible.

—¿Alguna idea de cómo?

—La próxima vez que un cliente de Mara le deje a él el dinero en el mostrador. Será lo más sencillo.

—¿Cuánto tiempo pueden retenerlo por eso?

—Depende de lo que encontremos, si tiene antecedentes o si existe una orden de arresto. — Brunetti reflexionó-. Si está usted en lo cierto sobre la heroína, un par de horas deberían ser suficientes.

La sonrisa de Della Corte no era agradable.

–Estoy en lo cierto sobre la heroína. – Como Brunetti no dijera nada, Della Corte preguntó:- ¿Y mientras tanto?

–Estoy trabajando en varias cosas. Quiero saber algo más de la familia y del bufete de Trevisan.

–¿Algo en particular?

–No, nada. Sólo que hay un par de cosas que me inquietan, cosas que no parecen importantes. – Esto era todo lo que Brunetti estaba dispuesto a decir, y preguntó:- ¿Y ustedes?

–Nosotros haremos otro tanto respecto a Favero, pero hay mucho campo que cubrir, por lo menos por lo que respecta a su trabajo. – Della Corte hizo una pausa y comentó:- No imaginaba que esa gente ganara tanto dinero.

–¿Los gestores financieros?

–Sí. Cientos de millones de liras al año. Declarados; a saber lo que sacarán en negro. – Brunetti, al recordar algunos nombres de la lista de clientes de Favero, se hizo una idea de la magnitud de sus ingresos, declarados y no declarados.

Abrió la portezuela, se apeó y rodeando el coche se acercó a la ventanilla de Della Corte.

–Mañana por la noche enviaré a varios hombres. Si él y Mara están trabajando en el bar, será fácil detenerlos.

–¿A los dos? – preguntó Della Corte.

–Sí. Quizá ella esté mejor dispuesta a hablar después de pasar una noche en el calabozo.

–Creí que quería que la entrevistara una psicóloga -dijo Della Corte.

–Sí, pero quiero que antes sepa lo que es estar encerrada. El miedo hace más comunicativas a las personas, sobre todo, a las mujeres.

–Es usted muy duro, ¿no? – preguntó Della Corte con cierto respeto.

Brunetti se encogió de hombros.

–Esa mujer puede saber algo de un asesinato. Cuanto más asustada y confusa esté, más probable será que nos lo diga.

Della Corte sonrió al soltar el freno de mano.

–Hubo un momento en que creí que iba a hablarme de la puta con corazón de oro.

Brunetti se incorporó apartándose del coche y empezó a andar hacia la estación. A los pocos pasos se volvió hacia Della Corte, que subía el cristal

de la ventanilla mientras el coche empezaba a avanzar lentamente.

—Nadie tiene el corazón de oro -dijo, pero Della Corte ya se alejaba sin dar señales de haberle oído.

A la mañana siguiente, la *signorina* Elettra saludó a Brunetti con la noticia de que había encontrado el artículo sobre Trevisan aparecido en *Il Gazzettino*, pero dijo que se trataba de la simple descripción de una iniciativa conjunta en materia de turismo, de las cámaras de comercio de Venecia y Praga. Las actividades de la *signora* Trevisan, por lo menos, según el redactor de la página de sociedad del diario, no eran menos inocentes.

A pesar de que Brunetti esperaba algo parecido, la noticia lo decepcionó. Pidió a la *signorina* Elettra que viera si Giorgio -le sorprendió oírse a sí mismo hablar de Giorgio como de un viejo amigo- podía conseguir una lista de las llamadas hechas al y desde el bar Pinetta. Hecho esto, leyó el correo y a continuación hizo varias llamadas telefónicas relacionadas con una de las cartas.

Brunetti llamó después a Vianello y le pidió que aquella noche enviara a tres hombres al bar Pinetta, para arrestar a Mara y a su proxeneta. Luego no tuvo más remedio que dedicarse a los papeles de su mesa, aunque le resultó difícil concentrarse en lo que leía: estadísticas del Ministerio del Interior sobre las necesidades de personal para los cinco años siguientes, el coste del enlace informático con la Interpol y el índice de operatividad de un nuevo tipo de pistola. Brunetti arrojó los papeles a la mesa con un ademán de impaciencia. El *questore* había recibido recientemente del ministro del Interior un memorándum en el que se le informaba de que el presupuesto del año próximo para la policía nacional se recortaría en un 15 o, quizá, un 20 por ciento, y que no cabía esperar un aumento de los fondos en un futuro previsible. Ello no obstante, aquellos estúpidos de Roma seguían redactando proyectos y planes, como si hubiera dinero que gastar, como si no lo hubieran robado ya todo y enviado a cuentas secretas de Suiza.

Brunetti dio la vuelta a la hoja en que se detallaban las características de aquellas pistolas que nunca se comprarían y escribió en el reverso los nombres de las personas con las que deseaba hablar: la viuda Trevisan y su hermano, su hija Francesca y alguien que pudiera darle información concreta, tanto sobre el bufete como sobre la vida privada de Trevisan.

En una segunda columna escribió las cosas que le habían llamado la atención: la explicación -¿o era jactancia?— de Francesca, de que alguien podía secuestrarla; la resistencia de Lotto a darle la lista de los clientes de Trevisan y su sorpresa al oírle mencionar a Favero.

Y, planeando sobre todo ello, los números de teléfono, aquel sinfín de llamadas, sin pauta ni justificación aparentes.

Al agacharse para sacar la guía telefónica del cajón de abajo, Brunetti se dijo que debía de ser muy práctica una libretita con los números de uso más frecuente, como la de Favero. Pero al número que ahora buscaba no había llamado nunca, porque hasta ahora no había querido cobrarse aquel favor.

Hacía tres años, su amigo Danilo, el farmacéutico, le había llamado una tarde a última hora, para pedirle que fuera a su apartamento. Lo encontró con un párpado hinchado y casi cerrado, como si se hubiera metido en una pelea. Violencia la hubo, en efecto, pero no de Danilo, que no opuso resistencia al joven que había irrumpido en la farmacia en el momento de cerrar. Tampoco trató de impedir que el joven forzara el armario en el que se guardaban los narcóticos ni que sacara las siete ampollas de morfina. Pero Danilo había reconocido al intruso y cuando éste se iba, dijo: «No hagas eso, Roberto», y entonces el otro le dio un empujón. El farmacéutico cayó de lado y se golpeó la cabeza con el borde de una vitrina.

Roberto, como sabían no sólo Danilo y Brunetti sino casi toda la policía de la ciudad, era hijo único del juez Mario Beniamin, presidente de la Audiencia de Venecia. Hasta aquella noche, su adicción nunca le había inducido a la violencia, ya que se las arreglaba con recetas falsas y lo que conseguía a cambio de los objetos que robaba en casa de familiares y amigos. Pero la agresión al farmacéutico, aunque la lesión había sido involuntaria, había hecho de Roberto uno más de los delincuentes de la ciudad. Después de hablar con Danilo, Brunetti fue a casa del juez y estuvo con él durante más de una hora. Al día siguiente, el juez Beniamin acompañó a su hijo a una pequeña clínica particular de las afueras de Zurich, donde Roberto pasó los seis meses siguientes y de la que salió para iniciar un curso en un taller de cerámica de las afueras de Milán.

El favor, ofrecido espontáneamente por Brunetti, había permanecido en reposo entre él y el juez durante todos aquellos años, como duermen en el fondo del armario unos zapatos demasiado caros, hasta el día en que, inopinadamente, tropezamos con ellos y recordamos con una mueca de

desagrado lo estúpidos que fuimos al dejarnos tentar por aquella falsa ganga.

En el despacho del juez, a la tercera señal del teléfono, contestó una voz femenina. Brunetti dio su nombre y solicitó hablar con el juez Beniamin.

Al cabo de un minuto, el juez se puso al teléfono.

–*Buon giorno*, comisario. Esperaba su llamada.

–Sí -dijo Brunetti simplemente-. Me gustaría hablar con Su Señoría.

–¿Hoy?

–Si fuera posible.

–Puedo dedicarle media hora esta tarde a las cinco. ¿Será suficiente?

–Espero que sí, Señoría.

–Le espero entonces. Aquí -dijo el juez, y colgó.

La Audiencia de lo criminal está situada al pie del puente de Rialto, aunque no en el lado de San Marco sino en el del mercado de frutas y verduras. Por ello, los que van al mercado temprano, a veces pueden ver a hombres y mujeres que entran o salen del edificio esposados, y no es raro que entre las cajas de coles o de uvas transiten *carabinieri* armados con metralletas custodiando a los detenidos. Brunetti mostró su credencial a los guardias de la puerta y subió dos tramos de la amplia escalera de mármol, hasta el despacho del juez Beniamin. Desde las grandes ventanas de la escalera se dominaba la Fondazioni dei Tedeschi, en tiempos de la República, sede de los mercaderes alemanes de la ciudad y ahora central de Correos. En lo alto de la escalera, dos *carabinieri* con chaleco antibalas y rifle de asalto le pidieron la identificación.

–¿Lleva algún arma, comisario? – preguntó uno de ellos, después de examinar atentamente el documento.

Brunetti lamentó no haber pensado en dejar la pistola en el despacho. Hacía tiempo que en Italia se había levantado la veda del juez, y ahora, cuando ya era tarde, todas las precauciones parecían pocas. Lentamente, se desabrochó la chaqueta y la abrió para que el guardia le quitara la pistola.

La tercera puerta de la izquierda era la del despacho de Beniamin. Brunetti dio dos golpecitos y una voz lo invitó a entrar.

Durante los años transcurridos desde su visita a la casa del juez, los dos hombres se habían saludado por la calle alguna vez, pero Brunetti llevaba ya casi un año sin ver a Beniamin y quedó asombrado por el cambio que se había producido en aquel hombre que, a pesar de tener sólo unos diez años

más que Brunetti, ahora hubiera podido pasar por su padre. A cada lado de la boca, se le marcaban unos pliegues profundos y los ojos, en otro tiempo oscuros y brillantes, estaban empañados, como si alguien hubiera olvidado limpiarlos. Y había perdido tanto peso que parecía extraviarse dentro de la amplia toga.

–Siéntese, comisario -dijo Beniamin. La voz era la misma, grave y vibrante, voz de barítono.

–Gracias, Señoría -dijo Brunetti sentándose en una de las cuatro sillas que estaban dispuestas frente al escritorio del juez.

–Lo lamento, pero dispongo de menos tiempo de lo que pensaba. – Después de hablar, el juez se quedó en suspenso como si acabara de escuchar sus propias palabras. Esbozó una sonrisa pequeña y triste y agregó: Me refiero a esta tarde. De modo que, si podemos abreviar, se lo agradeceré.

–Desde luego, Señoría. Ni que decir tiene que le agradezco mucho que me haya recibido. – Brunetti se detuvo y su mirada se cruzó con la del juez. Ambos eran conscientes de lo convencional de la frase.

–Sí -dijo el juez. Nada más.

–Carlo Trevisan -enunció Brunetti.

–¿Concretamente? – preguntó el juez.

–¿A quién beneficia su muerte? ¿Qué relación tenía con su cuñado? ¿Y con su mujer? ¿Por qué su hija, hará unos cinco años, decía que sus padres temían que la secuestraran? ¿Y qué relaciones tenía Trevisan con la Mafia?

El juez Beniamin no tomaba notas, sólo escuchaba. Ahora apoyó los codos en la mesa y levantó una mano con el dorso hacia Brunetti y los dedos extendidos.

–Hace dos años, otro abogado, Salvatore Martucci, entró en el bufete, aportando sus propios clientes, con la condición de que, dentro de un año, se le hiciera socio de la firma, con una participación del cincuenta por ciento. Se dice que Trevisan no estaba dispuesto a cumplir el acuerdo. Muerto Trevisan, Martucci se queda solo al frente del bufete. – El pulgar del juez Beniamin desapareció.

»El cuñado es un hombre hábil y escurridizo. Es sólo un rumor, y podrían acusarme de calumnia si repitiera por ahí lo que voy a decirle, pero quienquiera que desee eludir el pago de impuestos en transacciones internacionales o saber a quién tiene que sobornar para evitar que un

embarque no sea inspeccionado en la aduana, no tiene más que acudir a él.
– El dedo índice desapareció.

»La esposa se entiende con Martucci. – Ahora el juez dobló el dedo mayor.

»Hace años, y esto es otro rumor, Trevisan llevó asuntos financieros de dos miembros de la Mafia de Palermo, hombres muy violentos. Desconozco la índole de su relación, si fue legal o ilegal, ni si fue voluntaria o no, pero me consta que esos hombres estaban interesados en él, o viceversa, a causa de la previsible apertura de la Europa del Este y el consiguiente incremento de las relaciones entre Italia y esos países. Es sabido que la Mafia secuestra o mata a los hijos de quienes se niegan a hacer negocios con ellos. Se dice que durante algún tiempo, Trevisan estaba muy asustado, pero también se dice que se le pasó el miedo. – Recogiendo los dos últimos dedos en el puño, el juez dijo: Me parece que esto responde a todas sus preguntas.

Brunetti se puso en pie.

–Gracias, Señoría.

–De nada, comisario.

No se mencionó a Roberto, muerto de sobredosis hacía un año, ni se habló del cáncer que estaba destruyendo el hígado del juez. Brunetti salió del despacho, recuperó la pistola que le entregó el guardia y salió de la Audiencia.

18

Lo primero que hizo Brunetti al llegar a su despacho a la mañana siguiente fue marcar el número particular de Barbara Zorzi. Después de la señal del contestador, dijo:

–*Dottoressa*, aquí Guido Brunetti. Si está en casa, le agradeceré que conteste. Tengo que hablar con usted otra vez sobre Trevisan. He descubierto que...

–¿Sí? – dijo ella, interrumpiéndole, pero sin sorprenderle por la falta de saludo o de cordialidad.

–Me gustaría saber si la visita a su consultorio de la *signora* Trevisan estaba relacionada con un embarazo. Antes de que ella pudiera responder, aclaró: No de su hija sino de ella.

–¿Por qué desea saberlo?

—El informe de la autopsia indica que su marido había sido sometido a una vasectomía.

—¿Cuándo?

—No lo sé. ¿Supondría eso una diferencia?

Después de una larga pausa, ella dijo:

—No, supongo que no. Sí; cuando vino a visitarse hace dos años creía estar embarazada. Entonces tenía cuarenta y un años, de modo que era posible.

—¿Lo estaba?

—No.

—¿Parecía muy preocupada por ello?

—En aquel momento no me lo pareció, en fin, no más preocupada de lo que lo estaría cualquier mujer de su edad, que creyera haber dejado atrás todo eso. Pero ahora supongo que sí que lo estaba.

—Gracias -dijo Brunetti.

—¿Eso es todo? — La sorpresa era audible.

—Sí.

—¿No va a preguntarme si sabía yo quién era el padre?

—No; creo que si usted hubiera pensado que el padre no era Trevisan me lo hubiera dicho ya el otro día.

Ella tardó un momento en responder y al hacerlo arrastró la primera palabra.

—Sí, probablemente.

—Bien.

—Quizá.

—Gracias -dijo Brunetti, y colgó.

Llamó entonces al despacho de Trevisan para pedir una entrevista al *avvocato* Salvatore Martucci, pero le dijeron que el *signor* Martucci había tenido que ir a Milán y que llamaría al comisario Brunetti tan pronto como regresara. No habían llegado a su mesa más papeles, por lo que se dedicó a repasar la lista que había hecho la víspera y a reflexionar sobre su conversación con el juez.

Brunetti no perdió el tiempo en cuestionar ni en tratar de confirmar la veracidad de las revelaciones que le había hecho el juez Beniamin. Así pues, dada la probable relación de Trevisan con la Mafia, su muerte parecía ahora más que nunca una ejecución, tan fulminante y anónima como la

provocada por el rayo. A juzgar por el apellido, probablemente Martucci sería un hombre del sur, y Brunetti se puso en guardia contra los prejuicios que ello pudiera inspirarle, especialmente si resultaba ser siciliano.

Quedaban Francesca y sus comentarios acerca del miedo de sus padres a un secuestro. Aquella mañana, antes de salir de casa, Brunetti había dicho a Chiara que la policía había esclarecido el asunto de la amenaza de secuestro, por lo que no necesitaba más ayuda. Hasta la más remota posibilidad de que alguien pudiera enterarse del interés de Chiara por un asunto relacionado con la Mafia causaba a Brunetti viva inquietud, y sabía que una aparente falta de interés sería el mejor medio para disuadirla de seguir haciendo preguntas.

Lo sacó de su ensimismamiento un golpe que sonó en la puerta del despacho.

–*Avanti* -gritó y al levantar la mirada vio que la *signorina* Elettra hacía entrar a un hombre.

–Comisario -dijo ella acercándose-, le presento al *signor* Giorgio Rondini, que desea hablar con usted unos momentos.

El hombre que venía con ella le sacaba por lo menos toda la cabeza, aunque no pesaría mucho más. El *signor* Rondini parecía salido de un cuadro del Greco, impresión que acentuaban la barbita negra y puntiaguda y los ojos oscuros, protegidos por unas cejas muy pobladas.

–Siéntese, *signor* Rondini, tenga la bondad -dijo Brunetti levantándose-. ¿En qué puedo servirle?

Mientras Rondini descendía a la silla, la *signorina* Elettra volvió sobre sus pasos hasta la puerta que había dejado abierta. En el umbral se quedó quieta hasta que Brunetti la miró, y entonces ella, señalando al visitante, silabeó silenciosamente, como si se dirigiera a un sordo:

–Gi-or-gio.

Brunetti movió la cabeza de arriba abajo casi imperceptiblemente y dijo, mientras ella ya cerraba la puerta:

–*Grazie, signorina.*

Durante un rato, ninguno de los dos hombres habló. Rondini examinaba el despacho y Brunetti miraba la lista que tenía encima de la mesa. Finalmente, el recién llegado dijo:

–Comisario, he venido a pedirle consejo.

–¿Sí, *signor* Rondini? – le instó Brunetti levantando la cabeza.

–Se trata de la condena -dijo el hombre, y se interrumpió.

–¿La condena, *signor* Rondini? – preguntó Brunetti.

–Sí, por lo de aquel día, en la playa. – Rondini le dedicó una sonrisa de aliento, invitándolo a recordar algo que él debía de saber ya.

–Perdone, *signor* Rondini, pero no estoy al corriente de la condena.

¿Podría usted informarme?

La sonrisa de Rondini desapareció dando paso a la turbación.

–¿Elettra no se lo ha contado?

–No; lamento decirle que no. – Viendo que, al oír esto, su interlocutor se azoraba más todavía, Brunetti agregó, sonriendo-: Aunque me ha explicado, desde luego, la gran ayuda que nos ha prestado usted. Gracias a ella hemos podido avanzar como hemos avanzado. – La circunstancia de que el avance fuera prácticamente nulo no restaba veracidad a la afirmación, aunque tampoco en el caso contrario se hubiera abstenido de hacerla.

En vista de que Rondini no hablaba, Brunetti le azuzó:

–Quizá, si me pone en antecedentes, veremos qué puede hacerse.

Rondini juntó las manos en el regazo, frotando los dedos de la izquierda con los de la derecha.

–Como le decía, se trata de una condena. – El hombre levantó la cabeza y Brunetti asintió, animándole-. Por exhibicionismo -agregó Rondini. La sonrisa de Brunetti no varió, y pareció que ello infundía valor a su visitante.

–Verá, comisario, hace dos veranos fui a la playa, a Alberoni. – Brunetti siguió sonriendo al oír el nombre de la playa situada al extremo del Lido, que era la favorita de los gays, por lo que se la conocía con el nombre de playa del Pecado. Su sonrisa no varió, pero sus ojos contemplaban ahora con más atención a Rondini y sus manos.

–No, no, comisario -dijo Rondini sacudiendo la cabeza-. No se trata de mí sino de mi hermano. – Se interrumpió y volvió a mover la cabeza, cortado y confuso-. Cada vez lo lío más. – Sonrió de nuevo, más nervioso todavía, y suspiró-: Volveré a empezar. – Brunetti asintió saludando la idea-. Mi hermano es periodista. Aquel verano hacía un reportaje sobre la playa y me pidió que lo acompañara. Pensaba que así pareceríamos una pareja y la gente nos dejaría en paz. Es decir, por un lado, nos dejaría en paz y, por el otro, no tendría reparo en hablar con él. – Nuevamente, Rondini se interrumpió y se miró las manos, que no dejaban de moverse en su regazo.

En vista de que Rondini no daba señales de querer seguir hablando, Brunetti preguntó:

—¿Sucedió allí, en la playa? — Como Rondini ni contestaba ni le miraba, puntualizó: El incidente.

Rondini aspiró profundamente y siguió explicando.

—Me bañé, pero hacía frío y decidí vestirme. Mi hermano estaba a cierta distancia, hablando con unas personas, y me pareció que cerca de mí no había nadie. Desde luego, no había nadie a menos de veinte metros de mi toalla, de modo que me senté, me quité el bañador y, cuando estaba vistiéndome, se acercaron dos policías y me dijeron que me levantara. Yo traté de ponerme los pantalones, pero uno de los policías los pisó, y no pude. — La voz de Rondini se hizo más tensa, y Brunetti no supo si de bochorno o de indignación.

Rondini empezó a rascarse la barba distraídamente.

—Entonces fui a ponerme otra vez el bañador, pero el otro me lo quitó. — Rondini calló.

—¿Qué pasó entonces?

—Me levanté.

—¿Y?

—Entonces ellos extendieron una denuncia por exhibicionismo.

—¿Y usted no se lo explicó?

—Sí.

—¿Y?

—No me creyeron.

—¿Y su hermano?

—Todo ocurrió en menos de cinco minutos. Cuando él volvió, los policías ya habían extendido la denuncia y se habían marchado.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Nada -dijo Rondini mirándole a los ojos-. Mi hermano me dijo que no me preocupara, que si el asunto seguía adelante me lo notificarían.

—¿Y no le notificaron?

—No. Por lo menos, yo no me enteré. Dos meses después, un amigo me llamó para decirme que había visto mi nombre en el *Gazzettino* de aquel día. Había habido una especie de proceso legal, pero yo no recibí ninguna notificación. Ni multa, ni nada. No supe nada de nada hasta que me comunicaron que había sido declarado culpable.

A Brunetti no le parecía extraño. Una falta como ésta podía muy bien haberse escabullido por las rendijas del sistema judicial, y un hombre podía verse condenado sin haber sido acusado formalmente. Lo que no comprendía era por qué Rondini le hablaba de ello ahora.

—¿Ha solicitado que fuera revocada la decisión?

—Sí, pero me dijeron que ya era tarde, que hubiera tenido que solicitarlo antes del proceso. No fue un juicio propiamente dicho. — Brunetti asintió. Estaba familiarizado con aquel sistema de tratar las faltas leves-. Y eso hace que ahora tenga antecedentes penales. Estoy convicto de un delito.

—De una falta -rectificó Brunetti.

—Pero convicto -insistió Rondini.

Brunetti ladeó la cabeza y alzó las cejas en una expresión que quería ser a la vez escéptica y displicente.

—No creo que tenga usted razones para preocuparse, *signor* Rondini.

—Es que voy a casarme -dijo Rondini dejando completamente desconcertado a Brunetti con su respuesta.

—Perdone, pero no entiendo.

Con voz átona, Rondini explicó:

—Mi novia. No quiero que su familia se entere de que fui acusado de exhibicionismo en una playa frecuentada por homosexuales.

—¿Lo sabe ella? — preguntó Brunetti.

Vio que Rondini iba a decir algo y rectificaba.

—No; cuando aquello ocurrió, yo no la conocía, y no he encontrado el momento de decírselo. Ni la manera. Para mi hermano y sus amigos es una especie de chiste, pero no creo que a ella le hiciera gracia. — Rondini se encogió de hombros, aceptando con resignación la mentalidad de su futura-. Y, a su familia, menos todavía.

—¿Y usted viene a verme por si yo pudiera hacer algo?

—Sí. Elettra me ha hablado mucho de usted, dice que aquí, en la *questura*, tiene mucha influencia. — La voz de Rondini denotaba profunda deferencia y, lo que era peor, también esperanza.

Brunetti se encogió de hombros rechazando el cumplido.

—¿Qué ha pensado usted?

—Necesito dos cosas -empezó Rondini-. Primera, que cambie usted mi ficha -y añadió atajando la objeción de Brunetti-: Estoy seguro de que podrá hacer algo tan simple como eso.

–Eso significa alterar un documento oficial -dijo Brunetti con una voz que pretendía ser severa.

–Dice Elettra que eso es... -empezó de nuevo Rondini, pero se interrumpió inmediatamente.

Brunetti temía pensar cómo hubiera podido terminar la frase.

–Puede tratarse de una de esas cosas que parecen mucho más fáciles de lo que son.

Rondini lo miró entonces con audacia, su objeción era implícita pero evidente.

–¿Puedo decirle cuál es la otra cosa?

–Adelante.

–Necesito una carta en la que se haga constar que la denuncia obedeció a un error y el caso fue sobreseído. No estaría de más que en la carta se me pidieran disculpas por los perjuicios.

Brunetti, tentado de rechazar la petición, preguntó:

–¿Para qué, esa carta?

–Para enseñarla a mi novia. Y a su familia, si llegaran a enterarse.

–Pero, si se modifica la ficha, ¿qué falta hace la carta? – preguntó Brunetti e inmediatamente rectificó:- Es decir, suponiendo que pueda modificarse.

–No se preocupe por la ficha, *dottore* -Rondini habló con tanta autoridad que Brunetti no pudo menos que recordar que trabajaba en la central informática de la SIP, y pensó también en la cajita rectangular que la *signorina* Elettra tenía en la mesa.

–¿Y quién tendría que firmar la carta?

–Me gustaría que la firmara el *questore* -empezó Rondini, pero agregó rápidamente:- Aunque me hago cargo de que eso va a ser imposible. – Brunetti observó que, a la primera señal de que habían llegado a un acuerdo y no quedaba sino resolver los detalles, las manos de Rondini habían dejado de moverse. Ahora estaban quietas en su regazo y todo él parecía más relajado.

–¿Bastaría la carta de un comisario?

–Sí, creo que sí.

–¿Y lo de borrar el expediente de nuestros archivos?

Rondini agitó una mano.

–Un día. Dos.

Brunetti prefería no saber cuál de los dos, Rondini o Elettra, lo haría, y no preguntó.

–Dentro de unos días, comprobaré si hay algún expediente a su nombre.

–No lo habrá -le aseguró Rondini, pero no había arrogancia en su voz, nada más que certeza objetiva.

–Cuando me cerciore escribiré la carta.

Rondini se puso en pie. Extendió la mano por encima de la mesa de Brunetti y dijo:

–Si en algo puedo serle útil, comisario, lo que sea, no tiene más que recordar dónde trabajo. – Brunetti lo acompañó hasta la puerta y, cuando su visitante se hubo marchado, bajó a hablar con la *signorina* Elettra.

–¿Todo arreglado? – preguntó ella al ver acercarse al comisario.

Brunetti no sabía si ofenderse por la naturalidad con que ella daba por descontado que él tenía que acceder con tanta facilidad a modificar los archivos oficiales y escribir cartas absolutamente fraudulentas.

Optó por la ironía.

–Me sorprende que se haya molestado usted en hacerle hablar conmigo. Que no resolviera el asunto directamente usted misma.

Ella le obsequió con una sonrisa rutilante.

–Lo pensé, desde luego, pero me pareció que sería preferible que hablaran ustedes.

–¿De alterar los archivos? – preguntó él.

–Oh, no, eso podíamos hacerlo Giorgio o yo en un minuto -dijo ella en tono desdenoso.

–Pero, ¿no existe un código secreto que impide el acceso no autorizado a nuestros ordenadores?

Ella vaciló un momento antes de contestar.

–Hay un código, sí, pero no muy secreto.

–¿Quién lo conoce?

–Ni idea, pero sería muy fácil descubrirlo.

–¿Y utilizarlo?

–Probablemente.

Brunetti prefirió no ahondar en esto.

–¿De la carta entonces? – preguntó, suponiendo que ella estaba al corriente de la petición de Rondini.

–Tampoco, *dottore*. También hubiera podido escribirla yo. Me ha parecido que sería preferible que se conocieran, para que él comprenda que usted está dispuesto a ayudarlo.

–¿Por si necesitamos más información de la SIP? – preguntó él, ya sin ironía.

–Exactamente -dijo ella, sonriendo con verdadera satisfacción al ver que el comisario empezaba a comprender el intríngulis de las cosas.

19

Todo recuerdo del *signor* Rondini se borró de la mente de Brunetti por efecto de la noticia que, a la mañana siguiente, lo hizo salir corriendo del cuarto de baño a medio afeitar. Ubaldo Lotto, hermano de la viuda de Carlo Trevisan, había aparecido muerto en su coche, aparcado en una carretera secundaria entre Mestre y Mogliano Veneto. Al parecer, había recibido tres disparos a quemarropa, hechos por una persona que debía de estar sentada a su lado, en la parte delantera del coche.

El cadáver había sido descubierto alrededor de las cinco de la mañana por un vecino de la zona que, obligado a circular despacio por el barrillo que cubría el firme después de la lluvia de la noche, al sortear el coche grande parado a un lado de la carretera, había visto algo alarmante: el conductor caído sobre el volante, con el motor en marcha. El hombre se había apeado y mirado al interior del vehículo y, al ver la sangre encharcada en el asiento, había llamado a la policía. Los agentes habían acordonado la zona y buscado huellas del asesino o asesinos. Había señales de que otro coche se había parado detrás del de Lotto, pero la copiosa lluvia de otoño había borrado las marcas de los neumáticos. El policía que abrió la puerta tuvo una arcada, provocada por el olor a sangre y a sustancia fecal mezclado con un perfume penetrante, que dedujo sería del *after shave* de la víctima, todo ello potenciado por la calefacción del coche, que había funcionado a tope durante las horas que Lotto llevaba muerto, abrazado al volante. El equipo del laboratorio inspeccionó los alrededores del coche y, cuando éste fue remolcado al garaje de la policía de Mestre, realizó un minucioso examen del vehículo para extraer y clasificar las fibras, cabellos y partículas que pudieran suministrar información sobre la persona que se hallaba sentada al lado de Lotto cuando éste murió.

El coche ya había sido retirado cuando Brunetti y Vianello llegaron a la escena del asesinato, en un vehículo de la policía de Mestre. Desde el asiento trasero, lo único que podían ver era una estrecha carretera y árboles que aún goteaban a pesar de que no llovía desde el amanecer. En el garaje de la policía vieron un Lancia granate, con unas manchas en el asiento del conductor que iban tomando poco a poco el mismo color que la carrocería. Y en el depósito de cadáveres encontraron al hombre que había sido llamado para identificar el cadáver y que no era otro que Salvatore Martucci, el socio superviviente del bufete de Trevisan. Una rápida mirada y una leve inclinación de cabeza de Vianello indicaron a Brunetti que éste era el hombre que había hablado con él y que tan poco pesar había exteriorizado después del asesinato de Trevisan.

Martucci era delgado, huesudo y más alto que la mayoría de los meridionales, y su pelo, que llevaba muy corto, era de un rubio rojizo, características que hacían presumir entre su ascendencia a miembros de las hordas invasoras normandas que habían barrido la isla a lo largo de la Historia y cuya herencia aún podía descubrirse, al cabo de los siglos, en los ojos verdes y penetrantes de muchos sicilianos y en los giros franceses que subsistían en su dialecto.

Cuando Vianello y Brunetti llegaron, Martucci salía del depósito. Ambos pensaron que a aquel hombre le faltaba muy poco para parecer un cadáver más. Unas ojeras muy pronunciadas, casi moradas, acentuaban la terrible palidez de su cara.

—¿*Avvocato* Martucci? — lo abordó Brunetti.

El abogado lo miró sin dar señales de verlo, luego se volvió hacia Vianello, al que pareció reconocer, aunque quizá lo único familiar fuera el uniforme azul.

—¿Sí?

—Soy el comisario Guido Brunetti. Deseo hacerle unas preguntas acerca del *signor* Lotto.

—No sé nada -respondió Martucci. Aunque hablaba con voz monótona, se advertía el acento siciliano.

—Comprendo que éstos deben de ser momentos muy difíciles para usted, *signor* Martucci, pero debemos hacerle ciertas preguntas.

—No sé nada -repitió Martucci.

–*Signor* Martucci -dijo Brunetti, manteniéndose firme al lado de Vianello, cerrando el corredor-, debo advertirle que, si no habla usted con nosotros, no tendremos más remedio que hacer las mismas preguntas a la *signora* Trevisan.

–¿Qué tiene Franca que ver con esto? – preguntó Martucci, levantando la cabeza con brusquedad y asaeteando a Brunetti y Vianello con la mirada.

–La víctima era su hermano y, hace menos de una semana, su marido murió en circunstancias parecidas.

Martucci desvió la mirada mientras reflexionaba. Brunetti sentía curiosidad por descubrir si Martucci cuestionaría aquella similitud pretendiendo que no significaba nada. Pero el hombre dijo tan sólo:

–Está bien, ¿qué quieren saber?

–Vale más que hablemos en un despacho -dijo Brunetti, que ya había preguntado al forense si podía utilizar el de su ayudante.

Brunetti dio media vuelta y echó a andar por el corredor, seguido por Martucci y Vianello, que cerraba la marcha y que aún no había abierto la boca ni demostrado que ya conocía al abogado. Brunetti abrió la puerta del despacho y la sostuvo mientras entraban los otros dos. Cuando los tres hombres estuvieron sentados, Brunetti dijo:

–Me gustaría que nos dijera dónde estuvo usted anoche, *signor* Martucci.

–No veo la necesidad -respondió Martucci con una expresión más de confusión que de resistencia.

–Tenemos que saber dónde estaban anoche todas y cada una de las personas que conocían al *signor* Lotto. Como usted no ignora, es información imprescindible en cualquier investigación de asesinato.

–Estaba en casa -respondió Martucci.

–¿Había alguien con usted?

–No.

–¿Está usted casado, *signor* Martucci?

–Separado.

–¿Vive solo?

–Sí.

–¿Tiene hijos?

–Sí. Dos.

–¿Viven con usted o con su esposa?

—No creo que esto tenga que ver con Lotto.

—Por el momento, *signor* Martucci, quien nos interesa es usted - respondió Brunetti-. ¿Sus hijos viven con su esposa?

—Sí.

—¿Es la suya una separación judicial, previa a un divorcio?

—No lo hemos discutido.

—¿Podría ser un poco más explícito, *signor* Martucci? — preguntó Brunetti, aunque era una situación muy frecuente.

La voz de Martucci tenía la plena calma de la veracidad.

—A pesar de ser abogado, me aterra la idea de pasar por un proceso de divorcio. Mi esposa se opondría a cualquier intento mío de obtenerlo.

—¿Y nunca han hablado de ello?

—Nunca. Conozco a mi mujer lo suficiente como para saber cuál sería su respuesta. Ella nunca consentiría, y no existen motivos por los que yo pudiera solicitar el divorcio. Si lo hiciera contra su voluntad, ella se quedaría con todos mis bienes.

—¿Existen motivos por los que pudiera ella solicitar el divorcio, *signor* Martucci? — Como Martucci no contestara, Brunetti replanteó la pregunta recurriendo al eufemismo:- ¿Sale usted con alguien, *signor* Martucci?

La respuesta fue inmediata.

—No.

—Me cuesta creerlo -dijo Brunetti con una sonrisa de camaradería.

—¿Qué quiere decir? — preguntó Martucci.

—Es un hombre todavía joven y bien situado. Muchas mujeres lo encontrarían atractivo y se sentirían halagadas por sus atenciones.

Martucci no contestó.

—¿Nadie? — repitió Brunetti.

—No.

—¿Y anoche estaba solo en casa?

—Ya se lo he dicho, comisario.

—Ah, sí, ya me lo ha dicho.

Martucci se levantó bruscamente.

—Si no tiene más preguntas, me gustaría marcharme.

Con un blando ademán apaciguador, Brunetti dijo:

—Sólo un par de cosas más, *signor* Martucci.

Al ver la mirada de Brunetti, el abogado volvió a sentarse.

—¿Cuál era su relación con el *signor* Trevisan?

—Trabajaba para él.

—¿Para él o con él, *avvocato* Martucci?

—Podríamos decir que lo uno y lo otro, supongo. — Con la mirada, Brunetti le instó a seguir y Martucci agregó—: Primero lo uno y después lo otro. — Al ver que Brunetti no se daba por satisfecho, dijo entonces—: Al principio, trabajaba para él, pero hace un año convinimos que, a finales de este año, pasaría a ser socio de la firma.

—¿A partes iguales?

Martucci mantuvo la mirada y la voz tranquilas.

—Eso no lo habíamos discutido.

A Brunetti le pareció esto una curiosa omisión, especialmente entre abogados. Una omisión curiosa o, puesto que la otra parte del acuerdo había muerto, más que curiosa.

—¿Y en el caso de que él muriera?

—De eso no hablamos.

—¿Por qué?

La voz de Martucci tenía ahora un tono áspero.

—La razón me parece evidente. La gente no piensa que va a morir.

—Pero se muere -observó Brunetti.

Martucci hizo oídos sordos al comentario.

—Y ahora que el *signor* Trevisan ha muerto, ¿asumirá usted la responsabilidad del bufete?

—Si la *signora* Trevisan me lo pide, sí.

—Comprendo -dijo Brunetti y, volviendo a centrar la atención en Martucci, preguntó—: Así pues, ¿podríamos decir que ha heredado usted los clientes del *signor* Trevisan?

Era visible el esfuerzo que tenía que hacer Martucci para dominar la impaciencia.

—Siempre y cuando ellos deseen seguir confiándome sus asuntos.

—¿Y lo desean?

—Es todavía muy pronto para saberlo.

—¿Y el *signor* Lotto? — preguntó Brunetti cambiando de rumbo—. ¿Cuál era su relación, o su asociación, con el bufete?

—Era el gestor y asesor financiero -respondió Martucci.

—¿Tanto suyo como del *signor* Trevisan cuando trabajaban juntos?

–Sí.

–¿Y después de la muerte del *signor* Trevisan, el *signor* Lotto siguió en sus funciones?

–Desde luego. Conocía perfectamente la firma. Hacía más de quince años que trabajaba para Carlo.

–¿Y pensaba usted mantenerlo en el cargo?

–Por supuesto.

–¿El *signor* Lotto tenía algún derecho sobre el bufete?

–No le entiendo.

A Brunetti le pareció extraña esta incompreensión, ya que la pregunta era clara y pertinente y Martucci, en su calidad de abogado, debía entenderla.

–¿Estaba el bufete constituido en sociedad y poseía el *signor* Lotto alguna participación? – preguntó Brunetti.

Martucci no contestó inmediatamente.

–Que yo sepa, no, pero podía existir un acuerdo privado entre ellos.

–¿Qué clase de acuerdo?

–Lo ignoro. El que ellos hubieran deseado establecer.

–Ya -dijo Brunetti. Entonces, en tono coloquial, preguntó-: ¿Y la *signora* Trevisan?

El silencio de Martucci indicó que estaba esperando la pregunta.

–¿Qué?

–¿Tiene ella alguna participación en la firma?

–Eso depende de los términos del testamento de Carlo.

–¿No lo redactó usted?

–No; lo hizo él personalmente.

–¿Y no tiene idea del contenido?

–Claro que no. ¿Cómo iba a tenerla?

–Pensaba que, siendo socios... -empezó Brunetti, y dejó que un ademán vago y amplio terminara la frase.

–Yo no era socio todavía, ni lo habría sido hasta principios del año próximo.

–Desde luego -recordó Brunetti-. Pero creí que, dada su relación, pudiera tener idea del contenido.

–Ninguna.

–Comprendo. – Brunetti se puso en pie-. Creo que eso es todo por el momento, *signor* Martucci. Le agradezco su colaboración.

—¿Eso es todo? — preguntó Martucci levantándose-. ¿Puedo marcharme?

—Desde luego -dijo Brunetti y, en prueba de su buena voluntad, fue a la puerta y la abrió. Después de despedirse, Martucci salió del despacho. Brunetti y Vianello esperaron unos minutos y abandonaron el edificio a su vez, para regresar a Venecia.

Cuando la lancha de la policía los dejó en el embarcadero de la *questura*, Brunetti y Vianello habían coincidido en que Martucci había parecido estar preparado para ser interrogado respecto a la *signora* Trevisan y había respondido con serenidad, pero era evidente que las preguntas sobre el difunto marido y su asociación profesional le ponían nervioso. Hacía ya mucho tiempo que Vianello trabajaba para Brunetti, y no era necesario que éste le ordenara hacer las indagaciones necesarias -vecinos, amistades, esposa- para comprobar la declaración de Martucci y obtener la confirmación de que estaba en casa la noche antes. Aún no se había hecho la autopsia, pero, a causa de los efectos del intenso calor acumulado en el interior del coche, iba a ser muy difícil determinar la hora exacta de la muerte.

Cuando cruzaban el amplio vestíbulo de la *questura*, Brunetti se paró bruscamente y miró a Vianello.

—El depósito -dijo.

—¿Cómo?

—El depósito de gasolina. Que midan cuánta queda y luego trate de averiguar cuándo lo llenó por última vez. Eso podría darnos una idea del tiempo que llevaba en marcha el motor. Quizá les ayude a calcular la hora.

Vianello asintió. Aquello quizá no permitiera afinar mucho, pero si la autopsia no daba una indicación clara de la hora de la muerte, podría servir de ayuda. Aunque, en estos momentos, no existía una necesidad imperiosa de descubrir este dato.

Vianello se fue a cumplir las órdenes, y Brunetti subió a su despacho. Antes de llegar al rellano vio a la *signorina* Elettra salir por el extremo del corredor y empezar a bajar la escalera en dirección a él.

—Oh, buenos días, comisario. El *vicequestore* ha preguntado por usted. — Brunetti se paró a verla bajar. Un chal de fina gasa color azafrán flotaba a su espalda, a impulsos de la corriente de aire cálido que ascendía por la escalera. Si la *Victoria de Samotracia* hubiera bajado del pedestal,

recuperado la cabeza y descendido por la escalera del Louvre, su aspecto no hubiera sido muy distinto del que ofrecía esta joven veneciana.

—¿Hmmm? — hizo Brunetti cuando ella llegó a su altura.

—El *vicequestore*. Ha dicho que le gustaría mucho hablar con usted.

—Que le gustaría mucho -repitió Brunetti sin poder evitarlo, impresionado por la formulación del mensaje. Paola solía bromear acerca de un personaje de Dickens que era capaz de predecir la llegada de las malas noticias por la dirección del viento. Brunetti no recordaba ni el nombre del personaje ni la dirección del viento de las malas noticias, pero sabía que cuando Patta decía que «le gustaría» hablar con él, el viento venía de esa dirección.

—¿Está en su despacho? — preguntó Brunetti dando media vuelta y bajando la escalera al lado de la joven.

—Sí, señor. Y se ha pasado buena parte de la mañana hablando por teléfono. — También esto solía ser presagio de tormenta.

—*Avanti* -gritó el *vicequestore* Patta en respuesta a la llamada de Brunetti-. Buenos días, Brunetti -dijo al ver entrar a su subordinado-. Siéntese, por favor. Quiero hablarle de varias cosas. — Tanta cortesía, sin dar tiempo a Brunetti ni a sentarse, lo puso en guardia.

El comisario cruzó el despacho y ocupó su silla habitual.

—¿Sí, señor? — preguntó sacando la libretita del bolsillo con la intención de demostrar a Patta con este gesto la importancia que le merecía la reunión.

—Me gustaría que me dijera qué sabe sobre la muerte de Rino Favero.

—¿Favero?

—Sí, un gestor de Padua al que la semana pasada encontraron muerto en su garaje. — Patta marcó lo que él consideraba una pausa elocuente y agregó:- Suicidio.

—Ah, sí, Favero. Dicen que tenía anotado en su libreta de teléfonos el número de Carlo Trevisan.

—Estoy seguro de que en esa libreta tendría otros muchos números -dijo Patta.

—El de Trevisan estaba anotado sin el nombre.

—Ya. ¿Algo más?

—Otros números. Estamos tratando de comprobarlos.

—¿«Estamos», comisario? ¿«Estamos»? — En la voz de Patta no había más que una cortés curiosidad. Una persona que no estuviera familiarizada con el *vicequestore* sólo percibiría eso, no la amenaza latente.

—Quiero decir la policía de Padua.

—¿Y han descubierto ya de quiénes son los números?

—No, señor.

—¿Investiga usted la muerte de Favero?

—No, señor -respondió Brunetti honradamente.

—Bien. — Patta miró los papeles que tenía encima de la mesa, apartó hacia un lado la nota de un mensaje telefónico y estudió el documento que apareció debajo-. ¿Y de Trevisan? ¿Qué puede decirme?

—Ha habido otra muerte -dijo Brunetti.

—¿Lotto? Sí, ya sé. ¿Cree que existe relación?

Brunetti aspiró profundamente antes de contestar. Los dos hombres eran socios y habían sido asesinados del mismo modo, quizá con la misma arma, y Patta preguntaba si existía relación.

—Sí, señor. Creo que sí.

—Entonces creo que vale más que dedique su tiempo y energías a investigar sus muertes y deje este asunto de Favero a la gente de Padua, a quienes corresponde. — Patta apartó otro papel y miró fijamente un tercero.

—¿Algo más, señor? — preguntó Brunetti.

—No; creo que eso es todo -dijo Patta, sin molestarse en mirarlo.

Brunetti guardó la libretita en el bolsillo, se levantó y salió del despacho, un poco inquieto por la cortesía de Patta. Se paró junto a la mesa de la *signorina* Elettra.

—¿Tiene idea de con quién ha hablado esta mañana?

—No, pero hoy almuerza en Do Forni -dijo ella refiriéndose a un restaurante que había sido famoso por su cocina y ahora lo era por sus precios.

—¿Ha hecho usted la reserva?

—No, señor. Creo que una de las llamadas telefónicas debía de contener una invitación, porque me ha pedido que anulara la reserva que había hecho en Corte Sconto -dijo ella nombrando un establecimiento de coste similar. Antes de que Brunetti pudiera hacer acopio de la audacia necesaria para solicitar a una funcionaria de la policía que olvidara sus principios, la *signorina* Elettra propuso:- Si quiere, esta tarde podría llamar por teléfono

para preguntar si han encontrado la agenda del *vicequestore*. Como no lleva agenda, no creo que la encuentren. Pero estoy segura de que me dirán con quién ha almorzado cuando les diga que deseo llamar a esa persona para preguntar si la ha encontrado.

–Le estaría muy agradecido -dijo Brunetti. No tenía idea de si esta información sería importante, pero a lo largo de los años, en más de una ocasión le había sido útil saber lo que hacía Patta y a quién veía, especialmente durante los esporádicos períodos en los que Patta lo trataba con amabilidad.

20

Una hora después de regresar a su despacho, Brunetti recibió una llamada telefónica de Della Corte, desde una cabina de Padua. Por lo menos, así le sonaba a Brunetti, que a veces tenía dificultades para oír lo que le decía su interlocutor, por el ruido de cláxones y motores que acompañaba a su voz por la línea.

–Hemos encontrado el restaurante en el que cenó la noche de su muerte -dijo Della Corte, y Brunetti no necesitó que el otro le aclarara que se refería a Favero.

Brunetti se abstuvo de interesarse por dónde y cómo la policía lo había averiguado, para hacer la única pregunta pertinente, la única que tenía relación con el caso.

–¿Solo?

–No -dijo Della Corte con vehemencia-. Con una mujer, unos diez años más joven. Muy bien vestida y, por lo que ha dicho el camarero, muy atractiva.

–¿Qué más? – preguntó Brunetti, consciente de lo poco que semejante descripción les ayudaría a identificarla.

–Un segundo -dijo Della Corte-. Aquí lo tengo. Unos treinta y cinco años, pelo rubio, ni corto ni largo. Estatura similar a la de Favero. Brunetti, recordando la descripción de Favero que se hacía en el informe de la autopsia, se dijo que debía de ser muy alta-. El camarero no la oyó hablar mucho, pero parecía tan refinada como la ropa que llevaba. Por lo menos, eso ha dicho.

–¿Dónde estaban?

–En un restaurante que hay cerca de la universidad.

—¿Cómo lo han averiguado?

—Ninguno de los que trabajan allí lee *Il Gazzettino*, por lo que no vieron la foto de Favero cuando apareció la noticia de su muerte. El camarero no la ha visto hasta esta mañana, cuando ha ido a cortarse el pelo, al hojear periódicos atrasados. Ha reconocido a Favero y nos ha llamado. Acaban de informarme y todavía no he hablado con él. He pensado que quizá quisiera usted acompañarme.

—¿Cuándo?

—Siendo un restaurante, ¿qué le parece la hora del almuerzo?

Brunetti miró su reloj. Eran las once menos veinte.

—Tardaré media hora en llegar a la estación y tomaré el primer tren.

¿Podría usted esperarme a la llegada?

—Allí estaré -dijo Della Corte, y colgó.

Allí estaba, esperando en el andén, cuando el tren entró en la estación de Padua. Brunetti se abrió paso entre la muchedumbre de estudiantes que se agolpaban en el andén, para subir al tren en cuanto se abrieran las puertas.

Los dos hombres se estrecharon la mano y abandonaron el andén por las escaleras del paso subterráneo que los conduciría a la salida del otro lado de las vías, donde aguardaba el coche de la policía, con el motor en marcha y el conductor al volante.

Mientras el coche reptaba lentamente entre un tráfico espasmódico, Brunetti preguntó:

—¿Alguien de su oficina ha hablado con mi jefe?

—¿Patta? — preguntó Della Corte, pronunciando el nombre con una expulsión de aliento que podía significar cualquier cosa. O nada.

—Sí.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—Me ha sugerido que la investigación de la muerte de Favero se la deje a ustedes. Del suicidio. Me preguntaba si la sugerencia había partido de la gente de aquí.

—Es posible -dijo Della Corte.

—¿Ha tenido más problemas?

—En realidad, no. Todo el mundo hace como si hubiera sido suicidio. Todas las investigaciones las hago en mi tiempo libre.

—¿Como ahora? — preguntó Brunetti, haciendo un amplio ademán para abarcar todo el coche.

–Sí. Puedo almorzar donde quiera.

–¿E invitar a un amigo de Venecia?-preguntó Brunetti.

–Exactamente -convino Della Corte en el momento en que el coche se detenía junto al bordillo, delante del restaurante. El uniformado conductor se apeó rápidamente, abrió la puerta trasera y la sostuvo mientras salían los dos hombres-. Vaya a almorzar, Rinaldo -dijo Della Corte-. Venga a las tres.

El joven saludó y subió al coche.

Había un pino de Norfolk en miniatura, en jardinera de barro, a cada lado de la puerta del restaurante, que se abrió al acercarse los dos hombres.

–Buenas tardes, caballeros -les saludó un hombre con traje oscuro, cara alargada y ojos de perro basset.

–Buenas tardes -dijo el capitán-. Della Corte. He reservado mesa para dos.

–Su mesa ya está preparada. Por aquí, si tienen la bondad.

El hombre se paró a recoger dos menús alargados de un escritorio situado cerca de la puerta, antes de conducir a los clientes a un comedor pequeño, en el que no habría más de seis o siete mesas, todas ellas, excepto una, ocupadas. Al otro lado de un arco, Brunetti distinguió otro comedor, lleno también de comensales masculinos, al parecer, hombres de negocios. Como las ventanas, situadas a gran altura, dejaban entrar poca luz natural, se había disimulado una suave iluminación indirecta en las vigas de roble que cruzaban el techo. Pasaron junto a una mesa redonda en la que se exponían *antipasti* de todas clases: salami, marisco, jamón, pulpo... El hombre los llevó hasta la mesa libre, sostuvo la silla a Brunetti y luego dejó los menús delante de cada uno de ellos.

–¿Puedo ofrecerles un *prosecco*, caballeros?

Los dos policías asintieron y el hombre se alejó.

–¿Es el dueño? – preguntó Brunetti.

–Sí.

–Parece preocupado.

–Es natural. Todo el mundo se preocupa cuando viene la policía a hacer preguntas -dijo Della Corte, abriendo el menú y centrando en él su atención. Lo leyó de arriba abajo sosteniéndolo con el brazo extendido y lo dejó en la mesa-. Dicen que el pato es muy bueno.

Brunetti pasó la mirada por el menú y comprobó que nada parecía más atractivo. Cuando lo cerraba, volvió el dueño con una botella de *prosecco*,

llenó dos esbeltas copas situadas a la derecha de los platos y pasó la botella a un camarero que llegó tras él.

—¿Ya han elegido, *capitano*? -preguntó.

—Yo tomaré los *fettuccine* con trufas -dijo Della Corte. Brunetti movió la cabeza afirmativamente mirando al dueño-. Y de segundo, el pato. — Brunetti repitió el gesto de aprobación.

—Para beber les sugiero el merlot del Piave. — Della Corte asintió, y el dueño, esbozando una mínima reverencia, se retiró.

Della Corte levantó la copa y tomó un sorbo del burbujeante vino. Brunetti hizo otro tanto. Hasta que llegó el primer plato estuvieron hablando de cosas de interés general, y Della Corte comentó que probablemente las elecciones celebradas recientemente provocarían una fuerte convulsión en la policía de Padua, por lo menos, al más alto nivel.

Brunetti recordó entonces su poco lucido comportamiento en las últimas elecciones municipales de Venecia, y no hizo comentarios. Ninguno de los dos candidatos -el filósofo sin experiencia política propuesto por los ex comunistas y el empresario apoyado por la Lega- le convencía, y salió de la cabina sin haber sido capaz de decidirse, algo que no había confesado a Paola, que estaba tan contenta con la victoria del filósofo que no se preocupó de averiguar a quién había votado su marido. Quizá todas aquellas nuevas elecciones hicieran que las cosas empezaran a cambiar, pero Brunetti lo dudaba. Hacía mucho tiempo que se movía en medios gubernativos como para pensar que cualquier cambio pudiera ser más que puramente cosmético.

El comisario centró ahora de nuevo su atención en la mesa, a la que habían llegado dos platos de *fettuccine* esmaltados de mantequilla. Volvió el dueño, con una trufa pequeña en una fuente blanca en una mano y un rallador metálico en la otra. Dejó la fuente en la mesa, se inclinó sobre el plato de Della Corte y frotó la trufa en el rallador, se incorporó y repitió la operación en el plato de Brunetti. El delicado olor a bosque y a musgo que se elevó de los humeantes *fettuccine* envolvió no sólo a los tres hombres sino toda la zona de alrededor. Brunetti hizo girar el tenedor en la pasta y empezó a comer, entregándose a la voluptuosa degustación de la pasta cocida al punto justo, suavizada por la mantequilla y aromatizada por la exquisita trufa.

Estaba claro que Della Corte no era partidario de estropear la comida con la charla, y en aquella mesa se habló poco hasta que se retiraron los platos -el pato estaba tan bueno como las trufas, o casi, pues para Brunetti nada era comparable a las trufas- y les sirvieron unos calvados.

En aquel momento se acercó a su mesa un hombrecito chaparro de aire jovial, con la chaqueta blanca y el lazo negro de los camareros.

—Dice el *signor* Germani que desea usted hablar conmigo, *capitano*.

—¿Esta mañana he hablado por teléfono con usted? — preguntó Della Corte, separando de la mesa una silla e invitando al hombre con un ademán a sentarse en ella.

El camarero apartó la silla un poco más, para dejar espacio a su corpulencia y se sentó.

—Sí, señor.

—Me gustaría que repitiera delante de mi colega lo que me ha dicho antes. — Señaló a Brunetti con un movimiento de cabeza.

Mirando a Della Corte, el camarero empezó:

—Como le he dicho por teléfono, en el primer momento de ver la foto en el periódico no lo reconocí. Pero después, cuando el barbero estaba cortándome el pelo, de pronto, sin más, me vino a la cabeza quién era. Y llamé a la policía.

Della Corte sonrió y asintió, como felicitando al camarero por su civismo.

—Continúe -dijo.

—No creo que pueda añadir gran cosa a lo que le he dicho esta mañana, *capitano*. Él estaba con una mujer, ya se la he descrito por teléfono.

—¿Puede repetir ahora lo que me ha dicho? — le pidió Della Corte.

—Era alta, tan alta como él, ojos y piel claros, y el pelo casi rubio, pero no del todo. Era la misma de otras veces.

—¿Habían estado aquí antes?

—El mes pasado y también este verano, no sabría decirle cuándo exactamente. Sólo recuerdo que hacía mucho calor y que ella llevaba un vestido amarillo.

—¿Cómo se comportaban? — preguntó Della Corte.

—¿Se refiere a sus modales?

—No; me refiero a cómo estaban el uno con el otro.

—Ah, ¿quiere decir si había algo entre ellos?

–Sí -respondió Della Corte, y movió la cabeza de arriba abajo.

–No lo creo -dijo el camarero, y reflexionó. Después de una pausa prosiguió-: Desde luego, no estaban casados. – Antes de que Della Corte pudiera preguntar, el camarero explicó-: No sé por qué lo digo, pero a lo largo de los años he observado a una infinidad de parejas, y cuando están casados se nota, por su forma de tratarse. Quiero decir que, aparte de si son felices o no en su matrimonio y hasta de si se odian, siempre están cómodos con el otro. – Agitó las manos, desesperando de poder dar una explicación. Brunetti sabía lo que el hombre quería decir, pero tampoco hubiera podido explicarlo.

–¿Y ellos no daban esa impresión? – preguntó Brunetti, hablando por primera vez.

El camarero movió negativamente la cabeza.

–¿Sabe de qué hablaban?

–No -dijo el hombre-, pero lo que fuera les alegraba. Él sacó unos papeles y se los enseñó. Ella estuvo mirándolos un rato. Para eso se puso las gafas.

–¿Tiene idea de qué eran los papeles? – preguntó Della Corte.

–No, señor. Cuando les serví la pasta, ella se los devolvió.

–¿Y él qué hizo?

–Debió de guardarlos en el bolsillo. No me fijé. – Brunetti miró a Della Corte, que sacudió la cabeza indicando que no se habían encontrado papeles en los bolsillos de Favero.

–¿Podría decirnos algo más sobre el aspecto de la mujer? – preguntó Della Corte.

–Pues, como le digo, unos treinta y tantos años. Alta, pelo claro, aunque no color natural. Pero tenía la piel blanca y los ojos claros, de modo que quizá no era teñido sino sólo aclarado.

–¿Algo más? – preguntó Brunetti sonriendo y tomando un sorbo de calvados, para dar a entender que la pregunta no tenía especial importancia.

–Bueno, ahora que sé que él ha muerto, que se ha suicidado, no sé si lo noté entonces o se me ocurrió después, cuando ya sabía lo que le había ocurrido. – Ni Della Corte ni Brunetti preguntaron ahora-. Entre ellos había algo raro. – El hombre barrió unas migas con los dedos de una mano reuniéndolas con la palma de la otra mano, estuvo un instante sin saber qué hacer con ellas y se las echó al bolsillo de la chaqueta.

Ante el silencio de los dos policías, el hombre prosiguió, hablando lentamente, como si por primera vez diera forma a un pensamiento.

–Hubo un momento, mientras ella repasaba los papeles, en que levantó la cara y lo miró de un modo...

–¿De qué modo? – preguntó al fin Della Corte, después de un largo silencio.

–No sé, no como si estuviera enfadada ni nada parecido. Más bien como se mira en el zoo algo nunca visto. Como si él fuera de otra especie o hubiera salido de una nave espacial. No sé si me explico... -Su voz se apagó y la frase quedó en el aire.

–¿Le pareció una mirada amenazadora?

–Oh, no, en absoluto. – Movié la cabeza con énfasis, deseoso de convencerles-. Eso es lo extraño, que no había cólera. No había nada. – Hundié las manos en los bolsillos y sonrió, incómodo-. Perdonen que no sepa explicarme mejor.

–¿Él se dio cuenta?

–No, señor. En aquel momento servía vino. Pero yo lo vi.

–¿Y las otras veces que estuvieron aquí? – preguntó Brunetti-. ¿Había buen ambiente?

–Oh, sí, señor. Las otras veces, sí. Y no es que la otra noche no lo hubiera. Estaban cordiales, pero de un modo semiformal.

–¿Sacaron papeles las otras veces?

–No, señor. Estaban como dos amigos, mejor dicho, como dos empresarios o profesionales. Eso es, como dos hombres en una comida de negocios. Quizá eso es lo que siempre me pareció curioso, porque ella era muy atractiva y él, un hombre apuesto, pero entre ellos no había esa tensión que se observa entre un hombre y una mujer. Sí, ahora que lo pienso, eso era lo extraño. – Sonreía, satisfecho de haberlo descubierto.

–¿Recuerda qué bebían? – preguntó Brunetti. El camarero y Della Corte lo miraron con extrañeza.

El hombre reflexionó.

–Barolo -dijo al fin-. Un tinto con mucho cuerpo que iba bien con los *bistecche*. Y, con el postre, *vin santo*.

–¿Él se levantó de la mesa alguna vez? – preguntó Brunetti, pensando en la graduación de los vinos y en la posibilidad de echar algo en una copa.

–No recuerdo. Quizá.

—¿Recuerda si pagó con tarjeta? — preguntó Brunetti.

—No, señor; en efectivo, y me parece que las otras veces, también.

—¿Sabe si había venido otras veces, además de las ocasiones en las que usted los vio?

—He preguntado a los otros camareros, y ninguno los recuerda. No es probable. Cerramos los martes y miércoles y todos los otros días yo estoy aquí. No he faltado ni un solo día en trece años, por lo que, si vinieron, yo tenía que estar aquí, y no recuerdo haberlos visto más que la semana pasada y las otras dos veces. A ella la recordaría.

Della Corte miró a Brunetti, pero éste movió la cabeza negativamente. No tenía más preguntas, por el momento. Della Corte sacó una tarjetita del bolsillo.

—Si recuerda algo más, llámeme a la *questura* -dijo entregándole la tarjeta. Luego, con estudiada naturalidad, agregó-: Pregunte directamente por mí.

El camarero guardó la cartulina, se levantó y se alejó de la mesa, pero entonces, bruscamente, se paró y volvió sobre sus pasos.

—¿Quieren las gafas de la mujer? — preguntó a boca-jarro.

—¿Cómo dice?

—Las gafas. Ella las olvidó. Quedaron en la silla que tenía a su lado. Debió de quitárselas después de mirar los papeles y las olvidó. Las encontramos cuando ya se habían ido. ¿Las quieren?

Della Corte reaccionó inmediatamente.

—Sí, por supuesto.

El camarero desapareció para volver a los pocos instantes trayendo en una mano unas gafas con montura metálica. Levantándolas para mostrarlas a los dos policías, dijo con una satisfacción casi infantil:

—Miren. — Asió una varilla con cada mano y dobló la montura hacia afuera como si las gafas fueran de goma y él, un hábil prestidigitador que las hubiera convertido en una rosquilla. Luego retiró la tensión y las gafas recuperaron inmediatamente su forma original-. Es fantástico, ¿verdad? — dijo. El hombre dio las gafas a Della Corte y se alejó en dirección a la cocina.

—¿Por qué no se rompen? — preguntó Della Corte, retorciendo la montura como había visto hacer al camarero.

–Titanio -respondió Brunetti, aunque la pregunta había sido puramente retórica.

–¿Cómo? – preguntó Della Corte.

–Titanio -repitió Brunetti-. El mes pasado, mi mujer se cambió las gafas de lectura y me habló de esas monturas. ¿Me permite? – preguntó alargando la mano. Della Corte se las dio, y Brunetti se las acercó a los ojos y las examinó atentamente-. Mire -dijo devolviéndolas a Della Corte mientras señalaba con el índice la minúscula marca que había en una de las varillas, cerca de la bisagra.

–¿Qué es? – dijo el capitán-. No he traído gafas.

–Japonesas -dijo Brunetti-. O eso parece. Diría que sólo las hacen los japoneses.

–¿Los japoneses? – preguntó Della Corte-. ¿Los japoneses fabrican gafas?

–Fabrican monturas -explicó Brunetti-. Y tengo entendido que esta clase de monturas cuestan un millón de liras por lo menos. O eso me dijo mi mujer. Si es titanio, y me parece que lo es -dijo doblando la montura y viéndola recuperar la forma instantáneamente al soltarla-. Y eso es lo que habrá costado. – Mientras Brunetti miraba las gafas asomó a su cara una sonrisa de alegría, como si éstas se hubieran convertido en el millón de liras y fuera para él.

–¿De qué se ríe? – preguntó Della Corte.

–Una montura de un millón de liras y, por añadidura, importada del Japón, ha de ser fácil de identificar.

El mismo millón de liras apareció entonces en la sonrisa de Della Corte.

21

A instancias de Brunetti, llevaron las gafas a un óptico para que determinara la graduación de los cristales, lo que facilitaría su identificación. Puesto que la montura no sólo era cara sino, además, de importación, no sería difícil localizar la tienda que las había despachado, pero la búsqueda se demoraba, porque Della Corte tenía instrucciones de considerar la muerte de Favero como suicidio y sólo podía dedicarse a ella en su tiempo libre. Por otra parte, existía la posibilidad de que las gafas hubieran sido adquiridas fuera de Padua.

Brunetti hacía cuanto podía para ayudarle, y asignó a uno de sus agentes más jóvenes la tarea de llamar por teléfono a todos los ópticos de la zona Mestre-Venecia, para preguntarles si tenían aquella montura y, en tal caso, si habían despachado la receta en cuestión. Después el comisario centró su atención en el triángulo Trevisan-Lotto-Martucci, especialmente en los supervivientes a los que beneficiaba la muerte de Trevisan. Probablemente, la viuda heredaría a su marido y cabía la posibilidad de que Martucci heredara a la viuda. Ahora bien, el asesinato de Lotto no encajaba en ninguno de los esquemas que se trazaba Brunetti que implicaran a Martucci y a la *signora* Trevisan. Indudablemente, muchos maridos y muchas mujeres desean matar al cónyuge y no pocos lo matan, pero le parecía inverosímil que una hermana matara al hermano. Un marido, y hasta un hijo, puede ser sustituido, pero tus ancianos padres nunca podrán tener otro hijo. A esta verdad había sacrificado la vida Antígona. Brunetti comprendió que tendría que entrevistarse de nuevo con la *signora* Trevisan y con el *avvocato* Martucci, y pensó que sería interesante hablar con los dos a la vez y ver qué ocurría.

Pero, antes de preparar la entrevista, decidió repasar los papeles que se habían acumulado en su mesa. Allí estaba la prometida lista de los clientes de Trevisan, siete hojas mecanografiadas a un solo espacio, con nombres y direcciones en un orden alfabético impecable y absolutamente neutral. Recorrió rápidamente con la mirada la columna de los apellidos. Algunos le hicieron silbar entre dientes: era evidente que Trevisan había sabido atraerse a los ciudadanos más acaudalados y también a los que estaban considerados la aristocracia de Venecia. Brunetti retrocedió a la primera página y volvió a leer cada nombre más despacio. Era consciente de que cualquier persona ajena a Venecia no vería en la atención que les dedicaba sino una sobria reflexión; pero quien estuviera al corriente de los rumores y conjeturas que circulaban por la ciudad sabría que, cada vez que su mirada se detenía en un nombre, era para remover en un poso de murmuraciones, maledicencias y calumnias. Allí estaba Baggio, el director del puerto, un hombre acostumbrado a detentar el poder, que ejercía sin miramientos. Y Seno, dueño de la mayor fábrica de cristal de Murano, en la que trabajaban más de trescientas personas y cuyos competidores sufrían con frecuencia huelgas e incendios debidos a causas desconocidas. Y Brandoni, el conde Brandoni, cuya inmensa fortuna tenía un origen tan oscuro como su título.

Algunas de las personas de la lista tenían una reputación intachable, pero a Brunetti le llamaba la atención la promiscuidad con la que los nombres más honorables se alternaban con los más dudosos. Buscó en la *F* el nombre de su suegro, pero el conde Orazio Falier no aparecía. Brunetti dejó la lista a un lado, pensando que habría que interrogarlos a todos, uno a uno. Pensó también que quizá tuviera que llamar a su suegro, para preguntarle qué sabía de Trevisan, o de sus clientes; pero no le gustaba la idea, y se reprochaba esta reticencia.

Al pie de la lista había un mensaje muy largo, laboriosamente mecanografiado por el agente Gravini, en el que se informaba de que la prostituta brasileña y su proxeneta habían acudido al bar Pinetta la noche antes y que el agente había «promovido» su arresto. ¿«Promovido»? se preguntó Brunetti en voz alta. Esto se conseguía dando entrada en el cuerpo a los universitarios. Brunetti llamó a la planta inferior para preguntar dónde estaban los detenidos, y le informaron de que los habían traído del centro de detención aquella mañana y, por instrucciones del agente Gravini, los tenían en celdas separadas, por si Brunetti deseaba interrogarlos.

Había un fax de la policía de Padua que informaba de que las balas extraídas del cadáver de Lotto procedían de una pistola del 22, si bien los análisis para determinar si era la misma arma utilizada contra Trevisan no se habían efectuado todavía. Brunetti estaba seguro de que los análisis confirmarían lo que él ya sabía.

Debajo había más hojas de fax, éstas con el membrete de la SIP, en las que constaban los datos que la *signorina* Elettra había pedido a Giorgio por encargo suyo. Al pensar en Rondini y en la gran cantidad de listas que les había proporcionado, Brunetti recordó la carta que el joven le había pedido y que no se había escrito todavía. El que Rondini considerara necesario disponer de semejante carta para dársela a su prometida si llegaba el caso comportaba que Brunetti no comprendiera por qué quería casarse con ella, aunque hacía ya tiempo que él había renunciado a entender los entresijos del matrimonio.

Brunetti reconocía que no tenía ni la menor idea de lo que esperaba descubrir a través de Mara o de su proxeneta, pero decidió ir a hablar con ellos por si acaso. Fue a la planta baja, en la que había tres pequeñas celdas que la policía solía utilizar para los interrogatorios.

Junto a la puerta de una de las celdas estaba Gravini, un apuesto joven que había ingresado en el cuerpo hacía un año, después de pasar los dos anteriores tratando de encontrar a alguien que quisiera dar trabajo a un licenciado en filosofía de veintisiete años sin experiencia profesional. Brunetti se había preguntado más de una vez qué había impulsado a Gravini a tomar aquella decisión, qué principio filosófico le había hecho abrazar el uniforme de las fuerzas del orden. A no ser -la idea brotó no se sabía de dónde y asaltó súbitamente a Brunetti-, a no ser que Gravini viera en el *vicequestore* Patta la encarnación del rey filósofo de Platón.

—Buenos días, comisario -dijo Gravini saludando marcialmente sin demostrar sorpresa porque su superior llegara riendo entre dientes. Se dice que los filósofos pueden asumir estas cosas.

—¿Cuál de ellos está ahí? — preguntó Brunetti, indicando con el mentón la puerta situada detrás de Gravini.

—La mujer, señor. — Al responder, Gravini entregó a Brunetti una carpeta azul oscuro-. El expediente del hombre. De ella no hay nada.

Brunetti abrió la carpeta y leyó atentamente las dos hojas sujetas a la cubierta inferior. Lo habitual: atraco, tráfico, proxenetismo. Franco Silvestri era uno más entre miles. Después de la lectura, el comisario devolvió la carpeta a Gravini.

—¿Tuvo problemas para traerlos?

—Con ella no, señor. Casi parecía que estaba esperándolo. Pero el hombre trató de salir corriendo. Ruffo y Vallot estaban fuera y lo agarraron.

—Bien hecho, Gravini. ¿De quién fue la idea de llevarlos?

—Verá, señor -empezó Gravini carraspeando-, yo les dije lo que iba a hacer y ellos se ofrecieron a acompañarme. En su tiempo libre, ¿comprende?

—Se llevan ustedes bien, ¿verdad, Gravini?

—Sí, señor, muy bien.

—Me alegro. Bueno, vamos a ver. — Brunetti hizo girar la llave y entró en el lúgubre cuartito, iluminado por la luz de una sucia ventana, muy alta y muy pequeña como para que alguien pudiera pensar en saltar por ella, y una bombilla de sesenta vatios instalada en el centro del techo y protegida por una jaula metálica.

Mara estaba sentada en el borde de una de las tres sillas que constituían todo el mobiliario de la habitación. Ni mesa ni lavabo, nada más que las tres

sillas y varias colillas esparcidas por el suelo. Al entrar Brunetti, la mujer levantó la cabeza, lo reconoció y dijo con voz serena:

—Buenos días. — Parecía cansada, como si no hubiera dormido bien aquella noche, pero no preocupada por encontrarse allí. Del respaldo de una silla estaba colgada la chaqueta de leopardo, pero la falda y la blusa eran nuevas, aunque se notaba que había dormido con ellas. El maquillaje se le había ido, o ella se lo había quitado, lo cierto era que con la cara limpia parecía más joven, poco más que adolescente.

—Supongo que no es la primera vez que le pasa esto -dijo Brunetti sentándose en la tercera silla.

—Ya he perdido la cuenta de las veces -respondió ella, y preguntó:- ¿Tiene cigarrillos? Se me han terminado, y el poli de ahí fuera no quiere abrir.

Brunetti se acercó a la puerta y dio tres golpes. Cuando Gravini asomó la cabeza, el comisario le preguntó si tenía cigarrillos. El agente le entregó un paquete y él y se lo dio a Mara.

—Gracias -dijo ella, sacando un encendedor de plástico del bolsillo de la falda y encendiendo un cigarrillo-. Por culpa de éstos se murió mi madre -dijo agitando el cigarrillo ante sí y contemplando el humo-. Yo quería que lo pusieran así en el certificado de defunción, pero los médicos no quisieron. Escribieron «cáncer», pero hubiera tenido que poner «Marlboro». Ella me pidió que no fumara nunca, y yo le prometí que no fumaría.

—¿Llegó ella a enterarse de que fumaba?

Mara movió la cabeza negativamente.

—No; no se enteró de los cigarrillos ni de otras cosas.

—¿Qué cosas? — preguntó Brunetti.

—Cosas como que cuando ella murió yo estaba embarazada. Sólo de cuatro meses, y como yo era joven y era el primero, no se notaba.

—Quizá se hubiera alegrado. Sobre todo, si sabía que iba a morir.

—Yo tenía quince años -dijo Mara.

—Oh -hizo Brunetti desviando la mirada-. ¿Ha tenido más?

—¿Más qué? — preguntó ella, confusa.

—Más hijos. Ha dicho que era el primero.

—Me refería al primer embarazo. Aquel niño lo tuve, pero después tuve un aborto y desde entonces he tomado precauciones.

—¿Dónde está la criatura?

–Está en Brasil, con la hermana de mi madre.

–¿Es niño o niña?

–Una niña.

–¿Cuántos años tiene?

–Seis. – Ella sonrió a sus pensamientos. Se miró los pies, luego miró a Brunetti, fue a hablar, desistió y al fin dijo-; Si quiere verla, tengo una foto.

–Sí, me gustaría -dijo él acercando la silla.

La mujer arrojó el cigarrillo al suelo, metió una mano por el escote de la blusa y sacó un medallón chapado en oro, del tamaño de una moneda de cien liras. Lo abrió oprimiendo un resorte y lo acercó a Brunetti, que se inclinó para mirarlo. A un lado vio a un recién nacido mofletudo y al otro, a una niña con largas trenzas negras, muy erguida y formal, con lo que parecía un uniforme de colegio.

–Va a las monjas -explicó Mara, doblando el cuello para mirar la foto-. Creo que es mejor.

–Sí, yo también lo creo -dijo Brunetti-. Mi hija también fue a las monjas hasta que terminó la básica.

–¿Cuántos años tiene su hija? – preguntó Mara cerrando el medallón y guardándolo dentro de la blusa.

–Catorce -suspiró Brunetti-. Una edad difícil -dijo antes de recordar lo que Mara le había dicho hacía un momento.

Afortunadamente, también ella parecía haberlo olvidado, y sólo dijo:

–Sí, muy difícil. Espero que sea buena chica.

Brunetti sonrió, orgulloso.

–Lo es, sí, muy buena.

–¿Tiene más hijos?

–Un chico de diecisiete años.

Ella asintió, como si ya supiera más que suficiente de los chicos de diecisiete años.

Al cabo de un rato de silencio, Brunetti señaló la habitación con un ademán.

–¿Por qué esto? – preguntó.

Mara se encogió de hombros.

–¿Y por qué no?

–Teniendo una hija en Brasil, ha venido a trabajar muy lejos. – Él sonreía al decirlo y ella no se ofendió.

—Con lo que gano, puedo enviar a mi tía dinero suficiente para pagar el colegio, buena comida, y buenos uniformes, cuando es necesario. Tenía la voz tensa de orgullo o de cólera, Brunetti no podía adivinarlo.

—¿Y en Sao Paulo? ¿No podría trabajar allí? Para no tener que estar lejos de ella.

—Yo dejé la escuela a los nueve años, porque tenía que cuidar de mis hermanos pequeños. Mi madre estaba enferma y yo era la única chica. Luego, cuando tuve la niña, entré a trabajar en un bar. — Vio su expresión y explicó: No era un sitio de éstos. Sólo servía bebidas.

Como ella no decía más, Brunetti preguntó:

—¿Cuánto duró aquel trabajo?

—Tres años. Daba para el alquiler y la comida para mí, la niña y mi tía, que cuidaba de ella. Y poco más. — Ella calló otra vez, pero a los oídos de Brunetti su voz había adquirido el ritmo de una narración.

—¿Y entonces?

—Entonces llegó Eduardo, mi *latin lover* -dijo ella con amargura, aplastando con la punta del pie una de las colillas del suelo, que quedó reducida a migas de papel y tabaco.

—¿Eduardo?

—Eduardo Alfieri. Por lo menos, así me dijo que se llamaba. Una noche me vio en el bar, se quedó hasta la hora del cierre y me invitó a un café. Nada de copas, ¿eh?, un café, como si yo fuera una señorita respetable a la que él pedía una cita.

—¿Y qué ocurrió?

—¿A usted qué le parece que pasó? — preguntó ella y, por primera vez, había resentimiento en su voz-. Tomamos aquel café, y él siguió viniendo al bar noche tras noche, y cuando cerrábamos, él me invitaba a tomar café, siempre respetuoso, siempre educado. A mi abuela le hubiera gustado aquel chico tan formal. Era la primera vez que un hombre no me trataba como algo que sólo sirve para follar, y me pasó lo que le hubiera pasado a cualquiera en mi lugar, que me enamoré.

—Sí -dijo Brunetti-. Sí.

—Y él dijo que quería casarse conmigo, pero que tenía que traerme a Italia, para que conociera a su familia. Me dijo que él se ocuparía de todo, que me conseguiría el visado y trabajo. Y que para mí sería fácil aprender el

italiano. – Sonrió tristemente-. Probablemente, ésta fue la única verdad que me dijo aquel canalla.

–¿Qué ocurrió?

–Que vine a Italia. Firmé unos papeles, subí a un avión de Alitalia y cuando quise recordar ya estaba en Milán. Eduardo me esperaba en el aeropuerto. – Miró a Brunetti a los ojos-. Supongo que habrá oído esto mil veces.

–Algo por el estilo, sí. ¿Problemas con los papeles?

Ella sonrió casi humorísticamente al recordar su antiguo yo, su inocencia de entonces.

–Justo. Problemas con los papeles. La burocracia. Pero él me llevaría a su apartamento y todo se arreglaría. Yo estaba enamorada, y le creí. Aquella noche me pidió que le dejara el pasaporte, porque al día siguiente lo necesitaría para pedir los papeles para el matrimonio. – Sacó un cigarrillo, pero volvió a meterlo en el paquete-. ¿Podría tomar un café? – preguntó.

Nuevamente, Brunetti fue a la puerta, dio tres golpes y ahora pidió a Gravini que trajera café y bocadillos. Cuando volvió a la silla, la mujer estaba fumando otra vez.

–Volví a verlo, pero sólo una vez. Aquella noche vino y me dijo que había dificultades para conseguir el visado y que no podíamos casarnos hasta que se resolvieran. No sé en qué momento me di cuenta de lo que ocurría.

–¿Por qué no fue a la policía?

El asombro de la mujer era auténtico.

–¿A la policía? Él tenía mi pasaporte, y entonces me enseñó uno de los papeles que yo había firmado. Hasta se había preocupado de hacer legalizar mi firma por un notario, porque, decía él, eso simplificaría las cosas en Italia. Aquel papel decía que él me había prestado cincuenta millones de liras.

–¿Y después? – preguntó Brunetti.

–Me dijo que me había encontrado trabajo en un bar y que lo único que yo tenía que hacer era trabajar allí, para devolver el dinero.

–¿Y?

–Eduardo me llevó a ver al dueño del bar, que dijo que yo podía trabajar allí y dormir en una habitación que tenía encima del bar, que me pagaría un millón de liras al mes pero me descontaría el alquiler de la habitación. Yo

no podía vivir en ningún otro sitio, porque no tenía pasaporte ni permiso de residencia. También me descontaría la comida y la ropa que me daría. Eduardo se quedó con mis maletas, y yo no tenía más que lo puesto. Al fin resultó que me quedarían limpias unas cincuenta mil liras al mes. Yo no hablaba italiano, pero sabía contar, y calculé que eso representaría unos treinta dólares para mi tía. Muy poco para que puedan vivir una mujer y una niña, incluso en Brasil.

Sonó un golpe y se abrió la puerta. Brunetti tomó una bandeja metálica de manos de Gravini. Cuando volvía hacia donde estaba Mara, ésta puso la tercera silla entre los dos e indicó a Brunetti que dejara en ella la bandeja. Ambos pusieron azúcar y removieron el café. Él indicó los bocadillos con la mirada, pero ella movió la cabeza negativamente.

—No hasta que termine lo que tengo que decir. — Tomó un sorbo de café—. Yo no era tonta y sabía las posibilidades que tenía. De modo que empecé a trabajar en el bar. Las primeras veces fue difícil, pero me acostumbré. De eso hace dos años.

—¿Qué ha pasado desde entonces? ¿Cómo ha llegado a Mestre?

—Enfermé. Pulmonía, creo. Hace mucho frío aquí -dijo ella estremeciéndose involuntariamente sólo de pensarlo-. Mientras estaba en el hospital, el bar se incendió. Fuego intencionado, dijeron. No sé. Ojalá. Pero cuando ya tenía que salir del hospital, Franco -señaló hacia la izquierda con la cabeza, como si supiera que Franco estaba en la celda de al lado-, pagó la factura del hospital y me trajo aquí. Desde entonces trabajo para él. — Apuró el café y dejó la taza en la bandeja.

Era una historia que Brunetti había oído más veces de las que podía recordar, pero era la primera vez que la oía contar sin asomo de autocompasión, sin el intento de convertir a la narradora en víctima involuntaria de fuerzas superiores.

—¿Tenía él...? — empezó Brunetti volviendo la cabeza hacia la misma pared, a pesar de que Franco se encontraba en el lado opuesto- ¿...alguna relación con el bar de Milán o con el que trabaja usted ahora? ¿O con Eduardo?

Ella miró al suelo.

—No lo sé. — Brunetti no dijo nada y al fin ella prosiguió-: Me parece que me compró. O compró mi contrato. — Y, levantando la cabeza, preguntó-: ¿Por qué desea saberlo?

Brunetti no vio razón alguna para mentirle:

—Durante otra investigación encontramos el número de teléfono del bar en el que ahora trabaja. Estamos tratando de descubrir si existe alguna relación.

—¿Qué otra investigación?

—Eso no puedo decírselo -respondió Brunetti-. Pero hasta este momento no parece tener algo que ver con usted, con Eduardo ni con nada de eso.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—¿Tiene algo que ver con...? — empezó y se interrumpió buscando la palabra adecuada-. Con la muerte de algunas de nosotras.

—No sé a quién se refiere con lo de «nosotras».

—A las putas -explicó ella.

—No. — Su respuesta fue instantánea, y ella le creyó-. ¿Por qué lo pregunta?

—No hay una razón especial. Una oye cosas. — Alargó la mano y tomó uno de los bocadillos, mordió una punta con delicadeza y se sacudió distraídamente las migas de la blusa.

—¿Qué cosas?

—Mara -empezó él, sin saber qué tono utilizar-, si quiere decirme algo o preguntarme algo, quedará entre nosotros. — Y, antes de que ella pudiera hablar, agregó-: Siempre que no se refiera a un delito. Pero si es sólo algo que desee exponer o averiguar, será sólo de usted para mí.

—¿Nada oficial?

—No; nada oficial.

—¿Cómo se llama usted?

—Guido.

Ella sonrió porque la otra noche él le hubiera dado su nombre verdadero.

—¿Guido, el fontanero?

Él asintió.

Ella volvió a morder y, mientras masticaba, dijo:

—Oímos cosas. — Bajó la mirada y volvió a sacudir migas-. La gente hace comentarios cuando ocurre algo. Y nosotras oímos cosas, pero nunca puedes estar segura de lo que oyes ni de quién lo ha dicho.

—¿Qué oyó, Mara?

—Que alguien estaba matándonos. — Nada más decirlo, movió la cabeza. No; no es eso. No es que nos maten. Pero nos morimos.

—No veo la diferencia -dijo Brunetti.

—La pequeña, no me acuerdo cómo se llamaba, era yugoslava... se mató este verano. Y luego Anja, que venía de Bulgaria, la palmó en el campo. A la pequeña no la conocía, pero a Anja, sí. Se iba con cualquiera. — Brunetti recordaba aquellas muertes, y sabía que la policía no había podido descubrir ni los nombres de las víctimas-. Y luego aquel camión que se salió de la carretera. — Ella lo miró. Brunetti recordaba el caso, pero sólo vagamente. En vista de que él no contestaba, la mujer prosiguió-: Una de las chicas dijo que había oído no sabía dónde que las muchachas venían aquí. Pero he olvidado de dónde.

—¿Para hacer de prostitutas? — preguntó él, e inmediatamente le pesó haberlo preguntado.

Ella se retrajo y dejó de hablar. La expresión de su cara cambió y sus ojos se velaron.

—No recuerdo.

El tono de su voz indicó a Brunetti que la había perdido, que su pregunta había cortado el delgado hilo que los había unido momentáneamente.

—¿Ha dicho algo de esto? — preguntó.

—¿A la policía? — Ella terminó la pregunta con un resoplido de incredulidad. Echó a la bandeja el resto del bocadillo-. ¿Va a acusarme de algo? — preguntó.

—No.

—¿Puedo marcharme entonces? — La mujer con la que él había estado hablando había desaparecido dejando en su lugar a la prostituta que lo había llevado a su habitación.

—Sí; puede marcharse cuando lo desee. — Antes de que la mujer se levantara, Brunetti preguntó-: ¿Será prudente que salga usted antes que él? — Volvió a mover la cabeza hacia la pared detrás de la que no estaba Franco.

—Ése -dijo ella resoplando con desdén.

Brunetti golpeó la puerta.

—La *signorina* se marcha -dijo cuando Gravini la abrió.

Ella tomó la chaqueta y se alejó pasando por delante de Brunetti sin decir ni una palabra. Cuando ella se hubo ido, Brunetti miró a Gravini.

–Gracias por el café -dijo recuperando la carpeta que el agente aún tenía en la mano.

–De nada, *dottore*.

–Llévese la bandeja, por favor, mientras hablo con ese hombre.

–¿Quiere que le traiga cigarrillos? ¿O café? – preguntó Gravini.

–No; creo que no. Por lo menos, hasta que haya recuperado mis cincuenta mil liras -dijo Brunetti abriendo la puerta de la celda.

Le bastó una mirada para saber de Franco todo lo que necesitaba saber: Franco era un tipo duro, Franco tenía agallas, Franco no temía a la pasma. Pero, por los papeles que tenía en la mano y por lo que había dicho Della Corte, Brunetti sabía que Franco era heroinómano. Y llevaba más de diez horas bajo custodia de la policía.

–Buenos días, *signor* Silvestri -dijo Brunetti afablemente, como si viniera a comentar los resultados de fútbol de aquel fin de semana.

Silvestri descruzó los brazos, miró a Brunetti y lo reconoció inmediatamente.

–Fontanero -dijo escupiendo al suelo.

–Por favor, *signor* Silvestri -dijo Brunetti pacientemente, acercando una de las sillas y sentándose. Abrió la carpeta, leyó la hoja de encima, la levantó y consultó la de debajo-. Atraco, proxenetismo, y aquí veo que fue arrestado una vez por tráfico de drogas en... a ver... -se interrumpió, volviendo a la primera página para buscar la fecha...enero del año pasado. Dos acusaciones por haber tomado el dinero ofrecido a una prostituta pueden ocasionarle bastantes problemas, pero imagino que...

–Señor fontanero -interrumpió Silvestri-, acabemos de una vez, ¿vale? Usted me acusa, yo llamo a mi abogado, él viene y me saca de aquí.

Brunetti miró al hombre con aparente indiferencia, y vio que mantenía los brazos pegados al cuerpo y los puños apretados y que la frente le relucía de sudor.

–Por mí, encantado, *signor* Silvestri. Pero me temo que lo de ahora es mucho más grave que las acusaciones que figuran en su ficha. – Brunetti cerró la carpeta y se golpeó con ella la rodilla-. En realidad, esto escapa a la competencia de la policía de la ciudad.

–¿Qué quiere decir? – Brunetti observó que el hombre trataba de relajarse, que abría las manos y las apoyaba en las rodillas.

–Quiero decir que, desde hace tiempo, el bar que usted frecuenta con sus... con sus colegas está bajo vigilancia, y que han intervenido el teléfono.

–¿Lo han intervenido? ¿Quiénes? – preguntó Silvestri.

–La SISMI -respondió Brunetti-. Concretamente, la unidad antiterrorista.

–¿Antiterrorista? – repitió Silvestri estúpidamente.

–Sí. Al parecer, el bar era utilizado por algunas de las personas implicadas en el atentado contra el museo de Florencia -explicó Brunetti, improvisando sobre la marcha-. En realidad, no debería decirle esto, pero estando usted complicado en el caso, no veo por qué no hemos de poder hablar de ello.

–¿Florencia? – Silvestri no podía sino repetir lo que oía.

–Sí, por lo poco que yo sé, el teléfono de ese bar ha sido utilizado para transmitir mensajes. Hace un mes que está intervenido. Legalmente, desde luego, por orden judicial. – Brunetti agitó la carpeta en alto-. Anoche, cuando mis hombres lo arrestaron, traté de decir a los otros que usted era un pez chico, asunto nuestro, pero no me hicieron caso.

–¿Qué significa eso? – preguntó Silvestri con una voz en la que no había ya ni asomo de irritación.

–Significa que le aplicarán la ley antiterrorista. – Brunetti cerró la carpeta y se puso de pie-. Es sólo una mala interpretación entre servicios, ¿comprende, *signor* Silvestri? Lo retendrán cuarenta y ocho horas.

–¿Y mi abogado?

–Entonces podrá llamarlo. Sólo serán cuarenta y ocho horas. Y ya han pasado... -Brunetti se subió el puño de la camisa para mirar el reloj-...diez. Así que no tiene más que esperar un día y medio y podrá llamar a su abogado que seguramente lo sacará de aquí enseguida.

–¿A qué ha venido usted? – preguntó Silvestri con suspicacia.

–Como el que lo arrestó era uno de mis hombres, me ha parecido que, puesto que yo lo he metido en esto, lo menos que podía hacer era venir a darle una explicación. Ya he tenido tratos con los del SISMI antes de ahora -dijo Brunetti con aire de cansancio-. No atienden a razones. La ley dice que pueden retenerlo cuarenta y ocho horas incomunicado y habrá que aguantarse. – Otra vez miró el reloj-. Pasarán pronto, *signor* Silvestri, estoy

seguro. Si quiere revistas, pídalas al agente de la puerta, ¿de acuerdo? – Con estas palabras, Brunetti se levantó y dio media vuelta.

–Por favor -dijo Silvestri, y era la primera vez que utilizaba estas palabras para dirigirse a un policía-. Por favor, no se vaya.

Brunetti se volvió ladeando la cabeza con manifiesta curiosidad.

–¿Ya ha decidido qué revistas desea? ¿*Panorama*, *Architectural Digest*, *Famiglia Christiana*?

–¿Qué es lo que quiere de mí? – dijo Silvestri con voz ronca y no de cólera. El sudor de la frente había formado ya gruesas gotas.

Brunetti comprendió que no era necesario seguir jugando con él. Esto era todo lo que había resistido el bravo Franco, duro como una roca.

Con voz firme y severa, Brunetti inquirió:

–¿Quién le llama por teléfono al bar y a quién llama usted?

Silvestri se pasó las dos manos por la cara y el abundante pelo, pegándose el flequillo a las sienes. Se frotó los labios con la mano, insistiendo en las comisuras, como para quitar una mancha.

–Me llama un hombre, que me avisa cuándo van a llegar chicas nuevas.

Brunetti no dijo nada.

–No sé quién es ni de dónde llama. Pero llama una vez al mes o cosa así y me dice dónde tengo que recogerlas. Ya las han pasado, yo sólo tengo que recogerlas y ponerlas a trabajar.

–¿Y el dinero?

Silvestri no contestó. Brunetti se volvió hacia la puerta.

–Se lo doy a una mujer. Cada mes. Cuando el hombre me llama, me dice dónde tengo que encontrarme con ella y cuándo, y entonces le doy el dinero.

–¿Cuánto?

–Todo.

–¿Cuánto es todo?

–Lo que queda, después de pagar a las chicas y las habitaciones.

–¿Cuánto?

–Depende.

–Está haciéndome perder el tiempo, Silvestri -se impacientó Brunetti.

–Unos meses, cuarenta o cincuenta millones. Otros, menos. – Lo que, según Brunetti, significaba que otros meses era más.

–¿Quién es la mujer?

—No lo sé. No la he visto.

—¿Cómo que no la ha visto?

—El que me llama me dice dónde estará aparcado el coche. Es un Mercedes blanco. Yo tengo que acercarme por detrás, abrir la puerta trasera y dejar el dinero en el asiento. Entonces ella se va.

—¿Usted nunca la ha visto?

—Lleva un pañuelo en la cabeza. Y gafas oscuras.

—¿Es alta? ¿Delgada? ¿Blanca? ¿Negra? ¿Rubia? ¿Vieja? Venga, Silvestri, no hace falta verle la cara a una mujer para saber esto.

—No es baja. No sé de qué color tiene el pelo. No le he visto la cara, pero no creo que sea vieja.

—¿Qué matrícula tiene el coche?

—No lo sé.

—¿No la ha visto?

—No; siempre es de noche, y el coche tiene las luces apagadas. — Brunetti estaba seguro de que Silvestri mentía, y también comprendía que Silvestri no diría mucho más.

—¿Dónde se encuentran?

—En la calle. En Mestre. Una vez, en Treviso. En sitios distintos. El hombre me dice dónde cuando me llama.

—¿Y las chicas? ¿Cómo las recoge?

—De la misma manera. Él me dice dónde y cuántas hay, y yo voy a recogerlas con el coche.

—¿Quién se las trae?

—No lo sé. Cuando llego están esperando.

—¿Así, sin más? ¿Como un rebaño?

—Saben que más les vale no hacer tonterías -dijo Silvestri con brusca aspereza.

—¿De dónde vienen?

—De todas partes.

—¿Qué quiere decir?

—De muchas ciudades. De distintos países.

—¿Cómo vienen?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo llegan a formar parte de su... de su mercancía?

–Sólo son putas. ¿Cómo quiere que yo lo sepa? Joder, ¿es que se ha creído que hablo con ellas? – Bruscamente, Silvestri hundió las manos en los bolsillos y exigió:- ¿Cuándo va a dejarme marchar?

–¿Cuántas ha habido?

–¡Ya basta! – gritó Silvestri levantándose de la silla y yendo hacia Brunetti-. Ya basta. Sáqueme de aquí.

Brunetti no se movió, y Silvestri retrocedió unos pasos. Brunetti dio unos golpes en la puerta, que Gravini abrió al momento. El comisario salió al pasillo y esperó a que el agente cerrara la puerta para decir:

–Espere una hora y media y luego déjelo marchar.

–Sí, señor -respondió Gravini saludando a la espalda de su superior, que se alejaba.

Las conversaciones mantenidas con Mara y con su proxeneta no habían dejado a Brunetti de muy buen humor para enfrentarse con la *signora* Trevisan y el socio de su difunto esposo, para designar a Martucci por uno de los papeles que representaba, pero el comisario hizo la obligada llamada telefónica a la viuda e insistió en que, para la buena marcha de la investigación, era imprescindible que hablara brevemente con ella y, a poder ser, con el *signor* Martucci. Se habían comprobado sus respectivas declaraciones acerca de dónde estaban la noche en que Trevisan fue asesinado. La criada de la *signora* Trevisan confirmó que aquella noche su señora no había salido, y un amigo había llamado a Martucci a las nueve y media y lo había encontrado en casa.

La experiencia había enseñado a Brunetti que era preferible dejar que el otro decidiera el lugar de la entrevista. Invariablemente, elegía el marco en el que se sentía más cómodo, con la errónea convicción de que, controlando el escenario, controlaría también la acción. Como era de prever, la *signora* Trevisan eligió su casa, a la que Brunetti llegó puntualmente a las cinco y media, la hora convenida. Brunetti, irritado todavía por su conversación con Franco Silvestri, estaba predispuesto en contra de cualquier tipo de hospitalidad que se le brindará: un cóctel, demasiado cosmopolita y un té, demasiado pretencioso.

Pero cuando la *signora* Trevisan, vestida hoy de sobrio azul marino, lo llevó a un saloncito tan escaso de asientos como sobrado de refinamiento, Brunetti comprendió que se había hecho muchas ilusiones sobre su propia importancia, y que aquí no se le trataría como a un representante de la ley sino como a un intruso. La viuda le había dado la mano, y Martucci se levantó al verlo entrar, pero ninguno de los dos se molestó en pasar de la más somera cortesía. Brunetti intuía que sus modales solemnes y sus caras largas pretendían manifestar el dolor compartido por la pérdida del querido esposo y el amigo, dolor que él venía a turbar. Pero, después de su conversación con el juez Beniamin, Brunetti se sentía inclinado a dudar de la sinceridad de aquel dolor, y después de su breve entrevista con Franco Silvestri, dudaba ya de la Humanidad en general.

El comisario recitó rápidamente la consabida fórmula de agradecimiento por su amabilidad al recibirle. Martucci asintió y la *signora*

Trevisan hizo como si no le hubiera oído.

–*Signora* Trevisan -empezó Brunetti-, necesito cierta información sobre los bienes de su esposo. – Ella ni pidió explicación ni hizo comentarios. ¿Podría decirme qué será del bufete de su esposo?

–Eso hubiera podido preguntármelo a mí -terció Martucci.

–Se lo pregunté, hace dos días -respondió Brunetti-. Y me dijo usted muy poco.

–Desde entonces hemos obtenido más información -dijo Martucci.

–¿Quiere decir que ya han leído el testamento? – preguntó Brunetti, encantado de comprobar cómo su crudeza sorprendía a ambos.

La voz de Martucci conservó su serena cortesía.

–La *signora* Trevisan me ha pedido que actúe en calidad de abogado suyo en los trámites testamentarios, si a eso se refiere.

–Esa respuesta me vale tanto como cualquier otra -dijo Brunetti, observando con interés que no era fácil provocar a Martucci. Seguramente, ello se debía a que la práctica del derecho mercantil exige mucha cortesía-. ¿Qué será del bufete?

–La *signora* Trevisan tiene el sesenta por ciento. – En vista de que Brunetti no decía nada, Martucci se sintió obligado a añadir: Y yo, el cuarenta.

–¿Puedo preguntar cuándo se redactó el testamento?

–Hace dos años -respondió Martucci sin vacilar.

–¿Y cuándo se incorporó usted a la firma del *signor* Trevisan, *avvocato* Martucci?

La *signora* Trevisan fijó sus pálidas pupilas en Brunetti y habló por primera vez desde que habían entrado en la habitación para decir:

–Comisario, antes de que siga adelante en su empeño por satisfacer su basta curiosidad, ¿puedo preguntar cuál es el objeto de estas preguntas?

–El objeto, *signora*, no es otro que el de obtener información que nos permita encontrar a la persona que asesinó a su esposo.

–Yo diría -empezó ella apoyando los codos en los brazos del sillón y formando una pirámide con las manos al juntar las yemas de los dedos-, yo diría que eso sólo podría ser cierto si existiera alguna relación entre las condiciones del testamento y el asesinato. ¿O mi planteamiento es demasiado simple para usted? – Como Brunetti no encontrara respuesta,

ella le obsequió con una afilada sonrisa-. Porque también puede haber cosas que sean demasiado simples para usted, ¿no, comisario?

—Por supuesto, *signora* -respondió Brunetti, satisfecho de haber podido irritar por lo menos a uno de ellos-. Por eso hago preguntas que tienen respuestas simples. Ésta sólo requiere un número: ¿cuánto tiempo trabajó para su esposo el *signor* Martucci?

—Dos años -respondió Martucci.

Brunetti se volvió hacia el abogado, concentrando en él su atención.

—¿Podría informarme de las otras disposiciones del testamento?

Martucci abrió la boca para contestar, pero la *signora* Trevisan levantó una mano atajando la respuesta.

—Yo contestaré a eso, *avvocato*. -Y mirando a Brunetti dijo-: El grueso de los bienes de Carlo, como dispone la ley, serán divididos en partes iguales entre sus hijos y yo, su viuda. Hay algunos legados a familiares y amigos, pero su patrimonio pasa a nosotros. ¿Satisface eso su curiosidad?

—Sí, señora.

Martucci se revolvió en su asiento, preparándose para levantarse y dijo:

—Si eso es todo...

—Tengo algunas preguntas más -dijo Brunetti, volviéndose hacia la mujer-, para usted, señora.

Ella movió la cabeza de arriba abajo sin molestarse en contestar y lanzó a Martucci una mirada apaciguadora.

—¿Usted tiene coche?

—No sé a qué viene esa pregunta -dijo ella después de una breve pausa.

—¿Usted tiene coche? — repitió Brunetti.

—Sí.

—¿Qué marca?

—No entiendo nada -interrumpió Martucci.

Haciendo caso omiso de la interrupción, la *signora* Trevisan dijo:

—Es un BMW. Tiene tres años. Verde.

—Gracias -dijo Brunetti, impasible, y preguntó-: ¿Su hermano deja familia?

—No. Estaba separado de su mujer, y no tenían hijos.

—Estoy seguro de que todo esto está en sus archivos -volvió a interrumpir Martucci.

Sin hacerle caso y eligiendo cuidadosamente las palabras, Brunetti preguntó entonces:

—¿Tenía su hermano algo que ver con prostitutas?

Martucci se puso en pie bruscamente, pero Brunetti no lo miró. No apartaba los ojos de la *signora* Trevisan, que había levantado la cabeza como movida por un resorte al oír la pregunta, y entonces, como si escuchara el eco, apartó la mirada un momento y luego volvió a fijar sus ojos en los de él. Pasaron dos largos segundos antes de que la cólera asomara a la cara de la mujer y ella respondiera en voz declamatoria:

—Mi hermano no necesitaba putas.

Martucci sumó entonces su indignación a la de ella para decir:

—No le permito que insulte la memoria del hermano de la *signora* Trevisan. Su pregunta es denigrante y ofensiva. No tenemos por qué soportar sus insinuaciones. — Se paró a respirar, y Brunetti casi pudo oír dispararse los resortes de su mentalidad de abogado-. Además, su observación es calumniosa, y yo he sido testigo de ella. — Martucci miró al policía y a la mujer, esperando su reacción, pero ninguno se daba por enterado de su estallido.

Brunetti no apartaba la mirada de la *signora* Trevisan que, a su vez, no hacía nada por rehuirla. Martucci fue a hablar otra vez, pero desistió, desconcertado por la atención que ellos se dedicaban mutuamente, sin darse cuenta de que lo que importaba a ambos no era la calumnia que pudiera encerrar la pregunta de Brunetti sino la forma en que éste había construido la frase.

Brunetti esperó hasta que los otros comprendieron que él quería una respuesta, no una exhibición de dignidad ofendida. Vio cómo la mujer sopesaba, primero, la pregunta y, después, la contestación. Le pareció ver anunciarse en sus ojos una revelación que Martucci cortó antes de que llegara a los labios, al insistir con redoblada indignación:

—Exijo una disculpa inmediata. — Como Brunetti no se molestara en responder, Martucci dio dos pasos situándose entre el policía y la mujer, impidiendo que se vieran el uno al otro-. Le exijo una disculpa -repitió mirando a Brunetti.

—Desde luego -dijo Brunetti con curiosa indiferencia-. Le presento todas las disculpas que usted quiera. — Brunetti se levantó para ponerse al lado de Martucci, pero la *signora* Trevisan había desviado la mirada y la mantuvo

apartada de él. Brunetti comprendió que la interrupción de Martucci había sofocado el impulso a la confidencia y que de nada serviría insistir.

—Señora, si decide contestar mi pregunta me encontrará en la *questura*. - Sin añadir ni una palabra, dio media vuelta sorteando a Martucci, abandonó la habitación y salió de la casa.

Camino de su casa, Brunetti iba pensando en lo cerca que había estado de aquel punto en el que, a veces, conseguía sintonizar con un testigo o un sospechoso, el punto álgido en el que, de pronto, una frase o una palabra casual impulsan a una persona a revelar lo que trataba de ocultar. ¿Qué iba a decir ella y qué había tenido que ver Lotto con prostitutas? ¿Y con la mujer del Mercedes? ¿Era la misma que había cenado con Favero la noche en que lo mataron? Brunetti se preguntaba qué podía ocurrir durante una cena para que una mujer se pusiera tan nerviosa como para olvidar unas gafas que costaban más de un millón de liras. ¿Era algo que ocurrió durante la cena o algo que ella sabía que ocurriría después de la cena? Las preguntas danzaban alrededor de Brunetti como furias, mofándose de él por su incapacidad para hallar las respuestas y, peor aún, porque ni siquiera sabía cuáles de aquellas preguntas eran importantes.

Al salir de casa de los Trevisan, Brunetti torció maquinalmente hacia el puente de Accademia, camino de su casa. Iba tan ensimismado que tardó algún tiempo en darse cuenta de que la calle estaba más concurrida de lo habitual. Miró el reloj, extrañado de que hubiera tanta gente en esta zona de la ciudad, más de media hora antes de que cerraran las tiendas. Observó más atentamente a los viandantes y vio que no eran turistas sino italianos: hombres y mujeres iban muy bien vestidos y compuestos para ser turistas.

Brunetti renunció a la prisa y se dejó arrastrar por la marea humana, que lo llevaba hacia *campo* San Stefano. Desde el pie del puente más próximo oyó sonidos amplificados, pero no pudo distinguirlos con claridad.

La gente lo embutió por una calle estrecha que salía al *campo*. Frente a él, a la luz del crepúsculo, se alzaba la estatua a la que mentalmente Brunetti llamaba «el hombre de merengue» por la blancura y porosidad del mármol en el que estaba esculpida. Otros venecianos le daban un nombre más ordinario, a causa del montón de libros que parecía brotarle de debajo de la levita.

A la derecha de Brunetti, a lo largo de la fachada lateral de la iglesia de San Stefano, se había levantado un tablado, con sendos altavoces de gran

tamaño en los ángulos anteriores. Al fondo del tablado, de tres mástiles, colgaban lacias banderas: la tricolor italiana, el león de San Marcos y el recién creado símbolo de lo que en otro tiempo fuera el partido cristiano-demócrata.

Brunetti se acercó a la estatua y pasó al otro lado de la baja cerca metálica que rodeaba la base. Delante de la plataforma había un grupo compuesto por un centenar de personas, del que se separaron tres hombres y una mujer que subieron a la plataforma. De pronto sonó una música estridente. A Brunetti le pareció el himno nacional, pero el volumen y los parásitos lo hacían ir reconocible.

Un hombre con pantalón vaquero y cazadora de piel entregó un micrófono del que colgaba un largo cable a uno de los hombres del estrado. Éste sostuvo el aparato a un lado un momento, sonrió a la gente, se lo pasó a la mano izquierda y estrechó la mano de las otras personas que estaban en el estrado. Desde abajo, el de la cazadora levantó el brazo y con los dedos hizo señal de cortar, pero el himno o lo que fuera siguió sonando.

El del estrado se acercó el micrófono a la boca y dijo algo, pero las palabras quedaron ahogadas por la música. Entonces el hombre sostuvo el micro con el brazo extendido y le dio unos golpecitos con la mano, que sonaron como seis disparos con silenciador.

Un grupo de personas se separaron de la multitud y entraron en un bar. Otras seis dieron la vuelta por delante de la iglesia y desaparecieron por la calle della Mandorla. El de la cazadora subió a la plataforma y tocó los cables que salían de uno de los altavoces. Aquel altavoz enmudeció de repente, pero el otro siguió lanzando al aire parásitos con acompañamiento musical. El hombre cruzó apresuradamente la plataforma y se arrodilló detrás del otro altavoz.

Se fueron varias personas más. La mujer bajó del estrado y desapareció entre la multitud. Dos de los hombres la siguieron. Como el ruido no cesaba, el de la cazadora se puso de pie y deliberó con el del micrófono. Cuando Brunetti se fue no quedaba frente al estrado más que un puñado de personas.

Brunetti volvió a cruzar la reja y se encaminó hacia el puente de Accademia. Cuando pasaba por delante del pequeño quiosco de flores que está al extremo del *campo* dejó de oírse la música y sonó una voz de

hombre, amplificada sólo por la cólera, que decía: «*Cittadini, italiani*», pero Brunetti no se paró, ni siquiera miró atrás.

Entonces descubrió que estaba deseando hablar con Paola. Como siempre, a despecho de las ordenanzas, la había mantenido al corriente de la marcha de la investigación y de sus impresiones acerca de las personas a las que había interrogado y de las respuestas que le habían dado. Como en este caso no había un sospechoso evidente desde el principio, Paola, contrariamente a lo que era su costumbre, que Brunetti en vano había tratado de quitarle, se había abstenido de señalar al que ella creía el asesino. Normalmente, su apriorística certidumbre hacía de ella una interlocutora muy estimulante, qué con sus preguntas le obligaba a explicar las cosas con claridad. Muchas veces, inducido por ella a explorar las causas de una vaga intuición, él hacía nuevas deducciones. Pero esta vez Paola no había sugerido nada, no había apuntado nada, no había manifestado sospechas acerca de ninguna de las personas que él mencionaba. Lo escuchaba con interés, nada más.

Cuando llegó Brunetti, Paola aún no estaba en casa, pero Chiara ya lo esperaba.

—Papá -llamó desde su habitación al oírle abrir la puerta. Un segundo después, su hija hizo su aparición en el recibidor con una revista abierta en la mano. Él reconoció la orla amarilla de la portada de *Airone* que, con sus fotos fastuosas en papel *couché* y su prosa simple, emulaba a una revista norteamericana de gran circulación.

—¿Qué hay, tesoro? — preguntó él inclinándose a darle un beso en el pelo antes de volverse para colgar la gabardina en el armario contiguo a la puerta.

—Es un concurso, papá. Si ganas, te regalan una suscripción.

—¿Pero no la tienes ya? — preguntó él, que se la había regalado en Navidad.

—Eso no es lo que importa, papá.

—¿Pues qué es lo que importa? — preguntó él, yendo por el pasillo hacia la cocina. Pulsó el interruptor de la luz y se acercó al frigorífico.

—Lo que importa es ganar -dijo ella, siguiéndolo por el pasillo. Al oír esto, él se preguntó si aquella revista no sería demasiado americana para su hija.

Sacó una botella de Orvieto, miró la etiqueta, la dejó donde estaba y tomó la de Soave que habían abierto para la cena de la víspera. Se sirvió una copa y bebió un sorbo.

—¿Y en qué consiste el concurso?

—Hay que poner nombre a un pingüino.

—¿Poner nombre a un pingüino? — repitió Brunetti estúpidamente.

—Sí, mira -dijo ella acercándole la revista con una mano y señalando una foto con la otra. Él vio lo que parecía la masa algodonosa que Paola extraía a veces del aspirador.

—¿Qué es eso? — preguntó él acercando la revista a la luz.

—Es el pingüinito, papá. Nació el mes pasado en el zoo de Roma y todavía no tiene nombre. Ofrecen un premio a quien proponga el mejor nombre.

Brunetti acabó de abrir la revista y miró más atentamente la foto. En efecto, vio un pico, dos ojos redondos y dos patas amarillas. En la página de enfrente había un pingüino adulto, pero Brunetti no encontraba parecido alguno entre uno y otro.

—¿En qué nombre has pensado? — preguntó hojeando la revista y contemplando un desfile de hienas, ibis y elefantes.

—«Pintado» -dijo ella.

—¿Cómo?

—«Pintado» -repitió.

—¿Un pingüino?

—Sí. Seguro que la mayoría dicen «Flipper» o «Camarero». A nadie se le ocurrirá «Pintado».

Brunetti reconoció que probablemente tenía razón.

—De todos modos, creo que deberías reservar el nombre para otra ocasión -dijo él poniendo la botella en el frigorífico.

—¿Por qué? — preguntó Chiara recuperando la revista.

—Por si alguna vez hacen un concurso para una cebra.

—Oh, papá, qué bobo eres a veces -dijo ella, volviendo a su habitación, sin sospechar lo mucho que a su padre le complacía su opinión.

En la sala, Brunetti recuperó el libro que había dejado abierto boca abajo la víspera al acostarse. Podría volver a librar la guerra del Peloponeso mientras esperaba a Paola.

Ella llegó una hora después, abrió con su llavín y entró directamente en la sala. Echó el abrigo sobre el respaldo del sofá y se dejó caer al lado de su marido, todavía con el chal en el cuello.

–Guido, ¿alguna vez te ha pasado por la cabeza la idea de que yo esté loca?

–Muchas veces -respondió él volviendo la página.

–Es que tengo que estarlo, o no trabajaría para estos cretinos.

–¿Qué cretinos? – preguntó él, sin molestarse todavía en levantar la mirada del libro.

–Los que dirigen la universidad.

–¿Qué ha pasado?

–Hace tres meses me pidieron que diera una conferencia en la facultad de Filología Inglesa de la Universidad de Padua. Sobre la Novela Británica, dijeron. ¿Por qué crees que he estado leyendo todos esos libros durante los dos últimos meses?

–Porque te gustan. Por lo mismo que los has leído durante los veinte últimos años.

–Oh, Guido, haz el favor -dijo ella dándole un ligero codazo en las costillas.

–Cuenta, ¿qué ha pasado?

–Hoy, cuando he ido a la oficina a recoger el correo, me han dicho que hubo una confusión, que la conferencia era sobre Poesía Norteamericana, y a nadie se le ha ocurrido advertirme. Porque como, al fin y al cabo, todo es inglés...

–¿Y sobre qué será?

–No lo sabré hasta mañana. Dirán a Padua que el tema se ha cambiado a la Novela Británica, siempre y cuando *Il Magnifico* lo apruebe. – A ambos les encantaba esta fastuosa reliquia del paleolítico académico: el tratamiento de «Il Magnifico Rettore» que se daba al rector de la universidad. Era lo único que a Brunetti le había parecido interesante de la vida académica, en los veinte años que llevaba viviendo en la periferia de la universidad.

–¿Tú qué crees que hará? – preguntó Brunetti.

–Probablemente, decidirlo a cara o cruz.

–Buena suerte -dijo Brunetti, dejando el libro-. A ti lo norteamericano no te va, ¿verdad?

–Cielos, no -dijo ella tapándose la cara con las manos-. Puritanos, cowboys y mujeres estridentes. Preferiría dar un curso sobre la «novela del tenedor de plata».

–¿La qué?

–La «novela del tenedor de plata» -repitió ella-. Libros de argumento sencillo, escritos para explicar a los nuevos ricos cómo deben comportarse en sociedad.

–¿Quieres decir libros para *yuppies*?

Paola se echó a reír.

–No, Guido, no para *yuppies*. Se trata e novelas escritas en el siglo dieciocho, cuando a Inglaterra llegaba mucho dinero de las colonias, y había que enseñar a las orondas esposas de los fabricantes textiles de Yorkshire qué tenedor debían usar. – Reflexionó un momento sobre lo que acababa de decir-. Pero, si bien se mira y salvando las distancias, otro tanto podría decirse de Bret Easton Ellis, a pesar de ser norteamericano. – Apoyó la cara en el hombro de su marido, riendo por lo bajo de algo que él no entendía.

Cuando se serenó, Paola se quitó el pañuelo del cuello y lo dejó encima de la mesa.

–¿Y tú qué has hecho? – preguntó.

Él se puso el libro boca abajo en las rodillas y se volvió a mirarla.

–He hablado con la puta y su chulo y luego con la *signora* Trevisan y su abogado. – Despacio, procurando ser coherente y no omitir detalle, le contó todo lo sucedido durante el día, terminando con la reacción de la *signora* Trevisan a su pregunta sobre las prostitutas.

–¿Tenía el hermano algo que ver con prostitutas? – preguntó Paola, procurando repetir sus palabras con exactitud-. ¿Y crees tú que ella comprendió a qué te referías?

Brunetti asintió.

–¿Y el abogado, no?

–No; él no captó la ambigüedad, pensó que yo preguntaba si tenía relaciones sexuales con ellas.

–Pero ella sí lo entendió.

Otra vez Brunetti movió la cabeza afirmativamente.

–Es mucho más lista que él.

–Las mujeres suelen serlo -comentó Paola, y entonces preguntó-: ¿Qué crees tú que podía tener que ver ese hombre con las prostitutas?

–No lo sé, Paola, pero su reacción indica que, fuera lo que fuere, ella estaba al corriente.

Paola guardó silencio, esperando a que él hiciera sus deducciones. Él le tomó una mano, le dio un beso en la palma y la dejó caer a su regazo. Ella seguía aguardando y no se movió.

–Es el único punto de contacto -dijo él como hablando consigo mismo-. Los dos, Trevisan y Favero, tenían el número del bar de Mestre, y en ese bar hay un chulo que explota a una serie de chicas, que se renuevan continuamente. De Lotto no sé sino que administraba el patrimonio de Trevisan.

Dio la vuelta a la mano de Paola y resguió con el índice las venitas azules del dorso.

–No es mucho -dijo Paola al fin.

Él movió la cabeza negativamente.

–Esa chica, Mara, ¿qué te preguntó de las otras?

–Si yo sabía algo de unas chicas que habían muerto este verano, y luego habló de un camión. No sé a qué se refería.

En los confines de la memoria de Paola empezó a agitarse un recuerdo, como una vieja carpa que lentamente nadara hacia la luz del día. Era un recuerdo que había despertado a la mención del camión y las mujeres. Ella apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Y vio nieve. Y bastó este detalle para hacer que el recuerdo saliera a la superficie.

–Guido, a principios de otoño... creo que fue mientras estabas en Roma en aquella conferencia... un camión se salió de la autopista cerca de la frontera austríaca. He olvidado los detalles, me parece que derrapó en el hielo y cayó por un precipicio o algo por el estilo. Lo cierto es que en la caja del camión viajaban mujeres y todas murieron. Diría que eran ocho. Fue muy raro. La noticia vino en todos los periódicos pero enseguida desapareció, no se dijo más. – Paola sintió que él le oprimía la mano con más fuerza-. ¿Crees que podía referirse a eso?

–Recuerdo haber leído algo, una referencia al suceso en un informe de la Interpol sobre trata de blancas -dijo Brunetti-. El conductor murió, ¿verdad?

–Creo que sí -dijo Paola.

La policía de allá arriba tendría el atestado, mañana les llamaría. Trató de recordar algo más del informe de la Interpol, o quizá era de alguna otra agencia. Sólo Dios sabía dónde estaría archivado. Mañana tendría tiempo para todo eso.

Paola le tiró de la mano con suavidad.

—¿Por qué vais con ellas?

—¿Hmmm? — hizo Brunetti, distraído.

—¿Por qué vais con putas? — Y, para evitar malas interpretaciones, aclaró: Me refiero a los hombres en general.

Él hizo un vago ademán sin soltarle la mano.

—Sexo sin compromiso, supongo. Sin consecuencias ni obligaciones. Sin cumplidos.

—No parece muy atractivo -dijo Paola, y agregó: Claro que las mujeres siempre se empeñan en dar al sexo un cariz sentimental.

—En eso tienes mucha razón -dijo Brunetti.

Paola se desasíó de su mano y se levantó. Miró a su marido un momento y luego se fue a la cocina a preparar la cena.

23

Cuando llegó a la *questura* al día siguiente, Brunetti pidió a la centralita que le pusiera con la policía de Tarvisio y empezó a buscar en sus archivos el informe de la Interpol sobre la prostitución. El agente encargado de la centralita cumplió rápidamente el encargo y Brunetti pasó los quince minutos siguientes escuchando a un capitán de *carabinieri* describir el accidente, hasta que el comisario puso fin a la conversación solicitando que le pasaran por fax toda la documentación relacionada con el caso.

Brunetti tardó veinte minutos en localizar el informe sobre el tráfico internacional de prostitutas y media hora, en leerlo. Su contenido le impresionó vivamente, en especial la última frase, que le pareció inverosímil: «Varias policías y organizaciones internacionales calculan que el número de mujeres afectadas por este tráfico es de medio millón.» El informe describía algo que él, al igual que la mayoría de policías de Europa, sabía que existía, pero lo sobrecogedor era la envergadura y complejidad de la operación.

El esquema, en líneas generales, quedaba reflejado en la historia de Mara: a una muchacha de un país en vías de desarrollo se le prometía una

nueva vida en Europa; unas veces, el señuelo era el amor, un tierno amor y otras, la promesa de trabajo doméstico o una carrera en el mundo del espectáculo. En Europa, le decían, tendrás una vida digna, ganarás lo suficiente para ayudar a tu familia y quizá un día puedas llevarla contigo a aquel paraíso en la tierra.

Al llegar, las muchachas se encontraban en una situación parecida a la de Mara y descubrían que el contrato de trabajo que habían firmado antes de salir era el compromiso de reembolsar hasta cincuenta mil dólares a la persona que les había organizado el viaje y que se había quedado con su pasaporte. Se encontraban ahora en un país extranjero, sin documentación y convencidas de que, con su sola presencia, infringían la ley y podían ser arrestadas y sentenciadas a largas penas de cárcel por la deuda que habían contraído al firmar el contrato. Ello no obstante, algunas protestaban, sin miedo al arresto. Generalmente, a éstas se las dominaba con la violación múltiple o medios aún más violentos. Algunas morían. Se corría la voz. La resistencia era cada vez menor.

Y los burdeles del mundo desarrollado se habían llenado de exóticas jóvenes de cabello negro y piel oscura: tailandesas, cuya dulce modestia tanto halaga el complejo de superioridad del hombre; mestizas dominicanas a las que, como todo el mundo sabe, les encanta eso, porque por algo son negras, y no digamos las brasileñas, cariocas voluptuosas que han nacido para ser putas.

El informe decía entonces que, a causa de los gastos de transporte, se había empezado a explotar una nueva cantera más próxima, en el este de Europa, donde miles de mujeres rubias y de ojos azules habían perdido el empleo o veían cómo la inflación devoraba sus ahorros. Setenta años de austeridad comunista habían creado ansia por las amenidades de Occidente, y las jóvenes emigraban en coche o en camión, a pie y hasta en trineo, hacia El Dorado que era para ellas el vecino occidental, para encontrarse allí sin papeles, sin derechos y sin esperanza.

A Brunetti no le sorprendía lo que leía, pero le consternaba la cifra: medio millón. Buscó en la última página los nombres de las personas y organizaciones que habían confeccionado el informe y que eran de solvencia total, pero la cifra seguía siendo intolerable. Había en Italia provincias enteras que no tenían medio millón de mujeres. Este número podría poblar toda una ciudad.

Cuando acabó de leer, Brunetti dejó el informe en el centro de la mesa y luego lo apartó un poco, como si temiera ser contaminado. Abrió el cajón, sacó un lápiz, se acercó un papel y rápidamente hizo una lista de tres nombres: un comandante de la policía de Brasil al que había conocido en París hacía varios años durante un seminario, el dueño de una importante empresa de importación y exportación con oficinas en Bangkok y Pia, una prostituta. Por una u otra razón, los tres estaban en deuda con Brunetti, y a él no se le ocurría mejor pago que la información.

Brunetti pasó las dos horas siguientes al teléfono, generando una factura que después se volatilizó por efecto de unas sabias pulsaciones efectuadas en el ordenador central de la SIP. Al cabo de aquellas dos horas había descubierto poco más de lo que decía el informe, pero ahora lo sabía de un modo más vivido y personal.

El comandante De Vedia, de Río, no podía compartir la preocupación de Brunetti ni comprendía su indignación. Al fin y al cabo, siete de sus agentes habían sido arrestados aquella semana por haber actuado de pelotón de ejecución por encargo de unos comerciantes de Río que les habían pagado para que mataran a los niños de la calle que entorpecían el acceso de los clientes a sus tiendas.

—Los que consiguen llegar a Europa son los afortunados, Guido —dijo el comandante antes de colgar.

No se mostró más comprensivo el interlocutor de Bangkok.

—Comisario, más de la mitad de las prostitutas de aquí tienen el sida. Dichosas las que pueden salir de Tailandia.

Pero la mejor fuente de información fue Pia, a la que Brunetti encontró en casa porque *Carolina*, su perra labrador, estaba de parto de su primera camada. Pia se hallaba al corriente del asunto, pero la sorprendió que la policía se preocupara por él. Cuando se enteró de que el interés de Brunetti estaba provocado por la muerte de tres prósperos hombres de negocios, la mujer soltó una larga carcajada. Las chicas, explicó cuando pudo hablar, venían de todas partes, algunas trabajaban en la calle, pero a muchas las tenían en casas, para controlarlas mejor. Sí, a veces las sacudían, si no los chulos, los clientes. ¿Quejarse? ¿A quién? No tenían papeles, estaban convencidas de que su sola presencia en Italia era delito; algunas ni sabían italiano. Al fin y al cabo, la suya no era una profesión para la que una conversación inteligente fuera requisito esencial.

Pia no sentía animadversión hacia ellas, aunque no ocultaba que le escocía la competencia. Ella y sus amigas, que trabajaban sin proxeneta, disfrutaban por lo menos de cierta estabilidad económica: apartamento, coche y algunas, hasta casa propia; pero aquellas extranjeras no tenían nada y no podían permitirse rechazar a un cliente, fuera lo que fuera lo que les pidiera. Ellas y las adictas eran las que peor lo tenían, aceptaban cualquier cosa, podían obligarlas a todo. Estaban indefensas ante la brutalidad y -peor aún- eran vehículos de enfermedades.

Brunetti preguntó cuántas había en la zona del Véneto y Pia le contestó riendo que más de las que él podría contar. Entonces *Carolina* ladró tan fuerte que hasta Brunetti la oyó y Pia dijo que tenía que colgar.

—¿Quién maneja eso, Pia? —preguntó, ansioso de conseguir una respuesta más antes de que ella terminara la conversación.

—Eso es *big business*, *dottore* -dijo ella-. Es como preguntar quién maneja los bancos o la Bolsa. Son los mismos hombres, con el pelo bien cortado y el traje a medida. Todos los días, al despacho y todos los domingos, a misa y, cuando nadie mira, cuentan lo que ganan con las mujeres que trabajan echadas de espaldas. Somos una mercancía más, *dottore*. A no tardar, saldremos en el mercado de futuros -rió la mujer, que hizo una sugerencia procaz del nombre bajo el que podrían aparecer. Entonces *Carolina* dio un alarido y Pia colgó.

En el mismo papel, Brunetti se puso a hacer unas sencillas operaciones aritméticas. Estimó el precio medio de cada servicio en cincuenta mil liras, pero entonces tuvo que reconocer que no tenía idea de cuántos podían hacerse al día. Para simplificar el cálculo decidió fijarlos en diez. Suponiendo que las mujeres descansaran el fin de semana, lujo que difícilmente se les permitiría, cada una haría dos millones y medio a la semana, diez millones al mes. Siguió simplificando y estimó cien millones de liras al año, que luego dejó en la mitad, para compensar, a grandes rasgos, posibles errores en los cálculos anteriores. Cuando multiplicó el resultado por medio millón, el producto ya escapaba a su imaginación, y se limitó a contar los ceros que, si no se equivocaba, eran doce. Tenía razón Pia, aquello era *big business*.

El instinto y la experiencia le decían que ni Mara ni su chulo le darían más información. Llamó a Vianello y le preguntó si ya habían localizado al óptico que había vendido las gafas encontradas en el restaurante de Padua.

Vianello tapó el micro con la palma de la mano, el sonido se apagó y luego se oyó la voz del sargento, que tenía una nota de irritación o quizá de algo más fuerte.

—Ahora mismo subo, *dottore* -dijo, y colgó el teléfono.

Cuando entró en el despacho, el sargento tenía la cara roja todavía, secuela de lo que Brunetti, por larga experiencia, sabía que era un acceso de cólera. Vianello cerró la puerta con suavidad y se acercó a la mesa de Brunetti.

—Riverre -dijo a modo de explicación. Era el nombre del agente que era la cruz no sólo de Vianello sino de todo el personal de la *questura*.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Ayer encontró al óptico, tomó nota y la ha tenido guardada en su mesa hasta que le he preguntado. — De haber estado de mejor humor, Brunetti hubiera comentado que, por lo menos esta vez, Riverre se había molestado en tomar nota, pero en aquel momento descubrió que no tenía ni humor ni paciencia. Además, hacía tiempo que Brunetti y su sargento habían decidido que, por lo que a la incompetencia de Riverre se refería, sobraban los comentarios.

—¿Quién es?

—Carraro, calle della Mandorla.

—¿Consiguió el nombre de la cliente?

Vianello se mordió el labio inferior e involuntariamente apretó los puños.

—No, señor. Sólo comprobó que las gafas que correspondían a aquella graduación eran de allí. Dice que eso se le ordenó hacer y eso hizo.

Brunetti sacó la guía telefónica y rápidamente encontró el número. El óptico dijo que ya esperaba que la policía volviera a llamar e inmediatamente dio a Brunetti el nombre y la dirección de la mujer que había encargado las gafas. Por su forma de hablar, parecía creer que la policía sólo pretendía que la mujer recuperara sus gafas, y Brunetti no quiso desengañarlo.

—Pero no creo que la encuentre en su casa a esta hora -dijo el doctor Carraro-. Ahora debe de estar en su trabajo.

—¿Y sabe usted dónde trabaja, *dottore*? -preguntó Brunetti cortésmente.

—Tiene una agencia de viajes cerca de la universidad, entre la universidad y la tienda de alfombras.

—Ah, sí, ya sé -dijo Brunetti, recordando un escaparate lleno de carteles ante el que había pasado infinidad de veces-. Muchas gracias, *dottore*. Me encargaré de que le devuelvan las gafas.

Brunetti colgó el teléfono y miró a Vianello.

—Regina Ceroni. ¿El nombre le dice algo?

Vianello movió la cabeza negativamente.

—Tiene la agencia de viajes que está cerca de la universidad.

—¿Quiere que vaya con usted, comisario?

—No. Antes del almuerzo me acercaré a devolverle las gafas a la *signora* Ceroni.

Bajo la fría llovizna de noviembre, Brunetti contemplaba una playa soleada. En una hamaca colgada de dos grandes palmeras había una joven que, por lo que él podía ver, llevaba sólo la pieza de abajo del bikini. Al fondo, en la arena blanca rompían unas olitas mansas de un mar de lapislázuli que se extendía hasta el horizonte. Todo esto podía ser suyo durante una semana por sólo 1.800.000 liras, habitación doble, viaje en avión incluido.

Brunetti abrió la puerta y entró en la agencia. Una atractiva joven de pelo negro sentada ante un ordenador le sonrió amablemente.

—*Buon giorno* -dijo él devolviéndole la sonrisa-. ¿Está la *signora* Ceroni?

—¿De parte de quién?

—*Signor* Brunetti.

La joven levantó una mano para indicarle que aguardara, pulsó varias teclas y se puso en pie. La impresora que estaba a su izquierda despertó con un suave rechinar y empezó a expulsar lo que parecía un billete de avión.

—Le diré que está usted aquí, *signor* Brunetti -dijo volviéndose hacia la única puerta que había al fondo de la oficina. Llamó y entró sin esperar. Al momento salió y sostuvo la puerta mientras con un gesto invitaba a pasar a Brunetti.

El despacho no era grande, pero estaba amueblado con clase. La mesa era de teca, según observó Brunetti, pulimentada y reluciente como el cristal. La falta de cajones pregonaba que su finalidad no era utilitaria. Y la alfombra persa de seda oro pálido era similar a la que el suegro del comisario tenía en el estudio.

La mujer que estaba detrás de ambas tenía el pelo castaño claro, recogido detrás de las orejas con peinetas de marfil labrado. La simplicidad del peinado contrastaba con la tela y el corte del traje, de gruesa seda salvaje gris oscuro, con grandes hombreras y mangas ajustadas. Aparentaba estar en la treintena, pero el hábil maquillaje y el esmero del atuendo hacían difícil adivinar a qué altura. Llevaba gafas con montura gruesa. El cristal izquierdo tenía una pequeña muesca semicircular, poco mayor que un guisante, en el ángulo inferior.

Ella levantó la cabeza, sonrió a Brunetti sin abrir la boca y se quitó las gafas, que dejó encima de los papeles que tenía delante. No dijo nada. Él observó que el color de sus ojos era tan parecido al del traje que no podía tratarse de simple coincidencia. Al mirarla, Brunetti recordó la descripción que hace Figaro de la mujer a la que ama el conde Almaviva: cabello de oro, mejillas de rosa y ojos que hablan.

—¿Sí?

—¿La *signora* Ceroni?

—Sí.

—Le traigo las gafas -dijo Brunetti sacándolas del bolsillo, sin apartar los ojos de ella.

La alegría embelleció más aún la cara de la mujer.

—Oh, fantástico -dijo poniéndose en pie-. ¿Dónde las ha encontrado?

Brunetti percibió un leve acento extranjero, quizá eslavo, desde luego del este. Sin decir nada, le alargó el estuche de piel que ella dejó encima de la mesa, sin mirar en su interior.

—¿No va a comprobar si son las suyas? — preguntó él.

—No; reconozco el estuche -respondió la mujer y, sonriendo de nuevo, preguntó-: ¿Cómo ha sabido que eran mías?

—Hemos llamado a todos los ópticos de la ciudad.

—¿«Hemos»? — preguntó ella. Pero, recordando las reglas de la buena educación, dijo entonces-: Perdone mi descortesía. Siéntese, por favor.

—Gracias -dijo Brunetti sentándose en una de las tres sillas que había frente a la mesa.

—Disculpe, pero Roberta no me ha dicho su nombre.

—Brunetti, Guido Brunetti.

—Muchas gracias por su amabilidad, *signor* Brunetti. Debió usted llamarme por teléfono, y yo hubiera ido a recogerlas. No era necesario que

se molestara en cruzar toda la ciudad para traérmelas.

—¿Cruzar toda la ciudad? — repitió Brunetti.

La pregunta la sorprendió, pero sólo un momento. La ahuyentó, junto con su propia sorpresa, con un ademán.

—Es un modo de hablar. La agencia está un poco apartada.

—Sí, claro.

—Realmente, no sé cómo darle las gracias.

—Podría decirme dónde las perdió.

Ella volvió a sonreír.

—Es que, si supiera dónde, no las hubiera perdido, ¿no le parece?

Ella lo miraba, pero Brunetti no dijo nada. Ella se acercó el estuche y lo abrió. Sacó las gafas y, tal como Brunetti había hecho en el restaurante, dobló una patilla y luego extendió las dos hacia afuera. Tampoco esta vez se rompieron las gafas.

—Es fantástico, ¿no le parece? — dijo sin mirarlo.

Brunetti callaba.

Con el mismo tono de voz, perfectamente neutro, ella agregó:

—No quería verme involucrada.

—¿Con nosotros? — preguntó Brunetti, suponiendo que, si ella sabía que había tenido que atravesar la ciudad, ya sabía de dónde había venido.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque él estaba casado.

—Estamos prácticamente en el siglo veintiuno.

—¿Qué quiere decir? — Ella lo miraba con auténtica confusión.

—Que ya importa poco si un hombre está casado o no.

—A su esposa le hubiera importado -dijo con vehemencia. Plegó las gafas y las guardó en el estuche de piel.

—¿Después de muerto?

—Especialmente después de muerto. Yo no quería que se sospechara que había tenido algo que ver.

—¿Y tuvo algo que ver?

—Comisario Brunetti -dijo ella, sorprendiéndole con el tratamiento-.

Tardé cinco años en conseguir la ciudadanía, pero estoy segura de que, incluso ahora, podrían retirármela si llamara la atención de las autoridades. Por ello, no quiero hacer nada que llame su atención.

—Pues ya la ha llamado.

Ella frunció los labios en un gesto involuntario de desagrado.

—Esperaba evitarlo.

—¿Sabía usted que había olvidado las gafas allí?

—Sabía que las había perdido aquel día, y deseaba que fuera en otro sitio.

—¿Tenía usted relaciones con él?

Brunetti observó cómo ella reflexionaba antes de contestar y luego asentía.

—¿Cuánto tiempo hacía?

—Tres años.

—¿Tenía intención de cambiar la situación?

—Lo siento, pero no entiendo la pregunta.

—¿Tenía esperanzas de casarse con él?

—No. Para mí, las cosas estaban bien tal como estaban.

—¿Y cómo estaban?

—Nos veíamos cada dos o tres semanas.

—¿Y qué hacían?

Ella lo miró fijamente.

—Tampoco esta pregunta la entiendo.

—¿Qué hacían ustedes cuando se encontraban?

—¿Qué hacen normalmente los amantes, *dottor* Brunetti?

—Hacen el amor.

—Muy bien, *dottore*. Hacen el amor, sí, y eso hacíamos nosotros.

Brunetti la notó molesta, pero no le pareció que su irritación obedeciera a sus preguntas.

—¿Dónde? — preguntó.

—¿Cómo dice?

—¿Dónde hacían el amor?

Ella apretó los labios y respondió entreabriéndolos apenas:

—En la cama.

—¿Dónde?

Silencio.

—¿Dónde estaba la cama? ¿Aquí en Venecia o en Padua?

—En los dos sitios.

—¿En un apartamento o en un hotel?

Antes de que ella pudiera contestar, el teléfono que había en la mesa emitió un discreto zumbido. Ella se acercó el auricular y escuchó un momento.

—Te llamaré esta tarde -dijo, y colgó.

La interrupción había sido mínima, pero bastó para permitirle recobrar aplomo.

—Perdone, comisario, ¿podría repetir la última pregunta?

Él la repitió, a sabiendas de que aquella llamada había dado a la mujer tiempo suficiente para recapacitar sobre la respuesta que había dado. Pero él quería oír cómo la cambiaba.

—Le he preguntado dónde hacían el amor.

—Aquí, en mi apartamento.

—¿Y en Padua?

Ella fingió confusión.

—¿Cómo?

—En Padua, ¿dónde se veían?

Ella sonrió ligeramente.

—Lo siento, pero no entendí bien la pregunta. Habitualmente, nos veíamos aquí.

—¿Con qué frecuencia?

Su actitud se hizo más afable, como suele ocurrir cuando la gente empieza a mentir.

—En realidad, nuestra aventura casi había terminado, pero nos apreciábamos y éramos buenos amigos. Con frecuencia salíamos a cenar juntos, tanto aquí como en Padua.

—¿Recuerda cuándo se vieron por última vez en Venecia?

Ella miró hacia un lado, sopesando la respuesta.

—La verdad, no. Debió de ser durante el verano.

—¿Está usted casada?

—Divorciada.

—¿Vive sola?

Ella asintió.

—¿Cómo se enteró de la muerte del *signor* Favero?

—Por el periódico del día siguiente.

—¿Y no nos llamó?

—No.

—¿A pesar de haberlo visto la noche antes?

—Especialmente por eso. Como le he dicho, no tengo razones para fiarme de las autoridades.

Brunetti, en sus peores momentos, sospechaba que de las autoridades no se fiaba nadie, pero quizá valiera más no revelar esta opinión a la *signora* Ceroni.

—¿De dónde es usted, señora?

—De Yugoslavia. De Mostar.

—¿Cuánto hace que llegó a Italia?

—Nueve años.

—¿Por qué vino?

—Vine en viaje de turismo, pero encontré trabajo y decidí quedarme.

—¿En Venecia?

—Sí.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó él, aunque sabía que esta información figuraría en los archivos de la *Ufficio Stranieri*.

—Al principio trabajaba en un bar, pero luego encontré un empleo en una agencia de viajes. Como hablo varias lenguas, no me fue difícil.

—¿Y ahora esto es suyo? —preguntó él abarcando con un ademán el pequeño despacho.

—Sí.

—¿Desde cuando?

—Desde hace tres años. Tardé más de cuatro años en reunir el dinero suficiente para pagar un depósito a los antiguos dueños. Pero ahora la agencia es mía. Es otra de las razones por las que no quiero problemas.

—¿Aunque no tenga nada que ocultar?

—Si puedo serle franca, comisario, nunca me ha parecido que los organismos del Estado presten mucha atención a si las personas tienen algo que ocultar o no. En realidad, es todo lo contrario. Y como yo ignoro los detalles de la muerte del *signor* Favero consideré que no podía dar información útil y por eso no les llamé.

—¿De qué hablaron aquella noche durante la cena?

Ella desvió la mirada, evocando la cena.

—De lo que hablan los amigos. De sus negocios. De los míos. De sus hijos.

—¿De su esposa?

Nuevamente, ella frunció los labios con gesto de reprobación.

—No; no hablamos de su esposa. A ninguno de los dos nos parecía correcto.

—¿De qué más hablaron?

—No recuerdo. Él dijo que quería comprar otro coche, y estaba indeciso acerca de la marca, pero yo no pude ayudarle en eso.

—¿Usted no conduce?

—No; aquí no hace falta el coche, ¿verdad? — preguntó con una sonrisa-. Además, yo no sé nada de coches. Como la mayoría de las mujeres.

Brunetti se preguntó por qué querría ella halagar su hipotético concepto de la superioridad masculina; le parecía una actitud incoherente en una mujer que con tanta facilidad había logrado equipararse a los hombres.

—El camarero del restaurante dice que, durante la cena, Favero le enseñó a usted unos papeles.

—Ah, sí. Entonces saqué las gafas. Las necesito para leer.

—¿Qué papeles eran?

Ella calló un momento, recordando o inventando.

—El informe de una empresa en la que quería que yo invirtiera. La agencia rinde beneficios, y él deseaba que «hiciera trabajar» el dinero, como decía él. Pero no me interesó.

—¿Recuerda qué clase de empresa era?

—Lo siento, no lo recuerdo. No presto mucha atención a esas cosas. — Brunetti se permitió dudarlo-. ¿Es importante?

—Encontramos varias carpetas en el portamaletas del coche -mintió Brunetti-, y nos gustaría hacernos una idea de la importancia que puedan tener.

Observó que ella iba a preguntar por los papeles pero desistía.

—¿Recuerda algo en particular de aquella noche? ¿Parecía preocupado o disgustado por algo? — Brunetti pensó que casi a todo el mundo le parecería extraño que hubiera tardado tanto en hacer esta pregunta.

—Estaba más callado que de costumbre, pero quizá era cansancio. Dijo varias veces que tenía mucho trabajo.

—¿Mencionó algún asunto en particular?

—No.

—¿Adonde fueron después de la cena?

—Me llevó a la estación, y yo regresé a Venecia.

–¿En qué tren?
Ella pensó antes de responder.
–Entró alrededor de las diez y media, me parece.
–El mismo que tomó Trevisan -dijo Brunetti, y observó que el nombre la hacía reaccionar.
–¿El hombre al que asesinaron la semana pasada? – preguntó la mujer después de una pausa.
–Sí. ¿Lo conocía? – preguntó Brunetti.
–Era cliente de la agencia. Nos encargábamos de sus viajes y los de sus empleados.
–Es curioso, ¿verdad? – preguntó Brunetti.
–¿El qué?
–Que dos conocidos suyos hayan muerto la misma semana.
La voz de la mujer era fría e indiferente.
–No me parece tan extraño, comisario. No querrá usted decir que existe relación entre ellos.
En lugar de responder, Brunetti se levantó.
–Muchas gracias por su tiempo *signora* Ceroni -dijo tendiéndole la mano.
Ella se la estrechó y dio la vuelta a la mesa, moviéndose con gracia.
–Soy yo quien debe darle las gracias a usted por haberse tomado la molestia de traerme las gafas.
–Era nuestro deber.
–De todos modos, le agradezco la atención. – Fue con él hasta la puerta, la abrió y le invitó a salir a la oficina antes que ella. La joven seguía sentada ante la mesa, y de la impresora colgaba una larga tira de billetes. La *signora* Ceroni lo acompañó hasta la puerta de la calle. Él la abrió, se volvió, le estrechó la mano otra vez y se alejó camino de su casa. La *signora* Ceroni permaneció junto a la playa tropical hasta que él dobló la esquina y desapareció.

24

Al llegar a la *questura* aquella tarde, Brunetti pasó por el despacho de la *signorina* Elettra y le dictó la carta para Giorgio -se refería a él utilizando el nombre de pila como si de un viejo amigo se tratara- en la que pedía disculpas por lo que él llamaba «inexactitudes de tipo administrativo» en las

que había incurrido la *questura*. Esperaba que la excusa bastara para, llegado el caso, tranquilizar a la novia de Giorgio y a su familia, al tiempo que era lo bastante vaga como para no comprometerle personalmente.

–Estará muy contento -dijo la *signorina* Elettra, mirando la página de signos taquigráficos.

–¿Y el informe de la condena? – preguntó Brunetti.

Ella le miró con unos ojos que eran dos lagos cristalinos.

–¿Condena? – Acercó a Brunetti un montón de hojas que tenía al lado del bloc-. Con esto se ha ganado Giorgio su carta.

–¿Son los números de la libreta de Favero? – preguntó el comisario.

–Los mismos -respondió ella sin disimular el orgullo.

Él sonrió, contagiado de su satisfacción.

–¿La ha mirado?

–Por encima. Tiene nombres, direcciones y hasta me parece que la fecha y la hora de cada llamada hecha a cada uno de esos teléfonos desde cualquier número de Venecia o de Padua.

–¿Cómo lo hace? – preguntó Brunetti con voz reverente por el respeto que le inspiraba la capacidad de Giorgio para extraer información de la SIP; que él supiera, era más fácil penetrar en los archivos del Servicio Secreto.

–Estudió informática un año en Estados Unidos y allí conoció a unos llamados *hackers*, que por lo visto son una especie de genios para estas cosas. Sigue en contacto con ellos y se intercambian información sobre sus hazañas.

–¿Y hace eso desde el trabajo, utilizando las líneas de la SIP? – preguntó Brunetti, que estaba tan impresionado y agradecido que pasaba por alto el detalle de que lo que hacía Giorgio, probablemente era ilegal.

–Desde luego.

–Bendito sea -dijo Brunetti con todo el fervor de la persona cuya factura del teléfono nunca cuadra con el uso que se ha hecho de él.

–Hay *hackers* en todo el mundo -explicó Elettra-. Y me parece que es muy poco lo que ellos no puedan descubrir. Me ha dicho Giorgio que para esto se ha puesto en contacto con gente de Hungría y de Cuba. Y de no sé dónde más. ¿Hay teléfono en Laos?

Él ya no escuchaba, absorto en la lectura de las largas columnas de fechas, horas, lugares y nombres, no obstante lo cual, llegó hasta sus oídos el nombre de Patta.

—... quiere verle.

—Luego -dijo Brunetti, y se fue a su despacho sin dejar de leer. Cuando llegó cerró la puerta y se quedó leyendo de pie a la luz que entraba por la ventana. Parecía un senador romano del tiempo de los cesares, que tuviera en sus manos un largo informe de las lejanas colonias del imperio. Pero no se trataba de despliegues de tropas ni de embarques de aceite y especias sino tan sólo de cuántas veces dos ciudadanos italianos desconocidos habían hablado con personas de Bangkok, Santo Domingo, Belgrado, Manila y otras ciudades, aunque no por ello era menos interesante la información. Anotaciones hechas a lápiz en el margen indicaban el emplazamiento de las cabinas desde las que se habían hecho algunas de las llamadas. Aunque varias de ellas habían partido de los despachos de Trevisan y de Favero, otras muchas correspondían a un teléfono público que se encontraba en la misma calle que el despacho de Favero en Padua y a otro situado en una pequeña calle que discurría por detrás del despacho de Trevisan.

Al pie, Brunetti leyó los nombres de los titulares de los teléfonos. Tres de ellos, incluido el de Belgrado, pertenecían a agencias de viajes y el de Manila, a una empresa llamada Euro-Employ. Este nombre tuvo la virtud de hacer que todos los hechos acaecidos desde la muerte de Trevisan se movieran como los espejos de un inmenso calidoscopio, componiendo una figura que sólo Brunetti podía ver. Este nombre era el giro del cilindro que ordenaba las piezas en una imagen reconocible. Todavía incompleta, todavía sin perfilar, pero allí estaba, y ahora Brunetti comprendía.

Sacó la libreta de direcciones del cajón de la mesa y la hojeó buscando el número de teléfono de Roberto Linchianko, un teniente coronel de la policía militar filipina con el que hacía tres años había coincidido en un seminario de dos semanas en Lyon y con el que había entablado buena amistad, que aún mantenía, a pesar de que desde entonces sólo se habían comunicado por teléfono y por fax.

El intercomunicador zumbó, pero él hizo caso omiso, descolgó el teléfono, consiguió una línea exterior y marcó el número de casa de Linchianko, sin tener idea de qué hora era en Manila. Había seis horas de adelanto, y pilló a Linchianko cuando se disponía a acostarse. Sí, conocía Euro-Employ. Su repugnancia viajó por la línea telefónica a través de los océanos. Euro-Employ era una de tantas agencias dedicadas a la trata de

mujeres, y no precisamente la peor. Todos los papeles que las mujeres firmaban antes de ir a «trabajar» a Europa eran perfectamente legales. El que los contratos estuvieran firmados con la X de una analfabeta o por una mujer que no entendía la lengua en la que estaban redactados no les restaba fuerza legal, y ninguna de las mujeres que conseguían regresar a las Filipinas había denunciado a la agencia. De todos modos, que supiera Linchianko, eran muy pocas las que regresaban. En cuanto al número de las que salían, calculaba que oscilaba entre las cincuenta y las cien a la semana, sólo a través de Euro-Employ, y dio el nombre de la agencia que les reservaba los billetes, un nombre que resultó familiar a Brunetti, porque lo había visto en la lista. Linchianko prometió enviarle por fax el expediente de Euro-Employ, el de la agencia de viajes y los de otras agencias de empleo que operaban en Manila.

Brunetti carecía de contactos en las otras ciudades que aparecían en la lista de la SIP, pero lo que le había dicho Linchianko era más que suficiente para que se hiciera una idea de lo que allí encontraría.

En sus lecturas de la historia de Grecia y de Roma, lo que más le sorprendía era la naturalidad con que los pueblos antiguos aceptaban la esclavitud. Entonces las guerras se libraban con otros criterios, y la economía de la sociedad se asentaba en bases distintas, lo que hacía que, por un lado, hubiera esclavos disponibles y, por otro, que fueran necesarios. Quizá lo que hacía aceptable la idea fuera que todo el mundo estaba expuesto a correr la misma suerte: si tu país perdía una guerra podías verte reducido a la condición de esclavo, una vuelta de la rueda de la fortuna podía hacer de ti amo o esclavo. Nadie se había manifestado en contra del sistema, ni Platón, ni Sócrates lo habían condenado y, si alguien había protestado, lo que hubiera dicho o escrito no había sobrevivido.

Tampoco hoy se hablaba contra la esclavitud, que supiera Brunetti, pero el silencio de hoy obedecía a la creencia de que la esclavitud había dejado de existir. Durante décadas había oído a Paola expresar sus radicales ideas políticas, términos como «salario de esclavitud» y «las cadenas de la economía» ya casi no hacían mella en él, pero ahora le inquietaban estos tópicos, porque lo que le había descrito Linchianko no tenía otro nombre que el de esclavitud.

El torrente de su retórica interior quedó cortado por el persistente zumbido del intercomunicador.

–Sí, señor -dijo oprimiendo el pulsador.

–Quiero hablar con usted -gruñó secamente Patta.

–Ahora mismo bajo.

La *signorina* Elettra ya no estaba en su sitio cuando bajó Brunetti, por lo que el comisario entró directamente en el despacho, ignorando lo que iba a encontrar, por más que las posibilidades eran limitadas, ya que ¿cuántas manifestaciones podía tener el enojo?

Pero hoy Brunetti descubriría que él no era el blanco de las iras de Patta sino el medio por el que éstas debían canalizarse a sus subalternos.

–Se trata de ese sargento suyo -empezó Patta, después de invitar a Brunetti a sentarse.

–¿De Vianello?

–Sí.

–¿Qué se supone que ha hecho? – preguntó Brunetti, sin advertir, hasta después de haber hablado, el escepticismo implícito en su manera de preguntar. A Patta no se le escapó.

–Se supone que ha estado ofensivo con uno de los agentes.

–¿Riverre? – preguntó Brunetti.

–¿Entonces usted estaba al corriente y no ha hecho nada? – preguntó Patta.

–No sé nada. Pero si alguien se merece un rapapolvo es Riverre.

Patta levantó las manos en ademán de irritación.

–He recibido quejas de uno de los oficiales.

–¿El teniente Scarpa? – preguntó Brunetti, sin poder disimular la antipatía que le inspiraba el siciliano, que había venido a Venecia con su jefe, el *vicequestore*, del que era espía, además de asistente.

–No importa quien haya presentado la queja. Lo que importa es que se ha presentado.

–¿Es una queja oficial? – preguntó Brunetti.

–No tiene que ver -dijo Patta con cólera pronta.

Para Patta, todo lo que él no deseaba oír no tenía que ver, aunque fuera cierto y pertinente-. No quiero problemas con los sindicatos, que no transigen con estas cosas.

Brunetti, irritado por esta nueva prueba de la cobardía de Patta, estuvo a punto de preguntar si existía alguna amenaza ante la que él no se doblegara,

pero se contuvo una vez más, para evitar la posible venganza de los imbéciles, y dijo:

—Hablaré con ellos.

—¿Con ellos?

—El teniente Scarpa, el sargento Vianello y el agente Riverre.

Era evidente que Patta iba a protestar, pero desistió, pensando sin duda que, si no había resuelto el problema, por lo menos lo había endosado, y sólo dijo:

—¿Qué hay de Trevisan?

—Estamos trabajando en ello.

—¿Alguna novedad?

—Poca cosa. — Por lo menos, nada que deseara comentar con Patta.

—Está bien, ocúpese de Vianello. Y téngame informado. — Patta fijó su atención en los papeles que tenía delante, lo que para él equivalía a una cortés despedida.

La *signorina* Elettra seguía ausente, y Brunetti bajó a la oficina de Vianello, al que encontró leyendo el *Gazzettino* del día.

—¿Scarpa? — preguntó Brunetti acercándose.

Vianello estrujó el diario y lo aplastó sobre la mesa, con una observación no verificable acerca de la madre del teniente Scarpa.

—¿Qué ha pasado?

Vianello alisaba el periódico con una mano.

—El teniente Scarpa ha entrado mientras yo hablaba a Riverre.

—¿Hablabas a Riverre?

Vianello se encogió de hombros.

—Riverre sabía muy bien lo que yo quería decir, y también sabía que hubiera tenido que darle a usted el nombre de aquella mujer mucho antes. Yo estaba diciéndole eso cuando entró el teniente. No le gustó mi manera de decírselo.

—¿Qué le decía?

Vianello cerró el periódico, lo dobló por la mitad y lo dejó a un lado de la mesa.

—Que era un idiota.

A Brunetti, que estaba de acuerdo, le pareció lógico.

—¿Y él qué dijo?

—¿Riverre?

—No; el teniente.

—Que no podía hablar a mis subordinados de aquel modo.

—¿Dijo algo más?

Vianello no contestó.

—¿Dijo algo más, sargento?

Seguía sin haber respuesta.

—¿Le dijo usted algo a él?

El tono de Vianello era defensivo.

—Le dije que era un asunto entre uno de mis agentes y yo, y que a él no le concernía.

Brunetti sabía que no tenía que perder el tiempo diciendo a Vianello que esto había sido una tontería.

—¿Y Riverre? — preguntó Brunetti.

—Oh, ya ha venido a hablar conmigo y me ha dicho que, por lo que él puede recordar, estábamos hablando de un siciliano. — Vianello se permitió una pequeña sonrisa—. El teniente, según recuerda ahora Riverre, entró en el momento en que yo le decía lo idiota que era el siciliano, y el teniente no lo entendió, porque hablábamos en dialecto, y se imaginó que yo insultaba a Riverre.

—Bien, caso resuelto -dijo Brunetti, aunque le dolía que Scarpa se hubiera quejado de Vianello a Patta. Por si el jefe no tenía ya bastante ojeriza al sargento, sólo porque solía trabajar para Brunetti, ahora se había ganado, además, la antipatía del teniente.

Brunetti dejó el tema, aliviado de no tener que vérselas con Scarpa y preguntó:

—¿Recuerda un camión que este otoño se salió de la carretera en Tarvisio?

—Sí, señor. ¿Por qué?

—¿Podría decirme cuándo ocurrió?

Vianello reflexionó un momento antes de responder:

—El veintiséis de septiembre. Dos días antes de mi cumpleaños. La primera vez que nevó tan pronto allá arriba.

Porque era Vianello quien lo decía, Brunetti no creyó necesario preguntar si estaba seguro de la fecha. Dejó al sargento con su periódico y volvió a su despacho y a las listas del ordenador. El veintiséis de septiembre, a las nueve de la mañana, se había hecho una llamada -con una

duración de tres minutos- desde el despacho de Trevisan al número de Belgrado. Al día siguiente se hizo otra llamada al mismo número pero ésta, desde el teléfono público de la calle de detrás del despacho de Trevisan. La conferencia había durado doce minutos.

El camión se salió de la carretera y la carga se perdió. Sin duda, el comprador querría saber si era su mercancía la que había quedado esparcida por la nieve, y para averiguarlo, nada más práctico que llamar al remitente. Brunetti se estremeció involuntariamente ante la posibilidad de que alguien pensara en aquellas muchachas como un embarque y en su muerte como pérdida de una mercancía.

Buscó la fecha de la muerte de Trevisan. Al día siguiente se habían hecho dos llamadas desde el despacho, las dos, al número de Belgrado. Si las primeras llamadas se hicieron para comunicar la pérdida de la carga, ¿podían éstas significar que, tras la muerte de Trevisan, el negocio pasaba a otras manos?

25

Brunetti repasaba los papeles que se habían acumulado en su mesa durante los dos últimos días. Descubrió que la viuda de Lotto, al ser interrogada, había dicho que la noche en que mataron a su marido ella estaba en el hospital, con su madre, que estaba muriendo de cáncer. Las dos enfermeras de guardia confirmaron que había estado allí toda la noche. La había interrogado Vianello, que, con su acostumbrada meticulosidad, le había preguntado dónde estaba las noches de las muertes de Trevisan y de Favero. La primera estuvo en el hospital y la segunda, en su casa. Pero las dos noches estaba con ella su hermana de Turín, por lo que la *signora* Lotto dejó de ocupar un lugar en la imaginación de Brunetti.

De pronto, se preguntó si Chiara seguiría empeñada en su descabellado propósito de conseguir información de Francesca, y al pensarlo lo invadió una sensación que, si no era asco, se le parecía mucho. Él se había permitido una virtuosa indignación hacia los hombres que prostituían a las adolescentes y no había tenido reparo en convertir a su propia hija en espía. Hasta ahora.

Sonó el teléfono y él lo contestó dando su nombre. Era la voz de Paola, estridente, sin control, llamándolo. Al fondo se oían sonidos desgarrados, más agudos todavía.

—¿Qué ocurre, Paola?

—Guido, ven. Ahora mismo. Es Chiara -gritó Paola para hacerse oír sobre los alaridos que llenaban la casa.

—¿Qué tiene?

—No lo sé, Guido. Estaba en la sala y de repente se ha puesto a gritar. Ahora está en su cuarto, y se ha encerrado con llave. — Él percibió el pánico que vibraba en la voz de Paola, como una corriente submarina que la arrastrara, y ahora también a él.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha lastimado?

—No lo sé. Pero ya la oyes. Está histérica, Guido. Ven, por favor. Ahora mismo.

—Voy -dijo él colgando el teléfono. Agarró la gabardina y salió corriendo del despacho, pensando ya en cuál sería la vía más rápida para llegar a casa. No había ninguna lancha de la policía amarrada al embarcadero frente a la *questura*, y echó a correr hacia la izquierda, con la gabardina ondeando a la espalda. Al doblar por la estrecha calle lateral no sabía si ir por el puente de Rialto o tomar la góndola pública. Tres muchachos caminaban delante de él, cogidos del brazo.

—*Attenti* -gritó al acercarse, infundiendo en la voz una potencia que ahogó todo vestigio de cortesía. Los chicos se dispersaron y Brunetti pasó junto a ellos lanzado. Cuando llegó a *campo* Santa María Formosa le faltaba el aliento y tuvo que reducir la velocidad a un trote vacilante. Cerca de Rialto se atascó en la multitud y, casi sin darse cuenta de lo que hacía, para abrirse paso apartó bruscamente a una turista dándole un empujón a la mochila, y oyó a su espalda una airada protesta en alemán, pero él siguió corriendo.

Salió del paso subterráneo a *campo* San Bartolomeo y cortó hacia la izquierda, decidido a tomar la góndola para evitar el puente, congestionado por el tráfico de media tarde. Afortunadamente, había una góndola en la parada, con dos ancianas de pie en la parte trasera. Él corrió por el embarcadero de madera y saltó a la góndola.

—Vámonos -gritó al *gondoliere* que estaba a popa, apoyado en el remo-. Policía, lléveme al otro lado.

Con naturalidad, como el que hace lo mismo todos los días de la semana, el *gondoliere* de proa se dio impulso con la barandilla de la escalera y la embarcación se deslizó hacia el Gran Canal. El hombre de

popa enderezó el cuerpo y accionó el remo, y la góndola viró hacia la otra orilla. Las ancianas, extranjeras, se abrazaron atemorizadas y se sentaron en el banco de la parte trasera.

—¿Puede dejarme al extremo de la calle Tiepolo? — preguntó Brunetti al hombre que iba delante.

—¿De verdad es policía?

—Sí. — Brunetti le enseñó el carnet.

—De acuerdo. — El *gondoliere* de proa dijo entonces a las mujeres en veneciano-: Tenemos que dar un rodeo, *signore*.

Las mujeres estaban muy asustadas para contestar.

Brunetti iba de pie, ciego a las embarcaciones y a la luz, insensible a todo lo que no fuera la lenta travesía del canal. Por fin, al cabo de lo que parecían horas, llegaron a la calle Tiepolo, y los dos *gondolieri* sostuvieron la embarcación mientras Brunetti trepaba al embarcadero. Puso diez mil liras en la mano del hombre de proa y entró en la calle corriendo.

Brunetti, que en la góndola había recuperado el aliento, corrió hasta su casa y subió a la carrera los tres primeros tramos de la escalera. Al atacar el cuarto jadeaba y sentía las piernas flojas y, en el quinto, oyó abrirse la puerta del apartamento, levantó la cabeza y vio a Paola esperando.

—Paola...

Sin dejarle seguir, ella le gritó desde arriba:

—Estarás contento con lo que te ha traído tu pequeña detective. Estarás contento de ver el mundo al que la empujas con tus preguntas y tus investigaciones. — Estaba colorada, estallando de furor.

Él entró y cerró la puerta mientras Paola se alejaba por el pasillo. La llamó, pero ella se metió en la cocina dando un portazo. Brunetti se acercó a la habitación de Chiara y se paró delante de la puerta. Silencio. Ni sollozos, ni sonidos que indicaran que ella estaba dentro. Él fue entonces a la cocina y llamó a la puerta. Paola la abrió y le taladró con la mirada.

—Explícame qué pasa -dijo él.

Había visto a Paola enfadada muchas veces, pero nunca, como ahora, temblando de ira o de alguna fuerte emoción que no podía definir.

Instintivamente, Brunetti se mantuvo a distancia y, con voz serena, insistió:

—Dime qué ocurre.

Paola apretó los dientes y aspiró el aire a través de ellos. Se le transparentaban los tendones del cuello. Él esperaba.

Cuando por fin ella empezó a hablar, su voz era ahogada, casi no se oía.

—Esta tarde, al llegar, ha dicho que traía una cinta de vídeo que quería ver. Yo estaba trabajando en mi estudio, y le he dicho que la pusiera, pero con el sonido bajo. — Paola lo miró fijamente. Brunetti no dijo nada.

Ella volvió a respirar profundamente y prosiguió:

—Al cabo de un cuarto de hora se ha puesto a gritar. Al salir del estudio la he encontrado en el pasillo, histérica. Ya la has oído. He intentado abrazarla, hablarle, pero no dejaba de gritar. Ahora está en su cuarto.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Que ha traído a casa una cinta de vídeo y la ha puesto.

—¿De dónde la ha sacado?

—Guido -empezó ella, más calmada, pero respirando todavía con fatiga-. Ahora me pesa lo que te he dicho.

—No tiene importancia. ¿De dónde ha sacado la cinta?

—Se la ha dado Francesca.

—¿Trevisan?

—Sí.

—¿Tú la has visto?

Ella asintió.

—¿Qué es?

Esta vez ella movió la cabeza de derecha a izquierda y señaló la sala levantando el brazo en un ademán vago.

—¿Chiara está bien?

—Sí. Hace poco me ha abierto la puerta. Le he dado una aspirina y le he dicho que descanse. Quiere hablar contigo. Pero antes tienes que ver la cinta.

Brunetti asintió y se fue a la sala, donde estaban el televisor y el vídeo.

—¿No será mejor que estés con ella, Paola?

—Sí -dijo Paola y se fue por el pasillo hacia la habitación de Chiara.

En la sala, el televisor y el vídeo estaban conectados. Había puesta una cinta, pasada hasta el final. Él oprimió la tecla de rebobinado y se irguió mientras en la máquina la cinta siseaba como una serpiente. Él no pensaba en nada, concentraba todos sus esfuerzos en alejar de su mente toda especulación.

El leve chasquido del aparato lo sacó de su abstracción. Pulsó la tecla de arranque, se alejó de la pantalla y se sentó en una silla. No había créditos, ni logo, ni sonido. Cuando se apagó la luminiscencia gris apareció en la pantalla una habitación con dos ventanas situadas a mucha altura, tres sillas y una mesa. La iluminación procedía de las ventanas y, al parecer, de una fuente que estaba detrás del que sostenía la cámara, porque era evidente, por la ligera oscilación de la imagen, que se utilizaba una cámara manual.

Llegó un ruido del televisor, y la cámara enfocó una puerta que se abrió y por ella entraron tres mozalbetes que reían y bromeaban dándose empujones. El último se volvió, sacó un brazo por la puerta y metió en la habitación a una mujer. Detrás de ella entraron otros tres hombres.

Los tres primeros tendrían unos quince o dieciséis años, otros dos aparentaban la edad de Brunetti y el último en entrar era un poco más joven que éstos, como de treinta y tantos años. Todos vestían camisa y pantalón de corte militar y calzaban pesadas botas de media caña con cordones.

La mujer aparentaba unos cuarenta años y llevaba falda oscura y jersey. No iba maquillada y tenía el pelo largo y despeinado, como si se le hubiera soltado de un moño o un pañuelo. Aunque la película era en color, no se apreciaba el color de los ojos, sólo que eran oscuros y estaban aterrados.

Brunetti oía hablar a los hombres, pero no entendía sus palabras. Los más jóvenes se rieron de algo que dijo uno de los mayores, pero la mujer se volvió hacia éste, como si no pudiera creer lo que había oído. Con un movimiento maquinal de pudor, cruzó las manos sobre el pecho y bajó la cabeza.

Durante un largo momento, nadie habló ni se movió, hasta que sonó una voz muy cerca de la cámara. Ninguno de los que estaban en la pantalla había hablado, y Brunetti tardó algún tiempo en comprender que era la voz del cámara. Por el tono, debía de ser una orden o una arenga. Cuando el hombre habló, la mujer volvió la cabeza hacia la cámara, pero no miraba el objetivo sino un poco hacia la izquierda, a la persona que la sostenía. Volvió a oírse la voz junto a la cámara, y esta vez los hombres entraron en acción.

Dos de los jóvenes se situaron a cada lado de la mujer y la agarraron por los brazos. El de treinta años se acercó y le dijo algo. Ella movió la cabeza de derecha a izquierda y él la golpeó. No fue una bofetada sino un puñetazo delante del oído. Entonces, tranquilamente, el hombre se sacó un cuchillo del cinturón y le rasgó el jersey de arriba abajo. Ella gritó y él volvió a

golpearla y le arrancó el jersey, dejándola desnuda de cintura para arriba. El hombre rompió una manga del jersey y, cuando ella iba a decir algo o a gritar, se la embutió en la boca.

Entonces el hombre dio una orden a los que sujetaban a la mujer y éstos la pusieron encima de la mesa. Luego hizo una seña a los dos mayores, que la agarraron de los pies aprisionándole las piernas a la mesa. El del cuchillo volvió a usarlo, ahora para cortar la falda del dobladillo a la cintura, y luego la abrió como se abre un libro por las páginas centrales.

El de la cámara volvió a hablar y el del cuchillo se situó al otro lado de la mesa, para no tapar el objetivo con su cuerpo. Dejó el cuchillo al borde de la mesa, se quitó el cinturón y se bajó la cremallera del pantalón. Luego se subió a la mesa, encima de la mujer. Los que la sujetaban por las piernas tuvieron que retirarse un poco, para que él no les golpeará con los pies al penetrarla. Al cabo de unos minutos, el hombre se bajó de la mesa y uno de los jóvenes ocupó su sitio y luego los otros dos.

El sonido era confuso, los hombres gritaban y reían, el de la cámara los azuzaba y, como en un continuo grave, se adivinaban más que oían los quejidos ahogados de la mujer.

Los últimos en abusar de ella fueron los dos hombres de mediana edad. Uno de ellos se paró al lado de la mesa y movió la cabeza negativamente, pero los demás lo abroncaron y entonces también él se subió a la mesa. El último, el más viejo, estaba tan ansioso que echó al otro de un empujón para subirse él.

Cuando los seis hombres hubieron terminado, la cámara se movió por primera vez y se acercó a la mujer. Recorrió lentamente su cuerpo, deteniéndose aquí y allá, donde hubiera sangre y al llegar a la cara se paró. Ella tenía los ojos cerrados, pero la voz que Brunetti atribuía al hombre de la cámara la llamó suavemente, y ella abrió los ojos, a pocos centímetros de la cámara. Tuvo un sobresalto y su cabeza golpeó la mesa con violencia cuando trató en vano de esconderse de la cámara.

El objetivo retrocedió y en la pantalla apareció otra vez el cuerpo de la mujer. Cuando el de la cámara volvió a su posición original dio una orden, y el primer hombre empuñó el cuchillo. El de la cámara habló de nuevo, y el del cuchillo, con la misma indiferencia con que prepararía el pollo para la cena de la noche, pasó la hoja por el cuello de la mujer. Un chorro de sangre le manchó la mano y el brazo, y sus compañeros se rieron al verlo saltar

hacia atrás con una expresión estúpida. Todavía se reían mientras la cámara hacía un último recorrido del cuerpo. Ahora ya no tenía que detenerse, ahora en todas partes había sangre. La pantalla se oscureció.

La cinta seguía pasando, pero sólo emitía una leve vibración. También se oía un zumbido sordo que Brunetti, después de un momento de confusión, descubrió que salía de su propia garganta. Enmudeció y trató de levantarse, pero no podía separar sus manos agarrotadas del borde del asiento. Se las miró, fascinado, tratando de relajar los dedos. Al fin lo consiguió y se puso de pie.

Había reconocido suficientes palabras como para saber que aquellos hombres hablaban serbocroata. Hacía varios meses había leído en el *Corriere della Sera* un pequeño artículo sobre estas cintas, grabadas en las trampas mortales en que se habían convertido las ciudades de Bosnia, que luego eran reproducidas y vendidas en el exterior. En aquel entonces había preferido no dar crédito a lo que leía, porque, a pesar de lo que había visto durante las últimas décadas, no podía -o no quería- admitir que sus semejantes fueran capaces de tanta abyección. Y ahora, al igual que santo Tomás, había hundido la mano en la herida y no tenía más remedio que creer.

Apagó el televisor y el vídeo y fue a la habitación de Chiara. La puerta estaba abierta y entró sin llamar. Chiara, en la cama, recostada en los almohadones, tenía un brazo alrededor de Paola, que estaba sentada en el borde del colchón y apretaba con el otro un perro de trapo, mordido y deteriorado, que tenía desde los seis años.

–*Ciao, papà*-le dijo. Lo miraba pero no sonreía.

–*Ciao, angelo*. -Él se paró al lado de la cama-. Siento mucho que hayas visto eso. – Palabras estúpidas que le hacían sentirse estúpido.

Chiara lo miró fijamente, buscando un reproche en su tono, pero no lo había; sólo un hondo remordimiento que ella era muy joven para detectar.

–¿La mataron de verdad, papá? – preguntó, destruyendo la esperanza de Brunetti, de que ella hubiera huido antes del final.

–Eso temo, Chiara.

–¿Por qué? – Había en su voz tanta confusión como horror.

Él buscó una respuesta. Trató de invocar pensamientos nobles, de encontrar la manera de convencer a su hija de que, a pesar de la maldad que

había presenciado, en el mundo, esas cosas son la excepción, de que la Humanidad, por instinto, es buena.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué tenían que hacerle eso?

—No lo sé, Chiara.

—Pero ¿la mataron de verdad? —preguntó.

—No hables más de eso -la interrumpió Paola, abrazándola más estrechamente y besándola en la sien.

Chiara insistió:

—¿La mataron?

—Sí, Chiara.

—¿Murió de verdad?

Paola lo miraba tratando de silenciarlo con los ojos, pero él respondió:

—Sí, Chiara, murió.

Chiara se puso el maltratado perro en el regazo y lo miró fijamente.

—¿Quién te ha dado la cinta, Chiara? —preguntó él.

Ella tiró al perro de una oreja, pero suavemente, recordando que era la que estaba rota.

—Francesca -dijo al fin-. Me la ha dado esta mañana antes de clase.

—¿Te ha dicho algo?

Ella puso al perro erguido sobre las patas traseras. Tardó en contestar.

—Ha dicho que había oído que yo hacía preguntas acerca de ella por lo que le pasó a su padre. Piensa que lo hacía para ayudarte, porque eres policía. Y me ha dicho que, si quería saber por qué alguien podía querer matar a su padre, que mirara la cinta. —Movía al perro hacia uno y otro lado, como si caminara hacia ella.

—¿Ha dicho algo más, Chiara?

—Nada más, papá.

—¿Sabes de dónde ha sacado la cinta?

—No. Sólo ha dicho que demostraba por qué alguien había querido matar a su padre. Pero ¿qué tenía que ver con eso el padre de Francesca?

—No lo sé.

Paola se levantó con un movimiento tan brusco que hizo caer al suelo al perro. Se agachó a recogerlo y se quedó con el maltrecho muñeco en la mano, oprimiéndolo como si quisiera ahogarlo. Después, muy despacio, se inclinó, lo dejó en el regazo de Chiara, acarició el pelo a su hija y salió de la habitación.

–¿Quiénes eran esos hombres, papá?

–Supongo que serbios, pero no estoy seguro. Alguien que conozca el idioma tendrá que escuchar la cinta y entonces lo sabremos.

–¿Qué vas a hacer, papá? ¿Los enviarás a la cárcel?

–No lo sé, tesoro. No será fácil encontrarlos.

–Pero tendrían que ir a la cárcel, ¿no?

–Sí.

–¿Qué crees que habrá querido decir Francesca con eso de su padre? – Se le ocurrió una posibilidad y preguntó-: No era él el que tenía la cámara, ¿verdad?

–No; seguro que no.

–Entonces ¿qué ha querido decir?

–No lo sé. Eso es lo que habrá que averiguar. – Observó cómo su hija trataba de atar las orejas al perro-. ¿Chiara?

–¿Sí, papá? – Ella lo miró, segura de que ahora él diría algo que lo explicaría todo, lo arreglaría todo y entonces sería como si aquello no hubiera ocurrido.

–Me parece que vale más que no vuelvas a hablar con Francesca.

–¿Ni haga más preguntas?

–Ni hagas más preguntas.

Ella asimiló esto y preguntó vacilando:

–¿No estás enfadado conmigo, verdad?

Brunetti se agachó junto a la cama.

–No estoy enfadado contigo. – No estaba seguro de poder controlar la voz y tuvo que hacer una pausa antes de decir, señalando al perro-: Ten cuidado, no le arranques las orejas a *Bark*.

–Es un perro muy feo, ¿no te parece? – dijo Chiara-. Mira, se le cae el pelo.

Brunetti frotó el hocico del perro con la yema del dedo.

–Es que a los perros no se les muerde, Chiara.

Ella sonrió y saltó de la cama.

–Me parece que será mejor que haga los deberes.

–De acuerdo. Yo voy a hablar con tu madre.

–Papá -dijo Chiara cuando él iba hacia la puerta.

–¿Hmm?

–¿Mamá tampoco está enfadada conmigo?

—Chiara -dijo él con una voz no muy firme-: Tú eres nuestro mayor tesoro. — Antes de que su hija pudiera responder, agregó, con voz más grave-: Ahora haz los deberes. — Brunetti esperó a verla sonreír antes de salir de la habitación.

Paola estaba vuelta hacia el fregadero escurriendo la lechuga. Al oírle entrar se volvió y le dijo:

—Aunque se hunda el mundo, la cena no se perdona. — Él observó con alivio que su mujer sonreía-. ¿Chiara está bien?

Brunetti encogió los hombros.

—Hace los deberes. Cómo está, no lo sé. ¿Tú qué crees? La conoces mejor que yo.

Ella soltó la manivela de la centrifugadora y lo miró. Cuando se apagó el zumbido del aparato preguntó:

—¿Lo crees realmente?

—¿Creo qué?

—Que yo la conozco mejor que tú.

—Eres su madre -dijo Brunetti, como si esto lo explicara todo.

—Guido, a veces me parece que vives en las nubes. Si tú fueras una moneda, Chiara sería la otra cara.

Al oírle decir esto, él sintió un cansancio inexplicable. Se sentó a la mesa.

—Quién sabe. Es joven. Quizá lo olvide.

—¿Lo olvidarás tú? — preguntó Paola, sentándose frente a él.

Brunetti movió la cabeza negativamente.

—Olvidaré detalles de la película, pero nunca se me olvidará que la he visto ni lo que significa.

—Lo que no entiendo -empezó Paola- es por qué tiene alguien que desear ver eso. Es obsceno. — Se interrumpió y luego agregó, con sorpresa en la voz, al oírse a sí misma utilizar la expresión-. Es la maldad. Eso es lo más terrible. Me da la impresión de que he mirado por una ventana y he visto la maldad humana al desnudo. — Al cabo de un momento preguntó-: Guido, ¿cómo pueden hacer esas cosas esos hombres? ¿Cómo pueden hacer eso y seguir considerándose humanos?

Brunetti nunca tenía respuesta para lo que él consideraba las Grandes Preguntas. En lugar de intentar contestar preguntó a su vez:

—¿Y el cámara, y los que pagan por verlo?

—¿Pagan? — preguntó Paola-. ¿Pagan?

Brunetti asintió.

—Son cintas de vídeo que se graban para la venta. Los americanos los llaman *snuff movies*. Matan de verdad a la gente. Lo he leído. La Interpol envió un informe hace varios meses. Encontraron unas cuantas en Estados Unidos, en Los Ángeles, me parece. En unos estudios de cine. Allí hacían copias y las vendían.

—¿De dónde proceden? — preguntó Paola, ya más horrorizada que asombrada.

—Ya has visto a los hombres, los uniformes. Me ha parecido que hablaban en serbocroata.

—Que Dios nos valga -susurró Paola-. Esa pobre mujer. — Se tapó la boca con una mano-. Guido, Guido.

Él se levantó.

—Tengo que hablar con la madre.

—¿Ella estaba enterada?

Brunetti no lo sabía, sólo sabía que ya estaba harto, harto hasta la náusea, de la *signora* Trevisan, de su mal disimulado desdén y de sus protestas de ignorancia. Puesto que Francesca había dado la cinta a Chiara, era evidente que la hija distinguía la realidad de la ficción con más claridad que la madre. Al pensar que la niña sabía lo que había en la cinta y comprender que tendría que interrogarla, Brunetti sintió horror; pero le bastó evocar la mirada de aquella pobre mujer cuando abrió los ojos y vio el objetivo de la cámara fijo en ella para comprender que estaba dispuesto a acosar a madre e hija sin descanso hasta descubrir lo que sabían.

26

La *signora* Trevisan retrocedió ante Brunetti nada más abrir la puerta, al sentir la terrible acusación de sus ojos. Él entró en el apartamento y cerró la puerta con fuerza, observando casi con satisfacción cómo se estremecía ella al oír el golpe seco.

—Basta ya -dijo Brunetti-. Basta de evasivas, basta de embustes sobre lo que sabía y lo que no sabía usted.

—No sé de qué me habla -dijo ella alzando la voz con una falsa cólera que no disimulaba el miedo-. Ya le he dicho...

–Lo que usted me ha dicho no son más que mentiras -dijo Brunetti, dejando crecer su cólera-. Basta de mentiras o los llevaré a usted y su amante a la *questura* y haré que Delitos Monetarios examinen todas y cada una de las transacciones que han hecho durante los diez últimos años. – Él avanzó un paso y la mujer volvió a retroceder, levantando una mano en actitud defensiva.

–Es que no sé... -empezó, pero Brunetti la atajó levantando una mano con tanta ferocidad que consiguió asustarse hasta a sí mismo.

–Ni intente mentirme. Mi hija ha visto la cinta, la cinta de Bosnia. – Él levantó la voz para ahogar las protestas que ella parecía querer oponer-. Mi hija tiene catorce años y ha visto la cinta. – La mujer andaba de espaldas por el pasillo y él la seguía-. Usted me dirá todo lo que sepa, pero ni una mentira más, o lo lamentará hasta el fin de sus días.

Ella lo miraba y en sus ojos había tanto terror como en los de la mujer de la cinta, pero esta similitud no lo ablandó.

Lo que entonces se abrió a la espalda de la mujer no eran las fauces del infierno sino algo tan prosaico como una puerta, por la que asomó la cabeza su hija.

–¿Qué ocurre, mamá? – preguntó Francesca. Miró a Brunetti, lo reconoció, pero no dijo nada.

–Vuelve a tu habitación, Francesca -dijo la mujer, sorprendiendo a Brunetti por el tono frío de su voz-. El comisario Brunetti tiene que hacerme unas preguntas.

–¿Sobre papá y *zio* Ubaldo? – preguntó la muchacha, sin disimular el interés.

–Te he dicho que tengo que hablar con él, Francesca.

–Claro que hablarás -dijo su hija, cerrando suavemente la puerta de su habitación.

Con el mismo tono de voz sereno, la *signora* Trevisan dijo:

–Está bien -y fue hacia la habitación en la que habían tenido lugar las entrevistas anteriores.

Ella se sentó, pero Brunetti se quedó de pie. Mientras la mujer hablaba, él hacía oscilar el peso del cuerpo de uno a otro pie o se paseaba a pasos cortos, muy excitado para quedarse quieto.

–¿Qué quiere saber? – preguntó ella en cuanto se hubo sentado.

–Las cintas.

–Las graban en Bosnia. En Sarajevo, creo.

–Eso ya lo sé.

–Entonces, ¿qué más puedo decirle? – preguntó ella con ignorancia mal fingida.

–Se lo advierto, señora -dijo él parándose un momento-, si no me dice lo que quiero saber la destruiré. – Observó el efecto de su tono-. Las cintas. Hable.

Ahora ella consiguió imprimir en su voz el tono de la anfitriona cuya paciencia ha sido puesta a prueba por un invitado pesado.

–Las graban allí, y las envían a Francia o a Estados Unidos, donde hacen las copias que luego se venden.

–¿Dónde?

–En tiendas. O por correo. Hay listas.

–¿Quién tiene las listas?

–Los distribuidores.

–¿Quiénes son?

–No sé los nombres. Los originales son enviados a apartados de Correos de Marsella y de Los Ángeles.

–¿Quién graba los originales?

–Un hombre de Sarajevo. Me parece que trabaja para el ejército serbio, pero no estoy segura.

–¿Lo conocía su marido? – Vio que ella iba a contestar y añadió:- Quiero la verdad.

–Sí, lo conocía.

–¿De quién fue la idea de grabar estas cintas?

–No lo sé. Creo que Carlo vio una. Le gustaban esas cosas. Y luego se le ocurrió la idea de distribuirlas. Ya distribuía otras cosas por correo y a través de tiendas de Alemania.

–¿Qué cosas?

–Revistas.

–¿Qué clase de revistas?

–Pornográficas.

–Señora, en todos los quioscos de la ciudad hay revistas pornográficas. ¿Qué clase de pornografía?

La voz de la mujer era ahora tan baja que Brunetti tuvo que inclinarse para oírla.

–Niños -dijo ella, nada más. Una sola palabra.

Brunetti callaba, esperando que ella continuara.

–Carlo decía que eso no era ilegal. – Brunetti tardó unos segundos en darse cuenta de que ella hablaba en serio.

–¿Cómo consiguió su hija esa cinta?

–Carlo guardaba los originales en su estudio. Le gustaba verlos antes de enviarlos. – Con voz áspera dijo-: Supongo que ella entró y se llevó una. Eso no hubiera ocurrido en vida de Carlo.

Brunetti nunca se permitiría interferir en el dolor de una viuda, por lo que insistió en su tema:

–¿Cuántas cintas se han grabado?

–Oh, no sé. Una docena, quizá veinte.

–¿Todas de lo mismo?

–Lo ignoro. No sé qué es «lo mismo».

–Cintas en las que se graba la violación y el asesinato de mujeres.

Ella le lanzó una mirada de reproche por atreverse a hablar de cosas tan feas.

–Creo que sí.

–¿Lo cree o lo sabe?

–Digamos que lo sé.

–¿Quién más estaba involucrado?

Su respuesta fue inmediata.

–Yo no estaba involucrada.

–Aparte de su marido y su hermano, ¿quién más?

–Me parece que ese hombre de Padua.

–¿Favero?

–Sí.

–¿Quién más?

–Con las cintas, nadie más, que yo sepa.

–Y con lo otro, las prostitutas, ¿quién más?

–Me parece que había una mujer. No sé quién es, pero Carlo la utilizaba para colocar a las chicas nuevas. – Brunetti observó con qué naturalidad respondía ella a su pregunta sobre las prostitutas, «las chicas», con lo que reconocía estar al corriente del tráfico de prostitutas de su marido.

–¿De dónde?

–De todas partes. No sé.

—¿Quién era esa mujer?

—No lo sé. Hablaban muy poco de ella.

—¿Qué decían?

—Nada, nada.

—¿Qué decían de ella?

—No recuerdo, Ubaldo dijo algo una vez, pero de verdad que no lo recuerdo.

—¿Qué dijo?

—La llamó «la esclava», pero no sé qué quería decir.

Brunetti comprendió enseguida lo que Ubaldo quería decir.

—¿Era esclava?

Ella bajó la voz y desvió la mirada antes de contestar:

—Creo que sí.

—¿Quién es? ¿Dónde vive?

Él observó cómo la mujer sopesaba las preguntas antes de contestar, cómo trataba de prever los inconvenientes que una respuesta sincera podía acarrearle. Él se volvió de espaldas, dio dos pasos, giró otra vez sobre los talones y se encaró con ella.

—¿Dónde?

—Creo que vive aquí.

—¿En Venecia?

—Sí.

—¿Qué más sabe?

—Trabaja.

—La mayoría de la gente trabaja, señora. ¿Qué hace ella?

—Se encarga... se encargaba de los billetes de avión de Ubaldo y de Carlo.

—¿La *signora* Ceroni? —preguntó, sorprendiendo con la pregunta a la *signora* Trevisan.

—Creo que sí.

—¿Qué más hacía?

—No lo sé -dijo y, antes de que él pudiera acercársele, agregó-: De verdad que no lo sé. Les oí hablar por teléfono con ella varias veces.

—¿Hablaban de billetes de avión?

—No; de otras cosas. Chicas. Dinero.

—¿Usted la conoce?

—No la he visto nunca.

—¿Les oyó mencionarla cuando hablaban de las cintas?

—En realidad, nunca hablaban de las cintas. Si acaso, veladamente, yo sólo podía sospechar a qué se referían.

Él no se molestó en discutir; estaba seguro de que aquélla sería la verdad sobre la que ella construiría su futuro: una cosa es sospechar y otra, saber, y el que no sabe no tiene culpa, no es responsable de lo que ocurre. Esto estaba claro a los ojos de Brunetti y le repugnaba tanto aquella actitud que se sintió incapaz de seguir ni un minuto más en la misma habitación que aquella mujer. Tampoco tenía fuerzas para hablar con la muchacha, y se fue del apartamento, dejándolas a las dos entregadas a la tarea de hacerse un futuro a la medida.

La oscuridad y el frío que recibieron a Brunetti en la calle tuvieron la virtud de calmarlo. Miró el reloj y vio que eran más de las nueve. Debería tener hambre y sed, pero la indignación le había saturado.

No recordaba la dirección particular de la *signora* Ceroni, aparte de que estaba en San Vio y que, al verla, él se preguntó si estaría cerca de la iglesia de La Salute. La buscó en la guía telefónica de un bar, y tomó el barco 1 hasta la parada de Salute, en el Gran Canal. La casa estaba no ya cerca de la iglesia sino frente a su fachada lateral, separada de ella sólo por un estrecho canal. Vio el nombre al lado del timbre, lo oprimió y, al cabo de un minuto, una voz de mujer preguntó quién era. Él dio su nombre, no hubo más preguntas y la puerta se abrió con un zumbido.

Él no se fijó en la portería, en la escalera ni en la manera en que ella lo saludaba en la puerta. Lo llevó a una sala de estar grande, con una de las paredes cubierta de libros y una suave iluminación indirecta, de lámparas escondidas en las vigas que cruzaban el techo. Nada de esto interesaba a Brunetti. Ni el atractivo de la mujer, ni la discreta elegancia de su traje.

—No me dijo que conocía a Carlo Trevisan -dijo él cuando estuvieron sentados frente a frente.

—Le dije que era cliente mío. — A medida que él se esforzaba en calmarse empezaba a fijarse en ella, el vestido beige, la cuidada melena, las hebillas plateadas de los zapatos.

—No me refiero a si le compraba los billetes de avión -dijo Brunetti sacudiendo la cabeza con cansancio-, sino a que usted tenía negocios con él, que trabajaba para él.

Ella levantó el mentón y, con la boca entreabierta, miró fijamente un rincón de la habitación, como si él le hubiera pedido que tomara una decisión difícil. Después de una pausa que pareció muy larga dijo:

—Ya le dije la última vez que hablamos que no quiero verme involucrada con las autoridades.

—Yo le dije que ya lo está.

—Eso parece -dijo ella sin humor.

—¿Qué trabajo hacía usted para el *signor* Trevisan?

—Si sabe que trabajaba para él, probablemente ya tenga la respuesta.

—Conteste la pregunta, *signora* Ceroni.

—Recaudaba dinero.

—¿Qué dinero?

—El que le pagaban varios hombres.

—¿Dinero de prostitutas?

—Sí.

—¿No sabe que vivir del producto de la prostitución es ilegal?

—Naturalmente que lo sé -dijo ella ásperamente.

—¿Y sin embargo lo hacía?

—¿No acabo de decírselo?

—¿Qué otros trabajos le encargaba él?

—No sé por qué tendría yo que facilitarle la tarea, comisario.

—¿Tenía algo que ver con las cintas?

Si la hubiera abofeteado, no hubiera sido más violenta su reacción. Se levantó a medias de la butaca como movida por un resorte, pero entonces, recordando dónde estaba y con quién, volvió a sentarse. Mientras la miraba, Brunetti hacía mentalmente la lista de todo lo que debía hacer: localizar a su médico y averiguar si alguna vez le había recetado Rohipnol, enseñar su foto a las personas que viajaban en el tren de Trevisan, por si podían reconocerla; comprobar las llamadas telefónicas de su despacho y de su domicilio, enviar el nombre, foto y huellas dactilares a la Interpol, repasar los cargos de la tarjeta de crédito, para descubrir si había alquilado un coche y, por lo tanto, sabía conducir. En suma, todo lo que hubiera debido hacerse en el momento en que descubrió de quién eran las gafas.

—¿Tenía usted algo que ver con las cintas? — repitió él.

—¿Sabe lo de las cintas? — Y, comprendiendo que la pregunta era superflua, agregó: — ¿Cómo las han descubierto?

—Mi hija vio una. Se la dio la hija de Trevisan, diciendo que eso podía explicar por qué alguien podía querer matar a su padre.

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Catorce.

—Lo siento -dijo la mujer mirándose las manos-. Lo siento mucho.

—¿Usted sabe lo que hay en esas cintas?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Sí.

Él no hizo nada por disimular el asco de su voz.

—¿Y ayudaba a Trevisan a venderlas?

—Comisario -dijo ella poniéndose en pie-. No voy a decir nada más. Si tiene más preguntas, hágamelas en la *questura*, delante de mi abogado.

—Usted los mató, ¿verdad? — dijo él sin pensarlo.

—Perdone, pero no sé de qué me habla -dijo ella-. Y, si no tiene más preguntas, le deseo buenas noches.

—¿La mujer del gorro de piel que iba en el tren era usted?

Ella ya iba hacia la puerta cuando, al oír la pregunta, vaciló y tuvo que apoyarse pesadamente en el pie izquierdo, pero enseguida se rehízo y siguió andando. Abrió la puerta y la sostuvo para que él saliera.

—Buenas noches, comisario.

Brunetti se paró en el umbral a mirarla, pero ella sostuvo su mirada con fría serenidad. Él se fue sin decir nada.

El comisario se alejó del edificio sin volverse a mirar hacia donde suponía que estaban las ventanas de la Ceroni. Cruzó el puente y se metió por la primera calle. Allí se paró y, no por primera vez, pensó en lo útil que le sería un teléfono móvil. Hizo memoria hasta que apareció ante sus ojos el plano de la ciudad que todo veneciano lleva impreso en la mente. Entonces comprendió que tenía que bajar hasta la segunda calle y luego torcer a la izquierda, por una calle estrecha que discurría por detrás de la casa, para situarse donde deseaba: a un extremo de la calle en la que ella vivía, desde donde dominaría el portal.

Allí llevaba Brunetti más de dos horas, apoyado en la pared, cuando ella salió del edificio. Miró en todas las direcciones, pero él estaba oculto en la oscuridad. Ella se fue entonces hacia la derecha y él la siguió, contento de llevar los zapatos marrones, que tenían suela y tacón de goma y no hacían ruido. Los pasos de ella, por el contrario, estaban marcados por el repique

sonoro de sus tacones altos, un rastro tan fácil de seguir como una estela luminosa.

A los pocos minutos, él advirtió que la mujer iba en dirección a la estación del ferrocarril o a *piazzale* Roma, por calles interiores, lejos de los *vaporetti* del Gran Canal. En *campo* Santa Margherita cortó hacia la izquierda, en dirección a *piazzale* Roma y los autobuses que iban al continente.

Brunetti se mantenía tan alejado como le era posible, sin perder su sonido. Eran más de las once, había poca gente en las calles y casi ningún ruido ahogaba su taconeo firme y decidido.

Al salir a *piazzale* Roma, la mujer lo desconcertó porque, en lugar de dirigirse hacia las paradas de autobuses, cruzó al otro lado de la plaza, subió las escaleras del gran parking municipal y desapareció por la ancha puerta abierta. Brunetti cruzó corriendo la *piazzale* pero se detuvo en la puerta, mirando hacia el oscuro interior.

Dentro de la garita, situada a la derecha de la puerta, había un vigilante, que levantó la mirada al acercarse Brunetti.

—¿Ha entrado una mujer con abrigo gris?

—¿Quién se cree que es, un policía? — preguntó el hombre, lanzando una mirada a la revista que tenía abierta ante sí.

Brunetti sacó la cartera del bolsillo, extrajo su credencial y la dejó caer en la página de la revista.

—¿Ha entrado una mujer con abrigo gris?

—La *signora* Ceroni -dijo el vigilante, devolviendo a Brunetti el documento.

—¿Dónde guarda el coche?

—Planta cuatro. Bajaré enseguida.

El sonido de un motor que llegaba de la rampa circular de acceso a las plantas superiores del parking corroboró sus palabras. Brunetti se apartó de la garita y fue hacia la puerta que daba a la carretera del continente. Se situó en el centro del vano y se quedó quieto, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo.

El coche, un Mercedes blanco, bajó por la rampa y giró hacia la puerta. Los faros iluminaron de lleno a Brunetti, deslumbrándolo y obligándole a entornar los párpados.

–Eh, ¿qué hace? – gritó el vigilante, bajando del taburete y saliendo de la cabina. Dio un paso hacia Brunetti, pero en aquel momento sonó el claxon del coche, con un estrépito ensordecedor en aquel local cerrado, y el vigilante saltó hacia atrás, chocando contra el marco de la puerta. Vio cómo el coche recorría los últimos diez metros hasta donde estaba el policía. El vigilante volvió a gritar, pero el otro no se movió. El vigilante se dijo que debía darse prisa para sacar de allí al policía, pero era incapaz de moverse.

Volvió a sonar el claxon, y el vigilante cerró los ojos. Un áspero chirrido de frenos le hizo abrirlos y vio cómo el coche derrapaba en el suelo grasiento al tratar de sortear al policía, que no se había movido. El Mercedes rozó un Peugeot grande aparcado en la plaza diecisiete, viró bruscamente hacia la puerta y paró a menos de un metro del policía. El vigilante vio entonces cómo éste abría la puerta delantera derecha, decía unas palabras y, un par de segundos después, subía al coche. El Mercedes salió a la calle con una arrancada brusca y torció hacia la izquierda, camino del puente. Y al vigilante no se le ocurrió nada mejor que llamar a la policía.

27

Cuando entraban en el puente, en dirección a las luces de Mestre y Marghera, Brunetti se volvió a mirar el perfil de la *signora* Ceroni, pero ella no se dio por enterada de su movimiento y mantuvo la mirada al frente, y él entonces giró la cabeza hacia la derecha, donde se distinguía el faro de Murano y, más lejos, las luces de Burano.

–Una noche clara -comentó-. Me parece que se ve hasta Torcello, allá al fondo.

Ella pisó el acelerador y al poco circulaban a más velocidad que cualquiera de los otros coches del puente.

–Un golpe de volante a la derecha, y al agua -dijo ella.

–Seguramente -respondió Brunetti.

Ella levantó el pie del pedal y el Mercedes perdió velocidad. Por la izquierda les adelantó un coche como una exhalación.

–Cuando vino usted a la agencia comprendí que volveríamos a vernos, que era sólo cuestión de tiempo. Debí marcharme entonces.

–¿Adónde hubiera ido?

–A Suiza y, desde allí, a Brasil.

—¿Por los contactos que tiene en ese país?

—No hubiera podido utilizarlos, ¿no lo comprende?

Brunetti pensó un momento antes de responder.

—Dadas las circunstancias, imagino que no. ¿Por qué a Brasil entonces?

—Tengo dinero allí.

—¿Y en Suiza?

—Por supuesto. Todo el mundo tiene dinero en Suiza -dijo ella secamente.

Brunetti, que no lo tenía, comprendió lo que ella quería decir, y contestó:

—Por supuesto. ¿Y no hubiera podido quedarse allí?

—No; es preferible Brasil.

—Imagino que sí. Pero ahora ya no podrá ir.

Ella no dijo nada.

—¿Quiere hablar de eso? No estamos en la *questura* ni tiene usted a su abogado, ya lo sé, pero me gustaría saber por qué.

—¿Lo pregunta el policía o sólo usted?

Él suspiró.

—Me parece que ya no puede haber diferencia entre uno y otro.

Ella lo miró entonces, no por las palabras sino por el suspiro.

—¿Qué me pasará? — preguntó ella.

—Depende de... -empezó él, pensando que dependería de cuáles hubieran sido sus motivos. Pero entonces recordó que los muertos eran tres. Los motivos importarían muy poco a los jueces, con tres asesinatos, cometidos, al parecer, a sangre fría-. No lo sé, pero no lo tiene fácil.

—No me importa -dijo ella, y a Brunetti le sorprendió la ligereza del tono.

—¿Por qué?

—Porque se lo merecían, los tres.

Brunetti fue a decir que nadie merece morir, pero recordó la cinta y calló.

—Cuenta -dijo él.

—¿Ya sabe que trabajaba para ellos?

—Sí.

—No; no que trabajara para ellos ahora sino hace años, desde que llegué a Italia.

—¿Para Trevisan y Favero? —preguntó él.

—No precisamente para ellos sino para hombres como ellos, los que dirigían el negocio antes de que lo comprara Trevisan.

—¿Trevisan lo compró? —preguntó Brunetti con extrañeza, sorprendido de oírle hablar de aquello como de un almacén.

—Sí. No sé cómo fue, sólo que un día los que llevaban el negocio se marcharon y Trevisan era el nuevo jefe.

—¿Y usted era...?

—Yo era lo que ustedes llamarían *middle management*. -Usó el término inglés con marcada ironía.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que ya no tenía que hacer la calle. — Lo miró de soslayo, para ver su reacción, pero la mirada que le dirigió Brunetti era tan serena como su voz al preguntar:

—¿Cuánto tiempo hizo eso?

—¿Trabajar de prostituta?

—Sí.

—Vine a Italia de prostituta -dijo, y luego rectificó-: No; no es cierto. Vine a Italia enamorada de un italiano, mi primer amante, que me prometió el mundo, si dejaba mi casa y lo seguía. Yo lo seguí, pero él no me dio el mundo.

»Como le dije, soy de Mostar. Eso quiere decir de familia musulmana. Aunque ninguno de nosotros había puesto los pies en una mezquita. Excepto un tío mío, pero todo el mundo decía que estaba loco. Hasta fui a un colegio de monjas. Mi familia decía que las monjas enseñan muy bien, así que durante doce años estudié en colegios católicos.

Él observó que circulaban por la orilla derecha del canal que discurre entre Venecia y Padua, la vía de los palacetes palladianos. En el momento en que reconoció el lugar distinguió, al otro lado del canal, al claro de luna, la pálida silueta de una de las villas, con una única luz encendida en una de las ventanas superiores.

—Le ahorraré la historia, es lo de siempre. Me enamoré, vine a Italia y, antes de un mes, estaba haciendo la calle. Sin pasaporte y sin saber italiano; pero en las monjas había hecho seis cursos de latín, me sabía todos los rezos, y me fue fácil aprenderlo. También aprendí muy pronto lo que tenía

que hacer para prosperar. Siempre he sido ambiciosa, y no veía por qué no iba a poder salir adelante en esto.

—¿Qué hizo?

—Yo era muy buena en mi trabajo. Me mantenía limpia y ayudaba al hombre que nos controlaba.

—¿De qué manera lo ayudaba?

—Le informaba sobre las otras. Dos veces denuncié a chicas que querían escapar.

—¿Qué les pasó?

—Les pegaron, creo que a una le rompieron varios dedos. Nada grave. Casi nunca te hacían tanto daño como para que tuvieras que dejar el trabajo. Era malo para el negocio.

—¿De qué otro modo le ayudaba?

—Le daba nombres de clientes. Creo que a algunos les hacían chantaje. Yo enseguida distinguía a los nerviosos y les hacía hablar, y al final siempre salía a relucir la mujer. Si el tipo prometía, le sacaba el nombre y la dirección. Era fácil. Los hombres son débiles. Les pierde la vanidad.

Después de unos segundos de silencio, Brunetti preguntó:

—¿Y después?

—Después me quitaron de la calle. Comprendieron que podría serles mucho más útil en mi *managerial capacity*. -Volvió a utilizar los términos ingleses, casi sin acento, pasando de un idioma al otro con la misma facilidad con que una foca entra y sale del agua.

—¿Qué hacía en su *managerial capacity*?-preguntó él con una pronunciación no menos correcta.

—Hablabas a las nuevas, les explicabas las cosas y les aconsejaba que hicieran lo que se les ordenara. — Entonces agregó, con aparente incongruencia-: Aprendí español rápidamente, y eso me ayudó.

—¿Ganaba dinero?

—A medida que iba ascendiendo en la organización, sí. En dos años había ahorrado lo suficiente para comprar la agencia de viajes.

—¿Pero seguía trabajando para ellos?

Ella lo miró antes de decir:

—Una vez empiezas a trabajar para ellos, ya no puedes dejarlo. — Paró en un semáforo pero no se volvió hacia él. Se quedó mirando al frente, con las manos quietas en el volante.

—¿No le importaba hacer eso?

Ella encogió los hombros y, cuando cambió la luz, arrancó.

—El negocio crecía con rapidez. Cada año, cada mes, llegaban más chicas. Las introducíamos...

—¿Para eso servía la agencia de viajes? — la interrumpió él.

—Sí. Pero después ya casi no hacía falta importarlas, porque no paraban de venir, y cada vez más, del norte de África y del este de Europa. De manera que hicimos reajustes en la organización. Simplemente, las recogíamos cuando ya estaban aquí. Eso reducía mucho los gastos. Y era fácil conseguir que entregaran el pasaporte. Eso, las que tenían pasaporte. — Aquí su tono se hizo remilgado, casi pedante—. Es asombroso lo fácil que resulta entrar en este país. Y quedarse.

A mano derecha apareció otra villa, pero Brunetti casi ni la miró.

—¿Y las cintas? — le recordó.

—Ah, sí, las cintas —dijo ella—. Hacía meses que yo sabía que existían cuando por fin las vi. Es decir, estaba enterada de su existencia, sabía que de Bosnia se enviaban cintas, pero no qué había en ellas. Trevisan, Favero y Lotto estaban entusiasmados, por los beneficios que preveían. No tenían más que pagar unos miles de liras por una cinta virgen para hacer la copia que luego vendían en América por veinte o treinta veces más de lo que les había costado la cinta. Al principio se limitaban a vender las cintas originales. Creo que sacaban por ellas unos millones de liras, pero luego decidieron encargarse ellos mismos de la distribución, porque eso, decían, era lo más rentable.

»Fue Trevisan quien me pidió sugerencias. Ellos sabían que tengo buena disposición para los negocios y me consultaron. Yo les dije exactamente lo que pensaba: que antes de hacer recomendaciones tenía que ver las cintas. En aquel momento, yo las veía como una simple mercancía y todo el asunto era para mí un proceso de comercialización. — Lo miró rápidamente—. En estos términos me lo planteaba: comercialización de un producto. — Suspiró.

»Trevisan habló con los otros dos, y acordaron dejarme ver unas cuantas cintas. Pero insistieron en que las viera con ellos, porque no se fiaban de mí, no dejaban a nadie los originales; representaban mucho dinero.

—¿Y usted las vio? — preguntó Brunetti, en vista de que ella había enmudecido.

—Oh, sí, las vi. Vi tres.

—¿Dónde?

—En el apartamento de Lotto. Era el único que no tenía a la esposa en casa, y allí fuimos.

—¿Y qué pasó?

—Que vimos las cintas. Y entonces lo decidí.

—¿Qué decidió?

—Matarlos.

—¿A los tres? — preguntó Brunetti.

—Naturalmente.

Al cabo de un momento, él preguntó:

—¿Por qué?

—Por lo que gozaban con esas películas. Favero era el peor. Durante la segunda se excitó tanto que tuvo que salir de la habitación. No sé adonde fue, pero no volvió hasta que terminamos.

—¿Y los otros dos?

—Oh, también estaban muy excitados. Pero ya las habían visto todas y podían controlarse.

—¿Eran cintas como la que yo vi?

—¿Mataban a una mujer? — preguntó ella.

—Sí.

—Pues eran de lo mismo: La violan varias veces y después la matan. — Por la emoción que había en su voz, hubiera podido estar describiendo películas para la formación de auxiliares de vuelo.

—¿Cuántas cintas había? — preguntó Brunetti.

—Exactamente, no lo sé, por lo menos siete, aparte de las tres que vi. Pero eran las que habían vendido directamente, mientras que de esas tres querían sacar copias para distribuirlas.

—¿Qué les dijo usted cuando vio las cintas?

—Que necesitaba un día para reflexionar. Dije que conocía a alguien en Bruselas a quien tal vez interesara comprar copias para los mercados belga y alemán. Pero ya había decidido matarlos. Sólo tenía que buscar la mejor manera de hacerlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? ¿Por qué esperé o por qué decidí matarlos?

—¿Por qué decidió matarlos?

Ella frenó porque el coche de delante iba a virar hacia la derecha. Cuando las luces del otro coche desaparecieron se volvió a mirar a Brunetti.

—He pensado mucho en eso, comisario. Creo que lo que me decidió fue el que gozaran tanto con las cintas. Eso me sorprendió. Y mientras los observaba comprendí que no sólo no tenían ni idea de que mirar las cintas estaba mal sino que tampoco veían mal alguno en encargarnos.

—¿Ellos las encargaban?

Ella volvió la mirada hacia la carretera.

—Por favor, comisario, no sea inocente. Si no hubiera mercado para estas cosas, no se harían. Trevisan y sus amigos crearon un mercado y luego procuraron que estuviera bien abastecido. Antes de ver las cintas había oído a Trevisan y a Lotto hablar de enviar un fax a Sarajevo para pedir más. Y lo decían con tanta naturalidad como si se tratara de encargarnos una caja de vino o de decir al agente de Bolsa que comprara o vendiera acciones. Para ellos era negocio.

—Pero entonces vio usted las cintas.

—Sí. Pero entonces vi las cintas.

—¿Pensó si estaba bien o mal matarlos?

—Es lo que trato de decirle, comisario. No estaba mal. Estaba bien. Nunca lo dudé, en ningún momento. Y, antes de que me lo pregunte, sí, volvería a hacerlo.

—¿Es porque las mujeres son bosnias? ¿Musulmanas?

Ella hizo un ruido como de risa contenida.

—No importa lo que sean las mujeres. Lo que fueran. Están muertas, a ellas ya no puede importarles, pobrecitas. — Ella pensó en su pregunta un momento—. No; el que fueran bosnias no importaba. — Apartó la mirada de la carretera para fijarla en él—. Se habla mucho de humanidad y de crímenes contra la Humanidad, comisario. Los diarios vienen llenos de editoriales, y los políticos hablan, hablan y hablan. Pero nadie hace nada. Lo único que sacamos es palabras y sentimientos nobles, y se siguen haciendo estas cosas; se viola y se mata a las mujeres y ahora, además, lo filmamos y nos divertimos mirándolo. — Él percibía su cólera, que, en lugar de hacerla hablar atropelladamente, daba a sus palabras una entonación lenta—. Decidí acabar con ellos. Porque nada los hubiera detenido.

—Hubiera podido denunciarlos a la policía.

—¿Y qué, comisario? ¿Hacerlos arrestar por qué? ¿Era delito lo que hacían?

Brunetti no lo sabía, y le avergonzaba admitirlo.

—¿Es delito? — insistió ella.

—No lo sé -dijo él-. Pero hubiera podido desenmascararlos, hacer público su comercio de prostitución. Eso los hubiera frenado.

Ella dejó escapar una carcajada.

—Qué inocente es usted, comisario. Yo no quería terminar con la prostitución, ni mucho menos. Me gano muy bien la vida con ella. ¿Por qué iba a querer desbaratar el negocio?

Ella hablaba ahora más aprisa, pero por la impaciencia, no por la cólera.

—Ellas tendrían que hacer eso en todas partes. En su propio país también serían putas y víctimas.

—¿Pero no mueren muchas?

—¿Qué quiere que le diga, comisario, que deseaba vengar a todas las pobres prostitutas muertas del mundo? No era ésa mi intención. Estoy tratando de explicarle por qué los maté. Si los arrestaban, se descubriría todo. También a mí me arrestarían. ¿Y qué les ocurriría después? Unos meses de cárcel mientras esperaban el juicio, ¿y luego qué? ¿Una multa? ¿Un año de prisión? ¿Dos? ¿Le parece suficiente por lo que hicieron?

Brunetti estaba muy cansado para discutir con aquella mujer.

—¿Cómo lo hizo? — Se limitaría a los hechos.

—Sabía que Trevisan y Favero cenaban juntos. También sabía en qué tren solía regresar Trevisan. También yo lo tomé aquella noche. Los coches siempre están vacíos al final del viaje. Fue fácil.

—¿Él la reconoció?

—No lo sé. Fue muy rápido.

—¿Dónde consiguió la pistola?

—Un amigo -dijo ella por toda explicación.

—¿Y Favero?

—Cuando se levantó para ir al baño le eché el barbitúrico en el vino, *vin santo*. Le había hecho pedir media botella para el postre. Sabía que, como es dulce, disimularía el sabor.

—¿Y en su casa?

—Él tenía que llevarme a la estación, porque yo volvía a Venecia en tren. Pero en un semáforo se quedó dormido. Entonces lo puse en mi sitio y lo

llevé a su casa. La puerta del garaje se abría con un mando a distancia. La abrí, introduje el coche y dejé el motor en marcha. Lo puse otra vez al volante, pulsé el botón de cierre y salí corriendo mientras bajaba la puerta.

—¿Lotto?

—Me llamó por teléfono, dijo que estaba preocupado por lo ocurrido y quería hablar conmigo. — Brunetti observaba el perfil de la mujer que iluminaban intermitentemente los faros de los coches que se cruzaban con ellos a intervalos. Sus facciones se mantenían serenas—. Le dije que sería preferible que nos encontráramos fuera de la ciudad, y quedamos en Dolo. Le expliqué que tenía que ir al continente para un asunto y propuse que nos viéramos en aquella carretera secundaria de Dolo. Llegué temprano, y cuando vino él bajé de mi coche y subí al suyo. Estaba asustado. Sospechaba que su hermana había matado a Trevisan y a Favero y quería saber si yo pensaba lo mismo. Temía ser el siguiente. Así todo el negocio sería para ella. Y para su amante.

La mujer paró a un lado de la carretera, dejó pasar el coche que venía detrás y dio la vuelta para regresar a Venecia.

—Le dije que de su hermana no tenía nada que temer. Pareció que eso lo tranquilizaba. No recuerdo cuántas veces disparé. Luego subí a mi coche y volví a *piazzale* Roma.

—¿Y la pistola? — preguntó él.

—En mi casa. No quería deshacerme de ella hasta terminar con todo esto.

—¿A qué se refiere?

Ella le lanzó una mirada rápida.

—Quedan los otros.

—¿Qué otros?

Ella no contestó y movió la cabeza con una negativa que él consideró terminante.

—¿No pensó que, antes o después, la descubrirían?

—No lo sé. No pensaba en eso. Y entonces fue usted a la agencia, y le dije que no sabía conducir, y empecé a pensar en todos los errores que había cometido, además del olvido de las gafas. La gente me habría visto en el tren y el vigilante del garaje sabría que había sacado el coche la noche en que murió Lotto. Esta noche he comprendido que todo había terminado. Creí poder escapar. En fin -concluyó-, no sé si lo creía o sólo lo deseaba.

Transcurrió un tiempo, y Brunetti distinguió la primera villa que habían pasado a la ida, que ahora quedaba a su lado de la carretera. Ella rompió el silencio para decir:

—Ahora me matarán.

Él, con el calor y aquel movimiento del coche, al que no estaba acostumbrado, se había quedado adormilado.

—¿Qué? — musitó sacudiendo la cabeza e irguiendo el cuerpo.

—Cuando sepan que me han detenido porque los maté yo, no tendrán más remedio que eliminarme.

—No entiendo -dijo Brunetti.

—Yo sé quiénes son, por lo menos, algunos, los que han quedado. Y éstos querrán asegurarse de que no hablo.

—¿Quiénes?

—Los que copian las cintas y explotan a las prostitutas. Trevisan no era el único. No me refiero a los chulos de la calle, los que las controlan y les sacan el dinero. Yo conozco a los que dirigen este negocio, la importación y exportación de mujeres. Aunque de exportación no hay mucha, aparte las cintas. No los conozco a todos, pero sí a bastantes.

—¿Quiénes son? — preguntó Brunetti, pensando en la Mafia, en hombres bigotudos, con acento meridional.

Ella mencionó al alcalde de una ciudad de Lombardía y al presidente de una importante empresa farmacéutica. Cuando él se volvió a mirarla bruscamente, ella sonrió con tristeza y dio el nombre de varios altos funcionarios del Ministerio de Justicia.

—Es una multinacional, comisario. No se trata de un par de vejesterios que se reúnen en un bar a hablar de putas, mientras beben vino barato, sino de hombres que pertenecen a consejos de administración, que tienen yates y aviones privados y dan órdenes por fax y teléfono móvil. Hombres muy poderosos. ¿Por qué cree que desaparecieron las notas de la autopsia de Favero?

—¿Cómo lo sabe? — inquirió Brunetti.

—Lotto me lo dijo. No querían que se investigara la muerte de Favero. Demasiada gente complicada. No los conozco a todos, pero sí a muchos. — Su sonrisa se borró—. Por eso me matarán.

—Le daremos protección especial -dijo Brunetti, pensando ya en los detalles.

—¿Como a Sindona? — preguntó ella con sarcasmo-. ¿Cuántos guardias tenía en la cárcel, y cuántas cámaras de vídeo lo seguían durante las veinticuatro horas? Eso no impidió que le envenenaran el café. ¿Cuánto tiempo cree que duraré yo?

—Eso no ocurrirá -dijo Brunetti con vehemencia, y entonces descubrió que no tenía razones para creerlo así. Sabía que ella había matado a los tres hombres, sí, pero lo demás había que demostrarlo, especialmente este supuesto peligro de que la mataran.

Por una especie de radar emocional, la mujer detectó su escepticismo y dejó de hablar. Siguieron viajando en la oscuridad, y Brunetti se volvió hacia su derecha, a contemplar las luces que se reflejaban en el canal.

Lo siguiente que Brunetti recordaba era que ella lo sacudía por el hombro y, al abrir los ojos, vio una pared ante sí. Instintivamente, encogió el cuello y levantó los brazos para protegerse la cara. Pero no hubo impacto ni sonido. El coche estaba quieto y el motor, mudo.

—Estamos en Venecia -dijo ella.

Él apartó las manos y miró en derredor. La pared que tenía delante era la del parking y había coches a cada lado.

Ella bajó la mano y se soltó el cinturón de seguridad.

—Imagino que querrá llevarme a la *questura* -dijo.

Cuando llegaron al embarcadero, Brunetti vio alejarse un 1 que acababa de salir. Miró el reloj y vio con sorpresa que eran más de las tres. No había llamado a Paola ni tampoco a la *questura* para informar de sus movimientos.

La *signora* Ceroni estaba delante del horario, con los ojos entornados, tratando de descifrarlo. Como no lo conseguía, sacó las gafas y se las puso. Cuando se hubo informado se volvió hacia Brunetti.

—El siguiente sale dentro de cuarenta minutos.

—¿Quiere que vayamos andando? — preguntó él. Hacía mucho frío para quedarse sentados en el embarcadero, a la intemperie. Por lo menos, andando conservarían el calor. Él podía pedir una lancha por teléfono a la *questura*, pero también tendrían que esperar. Seguramente, llegarían antes si iban a pie.

—Sí -respondió ella-. No volveré a ver la ciudad.

A Brunetti le pareció melodramática la frase, pero no dijo nada. Torció hacia la derecha y echó a andar por el muelle. Al llegar al primer puente, la

mujer dijo:

—¿No podríamos cruzar por Rialto? Nunca me ha gustado Strada Nuova.

Sin decir nada, Brunetti siguió por el muelle hasta llegar al puente que conducía al Tolentino y las callejuelas que salían a Rialto. Ella caminaba con paso regular, y no parecía prestar atención a los edificios. Brunetti, que llevaba un ritmo más rápido, tenía que pararse de vez en cuando, en una esquina o a la entrada de un puente, a esperarla. Cruzaron el mercado del pescado y siguieron hacia Rialto. En el punto más alto, ella se paró sólo un momento y miró a un lado y luego al otro del Gran Canal, ahora sin tráfico de embarcaciones. Descendieron del puente y atravesaron *campo* San Bartolomeo. Se cruzaron con un vigilante nocturno que llevaba un pastor alemán sujeto con una correa, pero nadie habló.

Eran casi las cuatro cuando llegaron a la *questura*. Brunetti golpeó la gruesa vidriera, a mano derecha se encendió una luz y de la sala de guardia salió un agente, frotándose los párpados. El hombre atisbo al exterior y, al reconocer a Brunetti, abrió la puerta y saludó.

—*Buon giorno, commissario* -dijo, y miró a la mujer que estaba al lado de su superior.

Brunetti le dio las gracias y preguntó si aquella noche estaba de guardia alguna mujer. El hombre dijo que no y Brunetti le pidió que llamara a la primera agente de la lista para que fuera a la *questura* inmediatamente. Despachó al guardia y condujo a la *signora* Ceroni por el vestíbulo y la escalera hacia su despacho. La calefacción estaba baja y el aire era húmedo y frío. Al llegar a lo alto del cuarto tramo de escaleras, Brunetti abrió la puerta de su despacho y la sostuvo para que entrara la mujer.

—¿Puedo ir al baño? — dijo ella.

—Lo siento. No hasta que venga la agente.

Ella sonrió.

—¿Teme que me mate, comisario? — En vista de que él no contestaba, la mujer dijo-: Créame, no seré yo quien lo haga.

Él le indicó una silla y se quedó de pie detrás de su mesa, hojeando papeles. Ninguno de los dos habló durante el cuarto de hora que tardó en llegar la agente, una mujer de mediana edad que llevaba muchos años en el cuerpo.

Cuando entró la mujer policía, Brunetti miró a la *signora* Ceroni.

—¿Desea prestar declaración? La agente Di Censo puede ser testigo.

La *signora* Ceroni movió la cabeza negativamente.

—¿Desea llamar a un abogado?

Otra muda negativa.

Brunetti esperó un momento y se volvió hacia la agente.

—Lleve a la *signora* Ceroni a una celda. La número cuatro, que tiene calefacción. Si ella cambia de opinión, puede llamar a su abogado y a su familia. — Miró a la detenida al decirlo, pero ésta volvió a sacudir la cabeza. Y, dirigiéndose de nuevo a la agente, el comisario prosiguió: No debe tener contacto con nadie, ni de la *questura* ni del exterior. ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor -dijo Di Censo-: ¿Debo permanecer con ella?

—Sí; hasta que venga alguien a relevarla. — Y dijo a la *signora* Ceroni: La veré esta mañana, señora.

Ella movió la cabeza de arriba abajo sin decir nada, se puso en pie y siguió a Di Censo. Él se quedó escuchando el ruido de los pasos de las dos mujeres que se alejaban, los de la agente, acompasados y firmes, los de la otra mujer, marcados por aquel taconeo nervioso que lo había guiado hasta *piazzale* Roma y la triple homicida.

Brunetti redactó un breve informe con lo esencial de su conversación con la *signora* Ceroni, mencionando la negativa de ésta a llamar a un abogado o hacer una confesión formal y lo dio al agente de la puerta, con instrucciones de entregarlo al *vicequestore* Patta o al teniente Scarpa en cuanto llegaran.

Eran casi las cinco cuando Brunetti se metía en la cama junto a Paola. Ella se agitó, se volvió hacia él, le puso un brazo sobre la cara y musitó algo que él no entendió. Cuando Brunetti se dormía, de su memoria surgió no la imagen de la mujer asesinada sino la de Chiara, que sostenía entre las manos a su perro *Bark*. Qué nombre tan tonto para un perro, pensó y se quedó dormido.

28

Cuando Brunetti despertó, Paola ya se había marchado, y le había dejado una nota en la que le decía que Chiara parecía estar bien y se había ido al colegio casi con normalidad. Aunque esto lo alivió, no bastaba para borrar el pesar que sentía por la brutal impresión que había sufrido su hija. Tomó una taza de café, se dio una ducha larga y después tomó otro café, pero ni así pudo vencer el embotamiento físico y mental que le habían

provocado los sucesos de la noche antes. Recordaba los tiempos en que era capaz de resistir sin esfuerzo las noches en vela y los horrores del crimen, en que durante días podía batallar sin descanso en busca de la verdad y en defensa de lo que él consideraba la justicia. Pero ya no. El ánimo que ahora lo impulsaba parecía, si cabe, aún más firme, pero era innegable que su resistencia física menguaba.

Brunetti ahuyentó estos pensamientos y salió de casa, contento de encontrar el aire frío y el bullicio de la calle. Al pasar junto a un quiosco miró los titulares, buscando instintivamente la noticia del arresto de aquella noche, aunque sabía que era imposible.

Eran casi las once cuando Brunetti llegó a la *questura*, donde fue saludado como de costumbre y, si le sorprendió que nadie se acercara a felicitarlo por haber conseguido apresar, él solo, a la persona culpable de los asesinatos de Trevisan, Favero y Lotto, no lo demostró.

Encontró en su escritorio dos notas de la *signorina* Elettra, las dos para informarle de que el *vicequestore* deseaba hablar con él. Bajó inmediatamente. La *signorina* Elettra estaba en su sitio.

—¿Está libre?

—Sí -dijo ella mirándolo sin sonreír-. Pero no está de buen humor.

Brunetti se contuvo para no preguntar si Patta estaba alguna vez de buen humor.

—¿Por qué?

—Por el traslado.

—¿El qué? — preguntó Brunetti, sin gran interés, pero siempre dispuesto a aprovechar cualquier pretexto para demorar la entrevista con Patta, y un poco de charla con la *signorina* Elettra era el medio más agradable que para ello había descubierto hasta el momento.

—El traslado -repitió ella-. De la detenida que trajo usted anoche. — Se volvió para contestar el teléfono-. ¿Sí? — preguntó, y añadió rápidamente:- No; ahora no puedo. — Sin decir más, colgó y miró a Brunetti.

—¿Qué ha pasado? — inquirió él en voz baja, preguntándose si la *signorina* Elettra podría oír cómo le latía el corazón.

—Esta mañana han llamado del Ministerio de Justicia para decir que la detenida pertenecía a la jurisdicción de Padua y que había que trasladarla.

Brunetti se inclinó hacia adelante apoyándose en la mesa con las manos abiertas.

—¿Quién contestó al teléfono?

—No lo sé. Uno de los hombres de abajo. Fue antes de que yo llegara. Luego, sobre las ocho, han venido de la Brigada Especial con los papeles.

—¿Y se la han llevado?

—Sí. A Padua.

La *signorina* Elettra vio horrorizada cómo Brunetti apretaba los puños y sus uñas dejaban ocho largos arañazos en la pulimentada superficie de su mesa.

—¿Qué ocurre, comisario?

—¿Ya ha llegado a Padua? — preguntó.

—No lo sé -dijo ella mirando su reloj-. Hace tres horas que salieron, un poco más. Ya tendrían que estar allí.

—Llame -dijo Brunetti con voz ronca.

Como ella, atónita por su reacción, lo miraba sin moverse, él repitió, en voz más alta:

—Llame, llame a Della Corte. — Pero, antes de que ella pudiera obedecer, él agarró el teléfono y pulsó los números.

Della Corte contestó a la tercera señal.

—Soy Guido. ¿Está ahí? — dijo Brunetti, sin explicaciones.

—*Ciao*, Guido -contestó Della Corte-. ¿Está quién dónde? No sé de qué me habla.

—Anoche detuve a una mujer. Había matado a los tres.

—¿Confesó?

—Sí. A los tres.

Recorrió la línea el silbido de admiración de Della Corte.

—De eso no sé nada -dijo por fin-. ¿Por qué me llama? ¿Dónde la arrestó?

—Aquí. En Venecia. Pero esta mañana han venido de la Brigada Especial y se la han llevado. Los enviaban del Ministerio de Justicia. Han dicho que tenía que estar en Padua.

—Qué tontería -exclamó Della Corte-. Tiene que estar detenida en el lugar en que se ha hecho el arresto hasta que sea acusada formalmente. Esto lo sabe todo el mundo. — Y, después de una pausa, preguntó: ¿Ha sido acusada?

—No lo sé. No lo creo, no ha habido tiempo material.

–Veré qué puedo averiguar -dijo Della Corte-. Le llamaré en cuanto sepa algo. ¿Cómo se llama la mujer?

–Ceroni, Regina Ceroni. – Antes de que Brunetti pudiera decir más, Della Corte ya había colgado.

–¿Pasa algo malo? – preguntó la *signorina* Elettra, alarmada.

–No lo sé todavía. – Sin decir más, Brunetti llamó a la puerta de Patta.

–*Avanti*.

Brunetti entró en el despacho andando deprisa. Dejó que Patta fuera el primero en hablar, con el propósito de averiguar cuál era el humor del *vicequestore* antes de empezar a darle explicaciones.

–¿Por qué razón han trasladado a esa mujer a Padua? – preguntó Patta.

–No sé nada de ese traslado. Yo la traje anoche. Confesó que había matado a los tres: Trevisan, Favero y Lotto.

–¿Dónde confesó? – preguntó Patta, desconcertando a Brunetti con la pregunta.

–En su coche.

–¿Su coche?

–La seguí hasta *piazzale* Roma. Estuve hablando con ella mucho rato. Luego la traje a Venecia. Me dijo cómo lo hizo. Y por qué.

Ni una cosa ni la otra parecían interesar a Patta.

–¿Firmó una confesión? ¿Había testigos?

Brunetti movió la cabeza negativamente.

–Cuando llegamos aquí eran las cuatro. Le pregunté si quería llamar a su abogado. Dijo que no. Luego, si quería hacer una declaración. Se negó, de modo que hice que la llevaran a una celda. La agente Di Censo la bajó a la sección de mujeres.

–¿Sin que confesara ni declarara?

De nada hubiera servido demorar la respuesta.

–Sí. Pensaba obtener la confesión esta mañana.

–Usted pensaba obtener la confesión esta mañana -repitió Patta con un sonsonete de mal agüero.

–Sí, señor.

–Pues, o mucho me equivoco, o eso no va a poder ser -dijo Patta sin esforzarse por disimular la ira-. Esta mañana se la han llevado a Padua.

–¿Ya ha llegado? – le interrumpió Brunetti.

Patta desvió la mirada hacia un lado con gesto de cansancio.

–Si me deja que termine de hablar, comisario...

Brunetti asintió, pero no se molestó en decir ni una palabra.

–Como le decía -empezó Patta, e hizo una pausa para recalcar lo que estaba diciendo al ser interrumpido-, esta mañana la han llevado a Padua. Antes de que usted se tomara la molestia de venir y sin haber hecho una confesión, un requisito que, como usted debe de saber, comisario, es esencial hasta en el más rutinario proceso policial. Pero se la han llevado a Padua, y usted ya sabe lo que eso significa -concluyó Patta melodramáticamente, dando ocasión a Brunetti a reconocer su incompetencia.

–¿También usted cree que ella corre peligro? – preguntó Brunetti.

Patta entornó los ojos, hundiendo el mentón en el cuello con gesto de perplejidad.

–¿Peligro? No sé de qué me habla, comisario. El único peligro es que Padua se llevará todo el mérito por su arresto y confesión. Esa mujer ha matado a tres hombres, dos de ellos, personas muy relevantes de nuestra comunidad, y el mérito será para Padua.

–¿Entonces ya está allí? – preguntó Brunetti, esperanzado.

–Yo no sé dónde está -dijo Patta-, ni me importa. Una vez fuera de nuestra jurisdicción, ha dejado de interesarme. Ahora podremos abandonar la investigación de los asesinatos, y eso ya es algo... pero el mérito del arresto será para Padua. – La ira de Patta era virulenta. Alargó el brazo y atrajo hacia sí una carpeta-. No tengo nada más que decirle, comisario. Estoy seguro de que ya encontrará algo en qué ocuparse. – Abrió la carpeta y se puso a leer.

Una vez en su despacho, cediendo a la impaciencia, Brunetti marcó el número de Della Corte. Nadie contestó. Se quedó sentado, luego se levantó y fue a la ventana. Al cabo de un rato volvió a sentarse a la mesa. Pasaba el tiempo. Sonó el teléfono y él contestó.

–Guido, ¿sabía usted algo de esto? – preguntó Della Corte con voz cautelosa.

A Brunetti le sudaba la mano con que sostenía el teléfono. Se cambió de mano el aparato y se enjugó el sudor en el pantalón.

–¿Qué ha pasado?

–Se ha ahorcado en la celda. La han traído hace una hora y la han puesto en una celda mientras buscaban una grabadora para tomarle

declaración. No se preocuparon de registrarla y, cuando volvieron, se encontraron con que se había colgado de la reja de ventilación utilizando los panties. – Della Corte dejó de hablar, pero Brunetti no decía nada.

–¿Guido? ¿Está usted ahí?

–Sí, estoy aquí -dijo Brunetti al fin-, ¿Dónde están los de la Brigada Especial?

–Están rellendo formularios. Por el camino, ella les dijo que había matado a los tres hombres.

–¿Por qué?

–¿Por qué se lo dijo o por qué los mató? – preguntó Della Corte.

–¿Por qué los mató?

–Dijo que había sido amante de los tres y que hacía años que los chantajeaba. Hasta que los tres le dijeron que no iban a seguir pagando y ella decidió matarlos.

–Ya -dijo Brunetti-. ¿A los tres?

–Eso dicen.

–¿Cuántos son? – preguntó Brunetti.

–¿Los de la Brigada Especial?

–Sí.

–Tres.

–¿Y todos dicen lo mismo? ¿Que ella los mató porque no podía seguir haciéndoles chantaje?

–Sí.

–¿Ha hablado usted con ellos?

–No. Esto me lo ha dicho el guardia que la ha encontrado.

–¿Cuándo han empezado a hablar de su confesión? – preguntó Brunetti-. ¿Antes o después de su muerte?

–No lo sé -dijo Della Corte-. ¿Importa eso?

No, Brunetti descubrió que eso ya no importaba, porque los tres hombres de la Brigada Especial contarían la misma historia, seguro. Adulterio, chantaje, codicia y venganza eran motivos suficientes para explicar los crímenes. Desde luego, más verosímiles que la rabia, el horror y el frío imperativo de la represalia. Nadie pondría en duda la palabra de tres agentes de la Brigada Especial.

–Gracias -dijo Brunetti y colgó suavemente. Sentado a su mesa, estuvo buscando indicios, hilos que pudieran conducir a otras personas hasta la

verdad. Después de la confesión y el suicidio de Regina Ceroni, la única pista eran las listas de las llamadas telefónicas hechas desde los despachos de los muertos. ¿Y qué? Eran llamadas a empresas legales de distintos países y a un bar de mala muerte de Mestre. Prácticamente, nada. Por lo menos, nada que justificara una investigación. A estas horas, Mara estaría otra vez en la calle, probablemente en otra ciudad. Y Silvestri diría lo que le ordenaran los que le daban la droga. O cualquier día aparecería muerto por sobredosis. Brunetti aún tenía la cinta, pero, para relacionarla con los Trevisan, tendría que pedir a Chiara que hablara de ella, y él no haría eso bajo ningún concepto.

La mujer se lo había advertido, y él no había querido escucharla. Hasta le había dado el nombre del hombre que enviaría a los asesinos. O quizá había alguien más poderoso todavía involucrado en este asunto, otro hombre respetable que, lo mismo que el centurión del Evangelio, no tenía más que decir «Ve» para que su criado fuera. Y quizá él tenía tres criados que le obedecían.

De memoria, Brunetti marcó el número de un amigo que era coronel de la *Guardia di Finanza* y en pocas palabras le explicó los manejos de Trevisan, Favero y Lotto y le habló del dinero que debían de haber ganado y escondido durante años. El coronel prometió investigar las finanzas de la *signora* Trevisan tan pronto como dispusiera de tiempo y personal para ello. Cuando Brunetti colgó el teléfono no se sentía mejor. Apoyó los codos en la mesa y puso la frente en las palmas de las manos y así se quedó mucho rato. Él la había traído de madrugada y, a las ocho de la mañana, los hombres de la Brigada Especial ya estaban aquí.

Se levantó y bajó a la oficina de los agentes, situada dos pisos más abajo, en busca de Preside, el hombre que estaba de guardia cuando él trajo a la *signora* Ceroni. El hombre había terminado su guardia a las ocho, pero en el registro había anotado: «6:18 h. Entra tte. Scarpa al turno de día. Informe com. Brunetti entregado a tte. Scarpa.»

El comisario fue a salir de la oficina pero tuvo que pararse en la puerta, atacado por un vértigo momentáneo. Dio media vuelta, buscando la escalera que bajaba al vestíbulo, mientras trataba de expulsar de su mente y dejar tras de sí, allí dentro, todo lo que sabía de aquel caso. Mientras bajaba por la escalera pensaba en la *signora* Ceroni y en aquel extraño viaje nocturno. Se daba cuenta de que él nunca podría comprender sus motivos. Quizá

tuviera que ser mujer. Se lo preguntaría a Paola. Ella comprendía las cosas. Al pensarlo, Brunetti se animó, salió de la *questura* y se alejó camino de su casa.

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org**

12/01/2010

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com